

Todo aquello  
que nos une

# JUSTIN TRUDEAU

*Mi autobiografía*

Defensor de un Canadá moderno, bilingüe, federal y basado en la diversidad, su primer ministro se ha convertido en el gran antagonista de su homólogo estadounidense



 Planeta

# **Todo aquello que nos une**

Mi autobiografía

**JUSTIN TRUDEAU**

Traducido por Mercedes Vaquero

 Planeta



# Índice

---

## **Prólogo**

- 1. Mi infancia en el 24 Sussex**
- 2. Crecer en Montreal**
- 3. De camino al Este, acabé en el Oeste**
- 4. El bosque es hermoso, oscuro y profundo**
- 5. Dos decisiones que cambiaron mi vida**
- 6. Papineau: política desde abajo**
- 7. La vida como un parlamentario novato**
- 8. El camino hacia el liderazgo**
- 9. Esperanza y trabajo duro**

**Anexo: Discursos seleccionados**

**Agradecimientos**

**Acerca del autor**

**Créditos**

*Dedicado a mi mejor amiga, compañera y alma gemela.  
Gracias por todo lo que haces, y por todo lo que eres.  
Je t'aime, Sophie*

## Prólogo

---

*El 19 de octubre de 2015, más de 17.5 millones de canadienses votaron en las 42.ª elecciones generales. El resultado arrojó la derrota del Partido Conservador gobernante, que llevaba en el poder desde 2006. También señaló el resurgimiento del Partido Liberal, que pasó de 36 escaños en la Cámara de los Comunes a 184, alcanzando la mayoría gubernamental y eligiendo a Justin Trudeau como el vigésimo tercer primer ministro de Canadá.*

El 19 de octubre fue un día importante en Canadá. Los canadienses eligieron un gobierno muy diferente al que llevaba diez años en el poder. Y la elección no pudo ser más clara.

Nuestros principales adversarios en las elecciones de 2015 presentaban una visión que desde entonces ha prevalecido y se ha vuelto familiar en demasiados lugares. Se trataba de una visión desconfiada y cerrada que incitaba a la división e intentaba que aumentara la inquietud de la gente por su seguridad, sus trabajos y su futuro.

Ofrecimos a los canadienses una opción radicalmente distinta. Desde el principio, edificamos una visión positiva de Canadá, basada en la creencia fundamental de que la diversidad es una ventaja y no un inconveniente; que la apertura al comercio y la inmigración puede generar crecimiento económico que puede beneficiar a la gente común; y que Canadá puede ser una fuerza de cambio comprometida y constructiva en el mundo.

Y los canadienses respondieron, eligiendo la esperanza en lugar del miedo, la diversidad en lugar de la división. Escogieron ser un país abierto y comprometido, no uno cerrado y aislado. Pero sobre todo, a pesar de los desafíos, expresaron su optimismo respecto a nuestro futuro, así como su confianza en nuestra habilidad colectiva para construir un país mejor y más próspero para nosotros y para los demás.

Desde entonces, y por diversos motivos, gente de todas partes del mundo parece interesarse de un modo poco habitual en nuestro gobierno. Toman nota de un país que tiene la positiva confianza para rechazar una preocupante tendencia mundial. Como dije en el mayor mitin de nuestra campaña, siempre es posible algo mejor.

En la medida de nuestras modestas posibilidades, esperamos que nuestro mensaje encuentre un hueco en los corazones de la gente del mundo entero.

\* \* \*

Llevo poco más de once meses como primer ministro cuando escribo estas líneas. El ritmo y las exigencias de mi tiempo son más o menos los que uno esperaría, pero eso solo ha servido para poner aún más de relieve uno de los mayores desafíos de este trabajo: mantener los pies en el suelo, en contacto con la gente, y centrarse no solo en lo que es urgente, sino en lo que es importante.

Y para mí la solución es doble: en primer lugar, creo que hay que salir de la burbuja de Ottawa y hablar con gente de verdad acerca de sus vidas. Ya sea charlar durante unos minutos con algún recién llegado a un evento, participar en una mesa redonda con pequeños empresarios sobre los desafíos a los que se enfrentan, o responder a las preguntas de los jóvenes en un instituto o universidad, o poder escuchar directamente de la gente por la que fui elegida para servirles es un recordatorio útil de que no todo el mundo presta especial atención a lo que se haya debatido en el Parlamento aquel día.

Y en segundo lugar, hacer del tiempo en familia una prioridad. Verán, realmente siento que el hecho de estar presente, comprometido y allí para Sophie y los niños no solo me hace ser un mejor padre y marido, sino que hace que sea mejor en mi trabajo como primer ministro. Las tardes en las que superviso las tareas y meto a mis hijos en la cama, o los apacibles domingos por la mañana en los que la decisión más importante que hay que tomar es si vamos de excursión a pie o en canoa después de desayunar, me procuran la descansada claridad mental necesaria para actuar con buen criterio.

También me ayuda a recordar que, en términos ideales, no estoy desempeñando esta labor a pesar de mi joven familia, sino gracias a ellos.

Desde luego, el reto adicional es que este primer año ha estado repleto de viajes internacionales, además de tener que cruzar el país de un lado a otro, lo cual forma parte del puesto. Solo diez días después de la ceremonia de toma de posesión en Ottawa, acudí a la reunión del G20 en Antalya, Turquía. Y de ahí a Manila, para asistir al Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico. Una semana más tarde, Sophie y mi hija Ella-Grace se unieron a nuestra misión en Londres. Cerré el mes con visitas a Malta, para un encuentro de jefes de gobierno de la Commonwealth, y a París, para las negociaciones finales del acuerdo internacional de las Naciones Unidas sobre el cambio climático. Desde entonces, también he dirigido delegaciones en Suiza, Japón, Polonia y Ucrania, he llevado a cabo múltiples visitas a Washington y Nueva York, y realizado mi primera visita

oficial a la República Popular China.

Algunos han criticado tan ocupada y temprana agenda de viajes en mi mandato del gobierno, pero sé que era lo que había que hacer. El lugar de Canadá en el mundo — tanto en términos de nuestros compromisos militares y de ayuda humanitaria, nuestras balanzas comerciales o nuestra reputación internacional— tiene una repercusión real y significativa en la vida de los canadienses. Si bien a activistas y políticos les gusta decir que «el mundo necesita más Canadá», es esta una relación que funciona en ambos sentidos. Necesitamos al mundo tanto como él a nosotros.

A menudo oímos que la gente se muestra escéptica respecto a la política, que no creen en la habilidad de los políticos para representarlos; sin embargo, cuanto más hablaba con la gente durante nuestra campaña, y ahora en el gobierno, más evidente era que los canadienses están cansados de ser cínicos. Que quieren creer en los ángeles que llevamos dentro. Para estar a su altura, nos arriesgamos a llevar a cabo una campaña que creía en las personas.

Es esta una lección que se aplica en todo el mundo, a pesar de los esfuerzos de algunos para convencer a los votantes de lo contrario. Esperar lo mejor de la gente no es algo exclusivo de Canadá. Tampoco lo es confiar en que los ciudadanos hagan lo correcto. Lo único que hicimos de manera diferente fue garantizar que nos centráramos en todas las políticas que considerábamos arraigadas en los valores que los canadienses nos habían dicho que más importaban.

La igualdad de oportunidades es uno de esos valores. Creo que no puede haber verdadero progreso sin una visión económica diseñada para proporcionar a todos los ciudadanos una verdadera y justa posibilidad de alcanzar el éxito. En el último siglo fue la creciente y optimista clase media la que construyó un país mejor, no solo para ellos sino también para sus hijos y para todos. Debe fomentarse este logro, razón por la que hemos hecho de la consolidación y crecimiento de la clase media nuestra principal prioridad.

La apertura y la transparencia son otros de los valores que los canadienses aprecian, y deberían ver más en su gobierno. En Canadá significa buscar nuevas formas de hacer que la participación del ciudadano en nuestra democracia sea más significativa. Pero creo que todos los gobiernos pueden beneficiarse de una actitud más abierta y transparente.

Lo mismo puede decirse de la igualdad de género. Los canadienses entienden que el modo de construir comunidades fuertes y una economía sólida es promoviendo la plena participación de las mujeres y jóvenes. Esto es así en el mundo de los negocios, y también en la vida pública. Cuando nombramos un gabinete paritario —el primero de Canadá—, fue porque queríamos un gobierno que reflejara a los canadienses. Uno que adoptara las mejores decisiones para todos nosotros.

La cooperación es otro de los valores canadienses que rige en todas partes. Ya sea prestando ayuda humanitaria cuando acontece un desastre natural, o trabajando de manera proactiva con aliados internacionales para hacer frente a los desafíos y problemas mundiales como el cambio climático; sabemos que somos más eficaces cuando

trabajamos con otros en pro de un objetivo convergente. El trabajo en común siempre gana al que se hace en solitario.

Sin embargo, de todos los valores que han impregnado mi vida —desde mis años de infancia en Ottawa y mis viajes de juventud hasta mi papel actual como primer ministro—, encontrar la fuerza en la diversidad es una creencia canadiense fundamental y entre las más importantes que podemos compartir con el mundo a la vez que la impulsamos en casa. Los canadienses sabemos que somos cultural, política y económicamente más fuertes debido a nuestra diversidad, y que debemos dar la espalda al miedo y a la sospecha para garantizar que esto siga siendo así. No debemos ni podemos permitir que el temor nos frene en una toma de decisiones difíciles pero necesarias. No podemos ignorar el hecho de que el miedo tiene una incidencia real en la vida de la gente, rara vez positiva.

De ahí que debemos hacer cuanto esté en nuestras manos, en Canadá y en todo el mundo, para mantener viva la esperanza. Para recordarnos que las personas suelen ser más amables que crueles. Que son generosas, abiertas de mente y optimistas. Es a estas cualidades a las que debemos apelar, respetando nuestras diferencias pero siendo siempre conscientes de los puntos comunes que compartimos y del bien común que podemos construir cuando trabajamos juntos.

---

## Mi infancia en el 24 Sussex

Un comienzo apropiado para mi historia puede hallarse hace más de un siglo en la ciudad de Banff, en la poco poblada costa oriental de Escocia conocida como Aberdeenshire. Un día, en 1911, un maestro del lugar y ávido pescador llamado James George Sinclair se acercó paseando con algunos amigos hasta un arroyo cercano, en cuyas aguas lanzó el sedal de su caña de pescar. Casi de inmediato se abalanzó sobre ellos un guarda forestal que los acusó de estar pescando de forma ilegal, pues la vía fluvial era «propiedad», de un extremo a otro, de un noble de la localidad.

Las leyes feudales del uso de la tierra aún sobrevivían en el siglo xx en Escocia y otras partes de Europa, y las penas para los infractores podían ser duras. Si descubrían a James intentando robar al señor del pueblo otra vez, avisó el guarda, pasaría una temporada en la cárcel.

James y sus compañeros recogieron sus cosas y se encaminaron a sus casas a través de la pradera. James se quejó: «Si no puedo pescar, no puedo vivir». Uno de sus amigos empezó a describir una tierra completamente abierta para ellos, un precioso lugar en donde abundaba la caza y «ningún noble es dueño de los peces». Había leído sobre ese lugar en un libro, dijo. Se trataba de una tierra maravillosa, a más de seis mil kilómetros, al otro lado del Atlántico y en la parte más lejana de Canadá. Un sitio llamado la «Columbia Británica».

Unos meses después, James George Sinclair, su mujer Betsy y su hijo de tres años Jimmy se hallaban a bordo de un barco rumbo a Canadá. Encontraron mucho más que peces en la Columbia Británica. Su nuevo hogar era una tierra de oportunidades donde si uno trabajaba duro obtenía sus frutos, sin importar cuál fuera su acento o sus ancestros. A lo largo del siguiente medio siglo su hijo Jimmy se hizo ingeniero, consiguió una beca Rhodes para estudiar en la Universidad de Oxford, sirvió como oficial en las Fuerzas Aéreas Canadienses durante la segunda guerra mundial, fue elegido parlamentario y después ministro, se forjó una exitosa carrera empresarial... y siguió siendo durante toda su vida, al igual que su padre antes que él, un ávido pescador.

Él y su mujer, Kathleen, llamaron Margaret a la cuarta de sus hijas. En la actualidad, Margaret vive en Montreal: es mi madre.

En 1941, mientras Jimmy Sinclair tenía la especial distinción de servir su primer mandato como parlamentario por la jurisdicción de North Vancouver y comandaba un escuadrón de las Fuerzas Aéreas Canadienses en el norte de África, un intelectual francocanadiense se embarcaba en una extraordinaria expedición en canoa de seiscientos kilómetros, de Montreal a James Bay, volviendo sobre los pasos de los *coureurs de bois*, los primeros comerciantes de pieles en la colonia de la Nueva Francia que, a finales del siglo XVII, fundaron la Compañía de la Bahía de Hudson. El viaje atrajo la atención de algunos medios de comunicación. Bajo el titular «Estudiantes se embarcan en una grata travesía», un periódico local enumeró a los seis piragüistas, entre los que había uno llamado Pierre E. Trudeau.

Fue un arduo viaje. Justo lo que mi padre esperaba. «Yo descendía por los rápidos mientras los demás transportaban la carga —escribió en una carta a un amigo—. La comida comenzó a escasear, el transporte era imposible, los rápidos peligrosos... En pocas palabras, la vida se estaba poniendo bella». Este era el prisma a través del cual mi padre veía a su nativa Quebec; como un lugar orgulloso y espléndido repleto de una áspera belleza natural. Siempre creyó que el espíritu que caracterizaba a la provincia surgía tanto de la tierra como del idioma y la cultura.

Como familia, siempre hemos conservado una fuerte conexión con el agua. De hecho, el agua juega un papel fundamental en mi primer recuerdo. Todavía no había cumplido los dos años de edad, envuelto en un traje para la nieve viajaba en trineo con mi padre en Harrington Lake, la residencia del primer ministro propiedad del gobierno en Gatineau Park, que era uno de los lugares preferidos de mis padres en el que pasar tiempo juntos. Era diciembre de 1973, y el lago no estaba congelado del todo. Mi madre se detuvo en lo alto de una colina, a punto de reventar con el inminente nacimiento de mi hermano Sacha, y nos animaba mientras mi padre subía y bajaba la pendiente conmigo en un trineo. Cada rápido descenso acababa cerca del arroyo que brotaba del lago, el mismo por el que más tarde remaría.

Tras algunas bajadas y curvas finales, mi padre pensó que era seguro y decidió que podía tirarme yo solo. Dio un empujón al trineo desde lo alto de la colina y salí disparado mientras él y mi madre me observaban. Casi de inmediato, mi padre advirtió un gran problema. Cuando ambos íbamos juntos en el trineo, nuestro peso era suficiente para que sus guías rompieran la corteza helada y redujéramos la velocidad. Pero conmigo únicamente a bordo, el trineo rozaba ligeramente la corteza, más como un patín que como un trineo, y este empezó a ganar velocidad, dirigiéndose directamente al arroyo. Mientras mi padre echaba a correr tras de mí ladera abajo, mi madre no dejaba de gritar horrorizada, desde arriba: «¡Mi niño, mi niño!».

A pesar de ser tan pequeño, recuerdo con toda claridad el trayecto, que terminó con el trineo medio enterrado en la orilla arenosa y mis manos abiertas y metidas hasta las

muñecas en el agua helada. Llevaba puestas unas manoplas azules de lana, y mi principal preocupación era que estaban empapadas. «¡Caído en el río, manoplas mojadas!», le dije a mi padre llorando, medio encantado y medio sorprendido, cuando llegó al rescate. Me recogió con una mano, sostuvo el trineo con la otra, y me llevó de nuevo a la cima de la colina. Fue un día importante: mi bautizo como amante de la naturaleza.

Antes de esta aventura, no obstante, aconteció el memorable momento de mi nacimiento. Sir John A. Macdonald había sido el último primer ministro en tener un hijo en el ejercicio del cargo. Tanto mi padre como mi madre vivían como propios los objetivos del nuevo movimiento feminista que estaba revolucionando el modo en que hombres y mujeres abordaban sus funciones como padres. Sin embargo, nacieron con tres décadas de diferencia y esa diferencia de edad no sería algo fácil de superar. Para ponerlo en perspectiva, mi padre nació en 1919, el año en que las mujeres canadienses obtuvieron el derecho a presentarse a desempeñar un cargo en el gobierno federal.

En 1971, el hospital de Ottawa todavía no permitía que los maridos acompañaran a sus mujeres en la sala de partos. Mi madre se puso furiosa cuando se enteró. Si su marido no podía estar a su lado en el hospital cuando diera a luz, tendría al bebé —ese era yo— en la residencia oficial del primer ministro de Canadá, conocida como 24 Sussex. Cuando la junta directiva del hospital se enteró de la protesta de mi madre, suprimió de inmediato la anticuada restricción, y su medida fue seguida por otros centros hospitalarios en Ottawa y a lo largo y ancho de todo el país. Mi padre estaba junto a mi madre el día de Navidad en que vine al mundo. Según me cuentan fuentes fidedignas, fue un parto fácil y sin complicaciones. Y me gusta pensar que, junto con mi padre, ayudé a mi madre a asestar un buen golpe a los trasnochados prejuicios patriarcales.

Mi hermano Sacha llegó dos años después, y Michel le siguió al cabo de menos de dos años, de modo que fuimos cercanos en muchos sentidos. Fuimos constantes compañeros de juegos: nos perseguíamos unos a otros, nos provocábamos, nos metíamos en líos. En realidad, éramos pequeños cachorros de león salvajes. Enseñé a pelear a Sacha cuando todavía llevaba pañales, quien a su vez daba bandazos con Michel, que apenas acababa de aprender a caminar. Teniendo en cuenta toda esa energía, mis padres sembraron de colchonetas el sótano del 24 Sussex, deseosos de que quemáramos nuestra hiperactividad infantil de una manera sana.

En aquella época, Harrington Lake era como el escenario de una novela de los Hardy Boys, un lugar que llamaba a la aventura a gritos. Además, teníamos la suerte de que nuestro padre siempre parecía alentar esa idea. Se podía explorar allí cerca una vieja granja con un granero abandonado. De camino al lago, pasada una mina de mica, estaba atracada una casa bote sin utilizar donde mis hermanos y yo tomábamos el sol en verano. A unos cien metros de la orilla había una islita que era el centro de nuestro rito de iniciación. Apalabramos que cada vez que uno de nosotros cumpliera los siete años

iríamos hasta ella y volveríamos nadando.

El hecho de que nuestro padre apoyara nuestras actividades es ejemplo de cuánto nos animaba a poner siempre a prueba nuestros límites físicos. Naturalmente, nos guiaba y protegía; estaba presente cada vez que intentábamos el ritual, nadando a nuestro lado, hasta la isla y de vuelta a la orilla.

También le gustaba sorprendernos. Solía extender ante nosotros mapas topográficos de Gatineau Park, colocaba su dedo en un punto cualquiera y decía: «*On va là*». Una hora y media más tarde, nos encontrábamos bregando por seguirle el paso a él y a mi madre mientras caminaban con seguridad por la naturaleza. Tenía un excelente sentido de la orientación y nunca nos perdimos. Pero no sucedía lo mismo con otros visitantes del lugar. De vez en cuando nos topábamos con algún excursionista desorientado que acababa recibiendo indicaciones del primer ministro canadiense. Recordados ahora, esos episodios me parecen surrealistas. Pero de niño, que el primer ministro ayudara a algún excursionista extraviado por las colinas de Gatineau me parecía lo más normal del mundo.

El cambio de estación no detenía nuestras exploraciones al aire libre ni nuestras excursiones familiares. Que hubiera nieve cubriendo la tierra significaba muchas cosas. Si bien todos comenzamos a esquiar a muy temprana edad, en Harrington Lake nos amarrábamos unas raquetas de nieve y salíamos al mundo. Entonces no existían los ligeros diseños modernos disponibles hoy en día. Llevábamos las antiguas de madera en forma de lágrima, que se parecían un poco a raquetas de tenis, encordadas con tripa (que nuestro padre nos garantizaba no proceder de ningún animal). Mientras marchábamos por la naturaleza, mi padre hilaba historias, siempre en francés, sobre Albert Johnson, el trampero loco de Rat River, un infame criminal que, en los años de la Gran Depresión, puso a prueba a la Real Policía Montada de Canadá en una persecución de casi doscientos cincuenta kilómetros por los territorios del noroeste y las tierras salvajes del Yukón. Obviamente, estos relatos nos inspiraban a la hora de turnarnos en el juego de hacernos pasar por el trampero loco, mientras nos dirigíamos hacia los campos de Gatineau para ver si podíamos evitar ser capturados por otros miembros de la familia.

Seguir a alguien con raquetas de nieve en los pies es sencillo si el perseguido camina en línea recta. El tema era confundir a los perseguidores caminando en círculos, bifurcando el rastro y volviendo sobre tus propios pasos siguiendo un patrón en forma de ocho, o incluso colgarse de la rama de un árbol para abrir una brecha en el rastro. Nos encantaba este juego, que nos absorbía horas y horas.

Tras conseguir que una brigada de la Policía Montada anduviera tras él durante más de un mes, el trampero loco fue baleado por la policía en una curva helada del río Eagle: nuestras persecuciones, en cambio, solían concluir cuando mi padre nos interrumpía y compartía una tableta de chocolate negro con nosotros.

Hasta los ocho o nueve años no tuve una firme comprensión completa de la ocupación de mi padre y de lo que este hacía cuando no estaba en casa con nosotros. A mi madre le encanta contar la anécdota de cómo me referí en una ocasión a mi padre como «el jefe de Canadá». Pero ¿qué quería decir eso exactamente? Los amigos de mi padre ejercían trabajos que podía entender; trabajaban en tiendas, o eran médicos y cuidaban de la gente, o hablaban por el radio. Podía hacerme a la idea de lo que implicaba llevar a cabo ese tipo de labores. Pero el concepto de servicio público era mucho más abstracto, más difícil de comprender.

El asunto surgió un día que le pregunté a mi padre algo sobre nuestra casa y me respondió que no nos pertenecía del mismo modo que nuestra ropa o nuestros libros. ¿No es nuestra? Aquello me pareció muy raro. «Vivíamos» en 24 Sussex, así que ¿por qué no era nuestra? Me explicó que pertenecía al Gobierno, lo que me dejó aún más confuso. ¿Acaso no estaba mi padre al mando del Gobierno? ¿Eso no hacía que todo fuera suyo? Justo por entonces, en 1979, los liberales perdieron las elecciones federales. Prácticamente de la noche a la mañana 24 Sussex dejó de ser nuestro hogar, hicimos las maletas y nos trasladamos a unas manzanas de allí, en Stornoway, la residencia oficial del líder de la oposición. Entendí entonces que el verdadero jefe de Canadá era el pueblo canadiense.

Con el tiempo empecé a captar algunas de las cuestiones más complejas de las que se ocupaba mi padre, quien insistió en llamar mi atención sobre los grandes acontecimientos y su importancia. Por razones comprensibles, habló a sus hijos pequeños de la entrada en vigor de la Carta de Derechos y Libertades de 1982. Yo contaba entonces diez años, edad suficiente para estar familiarizado con los principios básicos de la democracia, incluyendo la idea de que el ascenso y la caída de los gobiernos depende de la voluntad de los votantes. Al explicar la importancia de la Carta, mi padre, que había soñado un documento semejante desde que fuera ministro de Justicia en el gobierno de Pearson en la década de 1960, señaló que algunas normas eran demasiado importantes para que las invalidara un gobierno.

El pensamiento de que una mayoría de personas —o, dado nuestro sistema electoral, a veces mucho menos de una mayoría— pudiera utilizar el inmenso poder del gobierno para limitar los derechos de una minoría aterraba a mi padre. Llamaba a esto «la tiranía de la mayoría». Cuando éramos niños, su modo de explicárnoslo era diciéndonos que, por ejemplo, a las personas diestras, que constituyen una amplia mayoría de la población, no se les debería permitir dictar leyes que perjudiquen a los zurdos solo porque estos sean minoría.

Mi padre pertenecía no solo a una minoría lingüística, sino también a una generación que había visto emplear y dirigir el poder del Estado con la finalidad de hacer cosas indescriptibles en todo el mundo. Había luchado toda su vida para construir y conformar Canadá, un país de una variedad religiosa, étnica y de creencias sin precedentes. Pero para que la diversidad funcione, la gente debe ser libre. La Carta era su forma de

garantizar que a cualquier grupo de canadienses le fuera imposible utilizar el gobierno para restringir indebidamente libertades fundamentales de cualquier otro grupo de canadienses. Su valor fundamental era clásicamente liberal a estos efectos. Es un valor que comparto y en el que también creo profundamente.

En los años siguientes, la Carta de Derechos y Libertades se convirtió en el vehículo de una expansión de la libertad individual sin precedentes en Canadá. Se ha utilizado para derogar leyes arbitrarias que limitaban las opciones de los canadienses en los aspectos más privados e íntimos de sus vidas. Gracias a la Carta, los canadienses ya no sufren discriminación en sus centros de trabajo en virtud de su orientación sexual, ni se les impide que se casen con la persona que amen solo porque sean del mismo sexo. Gracias a la Carta, las mujeres han obtenido el derecho de controlar su salud reproductiva. Asimismo, otros aspectos de la Ley Constitucional tenían por objeto el mismo fin. En este sentido, por ejemplo, las Naciones Originarias de Canadá han utilizado el artículo 35 para recoger en la legislación derechos que, desde los primeros contactos con Europa, habían sido infringidos por los sucesivos gobiernos que ejercieron el poder.

Desde mi entrada en el Parlamento en 2008, he pensado muchas veces cómo serían los años de la Administración Harper sin la Carta de Derechos y Libertades. El señor Harper y su partido no son fans de la Carta. Se negaron a celebrar su trigésimo aniversario. Rara vez la mencionan, y el Tribunal Supremo la ha utilizado para detener muchas de sus tendencias más autocráticas. Personalmente, creo que todo se reduce a una diferencia fundamental entre las ideas de libertad liberales y conservadoras. El ideario liberal promueve que todos los individuos, sin importar su origen o creencias, tengan los mismos derechos y libertades básicos, así como que la Constitución debe protegerlos de las poderosas fuerzas que pudieran restringir —y en casos extremos, suprimir— tales derechos. Por el contrario, me parece que la ideología conservadora está mucho más centrada en proporcionar a la gente y a los grupos con poder la libertad de utilizar este a su antojo.

Creo profundamente en la noción liberal de libertad. En la primavera de 2014, me postulé firmemente a favor del derecho de la mujer a elegir. Significó un gran cambio para algunos de mis colegas parlamentarios. Con anterioridad, el Partido Liberal daba libertad de voto a cada diputado para que votara en el Parlamento según sus creencias religiosas. Como alguien que ha sido educado como católico y que asistió a un colegio jesuita, entiendo que a las personas con una profunda fe religiosa les resulte muy complicado dejar sus creencias a un lado para servir a los canadienses que quizá no compartan dichos dogmas. Pero, para mí, en eso radica el liberalismo. En la idea de que la creencia privada, aunque debe ser valorada y respetada, es sustancialmente diferente de la función pública. La concepción que tengo de la libertad es que si bien debemos proteger el derecho de las personas a creer en aquello que les dicte su conciencia, también hemos de luchar con la misma intensidad para salvaguardar a la gente de que les impongan creencias propias de otras personas. Esta es la diferencia entre las opiniones

expresadas por un ciudadano y los votos contabilizados en el Parlamento. Cuando los diputados votan en el Parlamento, no expresan simplemente una opinión; expresan la voluntad de que todos los demás canadienses queden vinculados por su opinión, por ley. Es ahí donde debemos establecer un límite firme. Estoy seguro de que mi padre, si estuviera vivo hoy, estaría de acuerdo.

Puede que su trabajo fuese un tanto singular, pero mi padre, con el que siempre hablábamos en francés, era en muchos aspectos como la mayoría de los padres. Bromeaba y jugaba con nosotros, y, de modo especial, en ocasiones nos llevaba con él al trabajo. Por lo general, esto quería decir Sacha, Michel y yo jugando a la roña o al escondite en la tercera planta del Bloque Central de los edificios del Parlamento. A día de hoy, no puedo atravesar ciertas estancias o huecos de escalera sin que acudan a mi mente los recuerdos de aquella época.

Supe mejor en qué consistía el trabajo cotidiano de mi padre como primer ministro no en Ottawa, donde mantenía una férrea barrera entre sus papeles como primer ministro y como padre, sino cuando viajábamos por el país o por el extranjero. En Ottawa, aparte de nuestra aparición en ceremonias como el Día del Veterano de Guerra y el Día de Canadá, teníamos poco contacto con sus obligaciones públicas. Pero las cosas eran distintas cuando lo acompañábamos fuera de Ottawa.

Cuando era mi turno de viajar con él al extranjero, solía sentarme a comer una magdalena para desayunar en algún hotel mientras mi padre recibía información detallada sobre las reuniones del día de personas como Bob Fowler, su asesor de política exterior, y Ted Johnson, su ayudante ejecutivo. A veces, también acudía a eventos nocturnos, lo cual me daba la oportunidad de conocer a líderes internacionales como la primera ministra británica Margaret Thatcher, el canciller alemán Helmut Schmidt o el primer ministro sueco Olof Palme, quien me regaló un cuchillo de caza con una empuñadura elaborada con asta de reno que guardo como si fuera un tesoro hasta hoy.

En ocasiones tenía un asiento en primera fila en acontecimientos de gran importancia, como cuando lo acompañé en una gira por las bases militares canadienses en Europa occidental en 1982, y un comunicado anunció que había muerto el líder soviético Leónidas Brézhnev. Al día siguiente íbamos camino a Moscú.

En el aeropuerto nos recibió Geoffrey Pearson, el embajador de Canadá en la Unión Soviética, quien informó a mi padre durante el trayecto en coche al hotel. Recuerdo que gran parte de la conversación se centró en quién sucedería a Brézhnev. Vi cómo caía la noche en la oscura y sombría Moscú mientras la atravesábamos, y mi padre sostenía una larga y detallada discusión sobre la política interna soviética en la que él igualaba los conocimientos de un diplomático en Moscú. No fue más que otra confirmación para el chiquillo que yo era entonces de que su padre lo sabía prácticamente todo.

Hay un límite en cuanto a qué puede procesar un niño en lo que respecta al control

de armas o los acuerdos comerciales. No obstante, algo que aprendí a apreciar fue el concepto de que, en las relaciones internacionales, es de vital importancia establecer vínculos. Me impresionó el hecho de que las reuniones informativas de mi padre giraran a menudo en torno a la personalidad de sus homólogos tanto como sobre los temas a tratar en cuestión.

Esto se hizo especialmente interesante cuando pude ver a líderes de otros países reunirse con mi padre. A veces parecían tan diferentes que me maravillaba que pudieran interactuar de un modo productivo entre sí. Fue el caso de Ronald Reagan.

Tenía nueve años cuando el presidente de Estados Unidos llegó para almorzar con mi padre en el 24 Sussex. Era evidente que aquel día estaba ocurriendo algo fuera de lo común, ya que los oficiales de la Real Policía Montada de Canadá estaban colocados a intervalos de tres metros de distancia acordonando toda la propiedad, un despliegue de seguridad que nunca había visto antes ni vería después.

Cuando el carismático presidente estadounidense entró, mi padre me presentó y sugirió que fuéramos los tres a relajarnos a la terraza antes de que ambos líderes almorzaran. Reagan me sonrió afectuosamente mientras nos sentábamos y me preguntó si me gustaría escuchar un poema, lo que hizo que mi padre ladeara la cabeza con interés. Le encantaba la poesía y con frecuencia nos daba poemas para que los memorizáramos, entre otros *Fedra* de Racine o *La tempestad* de Shakespeare. No obstante, Reagan tenía gustos diferentes. En vez de recitar algún texto clásico, se lanzó con el poema narrativo *The shooting of Dan McGrew* («*A bunch of the boys were whooping it up in the Malamute saloon...*»).

Me encantó ese verso. Mi padre estaba un tanto perplejo, no solo por el tema un tanto inapropiado para un niño de nueve años como por la elección predeciblemente apropiada del poema por parte del presidente vaquero-actor. Aun así, surtió efecto; estaba suficientemente impresionado como para memorizarlo, así como otros poemas narrativos que jamás me habría enseñado mi padre, desde *The cremation of Sam McGee* a *The highwayman*, de Alfred Noyes.

Igualmente memorables eran las veces que nos subimos al Boeing 707 del gobierno que se utilizaba para viajes internacionales. La parte delantera del avión tenía ocho grandes asientos, mirándose entre sí en grupos de cuatro. Detrás de ellos había dos largos sofás en los que mi padre y yo dormíamos durante los vuelos de larga duración. Un panel separaba esta sección del resto del avión, destinado a los empleados, el personal de seguridad y la prensa. En ocasiones me iba a la parte trasera a hablar con los que conocía, ya que mi padre acostumbraba a trabajar en el avión y no había ningún hermano con quien jugar. Sin embargo, por muy interesantes que fueran las conversaciones, mis visitas a esa sección de la aeronave eran breves. Todavía estaba permitido fumar a bordo, también en los aviones gubernamentales, y la neblina opaca de humo que envolvía dicha zona de la nave me hacía toser.

La parte más valiosa de estos viajes con mi padre era la oportunidad de ver cómo

tomaba decisiones. Siempre estaba formulando preguntas y desafiando a la gente que lo rodeaba con respecto a sus opiniones. Rara vez hablaba sobre su propio punto de vista en detalle hasta que otra persona hubiera opinado antes, lo que contrastaba con su imagen pública como un hombre responsable de tomar decisiones casi autocrático. Cualquier decisión adoptada por mi padre era el resultado de un proceso que había incluido muchas voces, y que a veces le había llevado semanas o meses tomarla. El modelo de toma de decisiones que aprendí a lo largo de aquellos vuelos en el Boeing 707 ha llegado a conformar mi propio estilo de liderazgo.

Todo esto acotaba el contexto en el que crecí. Sin embargo, lo que destaca en primer plano de mi mente es la vida familiar de los cinco en Ottawa, y lo consagrados que estaban mis padres a nosotros.

A pesar de las exigencias del momento, mi padre era una persona práctica y comprometida que disfrutaba enormemente con sus hijos. Le satisfacía llevar a cabo sus quehaceres paternos, ya fuera sosteniéndonos cuando éramos bebés, o reparando nuestras bicicletas y armando juguetes de Navidad cuando fuimos creciendo. Nos contaba historias antes de ir a la cama, *en français, bien sûr*, sobre Jasón y el vellocino de oro, o Paris y Helena de Troya, o nos asustaba con el relato de Polifemo y su cueva. En las horas de luz, nos introdujo en prácticamente todas las actividades físicas disponibles, aunque los deportes en equipo como el fútbol, el rugby y el hockey no parecían interesarle. Nos enseñó a navegar, a practicar escalada, a utilizar un arma y el equipo de arquería, a abrirnos camino al aire libre, a nadar, bucear y hacer rápel y, por supuesto, a esquiar. En Harrington Lake pasábamos al menos cuatro horas al día realizando algún tipo de actividad al aire libre ya hiciera calor o frío, lloviera o no. Mi padre tenía un dicho genial: «No existe el mal tiempo, solo un mal equipamiento».

Él y mi madre destacaban en el esquí. Mi madre siempre ha sido una bella esquiadora. En cuanto a mi padre, incluso en las montañas más difíciles eclipsaba a otros esquiadores con su elegante estilo y su enérgica actitud, y siguió esquiando con mis hermanos y conmigo los descensos más desafiantes hasta bien entrados los setenta años.

Sin esquís y fuera de la piragua, practicaba sus bailes de salón y se sumergía en la música clásica y en la verdadera literatura, compartiendo también su entusiasmo con nosotros. Se nos animaba, incluso se esperaba de nosotros, que supiéramos historia, teología católica y la base de la filosofía tan bien como sabíamos hacer un giro en paralelo sobre los esquís y cómo acarrear una piragua a través de la maleza.

Los tres nos inscribimos en clases de judo, lo que nos ayudó a aprender a caer y rodar, y cuando tenía cuatro o cinco años, mi padre me enseñó a boxear, algo que más tarde practicaría activamente.

Mi madre insistía en ampliar nuestros horizontes en otras direcciones. En mi caso, solo alcanzó un resultado desigual. Con seis años de edad me apuntó a clases de ballet.

Soy un gran defensor de los intereses eclécticos por lo que se refiere a la cultura, pero ser uno de dos chicos entre dieciséis jovencitas era más de lo que mi joven ego podía soportar. Mi madre y la profesora de ballet hicieron una concesión a mi vergüenza y me permitieron llevar pantalones en vez de leotardos, pero eso no fue suficiente. Odiaba el ballet y me rebelé a ser arrastrado a clase hasta el día en que mi madre se vio forzada a sacarme literalmente a la fuerza a través de la puerta del 24 Sussex mientras yo pateaba y gritaba. Me agarré desesperadamente al marco, negándome a darme por vencido ante las súplicas de mi madre, hasta que un operario que estaba cerca de allí pintando una barandilla y que llevaba un rato observándonos, dijo: «Vamos, señora. Dele un respiro al chico».

Dio resultado. Aquel día fui a ballet por última vez.

Aunque mi madre y mi padre funcionaban muy bien juntos como padres, es sabido que afrontaban muchos desafíos como pareja. La teoría de mi madre es que ninguno de los dos era capaz de mantener una discusión «normal» o productiva. No había término medio, de modo que, en lugar de algún tipo de acuerdo gradual de voluntades, las presas explotaban y mis padres se dejaban ir. Con el paso del tiempo, se multiplicaron los desagradables episodios entre ellos hasta que terminó su matrimonio.

Mi madre reconoce sin ambages que mi padre fue un progenitor ejemplar que siempre sacaba tiempo para pasarlo con sus hijos. De hecho, su actitud hacia la crianza estaba décadas por delante de su tiempo. Casi siempre encontraba algo nuevo con qué despertar nuestro interés, algún fascinante descubrimiento que valía la pena explorar, o simplemente un modo de hacernos reír y que fuéramos felices.

A veces, sus prácticas de crianza activa tomaban por sorpresa a sus colegas más aburridos. Cuando yo todavía era un bebé, mi padre acudía a casa varias veces a lo largo del día para ayudar a cuidarme, subiendo las escaleras a todo correr hasta mi habitación sin quitarse el abrigo. Para que el acuerdo funcionara, invitaba a sus ministros al 24 Sussex para llevar a cabo almuerzos de trabajo. En una memorable ocasión, me sentó en una sillita de bebé en mitad de la mesa del comedor para asombro de sus compañeros allí reunidos. John Turner, el ministro de Finanzas recién designado por mi padre, me observó por un instante y dijo: «No te preocupes, Pierre. Los niños son mucho más divertidos e interesantes cuando crecen un poco más». Años después, cuando mi padre me contó la anécdota, todavía encontraba desconcertante el comentario de John: para él no había nada más interesante que ver a un bebé descubrir el mundo. Disfrutó tanto de nuestras primeras palabras y de nuestros primeros pasos como de nuestro primer salto mortal hacia atrás desde un trampolín o en una cama elástica. Desde los primeros recuerdos que tengo de mi padre hasta los últimos, siempre fue evidente su amor por nosotros. De hecho, más que cualquiera, es el ancla de mi infancia.

Voy a ser sincero: muchas cosas de ser hijo del primer ministro eran pura diversión. Por ejemplo, los nombres en código que la Policía Montada daba a mi familia: mi padre y mi madre eran Arce 1 y Arce 2, mis hermanos eran 4 y 5. Yo era Arce 3. Todos los

lugares principales de nuestra vida también tenían nombres en clave. Mi colegio, la escuela pública Rockcliffe Park, era conocida como Sección 81, y Sección 76 era la casa de mi amigo Jeff. A veces, los oficiales de la Policía Montada nos dejaban a mis hermanos y a mí usar los radiotransmisores e intercambiar mensajes codificados con oficiales de otros coches. Recuerdo lo orgulloso que me sentí el día que descifré su llamado código secreto: «¡Alpha, Bravo, Charlie! ¡Utilizan la primera letra de cada palabra!».

Las fiestas de cumpleaños en el 24 Sussex eran especialmente divertidas, una ocasión idónea para transformar esa vieja mansión llena de rincones y recovecos en una casa de juegos. Puesto que Sacha y yo cumplíamos años el día de Navidad, a mediados de diciembre invitábamos a toda nuestra clase. Venían alrededor de unos cuarenta chicos, mi padre se retiraba a su oficina y éramos libres de jugar a una especie de escondite colectivo, en el que cada vez que un jugador era descubierto este se unía al grupo de búsqueda hasta que, al final del juego, toda una partida de niños busca al único que sigue escondido.

Esta era la parte de mi vida que mis amigos del colegio veían y a veces envidiaban. De tanto en tanto, sucedía alguna cosa inesperada que te dejaba con la boca abierta. Recuerdo un día de junio, tendría unos once años y estaba jugando en la entrada del 24 Sussex con mi amigo Jeff Gillin. Se detuvo un coche, se abrió la puerta y bajó una elegante joven con una bolsa de deporte al hombro: era Diana, princesa de Gales. Estaba de viaje por Canadá junto al príncipe Carlos en aquel momento y me habían dicho que iba a hacernos una discreta visita para dar unas vueltas en la piscina situada en la parte de atrás de la propiedad, de modo que decidí que lo apropiado sería recibirla como era debido.

Jeff y yo intuimos vagamente que debíamos observar algún tipo de protocolo; sin embargo, allí de pie, con nuestras sucias camisetas y *jeans*, no teníamos la más remota idea de qué hacer. ¿Ensayar una gran reverencia? ¿Saludar? En lugar de eso, dejamos nuestras bicicletas y adoptamos la posición de firmes, la versión infantil de un guardia de honor mientras pasaba la princesa. Yo lo viví como un momento incómodo, agravado por el hecho de que obviamente a ella no le sentó muy bien que nos hubiéramos inmiscuido en lo que se suponía era un momento completamente privado y secreto. De modo que en cuanto pasó corriendo a nuestro lado (tras echarnos un rápido vistazo), me volví para disculparme con Jeff por lo que acababa de ocurrir. Mi amigo, con los ojos como platos, exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡Fue alucinante!».

Otro incidente también relacionado con Jeff sucedió más o menos por la misma época. Ambos estábamos montando en bici con otros amigos por el vecindario y, como de costumbre, un oficial en un coche de la Policía Montada iba a la zaga a una distancia prudente. Yo no le daba ninguna importancia, pero cuando uno de mis colegas decidió que sería divertido despistarle, tomamos de repente una curva cerrada a través de un parque, bajamos por varias calles secundarias, y volvimos a casa de Jeff por un sinuoso

camino donde, claro está, nos esperaba el oficial de policía, que había adivinado lo que íbamos a hacer. Cuando mis amigos y yo terminamos de jugar, el agente me escoltó hasta casa y —tuvo que hacerlo— presentó un informe del «incidente».

Mis amigos y yo creíamos que había sido divertido nuestro intento de despistar al policía. No creyó lo mismo mi padre. En pocas palabras, se puso furioso. «¿Crees que a esas personas les gusta tener que ir detrás de un mocoso de once años? —me preguntó—. Su trabajo consiste en mantenerte a salvo para que yo pueda hacer el mío. Y tú vas y, adrede, intentas ponérselo más difícil solo para... ¿pasártela bien? —añadiendo a continuación en aquel tono severo que tan bien conocía yo—: Fue una completa falta de respeto hacia ellos. Te he criado para algo mejor que esto».

Decepcionar a mi padre era lo peor que podía pasarme de pequeño. Yo anhelaba, como la mayoría de los niños, su atención y aprobación. Y aunque a menudo contábamos con ambas, su reprobación era para mí una experiencia desgarradora.

Había veces, sin embargo, en las que nos pasábamos de la raya. No sé si Sacha, Michel y yo éramos más o menos «malcriados» que otros chicos traviesos de nuestra edad. Solo sé que nuestros padres, y sobre todo nuestro padre, tenían tolerancia cero con respecto a todo aquello que no fuera un comportamiento respetuoso. Puede que viviéramos en un entorno privilegiado, pero en lo que se refiere a expectativas y disciplina no fuimos precisamente unos consentidos. Más bien todo lo contrario.

Mi madre siempre hacía hincapié en la importancia de los buenos modales. El incumplimiento en el protocolo o la falta de etiqueta provocaba una severa reprimenda por su parte. «Los buenos modales les abrirán las puertas —nos sermoneaba—, y una vez que se abre la puerta, uno puede mostrar su buena conducta». También insistía en que nuestra actitud hacia otras personas y el interés que demostráramos por ellas debían ser sinceros. «No sean falsos —decía—. Las personas saben si están siendo falsos, y una vez lo adivinan, ya nunca volverán a confiar en ustedes de nuevo».

La importancia de ser sinceros y respetuosos con los demás era un pilar de las enseñanzas que mis hermanos y yo recibíamos de mis padres. Cuando contaba ocho años de edad, mi padre me llevó al Parlamento, en cuyo restaurante almorzamos. Levanté la vista de la comida y vi a Joe Clark, el líder de la oposición del Partido Conservador Progresista. Creyendo que complacería a mi padre, repetí un chiste tonto sobre Joe que había oído en el patio del colegio. No le pareció divertido. De hecho, le horrorizó y recibí un severo sermón relativo a que si bien era justo atacar la postura de tu oponente, nunca estaba justificado arremeter personalmente contra él. Para recalcar su punto de vista me condujo hasta la mesa del señor Clark, donde comía junto a su hija Catherine, y me lo presentó.

A menudo me he preguntado cómo hubiera reaccionado mi padre al uso generalizado de los ataques personales por parte de algunas personas del contexto político actual, que prefieren eso a plantear un serio debate relativo a las cuestiones que hay sobre la mesa. No me cabe duda de que le repugnaría y, sí, se sentiría decepcionado por todos nosotros,

y de que encontraría el modo de expresar su opinión con la fuerza de una tonelada de ladrillos cayendo, pero sin necesidad de recurrir a los mismos ataques personales que estuviera condenando.

Esta insistencia en el respeto a los otros, con independencia de su posición o título, fue una de las lecciones más importantes con la que nos machacaron nuestros padres a mis hermanos y a mí de niños. A veces tomaban la iniciativa y nos llamaban la atención sobre las cualidades de alguien y la alta estima que merecían. Nuestra ama de llaves, Hildegarde West, a la que llamábamos simplemente Hilda, era una de esas personas. Resulta difícil describir qué tenía Hilda que hacía que toda la familia le tuviéramos tanto afecto, salvo decir que irradiaba calidez en todas direcciones.

Un día, provocado quizá por un comentario mío o un gesto amable de Hilda, mi madre me apartó a un lado y me dijo: «Justin, a lo largo de tu vida vas a conocer a reyes, reinas, presidentes, a todo tipo de gente con poder y prestigio. Pero sean cuales sean sus títulos, muchos de ellos no tendrán el mismo valor, como ser humano, que Hilda».

Mi padre era aún más estricto que mi madre con respecto a la necesidad de respetar al otro cuando tratamos con ellos. En una ocasión en que me referí a un agente de la Policía Montada que se nos había asignado como «Calvito», este se lo tomó con buen humor. Mi padre, sin embargo, que había oído por casualidad mi comentario, insistió en que me disculpara formalmente con él en ese mismo instante. Puede que al agente le hiciera gracia que un niño utilizara dicha expresión de manera informal. Pero a mi padre no le hizo ninguna. Y se aseguró de hacérmelo saber y de que lo recordara.

Más allá del mundo del 24 Sussex estaba la enérgica rama occidental de la familia. Visitar a los Sinclair en la Columbia Británica siempre era una buena escapada de Ottawa y sus limitaciones. Esta es la mitad de mi árbol genealógico que mucha gente pasa por alto. Todo el mundo me conoce como el hijo de un expresidente ministro, pero muchos olvidan que también soy el nieto de otro político extraordinario, Jimmy Sinclair, que, como ya dije antes, nació en Escocia y arribó a la Columbia Británica siendo un niño. Además de ser el responsable de uno de mis dos segundos nombres, mi abuelo dejó en mí un montón de recuerdos maravillosos.

Tras servir como líder de escuadrón de la Real Fuerza Aérea Canadiense en Sicilia, Malta y el norte de África durante la guerra, Jimmy se convirtió en parte integrante del Parlamento, en representación de las jurisdicciones del norte de Vancouver y Capilano, en la Columbia Británica, ocupando la cartera de ministro de Pesca en la Administración de Louis St. Laurent. Cuando terminó su carrera política, fue nombrado director y presidente de la cementera Lafarge Norteamérica, coronando así una notable trayectoria.

Jimmy fue en gran medida un hombre de intereses típicamente masculinos, con el carisma y la enorme personalidad de un político de la vieja escuela al que le gustaba interactuar con los votantes. Como ya sabemos, mi padre podía manejar muy bien a

multitudes y a personas, pero no era algo natural en él; tuvo que formarse para superar su timidez innata. A mi abuelo, por el contrario, le encantaba la gente. Para James Sinclair las campañas electorales eran una operación industrial artesanal, en la que todo el mundo, niños incluidos, debían colaborar para garantizar el éxito en las elecciones. Heather, la hermana mayor de mi madre, recuerda haber contestado el teléfono con solo seis años cantando: «Dos, cuatro, seis, ocho, ¿Quién nos gusta? ¡Jimmy Sinclair!». Muchos años más tarde, cuando participé como candidato del Partido Liberal en las primarias de la circunscripción de Papineau, tomé como modelo de campaña el estilo cercano de Jimmy, y no el de mi padre; entre otras cosas, porque se adaptaba mejor a mi personalidad.

Jimmy demostraba tenerme especial cariño. Tuve muchas oportunidades de pasar tiempo con él, ya que mis padres contaban con los Sinclair para que cuidaran de mis hermanos y de mí siempre que tenían que viajar al extranjero durante períodos largos. Jimmy nos llevaba a través del impresionante jardín que, situado detrás de su casa en Rockridge Road, West Vancouver, llegaba hasta el terraplén arbolado de Cypress Creek, que había transformado en una extensión del jardín, creando puntos de referencia con nuestros nombres. Aquí estaba la senda de Justin; allí, la roca de Sacha, y un poco más adelante, el mirador de Michel. Pasábamos días enteros en aquellos bosques mágicos, ayudándole en el jardín, jugando al escondite, explorando el arroyo de aquí para allá.

Una vía férrea limitaba con la propiedad, por lo que los trenes pasaban por allí con regularidad, entre ellos la histórica locomotora a vapor *Royal Hudson*, que transportaba a turistas por West Vancouver hasta Squamish, y retornaba. La saludábamos con la mano cada vez que pasaba, y algunas veces mostrábamos un gran cartelón donde se leía el nombre del himno nacional canadiense, «O Canadá». El maquinista, cuando lo veía, hacía sonar el silbato especial del tren, que tocaba las primeras cuatro notas de aquel. Jimmy sentía un ferviente amor de inmigrante por su país. Y lo inculcaba a diario en quienes lo rodeaban.

Considerando aquellas escenas de Rockridge Road en retrospectiva, éramos el mejor ejemplo del patriotismo canadiense de la década de 1970. Ese es el motivo por el que esa parte del país ha tenido siempre un especial significado para mí, y prueba de ello es que me trasladé allí siendo un veinteañero, listo para dar comienzo a mi carrera como docente.

Jimmy jugaba a las cartas con nosotros, y solíamos jugar a un juego al que él llamaba «Banco». Durante el mismo establecía que esta o esa otra mano determinaría quién sería el «Campeón del desierto occidental», lo que siempre consideré una frase vacía pero sonora. Solo cuando crecí y supe del pasado militar de Jimmy caí en la cuenta de que el «desierto» era el Sáhara occidental, donde sirvió a su país durante una de las batallas más encarnizadas de la segunda guerra mundial. Me produjo escalofríos comprender que la expresión informal que utilizaba durante un juego de cartas familiar procedía de un verdadero escenario de guerra. A menudo pienso en él cuando en mi trabajo actual me

encuentro con veteranos a lo largo y ancho del país, y me impresiona y conmueve su devoción al deber y al trabajo, así como todas sus historias jamás contadas que permanecen ocultas.

El fallecimiento del abuelo Jimmy, acaecido en 1984, fue la primera muerte que mis hermanos y yo sentimos como una verdadera pérdida personal. Al enterarnos de la noticia en el 24 Sussex, lloramos tan alto a moco tendido que una de las empleadas, una mujer francesa a quien le pareció un tanto impropio, nos pidió que recuperáramos la compostura. No hace falta decir que no lo hicimos.

En una visita al oeste, mis hermanos y yo viajamos a la costa de Sunshine, donde visitamos la casa de la anciana abuela de mi madre, a quien ella llamaba Gee. Hacía muchos años que había emigrado de Gran Bretaña y vivió una larga y tranquila vida en Gibsons. Un lugar pintoresco en donde Gee veía pasar los años en compañía de los libros de la biblioteca local. Cuando mi madre me contó que había vivido muchos momentos felices en aquella misma playa, fui consciente por primera vez del paso del tiempo. Los padres también envejecen.

También llegué a conocer a la abuela de mi padre, Grace Elliot, aunque era demasiado pequeño como para guardar algún recuerdo suyo. Siendo yo un recién nacido, cuando la demencia ya había dejado su huella en ella y mi madre me colocó en su regazo, Grace pareció alcanzar un momento de lucidez. «¿El hijo de Pierre?», preguntó con lágrimas en la cara. «¿Pierre nos ha dado un hijo?» Murió cerca de un año después.

Desarrollé un profundo apego hacia toda la familia Sinclair. La madre de mi madre, Kathleen, era una mujer increíble, y estoy agradecido de que Xavier y Ella llegaran a conocerla un poco antes de que falleciera hace unos años. Mi tía Janet fue una firme activista laboral en el sector aéreo, y aunque se jubiló recientemente, el aeropuerto de Vancouver sigue siendo el único sitio en el que recibo un trato especial cuando viajo, ya que allí me reconocen como el sobrino de Jan (así es, jamás ningún privilegio en el aeropuerto Pierre Elliot Trudeau de Montreal). Mi tía Lin emigró a Estados Unidos siendo yo un niño, pero cada vez que viene de visita con su estupendo marido Fred mantenemos divertidísimas conversaciones sobre política, ya que Fred es muy republicano. Betsy, la más pequeña de mis tías, es una enfermera medio jubilada que también dirige el vivero Brentwood Bay Nurseries, en la isla de Vancouver, junto a mi tío Robin, emigrante británico. Mi tío Tom, que en su juventud jugó en el equipo de fútbol canadiense BC Lions, también es mi padrino y está casado con Heather, la mayor de las hijas Sinclair, que trabajó de profesora y fue mi mentora cuando me mudé al oeste para estudiar Magisterio. Desde que fuera la voluntaria más joven de la campaña de Jimmy en la década de 1940, Heather nunca ha dejado de interesarse por la política, y aún participa activamente con el Partido Liberal de Toronto, incluida mi campaña por hacerme con el liderazgo del mismo. Así que en 2013, cuando asistí a mi primera ronda de preguntas como líder del Partido Liberal en la Cámara de los Comunes, allí estaba ella, saludándome desde la tribuna del público. Respondí a su saludo y dirigí su atención a mi

pecho. Mi tía entornó los ojos y vi una sonrisa de reconocimiento: para conmemorar aquel día, lucía mi corbata escocesa típica de los Sinclair.

Me pareció lo más apropiado. A pesar de que a lo largo de los años la relación con mi madre ha sufrido altibajos, los vínculos mayores entre los Trudeau y los Sinclair han permanecido gratamente sólidos.

Sin embargo, no todos los recuerdos del tiempo en que fui hijo del primer ministro son felices. También hubo momentos tristes, la mayoría de los cuales guardan relación con las dificultades que atravesaba el matrimonio de mis padres.

Se ha escrito mucho acerca de su unión y del modo en que esta se rompió. Gran parte de todo ello es escabroso e inexacto. Como pueden suponer, es un asunto extremadamente personal y albergué serias dudas sobre si debía abordar aquí el tema. Al final, decidí que si quería escribir un libro acerca de cómo he llegado a ser la persona que ahora soy, no tenía elección. Mis padres ejercieron una maravillosa influencia en mí, y mucho de lo que soy hoy en día debe atribuirse directamente a su guía y ejemplo. De manera que, al igual que todo niño de padres divorciados, también he sido conformado por su separación.

En años recientes he llegado a entender mucho mejor las tensiones que había en el matrimonio de mis padres. Una era la gran diferencia de edad que ya mencioné antes, algo fácil de identificar y a lo que echar la culpa de los problemas que se sucedieron. No obstante, es importante recordar también que se trataba de dos personas que estaban muy enamoradas al principio de su vida en común y que, en gran medida, lo estuvieron durante el resto de sus vidas.

Un aspecto de esta cuestión del que apenas se habla, incluso después de que mi madre se sincerara sobre ello, es su lucha de por vida con el trastorno bipolar. Vivir tu existencia en el punto de mira es una carga mayor de lo que la mayoría de la gente pueda imaginar. Su efecto no es ni insalvable ni necesariamente traumático, pero te exige mantener un estado mental que te permita lidiar con la presión constante y los inconvenientes periódicos. Mi padre solía disfrutar con las adversidades, se las tomaba como una prueba o desafío personal que había que superar prestándoles especial atención y encarándolas con disciplina. La experiencia de mi madre era muy diferente: dada su condición, le resultaba muy arduo, incluso intolerable, afrontar los contratiempos.

El trastorno bipolar no es excepcionalmente raro. Los estudios parecen indicar que alrededor de un 3 por ciento de la población mundial lo padece, tanto hombres como mujeres indistintamente, y sin importar la identidad étnica, racial y social. ¿Tienes cien amigos en Facebook? Es probable que tres de ellos manifiesten síntomas de bipolaridad. Muchas enfermedades mentales no reciben el reconocimiento y tratamiento que necesitan y merecen. Es una pena. Si uno se rompe un brazo, le brota una erupción o

sufre una tos crónica lo más probable es que tales dolencias se traten directamente buscando ayuda profesional y que los afectados se granjeen la simpatía de los demás. No ocurre lo mismo con los problemas de salud mental. Por desgracia, incluso en nuestra era relativamente progresista, las enfermedades relacionadas con el estado mental de una persona no se abordan de forma tan abierta como debieran. Estos enfermos asumen que ya lo «superarán» (un consejo que suelen dar amigos y familiares), o viven con el temor de que algún estigma sin explicación se añada a su enfermedad.

Mi madre siempre contó con una mente impresionante esperando el momento de brillar y, cuando por fin asumió su enfermedad, se convirtió en una activista en el ámbito de poder lidiar abiertamente con las enfermedades mentales. Ha hablado sobre ella y sobre su experiencia personal para hacerle frente en muchas ocasiones, a veces conmigo a su lado en el estrado. En 2010, escribió una excepcional autobiografía —*Changing my mind*— que reflejaba su estado de conciencia con respecto a su enfermedad, que tanto le había costado conseguir.

Uno de los mensajes que ese libro transmite es la necesidad de que la gente hable sobre cuestiones relativas a la salud mental de un modo sincero y constructivo. Se trata de una actitud ilustrada que lamentablemente era desconocida en la década de 1970. Si entonces hubiera prevalecido, seguro que sus años como joven madre y esposa no hubieran sido tan angustiosos.

Pero quedaba todavía la cuestión de los treinta años de diferencia de edad a la que tuvieron que hacer frente. Incluso sin los problemas médicos subyacentes de mi madre, habría seguido siendo un obstáculo difícil de superar. Puede que mi madre se enamorara a primera vista de mi padre en las playas de Tahití en 1967, y que él se quedara fascinado por su encanto y belleza cuando volvieron a coincidir unos años después, pero la realidad siempre encuentra el modo de abrirse camino a codazos en nuestras vidas. La verdad es que mi madre consideraba a veces a Pierre un anticuado. Si bien se había convertido en casi un icono del liberalismo progresista cuando se casó con mi madre, durante todo su matrimonio no consiguió escapar a la mentalidad tradicionalista que le habían inculcado de niño.

Mi madre, por otro lado, siempre estuvo un paso por delante. Su imagen más habitual era la de una jipi, liberada de la clase de restricciones que su marido consideraba consuetudinarias. No podía soportar la sensación de confinamiento, de ser un pájaro bien cuidado en la jaula dorada de 24 Sussex. «El resto del mundo consideraba a Pierre un hombre que hacía piruetas —escribió Margaret en su *Changing my mind*—. Pero lo que realmente hacía era trabajar, a todas horas. A menos de que se tratara de un evento oficial, nunca íbamos al ballet o al teatro. Para él, esa vida era perfecta... Para mí, no era suficiente; quería, necesitaba, jugar».

Hubo otras complicaciones, incluyendo diferencias religiosas. Mi padre era un católico devoto, mientras que mi madre —que había sido educada como anglicana— nunca ha sido excesivamente religiosa, aparte de cierto flirteo con el budismo en la

década de los sesenta. Así, nunca llegó a entender la actitud predominante de culpa que parecía pesar sobre mi padre cada vez que sentía que había fallado de algún modo, así como el grado de intrusión que practicaba la Iglesia, que la ofendía. «Incluso tus pensamientos pueden ser objeto de pecado y confesión», me comentó en cierto momento. Esta invasión de la esfera privada de nuestra mente en busca de «delitos de pensamiento», me dijo, tomando la expresión prestada de Orwell, le resultaba especialmente inquietante.

Hoy en día, desde mi punto de vista, la creencia común acerca de la ruptura matrimonial de mis padres no es más que una caricatura, porque mi padre no era simplemente el tradicionalista intransigente que parecía, ni mi madre era del todo el espíritu totalmente libre que sugerían sus acciones. Las cosas nunca son tan simples, sobre todo en una pareja tan compleja como la conformada por mis padres, y me siguen divirtiendo y exasperando a la vez quienes ven su relación —toda la pasión, triunfos, logros y tragedias— en blanco y negro, considerándola solo desde la perspectiva de una unión con defectos entre un hombre frío y distante y una joven desinhibida. Era eso y mucho más.

Mi madre se refería a menudo a mi padre como el «señor Spock». Cada vez que tenían una discusión, el planteamiento completamente racional de mi padre, aseguraba, era excesivamente vulcaniano. Cuando ella se ponía en plan emocional y ferviente, mi padre respondía con lógica y retórica de un modo que a ella le parecía condescendiente y anodino. Él, por supuesto, encontraba su comportamiento exasperante, cuando en realidad no era más que una petición de ayuda.

Mi madre creía que Pierre era un adicto al trabajo, un hombre cuya identidad parecía determinada por su dedicación a su país. En cierto modo, no hay duda de que así era. No obstante, su entrega a sus hijos era igualmente fuerte. Mi madre, por su parte, extrañaba el entorno sumamente social en el que había crecido como una de las cinco hijas de una gregaria y animada familia de la costa oeste. La casa de los Sinclair en West Vancouver había sido a lo largo de toda su infancia un eje social, donde amigos y familiares se dejaban caer para tomar una copa o una cena improvisada seguidas de horas de risas, de contar historias y de compartir recetas. Ella creció entre personas cuyo objetivo en la vida parecía ser cosechar tanta alegría como fuera posible, aprovechando el día del modo en que tanto condiciona la vida en el oeste.

Semejante estilo de vida resultó imposible en el 24 Sussex, una casa enorme y repleta de corrientes de aire a la que mi madre llamaba «la joya de la corona del sistema penitenciario federal». Otras veces, comparaba la residencia con un convento y a ella con una madre superiora que dirigía a siete empleadas frecuentemente solas que llevaban a cabo tareas de limpieza y culinarias, además de a una sucesión de maravillosas niñeras que la ayudaban en la crianza de mis hermanos y de mí. (Entre ellas, Diane Lavergne, Leslie Kimberley, Monica Mallon y la hermana de Leslie, Vicky, unas mujeres encantadoras que se ocupaban de nosotros con un cariño y una sensatez que siempre les

agradeceré).

Como aprendería por haber crecido en Ottawa, los líderes políticos y sus familias están rodeados de personas cuyo trabajo es hacer tu vida más fácil. Este es uno de los motivos por los que a veces los políticos acaban por creer que tienen derecho a ello. (Yo tampoco soy inmune. Una vez le di, sin darme cuenta, mi abrigo a un amigo en un acontecimiento social. Me lo echó por la cabeza un segundo después. Era un colega de verdad). Mis padres hicieron todo lo posible para evitar que mis hermanos y yo nos creyéramos con derecho a un trato especial asegurándose de que apreciáramos a todos los que nos rodeaban por ser verdaderos seres humanos.

A pesar de su resentimiento por las estrictas tradiciones que parecían dictar la vida en el 24 Sussex, mi madre valoraba muchos aspectos convencionales, incluso estereotipados, asociados por lo común a ser esposa y madre. Así, era una estupenda cocinera que con frecuencia hacía su propio pan y, a veces, incluso le gustaba realizar tareas domésticas como lavar la ropa o limpiar la casa. Más de una vez, si le daba por ahí, les decía a las empleadas domésticas del 24 Sussex que se tomaran el día libre y que ya haría ella sus tareas. «Soy alguien a quien le gusta cuidar de su nido», se describía a sí misma, al tiempo que se lamentaba de que existiesen pocos sitios en los que fuera más difícil y menos apropiado construir un nido que la residencia del primer ministro.

La vida de mi padre estaba estrictamente reglamentada y era casi monástica, ya que trabajaba de ocho y media de la mañana a seis de la tarde, hora a la que llegaba a casa para cenar y pasar un rato con sus hijos. El resto de la noche se encerraba en su despacho a revisar documentos del gobierno. Las salidas al teatro o al ballet, unos hábitos culturales muy enraizados en mi madre, fueron alargándose en el tiempo, hasta ser prácticamente inexistentes. Cuando salían, solían estar encorsetados en un protocolo y unas obligaciones formales que ahogaban gran parte del misterio y la alegría.

En una ocasión, poco después de mi nacimiento, mi madre llegó a estar tan desesperada que salió corriendo de la casa llevándome en el carrito y dejando atrás a sus guardaespaldas, simplemente para pasar algunas horas exenta de las restricciones impuestas por ser la mujer del primer ministro. Cuando Pierre se enteró, se puso furioso, si bien, al mismo tiempo, se llenó de preocupación. El comportamiento de mi madre ejemplificaba a la perfección el tipo de actitud espontánea, de espíritu libre y de «aprovechar el momento» que tanto le había atraído en un principio de Margaret. Sin embargo, la vida que llevaban en el 24 Sussex no permitía dicha clase de espontaneidad. Sin protección, la mujer y el hijo pequeño del primer ministro eran un blanco fácil para secuestradores, e incluso terroristas. Nací justo un año después de la Crisis de Octubre, cuando el Frente de Liberación del Quebec secuestró al agregado comercial británico James Cross y asesinó al ministro de Trabajo de Quebec Pierre Laporte. La ocurrencia de que alguien nos secuestrara no era del todo inconcebible.

Mis padres afrontaron el fracaso de su matrimonio de manera diferente. El efecto sobre mi madre fue centrífugo: el impacto emocional la llevó lejos y fuera, a otros países y otras personas. Mi padre, por el contrario, se volvió más introspectivo aún, aceptando a su manera jesuita que tener una unidad familiar normal no estaba hecho para él. En su lugar, centró su perfeccionismo monástico en su trabajo y en sus hijos.

En cuanto a mí, recuerdo los malos momentos como una sucesión de instantáneas emocionalmente dolorosas: yo entrando en la biblioteca del 24 Sussex y encontrarme a mi madre llorando, oírla hablar de marcharse mientras mi padre permanecía de pie frente a ella, rígido y pálido. Yo descubriendo que mi madre ya no se refería al 24 Sussex como su casa. Yo leyendo titulares en los periódicos sobre la separación de mis padres. Intentando afrontar la realidad y fracasando a menudo.

Muchos niños de padres divorciados dirán que se sintieron culpables por el final del matrimonio de sus padres, pues creyeron que fue culpa suya que estos no pudieran vivir juntos bajo el mismo techo. Creo que nunca me sentí culpable. Sabía, incluso entonces, que las exigencias impuestas por el tipo de vida que llevaban mis padres les afectaron mucho más que el ordinario estrés que conlleva la paternidad.

Lo que sentía en lugar de eso era una sensación de baja autoestima. Una parte de mí creía que yo debería haber sido razón suficiente para que ella se quedara. A veces, cuando los oía gritarse entre sí, me evadía tras las viñetas de un cómic de *Archie*. Soñaba con crecer en el mítico Riverdale, donde ningún padre se divorciaba y mi mayor problema sería elegir entre Betty y Verónica.

Fue durante este período cuando me entró el gusanillo de la lectura, un hábito que ha perdurado hasta mi vida adulta. Refugiarme en las páginas impresas era una de las pocas formas de que disponía para bloquear el oscuro drama del matrimonio de mis padres. Superé rápidamente a *Archie* y, antes de cumplir los diez años, ya había descubierto cómo viajar a Narnia, a reírme con el pequeño Nicolás, a explorar las islas mágicas de Le Guin y a robar faisanes con Danny, el campeón del mundo. Leía los libros tan rápido como podía en cuanto caían en mis manos.

A los trece años, hablé con mi madre y le dije que quería leer algo «adulto», a lo que me respondió alcanzándome una edición de bolsillo de *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell. Lo devoré, para disgusto de mi padre, mientras visitábamos la península de la Gaspesia con mis hermanos el verano que dejó la política. A partir de ese momento, los gustos literarios de mi juventud pueden describirse como eclécticos, ya que abarcaron todo el espectro literario. Era una esponja. Leía de todo, desde Tolkien a Tom Clancy, desde la condesa de Ségur a Jilly Cooper, desde *Arsène Lupin* de Maurice Leblanc a las ramplonas historietas *pulp* de ninjas de Eric Van Lustbader. Cuando mi abuela me regaló *El clan del oso cavernario* y *El valle de los caballos*, de Jean Auel, me sumergí en un mundo prehistórico de descubrimientos y aventuras. De ahí pasé a leer a los clásicos de la ciencia ficción y de espadas y brujerías que mis amigos me apremiaron a leer: Asimov, Bradbury, Heinlein y, por supuesto, la *Guía del autoestopista galáctico*,

cuyos párrafos iniciales me aprendí de memoria. Todos esos libros siguen junto a mí, esperando en las estanterías de mi biblioteca a que mis hijos tengan edad suficiente para aprender qué son los tesseractos, las tres leyes de la robótica y las cualidades únicas de la poesía vagona.

Como muchos lectores compulsivos, empecé a ver el mundo a través de la lente narrativa. Leer ficción te ayuda a ser consciente de que todos a tu alrededor son los héroes de su propia historia. Es el tipo de revelación que puede cambiar la visión que tiene un joven del mundo que le rodea en formas que no espera, abriéndole los ojos a una nueva conciencia de la humanidad. Así me afectó a mí.

En 1983, durante un viaje a Nueva Delhi para una reunión de Jefes de Gobierno de la Commonwealth, mi padre y yo nos detuvimos en Bangladesh con objeto de inspeccionar una presa que se estaba construyendo, en parte, con ayuda exterior canadiense. De vuelta en coche hacia el aeropuerto con la delegación canadiense, atravesamos Daca, la capital de Bangladesh, donde quedamos irremediamente paralizados por el tráfico. Yo iba en la parte de atrás de un coche gubernamental que estaba atrapado, como el resto de la comitiva, en una carretera principal a las afueras de una de las más grandes y bulliciosas ciudades de Asia. Todo y todos tenían que esperar a que el tráfico volviera a moverse. Miré por la ventanilla del automóvil y vi a un anciano que, montado en su bicicleta, esperaba a que la caravana siguiera adelante para atravesar la calle. Su rostro, surcado de arrugas, lucía la fatigada expresión de alguien resignado a este tipo de trastornos. Recuerdo haberlo observado durante aquellos segundos en que se cruzaron nuestros caminos, y sentir una extraña punzada al darme cuenta de que jamás conocería su historia: de dónde venía, a dónde se dirigía, cómo era su vida, con todos los acontecimientos, sueños y preocupaciones que hacían de él alguien tan importante y real como yo lo era para mí. Y de repente se me ocurrió que él y yo no éramos más que dos personas de entre los varios miles de millones que pueblan el planeta. Que todos nosotros merecíamos ser considerados individuos, y que cada uno tenía una historia que contar.

Supongo que no es raro que un chico de doce años tenga esta clase de epifanías. Puede que algunos las olviden al instante, mientras que otros reconozcan que su visión de la vida ha cambiado en unos minutos. Yo tuve esta última reacción. De todos los recuerdos duraderos que conservo de ese viaje, y de otros muchos increíbles que hice con mi padre, ese —vislumbrar la estrecha pero profunda brecha entre yo, producto de una infancia privilegiada, y aquel anciano cuya posesión más valiosa tal vez fuera su oxidada bicicleta, de la que se había visto obligado a bajarse— ha perdurado. No he vuelto a considerar mi vida y mis circunstancias del mismo modo desde entonces.

Durante este período también advertí la creciente diferencia entre mi personalidad y la de Sacha. Mi hermano era entonces, y lo es ahora, un fiel intelectual discípulo de mi padre; un hombre que raras veces leía una novela a menos que su autor fuera un famoso

filósofo francés. Mi padre incluso miraba por encima del hombro a clásicos como *El Señor de los Anillos*, de Tolkien. Tales obras eran, según sus propias palabras, «inferiores a la verdadera literatura». Los relatos de Alejandro Dumas y las historias de detectives de Arthur Conan Doyle eran lo más parecido a la ficción popular que alguna vez me sugirió que leyera. En una ocasión, cuando me recriminó que estuviera leyendo las aventuras de Tarzán, de Edgar Rice Burroughs, protesté alegando que ese libro era un clásico. Me replicó que era un clásico «de mierda».

Quizá fuera un acto de rebeldía, pero me negué a aceptar sus opiniones relativas a la literatura. Para mi mente adolescente, resultaba incomprensible que a alguien no le cautivaran las novelas de Stephen King. Sacha y mi padre discrepaban. Para ellos, obras como *Apocalipsis* y la novela corta *Rita Hayworth y la redención de Shawshank* eran catálogos de cosas que alguien había hecho y nada más. Cuando para su cumpleaños Sach les pedía libros a mis padres, elegía enciclopedias y atlas. Deberíamos haber tenido ya entonces una vaga sospecha de que llegaría a ser un director de documentales.

Sacha y yo discutíamos a menudo sobre el valor de diferentes clases de literatura, lo que me obligaba a articular qué era lo que me gustaba tanto de los libros de ficción. Estoy de acuerdo en que las enciclopedias podían enseñarme hechos, pero solo una gran historia podía transportarme a la mente de otras personas. Esos relatos me enseñaron que eran la empatía, el bien y el mal, el amor y la tristeza. Mis gustos cubrían géneros muy diferentes, pero los libros que más me gustaban eran aquellos que proponían la idea de que la gente común (por no hablar de los hobbits) nace con la capacidad de hacer cosas extraordinarias, incluso heroicas. La constatación me llegó como una especie de colofón a todo lo que me habían enseñado mis padres acerca de que había que mirar más allá de la riqueza y las apariencias, y apreciar el valor de cuantas personas conocía.

Se trata de una lección que sigue conmigo hasta el día de hoy. Ningún verdadero líder puede ver a las personas que le rodean como criaturas estáticas. Si no puedes apreciar el *potencial* que late en la gente de tu alrededor, es imposible incitarlos a emprender grandes cosas. Tal vez este sea uno de los motivos por los que, incluso ahora, siempre encuentro tiempo para leer una o dos novelas al mes, entre las montañas de trabajo serio y notas informativas. Tal vez los hechos alimenten el intelecto de un líder. Pero la literatura aviva el alma.

La salud mental de mi madre se fue deteriorando a medida que fui creciendo. Y hubo momentos en los que comencé a sentir que debía cuidar de ella, y no al revés.

Un día, algunos años después de que mi madre se hubiera ido de casa y estuviera saliendo con un buen tipo llamado Jimmy, se presentó en mi colegio cuando yo estaba en clase de gimnasia alegando que tenía que verme. En el pasillo de la escuela, me tomó por los hombros y a través de las lágrimas me dijo: «¡Jimmy me ha dejado! ¡Se ha ido! ¡Incluso se llevó su televisor!».

Hice lo que pude para consolarla, la abracé, le di unos golpecitos en la espalda y le dije que todo iba a salir bien, que las cosas mejorarían. Yo tenía once años de edad.

Hubo episodios dolorosos. Quería a mi madre tanto como cualquier niño, y verla sufrir era tan desolador como se pueden imaginar. Pero también fue iluminador. Me permitió darme cuenta de que ella y los padres en general son falibles, que los adultos no son perfectos. En nuestro interior seguimos siendo niños en muchos sentidos. Los miedos que experimentamos a una edad temprana pueden superarse con la edad y la madurez, pero siguen estando ahí, como esqueletos encerrados dentro de roperos. A lo largo de las peores fases de la enfermedad de mi madre, sus terrores y pesadillas eran en muchos aspectos semejantes a los de los niños. No creo que fuera tan diferente de otros adultos de su misma edad, solo que sus síntomas abrieron todas las puertas del ropero, permitiendo que escaparan los esqueletos y deambularan por su cabeza sin escolta.

Esta era otra asombrosa diferencia entre mis padres. El reto de mi madre consistía en lidiar con sus emociones, y yo me vi atrapado en ese proceso. El modo de afrontarlo de mi padre, que me alentó a practicar, tenía poco o nada que ver con las emociones. Era puramente intelectual. Este era el marco que utilizaba para sus propios problemas, abordarlos intelectualmente. En un momento dado, me dio a leer una edición del clásico de Alice Miller *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*.

Si no lo conoces, dicho libro examina a niños que dan pasos extraordinarios para adaptarse a la agonía emocional que experimentan. Hizo que reparara en que había lidiado con la separación de mis padres buscando su aprobación sin cesar. Había procurado formas de complacerlos siendo un buen hijo, con la esperanza de conseguir que las cosas fueran mejor. Por supuesto, no fue así.

En la versión de los acontecimientos de los tabloides, nuestra madre nos abandonó a Sacha, Michel y a mí para poder hacer de su vida una fiesta sin fin. La realidad, sin embargo, era mucho más complicada. Mi madre no desapareció de nuestras vidas por completo; más bien, estuvo entrando y saliendo de ellas durante un prolongado período. Pernoctaba a menudo en el 24 Sussex, durmiendo en su antiguo cuarto de costura.

Ambos compartíamos un estrecho vínculo madre-hijo, y yo apreciaba que me tratara de un modo especial; no porque yo fuera el primogénito, sino porque ella sentía que yo había heredado muchos rasgos de su personalidad, entre otros su entusiasmo por la aventura, su alegría y espontaneidad, su necesidad de conectar emocionalmente con las personas de su alrededor.

Siempre que me enteraba de que mi madre estaba de camino al 24 Sussex, apenas podía contener mi entusiasmo y empezaba a planear su bienvenida. Una vez decidí celebrar su llegada con un tema musical.

Me habían regalado un pequeño tocadiscos en el que me encantaba escuchar los éxitos del momento —siendo «el momento» los inicios de la década de los ochenta—,

*Bette Davis eyes* de Kim Carnes, *Private eyes* de Hall & Oates, *Queen of hearts* de Juice Newton y, sobre todo, la romántica balada *Open arms* de Journey. (No hace gracia: aquel álbum —*Rock '82*— era prácticamente la única música no infantil que tenía. Pero lo admito, la música infantil de Raffi ha envejecido mucho mejor). Había oído comentar a mi madre cuánto le gustaba la canción de Journey, por lo que decidí que aquella sería la banda sonora de su entrada en el 24 Sussex después de una ausencia especialmente larga.

Esperé a que llegara en su Volkswagen Golf I después de dejar preparado arriba, en mi habitación, mi ultradiminuto tocadiscos. Cuando abrió la puerta y entró en el vestíbulo, puse la canción a todo volumen y corrí a lo alto de las escaleras. «Escucha, mamá —le grité desde arriba—. ¡Nuestra canción!»

Se me quedó mirando, feliz de verme pero un poco confusa porque no podía oír la música. El volumen de mi tocadiscos era más o menos la mitad del de un *smartphone*. Recuerdo haberme sentido fatal, tan desesperado estaba de infundir un poco de magia en cada momento que pasábamos juntos como una familia.

De vez en cuando mi madre intentaba avivar la magia, con mayor o menor éxito. Siempre que iba a Nueva York, se acercaba a la juguetería FAO Schwarz, en la Quinta Avenida, y compraba montones de juguetes geniales para los tres. Y en julio de 1981 me llevó a Londres para participar en los festejos que acompañaron la boda del príncipe Carlos y lady Diana. Nos alojamos en el piso de su hermana, mi tía Betsy, que vivía en Londres con su marido. Todo fue muy especial, hasta cierto punto.

La noche en que Betsy y Robin me llevaron a Hyde Park para ver los fuegos artificiales junto a otros cientos de miles de personas, mi madre acudió a una fiesta repleta de famosos. Al día siguiente me habló de toda la gente con quien había estado aquella noche: el actor Christopher Reeve, que por aquel entonces protagonizaba las películas de Superman; varios miembros de los Monty Python; y, el más impresionante para mí, Robin Williams.

«Oh, te hubiera encantado —me dijo alegremente—, supongo que debería haberte llevado conmigo». Para ella, era un lamento despreocupado, pero yo, por otra parte, pasé gran parte de mi juventud pensando que podría haber conocido al extraterrestre Mork, del planeta Ork, si mi madre se hubiera acordado de llevarme.

Con el tiempo, mi madre encontró su nido: una modesta casa de ladrillos rojos en la calle Victoria, en Ottawa, un lugar al que podía llamar literalmente suyo ya que había pagado el enganche con los ingresos de su primer libro, *Beyond reason*. Sacha, Michel y yo nos quedábamos los fines de semana allí, y a veces pasábamos toda una semana. Libre del glamur y las restricciones del 24 Sussex, mi madre empezó a florecer, a revelar las mejores cualidades de su personalidad, su inteligencia y su creatividad. Mi padre reconoció que ella había encontrado su entorno natural cuando lo invitó a que pasara revista a la casa en persona. Al entrar y echar un vistazo alrededor, lo primero que soltó fue: «Margaret, tienes... una *casa*». Fue uno de esos raros momentos en los que mis padres tuvieron un instante de verdadero entendimiento entre sí.

Todo divorcio tiene sus víctimas cuando hay niños de por medio. Nuestros padres eran conscientes de ello y hay que reconocer que hicieron cuanto estuvo en sus manos para minimizar el dolor y la sensación de pérdida. Acordaron una forma muy laxa de custodia compartida, sin discutir jamás sobre la cantidad de tiempo que cada uno de ellos podía pasar con nosotros tres. Todo lo que tuviera que ver con Sacha, Michel y yo se hacía en defensa de nuestros intereses. Nuestra madre ha descrito su relación con nuestro padre diciendo: «No funcionamos como pareja, pero funcionamos maravillosamente bien como padres».

Gracias a sus esfuerzos en lo que respecta a nosotros, mis hermanos y yo nunca sentimos nostalgia, sin importar en qué casa estuviéramos. Eso sí, nuestra definición de «casa» comenzaba con dondequiera que estuviéramos en ese momento. Los tres nos movíamos como un paquete, ofreciéndonos compañía. Junto con el empeño de nuestros padres para facilitarnos las cosas, dada la situación, nos las arreglamos para crecer sin gran parte del trauma emocional que el divorcio puede infligir en los hijos. Siempre les estaré agradecido por ello.

Mi madre empezó a salir con un promotor inmobiliario llamado Fried Kemper, con quien se casó en 1984, el mismo año en que mi padre abandonó la política y nos trasladamos a Montreal. De camino al juzgado el día de su boda, mi madre y Fried fueron interceptados por el chofer de mi padre, que llevaba un gran ramo de flores, un gesto que mi madre apreció mucho.

(La única petición de mi padre fue que se casaran por lo civil: no quería que mi madre volviera a casarse por la iglesia. La ironía era que, a pesar de haber modernizado las leyes de divorcio canadienses en la década de 1960, su credo personal sostenía que «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Incluso llegó a disculparse una vez conmigo, años después, por no haber sido capaz de procurar a sus hijos una presencia materna en nuestra vida en Montreal: simplemente sentía que no podía volver a contraer nupcias. Naturalmente, yo le aseguré que a nosotros no nos importaba, pero la lección que me enseñó acerca de la diferencia entre fe privada y responsabilidad pública guiaría más tarde mi propio pensamiento sobre el liderazgo).

Mi madre y Fried tuvieron dos hijos, Kyle y Alicia. Nosotros tres interpretamos el papel de hermanos mayores a medida que crecían, divirtiéndonos muchísimo en la pequeña casa de ladrillos rojos de mi madre en la calle Victoria y sobre todo en la casa que la familia Kemper tenía en Newboro Lake, donde la vida parecía ser una larga fiesta en la costa. Recorrer el lago montados en una banana inflable, reunirnos en torno a una fogata para cantar juntos, jugar al escondite con linternas en el bosque solo era una parte de la diversión. Dado que era el mayor de todos, asumí el papel de consejero del campamento, encargándome de organizar actividades y vigilando a todos, sobre todo en el agua.

Por muy informal que fuera, esa experiencia fue mi primer contacto con lo que significa asumir el liderazgo y la gran satisfacción que procura transmitir conocimientos y

habilidades a otras personas. El origen de mi interés por la enseñanza y, en cierta medida, por la política se remonta a aquellos inolvidables y soleados días rebosantes de felicidad.

A ello también contribuyó que Fried compartiera el amor de mi padre por la naturaleza, y que fuera un hombre más joven y más acorde con el divertido carácter de mi madre. Dad era el que nos llevaba en largos viajes en piragua, enseñándonos el repaleo de salida o «J stroke», e instándonos a practicarlo hasta que lo hacíamos bien. Por si aún fuera poco, Fried tenía un Chevrolet El Camino, una combinación de coche deportivo y *pickup* que, como alguien describió alguna vez, podía utilizarse tanto para una cita caliente en el autocinema el fin de semana como para cargar maderos al lugar de trabajo el lunes. Mi padre jamás hubiera establecido algún tipo de relación con un coche como ese, pero fue el primer auto que conduje, a los quince años, por los caminos rurales cercanos a la casa de campo. Y Fried, además, también poseía una lancha de motor, no una piragua, y una escopeta que empleaba para controlar a los puercoespines y a otras indeseadas criaturas que asaltaban el jardín.

El contraste entre ambos hombres no suponía ningún problema para nosotros. De hecho, tal vez fuera una bendición. Con semejantes personalidades y hábitos opuestos, no había competencia entre ellos. Cuando estábamos en casa de mi madre y de Fried, mis hermanos y yo podíamos relajarnos viendo la televisión o jugando a videojuegos, así como permitirnos otras actividades que desagradaban a mi padre. La vida en la casa de campo y en la de la calle Victoria era muy distinta a la del 24 Sussex, pero igual de maravillosa. Jugábamos en la calle con los niños del vecindario y dormíamos todos juntos en literas en una misma habitación. Extrañábamos a nuestro padre, pero no las enormes estancias y otras comodidades de la residencia del primer ministro. Entre semana, cada mañana nos subíamos al autobús escolar, repleto de otros niños. Disfrutaba de cada minuto de nuestras visitas a nuestra madre, sobre todo los viajes en el ruidoso autobús escolar. Todo era completamente normal; siempre y cuando no miraras por la ventanilla de atrás y vieras el coche del equipo de seguridad de la Policía Montada siguiéndonos.

Si bien ahora recuerdo aquellos días con cariño, al voltear la vista atrás me doy cuenta de que estaba enojado. Después de todo, la mayoría de niños de padres divorciados pasan bastante tiempo irritados. Pero por aquel entonces, no teníamos una idea precisa de por lo que estaba pasando mi madre. Las palabras «bipolar» y «depresión» no significaban nada para mí, e incluso muchos adultos de nuestra familia estaban confundidos por la situación. Mi abuela Sinclair, por ejemplo, desaconsejaba a su hija que buscara ayuda psicológica porque, creía ella, «siempre culpan a la madre del paciente». Mi enojo apareció porque parecía que por mucho que me esforzara, no era suficiente para mantener a mi madre cerca de mí y feliz.

En los últimos años, a medida que mi madre ha tomado conciencia de sus problemas de salud mental, nos hemos unido a través de su presencia amorosa como abuela de mis hijos, y ahora todo ello es cosa del pasado. Hablamos. Nos reímos. Comemos juntos. Llevo a mi familia a pasar el fin de semana en su departamento de Montreal, y ella viene

a visitarnos a Ottawa. Es la relación que siempre he querido tener. Nunca podré reparar las cosas que estuvieron mal durante mi infancia. Pero en lo que respecta a pasar tiempo con la única madre que voy a tener, más vale tarde que nunca.

La cierto es que mi madre estaba muy enferma. Si su enfermedad hubiera sido física, todo el mundo —su familia y amigos incluidos— hubiera sido más empático con ella y comprensivo ante su enfermedad. Sufría un grave trastorno mental en una época en que ese tipo de cosas eran, en el mejor de los casos, muy poco conocidas. En el peor, se estigmatizaba la enfermedad mental y era considerada por muchos motivo de vergüenza.

Las cosas han cambiado, pero no lo suficiente ni lo suficientemente rápido. Sé, por ejemplo, lo que mis oponentes políticos intentan hacer cuando dicen que soy «el hijo de mi madre» más que de mi padre. Apelan a aquellos antiguos malentendidos y prejuicios sobre las enfermedades mentales. Como todo el mundo, me parezco a mis padres de diferentes maneras, y me siento inmensamente orgulloso de los dos. Estoy habituado a que personas amables compartan conmigo sus historias acerca de cómo mi padre les influyó o inspiró de algún modo, pero últimamente cada vez más gente se me acerca para decirme cosas parecidas sobre mi madre. Sé que su obra ha ayudado a muchas personas a aceptar su propia enfermedad o la de un ser querido, un amigo o un compañero de trabajo. Todavía queda mucho camino por recorrer, pero mi madre ha contribuido en gran medida a lograr que se entienda mucho mejor a las personas que sufren alguna enfermedad mental de lo que se le entendió a ella.

---

## Crecer en Montreal

Pasé mi infancia en Ottawa pero me hice adulto en Montreal. Mi padre, mis hermanos y yo dejamos la capital en 1984. Fue un año de cambios. Mi padre dio un largo paseo por la nieve y decidió retirarse de la política en cuanto se eligiera un nuevo líder del Partido Liberal. Dejé la seguridad de mis amigos y un entorno familiar por una nueva ciudad. Mi madre, que seguiría viviendo en Ottawa, estaba esperando otro bebé. Mi hermano Kyle nacería en noviembre.

Fue también un período de intensa actividad por parte de *les souverainistes* en Quebec, un estira y afloja entre la determinación y la desesperación. Unos años antes el referéndum que el Parti Québécois (PQ) había impulsado en busca de un estatus para iniciar la negociación de la independencia había sido rotundamente rechazado. En su discurso de derrota, el líder del PQ René Lévesque hizo un llamamiento a los soberanistas a que perseveraran *à la prochaine fois!* (hasta la próxima vez), desvelando que la cuestión seguía entre nosotros. Al año siguiente, el PQ ganó un mandato para gobernar Quebec con un mayor porcentaje del voto popular, confirmando de nuevo que el debate sobre la soberanía estaba muy vivo. Y en 1982, cuando mi padre logró repatriar la Constitución canadiense, el señor Lévesque se refirió a la consecución como «la noche de los cuchillos largos», negándose a respaldarla y declarando que las otras provincias, y por supuesto mi padre, habían traicionado al Quebec. En realidad, nadie traicionó al señor Lévesque, simplemente le ganaron la partida, pero esa no es historia para este libro. Mientras tanto, los anglófonos siguieron abandonando Quebec en tropel, y los derechos lingüísticos siguieron siendo un tema delicado para los partidarios de ambos bandos.

En Ottawa estábamos versados en estas cuestiones, influidos por los valores de mi padre y por sus firmes convicciones. Ahora nos íbamos a vivir a Montreal, la ciudad de mi padre, impresionados con el lugar. Llevaba toda mi vida hablando indistintamente ambos idiomas con mi familia, y con mi padre prácticamente solo francés. Me sentía muy a gusto con la fluidez de mi doble identidad francesa e inglesa en Ottawa. Con esta

base, comencé mis estudios en el Collège Jean-de-Brébeuf. Había sido el colegio de mi padre, famoso por su alto rendimiento académico, y aterricé en él en medio de los conflictos políticos. En su conjunto, las repentinas nuevas exigencias a mis habilidades académicas y el fuerte trasfondo lingüístico y cultural entre los estudiantes y el profesorado me proporcionaron una súbita nueva perspectiva sobre las cosas.

A mi padre le encantaba explicar la historia de cómo fue el anfitrión de su trigésima reunión de clase en Ottawa poco después de haber sido elegido primer ministro de Canadá. El país estaba en plena «trudeaumanía», y a medida que los antiguos estudiantes y docentes iban llegando, su orgullo de recibirlos en la puerta del 24 Sussex iba en aumento, sintiéndose sin duda como el último caso de éxito. Sonriendo a todos sus viejos amigos y maestros que entraban, divisó a su antiguo profesor de ciencia, que para entonces era un viejo jesuita arrugado en el ocaso de su carrera docente. Este se acercó a mi padre, lo miró de arriba abajo y dijo con total naturalidad: «¿Sabes, Trudeau?, sigo pensando que habrías tenido más éxito como físico».

Así eran las cosas en el Brébeuf. Lo teórico, en primer lugar; la política y todo lo demás, después. En la década de 1930, la única evaluación de un estudiante en el *cours classique* era qué puesto ocupaba uno en clase. ¿Eras el primero? ¿El décimo? ¿El decimotercero? Tenías que estar arriba si querías tener alguna posibilidad de alcanzar el éxito en esta vida. Tal vez, cuando a los trece años ingresé en la escuela, la cultura fuese menos severa, pero el Brébeuf seguía siendo un lugar al que los padres enviaban a sus hijos (no se permitían chicas hasta los grados superiores) para que adquirieran una rigurosa educación clásica. Antes incluso de entrar en el edificio principal, uno sabía que allí se trabajaba en serio. Con sus desorbitadas columnas jónicas y su arquitectura clásica en piedra, el Brébeuf parecía más un palacio de justicia que un colegio. Un enorme crucifijo de piedra sobre la entrada principal indicaba su origen jesuita, aunque el Brébeuf pasó a ser no confesional dos años después de mi llegada.

Me fue muy bien en los exámenes de admisión. Tan bien, de hecho, que algunos profesores del colegio predijeron que tal vez igualara el legendario récord de mi padre como el permanente mejor estudiante de la clase. Por desgracia, esta predicción resultó errónea. El único interrogante era si entraría en el Brébeuf en *1<sup>re</sup> secondaire* o en *2<sup>e</sup> secondaire*, que eran el equivalente a los grados 7 y 8. Dada mi fecha de nacimiento y las incongruencias entre los sistemas escolares de Ontario y de Quebec, no estaba claro cuál sería la elección más adecuada.

A pesar de la preocupación de mi padre de que pudiera aburrirme con el currículum de *1<sup>re</sup> secondaire*, insistí en empezar en ese nivel por dos razones. La primera: inscribirme en esa clase me permitía acceder a la rama de latín, lo que hubiera sido imposible si hubiera comenzado en un nivel superior. Puede que a la mayoría de la gente el latín no le parezca una gran atracción, pero para mí era la lengua de la historia y de la aventura. Debido a su educación en el Brébeuf, mi padre había hablado latín de manera fluida desde la adolescencia, y utilizó su fluidez para navegar por lejanos rincones del

mundo en su épica expedición de mochilero en la década de 1940. En Oriente Medio y en el sureste asiático, la mejor estrategia de mi padre para obtener información sobre dónde comer o dormir era encontrar la iglesia católica de la localidad y hablar —en latín— con el sacerdote.

La segunda, y más importante, razón para empezar en el Brébeuf en el grado de los más jóvenes era que sería parte de un entorno social nuevo. En el segundo año, ya habría amistades establecidas y grupos consolidados, y no me emocionaba precisamente iniciar mi experiencia en semejante entorno escolar tan intimidante como el nuevo, sobre todo con mi apellido. Así que comencé en *1<sup>re</sup> secondaire*, lo que explica por qué mi hermano Sacha y yo solo íbamos un curso separados a pesar de llevarnos dos años.

Los estudiantes que conocí durante las primeras semanas en el Brébeuf me hicieron un montón de preguntas que me desconcertaron. Muchas de ellas me revelaron lo poco que conocía la jerga quebequense, al haberme criado en la inmersión francesa en Ontario y con el francés tan formal que se hablaba en casa. Una de las primeras cosas que me preguntaron fue: «¿Eres un *bollé*?». La palabra se traduce más o menos como «cerebrito». Y algunos, al oír que hablaba inglés sin acento, me acusaron de ser un *bloke*, que en inglés significa «tipo», a lo que respondí simplemente encogiéndome de hombros, sin darme cuenta de que se trataba de un insulto. Después de varios días de mofas, sospecho que decidieron que era inmune a las ofensas o que yo también me estaba burlando de ellos al no reaccionar a sus burlas. Sin embargo, lo cierto es que apenas entendía ni sus insultos ni sus palabrotas y sencillamente no tenía ni la más mínima idea de qué responderles.

Al final entendí que, aunque Ottawa estaba a menos de dos horas en coche de Montreal, la brecha que separaba culturalmente a ambas ciudades se acercaba a un año luz.

Las cuestiones que exacerbaban a muchos de los estudiantes eran las mismas que había seguido con mi familia en Ottawa. Pero esta era la primera vez que estaba rodeado de gente que había estado viviendo a diario con el peso de estos asuntos, y me llevó un tiempo apreciar en su totalidad las actitudes que generaban.

A veces, en el colegio, las cosas adquirían un matiz personal. Algunos estudiantes intentaron molestarme y provocarme sacando trapos sucios sobre la separación de mis padres, algo que hacía ya tiempo era objeto de la prensa amarilla. De algún modo, me había mantenido aislado de todo ello en Ottawa, tanto porque estaba rodeado de un fantástico grupo de amigos que me conocían desde la guardería, como porque los niños de la escuela primaria no suelen ser tan crueles y vulgares como los mayores. En el mundo hobbesiano de la secundaria, algunos chicos creen que cualquier cosa y cualquier persona puede ser su coto privado. En una ocasión, uno de los mayores se me acercó y me colocó en las manos una célebre fotografía de mi madre que había aparecido en una revista para adultos.

Por difícil que pueda parecer, nunca había visto aquella imagen; ni siquiera sabía de

su existencia. Y obviamente aluciné. Supe que aquel era un momento crítico. Si actuaba con asombro o herido, se abriría la veda para meterse conmigo durante toda la secundaria. Todos sabrían que podían provocarme solo con restregarme por la cara el último chisme. De modo que simplemente hice un ademán de despedida con la mano y me largué, dejando al abusón insatisfecho, lo que hizo que se buscara un blanco más fácil.

En el Brébeuf aprendí a no proporcionar a la gente la respuesta emocional que busca cuando te ataca personalmente. Está de más decir que semejante habilidad me ha servido de mucho durante todos estos años.

Cuando la mayoría de padres canadienses piensan en escuelas privadas, tienden a imaginarse aulas pequeñas e íntimas supervisadas por profesores muy atentos versados en las últimas técnicas pedagógicas. El Brébeuf no era así. Estudiábamos en clases de treinta y seis alumnos, donde las mesas se amontonaban en cuadrículas de seis por seis, y el método de instrucción dominante se podría describir como «sabio en el escenario», esto es, el profesor explicaba y nosotros escribíamos lo que decía.

Mis años de secundaria son anteriores al movimiento de «autoestima» que ha sacudido a la profesión educativa en años recientes, en el que se dedica gran esfuerzo a ayudar a los alumnos a sentirse bien consigo mismos. De nuevo, eso no sucedía en el Brébeuf. De hecho, algunos de los profesores parecían estar decididos a echar por tierra nuestra autoestima y bajarnos los humos. En 4<sup>e</sup> *secondaire*, o grado 10, nuestro maestro de francés, el señor Daigneault, se quejaba de que en aquel momento los estudiantes carecían de cultura, añadiendo que esta era como la mermelada: cuanta menos tienes, más debes repartirla para untarla.

El curso del señor Daigneault rebasó el currículo estándar e incorporó el estudio de trece obras que alcanzaban el alto nivel de calidad que él exigía a la literatura clásica, entre las que se incluían *David Copperfield*, la *Iliada*, la *Odisea*, *Los miserables* y *Don Quijote*. En nuestra primera semana de clase, nos preguntó a gritos: «¿Quiénes eran las Termópilas? Vamos, ¿quién puede decírmelo? ¡No saben nada! ¿Quién puede decirme quiénes eran las Termópilas? ¡Atrévanselo!». Con cautela, eché una mirada a la clase. Todo el mundo miraba con incomodidad su pupitre, el suelo, cualquier cosa que no fuera él. Suspiré. Yo iba a ser ese chico. Despacio, levanté la mano.

«Termópilas no es una persona —respondí—. Termópilas es una cosa. Es el desfiladero donde el rey Leónidas y sus trescientos espartanos mantuvieron a raya a todo el ejército persa». El señor Daigneault asintió con la cabeza, frunció los labios y siguió con su bronca. Aquel día me las arreglé para que me felicitara a regañadientes, pero yo contaba con injusta ventaja por lo que se refería a esa clase de conocimientos, ya que mi padre había conseguido que nos interesáramos por los clásicos desde una edad muy temprana.

Años después, siendo profesor en la Columbia Británica, regresé al Brébeuf para hacer una visita a algunos de mis antiguos maestros, incluido el señor Daigneault. Mantuvimos una conversación fascinante sobre una conversión que había sufrido al final de su carrera: lejos de una pedagogía rígida, intelectual y dirigida por el profesor en la que él había sobresalido y que nos había impuesto, el viejo maestro había derivado hacia algo más parecido al moderno enfoque centrado en el estudiante en el que yo me había capacitado en la Costa Oeste. Por extraño que parezca, me vi asegurándole que el rigor y la excelencia que nos había exigido e impuesto habían hecho de él uno de los mejores profesores que he tenido nunca, y que su exigente método era una de las cosas que me esforzaba por inyectar en mi —un tanto diferente— entorno educativo.

Sin embargo, a pesar de la base que tenía desde pequeño en los clásicos, casi reproché el examen final del señor Daigneault. Cada alumno tenía que escoger una tarjeta al azar que determinaría sobre qué libro se le haría la prueba. Me tocó *Robinson Crusoe*. Recuerdo haber pensado que aquello sería pan comido. Había leído la obra de Defoe años atrás, como la mayoría de los libros del listado, y pensé que lo conocía lo suficientemente bien como para no tener que leerlo para el curso. Así que no lo leí, y, efectivamente, mi pereza juvenil se vio desenmascarada por el incisivo interrogatorio del profesor. Lo aprobé por los pelos.

Con los años, íbamos eligiendo materias que nos conducían a las ramas de letras o ciencias. Aunque siempre había imaginado que iría directamente a la facultad de Derecho después del CEGEP —el curso preuniversitario exclusivo del sistema educativo de Quebec—, quería dejar abiertas mis opciones, de modo que estudié por igual historia y física, lo cual era una combinación poco habitual. La física, en especial, me fascinaba —todavía me fascina—, la idea de una comprensión fundamental, primaria, de la energía y la materia, y cómo ambas interactúan, me atraía sobremanera.

Algunas de las tareas que realizábamos en el Brébeuf se adecuaban considerablemente a la política del momento. Un semestre celebramos un debate sobre el futuro de Quebec. La resolución recogía soberanía contra federalismo, y el profesor pensó que sería graciosísimo que el joven Trudeau defendiera el separatismo. Del mismo modo, Christian, el más inteligente independentista de la clase, defendería la causa federalista. Improvisé una posición basándome en argumentos que había oído a otros a lo largo del tiempo, pero sabía que sería difícil argumentar contra mis propias convicciones. Hice lo que pude, pero, al final, advertí que el ejercicio había sido un éxito solo por el hecho de haber ilustrado para mí una verdad sobre mí mismo: no puedo argumentar convincentemente a favor de algo si mi corazón no está en ello. Y mi corazón siempre ha estado con Canadá.

En el debate de la clase, los soberanistas sostuvieron que la independencia era necesaria para que Quebec alcanzara su potencial y lograra la posición y la dignidad a la que tenía derecho. Teniendo en cuenta que el hijo de un orgulloso quebequés francófono había sido primer ministro de Canadá durante más de quince años, y que otro

quebequés, Brian Mulroney, era nuestro actual primer ministro, me desconcertó ver cómo la provincia estaba siendo engañada. No veía conflicto alguno entre ser un orgulloso canadiense y un orgulloso quebequés. De hecho, lo único que podía percibir eran las cosas a las que tendría que renunciar Quebec si actuaba por su cuenta, desde las Montañas Rocosas al Sendero de Cabot. Por no hablar de que se despediría de los más del millón de francófonos que viven en New Brunswick, el norte de Ontario, el sur de Manitoba, y cientos de comunidades en otros lugares de Canadá. Los convincentes argumentos económicos en contra de fracturar Canadá en un momento en que el mundo se estaba moviendo hacia un comercio más libre y una creciente permeabilidad de las fronteras cerraba el tema para mí. ¿Dónde estaban los beneficios? ¿Cuáles serían las ventajas? Como no veía ninguna, todos los argumentos esgrimidos a favor de la soberanía me parecían débiles en extremo.

Y sobre todo, incluso desde la perspectiva de proteger el idioma y la cultura franceses, siempre creí que, en vez de construir muros para mantener todo fuera de ellos, era mucho mejor abrirse, compartir e irradiar hacia fuera para reforzar nuestra identidad.

La lógica, sin embargo, no se aplicaba. Estábamos en la década de 1980, después de todo, y entre los jóvenes quebequenses estaba de moda posar como militantes separatistas, aunque esas simpatías no se limitaban a los estudiantes. Los *indépendantistes* representaban probablemente la mayoría del cuerpo docente en el Brébeuf. En su haber hay que decir que estos profesores evitaban utilizar su posición para adoctrinarnos en alguna ideología en concreto, a excepción de un profesor de historia llamado André Champagne, que hizo todo lo que pudo para convencernos de que era comunista. Incluso tenía un busto de Lenin en un rincón del aula y ensalzaba las virtudes de la URSS. No obstante, cuanto más sondeabas sus creencias, más claro quedaba que era una mera pose. El señor Champagne no era un soñador salido de la década de 1930 que abogara por un paraíso para los trabajadores. Más bien era un inconformista, alguien al que le gustaba desafiar las nociones más arraigadas sostenidas por los estudiantes burgueses que pasaban por su clase. Su objetivo era estimularnos, hacer que examináramos y justificáramos lo que dábamos por sentado en nuestro mundo capitalista.

Al igual que el resto del profesorado del Brébeuf, el señor Champagne prestaba generalmente más atención al estilo de enseñanza formal que defendía el colegio, pero había ocasiones en las que le divertía enzarzarse en un apasionado duelo verbal con sus alumnos. También tenía la costumbre de lanzarnos borradores de manera amistosa si veía que nos estábamos quedando dormidos, un truco que tomaría prestado cuando años más tarde también yo me convertí en profesor. André Champagne nunca me convenció para que me hiciera socialista, pero consiguió que abriera mi mente a estrategias eficaces para desafiar a mis propios estudiantes sobre lo que pensaban que creían.

Durante mis años en el Brébeuf empecé a pensar en el lenguaje de manera distinta. Para los soberanistas, el idioma era una importante cuestión política, así como un medio de comunicación. Eras anglófono o francófono, y cada etiqueta te alineaba con distintos valores culturales y puede que con diferentes objetivos para Quebec. Hasta entonces no había pensado en mí mismo como francófono o anglófono; simplemente, en mi entorno bilingüe en Ottawa no me había parecido necesario definirme de un modo u otro.

En el Brébeuf, y en Quebec en general, el contexto ambiental me obligó a estar atento al idioma en que elegía hablar, dependiendo de con quién estuviera hablando y de cuál fuera el tema. Con esta nueva toma de conciencia empecé a vigilar las palabras que aparecían en mis pensamientos y en mis sueños, dudando a veces de mí mismo mientras hablaba. ¿Eran en francés las palabras? ¿Debería haberlas dicho en inglés? Decisiones que una vez había tomado sin pensar estaban empezando a ser conscientes de forma deliberada.

Me ubicaron en los primeros puestos de nuestras clases diarias de inglés, junto con casi todos los demás estudiantes que procedían de una familia en la que alguno de los padres era hablante nativo de inglés. A ojos de algunos, esto nos convertía en «anglos». No importaba que fuéramos igual de fluidos lingüísticamente en francés o que procediéramos de una familia en parte francófona: si hablabas inglés bien y sin acento, muchos chicos del Brébeuf te consideraban un «anglo».

Tenía una afinidad natural con los estudiantes bilingües, así que no es ninguna coincidencia que muchos de mis mejores amigos estuvieran entre los de este grupo. Para ellos, el prestigio de mi apellido desapareció en seguida. Pronto no fui más que Justin, un colega de clase. Décadas después, estos mismos amigos son los que me dicen las verdades directamente y sin adornos. Son las personas con las que puedo contar al cien por ciento de que me avisarán cuando estoy haciendo el idiota. Todos necesitamos colegas así.

Cuando rondaba los diecisiete años, salimos juntos a cenar una de nuestras primeras elegantes comidas en un restaurante de lujo en el centro de Montreal. Como la mayoría de cosas que hacen los chicos de diecisiete años, esta salida se organizó para impresionar a las chicas. Pedí *canard au vinaigre de framboise* y di un espectáculo al inhalar profundamente a la vez que profería las palabras al mesero. Hasta la fecha, aquellos amigos todavía hablan de que «hay que sacarle el pato a patadas a Justin» si parece que voy a dejar que las cosas se me suban a la cabeza. Es un excelente baño de realidad. En los años que siguieron, tanto si era estudiante o profesor, consejero de campamento o líder del partido, estos buenos amigos siempre me han tratado del mismo modo. Para ellos soy, y siempre seré, «simplemente Justin».

Siempre he amado ambos idiomas, pero llegué a darme cuenta de lo diferentes que son, no solo en la forma en la que permiten a una persona expresar sus pensamientos, sino también en la manera de orientar la elaboración de estos. Por ejemplo, la gramática francesa exige que sepas cómo va a terminar tu frase antes de empezar a hablar o

escribir, lo que impone cierto rigor en tu expresión. Si tu oración empieza así, debe terminar así. Este es el motivo por el que tantos intelectuales franceses parecen canalizar su Proust interior incluso cuando se están dirigiendo de forma distendida a un gran público en televisión.

Por el contrario, siempre he considerado que la gramática del inglés te permite llegar prácticamente a cualquier conclusión, sin importar cómo uno empiece la frase. A mitad de la misma, puedes cambiar la dirección de tu idea sin romper demasiadas normas. En inglés puede darse cierto desorden casi inexistente en un correcto francés, donde la complejidad de la concordancia entre palabras y en el interior de las oraciones exige una atención constante. Puede que esto explique por qué mi padre, que nunca ha sido persona de andarse con rodeos sobre estas cuestiones, me dijo que me encontraba menos convincente en inglés que en francés. Muchos años más tarde me acordé de su comentario cuando participé en un debate que la McGill Debating Union celebró en francés. Mis amigos me dijeron después que era mucho mejor debatiendo en francés que en inglés, lo que, viniendo de anglófonos, me tomé como un cumplido ambiguo.

Como muchos hablantes bilingües, a veces acciono un interruptor interior que me lleva de una lengua a otra de un modo aparentemente arbitrario. Por ejemplo, las matemáticas las hago solo en francés, porque durante toda mi vida ese fue el idioma de las clases de matemáticas. Cuando enseñaba francés en el Oeste y afrontaba los desafíos relacionados con el hecho de conseguir que unos adolescentes de Vancouver se interesaran por estudiar un idioma que parecía tan alejado de sus vidas diarias, solía destacar los aspectos más románticos del francés. Cuando le explicas a alguien que lo extrañas, se dice: «*Tu me manques*». De modo que «tú» es el sujeto de la oración, a diferencia de su equivalente inglés: «*I miss you*», en el que todo gira en torno a mí. Puede parecer una diferencia sutil, pero los adolescentes —repletos de hormonas— seguro que lo captaron.

Mi teoría sobre el idioma del amor no sirvió de mucho para que consiguiera una novia durante mis primeros años en el Brébeuf. Por lo que a esta área respecta, tuve en gran medida un desarrollo tardío.

Me trasladé a Montreal justo cuando la adolescencia comenzaba a asomar y, de repente, allí estaba yo, en una ciudad donde no conocía a ninguna chica, asistiendo a un colegio solo de chicos. Cuando por fin nos presentaron a chicas de cursos superiores, resultó evidente que las costumbres sociales que me habían hecho ser popular con las niñas de diez años en Ottawa se consideraban espectacularmente pasadas de moda por las chicas de dieciséis.

Brébeuf era un colegio masculino hasta *5<sup>e</sup> secondaire*, o 1.º de bachillerato; a partir de entonces, se admitían chicas. Prácticamente de la noche a la mañana sesenta chicas eran arrojadas a una clase de ciento cuarenta chicos. En el momento en que se introdujo

la normativa, esto pudo haber parecido una buena y progresista idea. Sin embargo, por dentro, fue más bien un experimento sociológico llevado a cabo por investigadores con la intención de estudiar las costumbres y las estrategias de promoción entre coetáneos adolescentes. Recuerdo a una chica llamada Geneviève, a quien había conocido cuando estudiaba en el Lycée Claudel, una escuela francesa a la que acudí brevemente en Ottawa. Entonces habíamos trabado amistad; no había sido una novia, pero desde luego sí era una chica que era una amiga. Aunque solo habían pasado cuatro años desde la última vez que nos habíamos visto, aquellos años de los doce a los dieciséis marcaron lo que probablemente fue el período más significativo en nuestras jóvenes vidas de desarrollo de la personalidad y de madurez. Mientras me dirigía hacia ella me di cuenta de que había perdido toda capacidad para interactuar con chicas. La posibilidad de abrir la boca me parecía de repente aterradora. No tenía «rollo». Tampoco le causé muy buena impresión, por lo menos ninguna que pudiera considerarse positiva.

Decidí que lo que necesitaba era una forma única de establecer una identidad social en este nuevo e incierto entorno. Algo que me permitiera sobresalir y mostrar que me negaba a seguir a la multitud. Cualquier multitud. Ello me llevó a lucir unos tirantes superverdes con *jeans* y corbatas muy rosas. No fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Mi intención era dar con una pose irónica, pero nunca lo logré. Como también me apasionaba la teatralidad friqui, en algunas ocasiones me acompañaba de varias pelotas para ejecutar juegos malabares, o de un kit de magia, o incluso alguna vez de mi monociclo para montar espectáculos para mis amigos. (Sí, tenía un monociclo). En aquella época, todo eso me parecía genial. En retrospectiva, no tanto.

Tampoco ayudó que me brotara un acné terrible, algo que mi padre también había sufrido durante sus embarazosos años de adolescencia. En unos meses pasé de ser —o de intentar ser— desinhibido a estar terriblemente acomplexado. El problema en la piel era tan severo que me prescribieron Accutane, un medicamento utilizado estrictamente para el acné de moderado a grave. Mi padre, cuya estoica naturaleza le impedía ingerir ni siquiera una aspirina en aquellos días, se opuso a que lo tomara. Lo que condujo a una nueva discusión entre mis padres. Al final, fue mi madre quien ganó, y me alegro de que así fuera. Tuve que tomar el doble del tratamiento normal, pero a la larga el remedio funcionó.

Si ahora recibo cumplidos por mi apariencia, aprecio las amables palabras, pero siempre tengo la vaga sensación de que la gente está siendo simplemente educada. Es un vestigio de aquellos años de adolescencia en el Brébeuf, y sospecho que es algo muy común entre quienes tuvimos dificultades con nuestro aspecto durante la adolescencia.

Hasta el día en que las chicas fueron introducidas en la ecuación, los chicos del Brébeuf que se granjeaban mayor respeto entre sus compañeros eran los que destacaban en algún deporte o en los estudios. Esto hacía que el capitán del equipo de hockey estuviera más o menos en pie de igualdad con el chico más listo de la clase. Sin embargo, con las chicas de por medio, las reglas del juego eran totalmente distintas. Olvídate de tus

logros académicos. Ahora se daba mucha más importancia a la destreza atlética, las habilidades sociales y las capacidades cómicas. Los chicos que habían ganado puntos con sus cerebros quedaban al margen.

Junto con este cambio de estatus se produjo un movimiento de los chicos del Brébeuf tendente a incorporarse a diferentes grupos. Algunos se identificaban con el club de ajedrez, otros se consideraban deportistas, algunos eran los interesantes del *jet set*, etcétera. Mi grupo estaba integrado por los chicos bilingües con los que había hecho buenas migas durante el primer año en el colegio. Mis otras cualidades me permitían un acceso limitado en algunos grupos. Era lo bastante atlético para conectar fuera del campo con los deportistas, y contaba con un cerebro lo bastante grande para pasar el rato como un *bollé* ocasional. Asimismo, había viajado lo suficiente para relacionarme con los que esquiaban en Europa. Pero mi grupo básico de amigos —Marc Miller, Ian Rae, Mathieu Walker, Greg Ohayon, Allen Steverman, Navid Legendre— son los mismos desde mis primeros años en el Brébeuf.

No había ningún líder dentro del grupo —no éramos más que un grupo de personalidades complementarias—, aunque yo solía proponer y desarrollar algún plan para un proyecto u otro. Organicé un grupo de música para competir en un concurso de talentos en el Brébeuf. Los guié de aventuras por edificios abandonados, y una vez llegué a conducir al grupo a una expedición hasta el sistema de drenaje para tormentas de Ottawa. De aquella pandilla de fuertes individualidades aprendí que los momentos de liderazgo se ganan mediante la habilidad y las buenas ideas, y que raras veces se otorga la autoridad a nadie.

Gran parte de nuestra vida social transcurrió en la casa de Mathieu Walker, en la avenida Marlowe, en el barrio Notre-Dame-de-Grâce, en Montreal. A los padres de Matt no parecía molestarles tener a un montón de adolescentes en casa. Además, su casa solía estar bien surtida de comida basura, lo que la hacía aún más interesante. (Resulta irónico que Mathieu sea ahora cardiólogo). En años posteriores, la casa de Mathieu pasó a ser nuestra base de operaciones para nuestras incursiones en la vida nocturna de Montreal.

Siempre cabía la posibilidad de invitarlos a mi casa, aunque mi padre casi nunca me alentaba a ello. El asunto, la verdad, tampoco resultaba demasiado atrayente. Nuestra casa en la avenida Des Pins era un enorme edificio *art déco* que reseguía la ladera de la montaña desde la entrada del primer piso. Directamente bajo el mismo quedaba el piso de mi padre —una zona prohibida para todo el mundo, excepto para él—, donde estaban su habitación, su estudio, la biblioteca y un largo pasillo atestado de fotografías y de otros recuerdos de líderes mundiales. Debajo estaba nuestro piso, y luego un sótano con un pasaje subterráneo que conducía a la piscina y a un anexo. Sumado a la atmósfera no muy agradable para niños, mi padre imponía normas sobre el idioma que debía hablarse en cada piso. Por ejemplo, en el piso superior solo se podía hablar francés. De modo que

si nos escuchaba, a mis amigos y a mí, hablando en inglés allí en la cocina o en el comedor, podíamos esperar una reprimenda. Después de vivir toda mi vida con semejante disciplina arbitraria, aquello no me parecía raro. Pero a mis amigos sí les extrañaba mucho.

En nuestro piso, Sacha, Michel y yo disponíamos de habitaciones separadas y una sala de estar. Siempre había mucho ruido en este piso de la casa, lleno de bromas, payasadas, desavenencias fraternales y un montón de risas; básicamente, chicos siendo chicos. En la misma medida en que nos estábamos transformando en personas diferentes, nuestro vínculo era sólido, y nos apoyamos mutuamente a lo largo de aquellos años de adolescencia. Pero eso no hizo que mis amigos dejaran de sorprenderse por lo que ocurría en la sala común. Esta estaba repleta de sofás bajos y de colchonetas que nuestro padre había comprado para alentar nuestro pasatiempo preferido: jugar a peleas. Habíamos crecido practicando judo, de modo que estábamos acostumbrados a luchar. Con el tiempo, nos hicimos con unos palos y espadas de madera y nos enfrentábamos entre nosotros de un modo más o menos controlado. No había muchas normas, excepto la de que estaba prohibido pegar puñetazos en la cara y no se podía morder, así como que había que parar si alguien salía herido. La primera vez que mis amigos nos vieron luchar se quedaron pasmados con la intensidad de nuestros combates. Como ya he mencionado, habíamos llegado a un punto en la vida en que era evidente que Sacha, Michel y yo teníamos personalidades muy diferentes y, a veces, contrapuestas. Pelearnos entre nosotros siempre fue nuestro modo de superar la dura justicia de la habitación de niños.

Hubo ocasiones en que nuestras discusiones se nos fueron de las manos. Recuerdo una vez en la que condujimos el Volvo de mi padre hasta la casa de campo de mi madre en el lago Newboro, conmigo al volante. Tenía unos dieciocho años, Sacha dieciséis y Michel catorce. Por alguna extraña razón, empezamos a discutir con furia acerca de quién controlaba las ventanillas del coche. Era el tipo de cosas por las que solo los adolescentes podían enojarse, pero la discusión se acaloró tanto que me detuve a un lado de la carretera y los tres salimos del auto para enzarzarnos en una pelea de verdad; nada de juegos. Michel y Sacha se aliaron para inmovilizarme contra el suelo, hubo un reguero de quejas e insultos, y al final nos calmamos lo suficiente para subirnos de nuevo en el Volvo y tolerarnos durante el resto del viaje.

Cuando regresamos a Montreal y nuestro padre se enteró del incidente, nos leyó la cartilla: «Pase lo que pase, los tres tienen que permanecer unidos», nos dijo, añadiendo que no iba a permitir que algo así se repitiera en el futuro. Por él, hicimos todo lo posible para evitar otra pelea en el acotamiento de una carretera.

Solo ahora que tengo hijos soy consciente de lo doloroso que es para un padre ver a su prole pelearse entre sí, y por qué se enojó tanto con nuestra escaramuza.

Llevé mi pasión por el deporte al Brébeuf, en donde jugué al *lacrosse* y algunos partidos de fútbol americano de contacto. Incluso durante una breve etapa formé parte del equipo de gimnasia artística. Aun así, en el Brébeuf, como en Canadá en general, el hockey era el rey. Podría pensarse que mi padre, el arquetípico canadiense amante de la naturaleza, nos animaría a ponernos protectores y a asir un palo de hockey ya en la guardería. Pero no fue así. Desde el principio, había hecho hincapié en la importancia de ponernos a prueba de forma individual, de ver cuánto podíamos hacer y lo lejos que podíamos llegar por nuestra cuenta, sin contar con que otras personas fueran a ayudarnos. También decidió que no iba a pasarse sus primeras horas de la mañana tiritando en una pista de hielo mientras observaba a un grupo de enanos jugadores yendo arriba y abajo. Así, si bien muchas de las familias de mis amigos elegían el hockey, nosotros nos decantamos por el campo traviesa y por el esquí alpino conforme a los deseos de mi padre, y porque eran deportes que podíamos hacer en familia al aire libre.

Sospecho también que las normas un tanto arbitrarias del hockey y de otros deportes crispaban su sensibilidad universalista. Para él era más importante, como hombre amante de la naturaleza, seguir las inmutables reglas de esta en lugar de las impuestas por un hombre con un silbato y una camiseta a rayas. Aprendimos a patinar sobre hielo en el canal Rideau, pero sin perseguir un disco con un palo de hockey.

Las cosas empeoraron cuando aparecí en el colegio con mi equipo de hockey. Tener el palo de la marca adecuada —o moderno— era algo esencial para ser *cool* entre los estudiantes canadienses de secundaria. Esperaba que mi padre me llevara a una tienda de deportes donde poder comprar la marca que garantizara mi admisión en el grupo, donde no llegaba mi aptitud para jugar al hockey. En su lugar, me condujo al desván de casa, de donde sacó una extraña pieza de madera que le habían regalado en una visita de Estado a Checoslovaquia varios años antes. Me aseguró que se trataba de un palo de hockey, y que era uno de muy buena calidad. Tuve mis dudas. No recuerdo la marca, solo que el nombre era impronunciable e incluía una amplia variedad de extraños acentos sobre las letras. Decididamente, aquello no iba a hacer de mí alguien *cool*.

Sobre la pista de hielo me sentía como en la historia de Roch Carrier «El suéter». En vez de lucir la camiseta equivocada, blandía el palo equivocado. Mis amigos echaron una ojeada al palo y supieron de inmediato que no iba a conseguir formar parte del equipo del colegio.

Me beneficié sobremanera de la rigurosidad y las exigencias del currículum del Brébeuf, así como del entorno en el que me crié. Sin embargo, a pesar de la excelente educación, como muchos adolescentes, me apliqué de manera irregular. Trabajaba duro en las clases que me gustaban, y seguía en piloto automático las asignaturas que no me atraían. Cuando me aburría, abría una novela sobre mi regazo y escapaba del tedio de la clase. Siempre tuve confianza en que acabaría sacando una calificación decente en el examen,

y por lo general así era. Pero cumplía sin esforzarme. Mis profesores y yo lo sabíamos.

Un día, mi profesora de matemáticas decidió que ya era suficiente. Tras ver cómo me dejaba llevar por un rendimiento poco entusiasta en una serie de tareas, me hizo ir a su despacho y se sentó conmigo para mantener una conversación seria. «Justin —dijo—, te he visto serpentear por cada clase de esta escuela. Eres lo bastante listo para sacarlas adelante. Pero no pones el suficiente tesón en tus estudios».

Empecé a desconectar. Había oído variantes del mismo discurso varias veces, de modo que las palabras no me causaron gran impresión. Entonces soltó la bomba.

«¿Sabes qué creo? —Hizo una pausa, pues sabía que sus siguientes palabras escocerían—. Creo que piensas que no tienes que trabajar duro por ser el hijo de tu padre».

Tenía quince años, estaba en noveno grado y era la primera vez que alguien me decía algo semejante. Estoy seguro de que algunos profesores lo habían pensado y habían rondado el asunto cuando me llamaron la atención por ser un vago. Pero nadie me había acusado a las claras de intentar pasar el colegio sin esfuerzo debido a mi apellido. Muy enojado, solté: «No diga tonterías».

Nuestro padre siempre había tenido cuidado de inculcarnos el principio de que el apellido Trudeau no era una divisa para gastar, sino un distintivo de responsabilidad que cumplir. Si mi profesora me hubiera acusado de desacreditar el apellido Trudeau, puede que lo hubiera aceptado como una reclamación razonable. Mi padre ya me había advertido varias veces que estaba decepcionado con el promedio de mi rendimiento académico en el Brébeuf. Pero sugerir que yo esperaba un trato especial por quién era mi padre, no era sino un error.

No obstante, cuantas más vueltas le daba a su comentario, más claro veía que sus palabras eran significativas, aunque no estuviera en absoluto de acuerdo con la premisa. Me hicieron entender que, aunque no intentara sacar provecho de mi apellido, era normal que la gente sospechara que sí lo hacía. Mi profesora había manifestado una presunción que sabía que no podía ignorar si no intentaba al menos desarrollar todo mi potencial.

Acabé graduándome en el Brébeuf y haciendo dos carreras universitarias. Durante gran parte de este período, mi falta de consistencia académica fue motivo de preocupación no solo para mis profesores, sino también para mí mismo. Con el tiempo llegué a comprender que el problema radicaba en algo más serio que en un episodio temporal de pereza adolescente. Cuando de manera bastante intencional reprobé psicología experimental (el curso parecía hacer hincapié casi en su totalidad en cómo crear correctamente informes de laboratorio), supe que tenía problemas con los que debía lidiar.

No se trataba de un déficit de atención, porque era más que capaz de mantener la concentración cuando quería. De hecho, podía entusiasmarme tanto con las clases de las que disfrutaba que a menudo acababa por convertirme en una especie de ayudante informal del profesor, echando una mano a otros estudiantes para solventar sus

dificultades de aprendizaje.

Suspender la asignatura de psicología experimental conllevó mantener una conversación íntima con mi padre en su estudio de la avenida Des Pins. Sucedió algo extraordinario: fui consciente, y así se lo anuncié a mi padre, de que no era como él. Durante toda mi infancia mi padre había sido mi héroe, mi modelo, mi guía, mi manual de instrucciones para vivir. Sin embargo, cuando, con el propósito de servirme de ayuda, me mostró sus calificaciones de cuando había estudiado en el Brébeuf en la década de 1930, en las que aparecía una línea recta llena de A de arriba abajo, supe que éramos dos personas radicalmente distintas, con una actitud ante la vida muy diferente.

Él se sentía orgulloso de la aprobación, del reconocimiento; lo motivaba mostrar lo inteligente que era, y trabajó con diligencia en ello. Yo, en cambio, siempre me he dicho que si trabajaba duro, sería para una causa mayor que la de obtener una buena calificación en un papel o aplausos de la autoridad. Me negaba a tener que pasar por el aro porque sí y me molestaba competir de modo artificioso.

No obstante, al mismo tiempo, también era consciente de que me enfrentaba a un verdadero desafío: estaba atascado a causa de una forma ligeramente paralizante de perfeccionismo, como en el dicho «lo perfecto es enemigo de lo bueno». Un ligero pánico se apoderaba de mí cada vez que me sentaba frente a una hoja en blanco, preparándome para comenzar alguna tarea. Embarcarme en un ensayo que sabía que nunca estaría a la altura de las expectativas de los demás (no digamos las mías), me anegaba de ansiedad. Lo que a su vez creaba una suerte de mecanismo de defensa inconsciente que funcionaba del siguiente modo: si decido no poner todo mi empeño en un proyecto determinado, no puedo ser juzgado de forma negativa en función del resultado. Mi padre luchó por conseguir grandes logros, y los alcanzó. Yo decidí no esforzarme tanto, ni de cerca; así que ¿por qué le iba a sorprender a nadie que mis calificaciones no fueran tan buenas como las suyas?

Reprobar en psicología experimental acabó con toda esperanza de estudiar Derecho en la Universidad McGill directamente después del CEGEP, que era lo que hacían los mejores y más inteligentes alumnos. Había saboteado esa vía, quizá como modo de obligarme —y obligar a mi padre— a aceptar que nunca sería el sobresaliente académico que era él. Aquel no era mi camino.

Sabía que era más que capaz. Cada vez que me lo jugaba todo a un único examen estandarizado, como los que hacían en el Brébeuf a los nuevos candidatos, obtenía unos resultados buenísimos. Pasé los exámenes de selectividad con tan buena calificación que estaba dentro del 5 por ciento de los mejores. Bastaba para que pudiera estudiar humanidades en la Universidad McGill, a pesar de mis erráticas calificaciones. Unos años después, sobre todo por curiosidad, me presenté a la prueba de admisión de la facultad de Derecho, y la superé con un 98 por ciento de aciertos. Sabía que era inteligente: solo tenía que encontrar mi propio camino. Motivo por el cual elegí estudiar literatura. Aplicaría mi inteligencia en algo que me apasionaba de verdad —la lectura— y que,

además, me proporcionaría algo de tiempo y herramientas para comprenderme mejor.

Cuando en otoño de 1991 inicié mis estudios en la Universidad McGill, mis amigos del Brébeuf siguieron ocupando un lugar central en mi vida social, aunque me las arreglé para hacer nuevas amistades en el campus, uno de los cuales continúa siendo especialmente importante para mí al día de hoy.

Solo llevaba una semana en la universidad cuando me crucé con Jonathan Ablett. Jon y yo habíamos asistido al mismo colegio en Ottawa y nos encontramos por casualidad en las escaleras del edificio Shatner, el lugar central del campus donde se reunían la mayoría de los grupos de estudiantes. Después de ponernos al día, Jon me preguntó si había hecho muchos amigos en la McGill. Me encogí de hombros y respondí que, como era de Montreal, ya tenía un montón de amigos y no había hecho demasiados esfuerzos por conocer a nadie más. La verdad era que no sabía cómo iba a hacer nuevos amigos, y que no estaba seguro de querer intentarlo. Jon miró a su alrededor, hizo señas a un tipo de pelo largo que se encontraba allí cerca y me lo presentó: Gerry Butts, vicepresidente de la McGill Debating Union. Hoy en día, casi veinticinco años después, Gerald no solo sigue siendo uno de mis mejores amigos; es mi asesor más cercano como líder del Partido Liberal de Canadá.

Por invitación de Gerry, me uní a la Debating Union, donde rápidamente nos hicimos colegas. El año siguiente lo pasé perfeccionando mis habilidades y viajando a torneos. Fue un aprendizaje en sí mismo, centrándome en perfeccionar mi pericia para pensar con rapidez e improvisar, en localizar un punto débil en la argumentación de un oponente y aprovecharse de ello con una justa combinación de lógica y forma de hablar.

Aprendí también que para debatir a nivel universitario uno debe contar tanto con el ingenio de un monologuista cómico como con una lógica y retórica brillantes. Esto era particularmente cierto siempre que el debate giraba en torno a algún tema frívolo, por ejemplo, si era preferible tomar un baño o un regaderazo, o si el invierno era mejor que el verano. Con semejantes temas, los participantes que alcanzan mayor éxito en un debate son aquellos más dotados para la comedia. Me llevó un tiempo darme cuenta de ello, ya que mi sentido del humor va más por el lado de la ironía que el que produce carcajadas. Pero finalmente aprendí el oficio y ajusté mi forma de hablar.

Debatir me proporcionó asimismo una interesante ventana a algunas de las cuestiones más importantes que reverberaban por los campus universitarios a principios de la década de 1990. Gran parte de los excepcionales participantes en los debates de McGill eran mujeres feministas activas. Recuerdo haberme tomado unas cuantas cervezas mano a mano con algunas de ellas mientras hablábamos sobre si un hombre podía ser feminista. Algunas sostenían que, por definición, el feminismo exigía una perspectiva femenina, mientras que yo afirmaba que la exclusión de los hombres era antitético al principio igualitario que anida en el centro del pensamiento feminista.

Como pueden imaginar, se producía un solapamiento significativo entre las mujeres que participaban en los debates y las que pertenecían a la Agrupación de Mujeres de McGill y al Centro de Ayuda para Víctimas de Agresión Sexual de la Sociedad de Estudiantes de McGill. Cuando, estando yo en segundo, el centro comenzó a reclutar a mediadores de sexo masculino, una de estas amigas, Mary-Margaret Jones, me animó a involucrarme. Para mí, las cuestiones relativas a las mujeres pasaron a un primer plano tras la horrible masacre acaecida en la Escuela Politécnica de la Universidad de Montreal —a tiro de piedra de mi instituto— algunos años atrás. También estaba cansado de debatir a ambos lados de cualquier tema; quería emplear mi capacidad de comunicación en aras de algo significativo.

Además de su teléfono de atención, el Centro de Ayuda para Víctimas de Agresión Sexual había creado un grupo de divulgación que se reunía con estudiantes en fraternidades y residencias, y yo formé parte de la primera promoción de hombres capacitados para unirse a las activistas en liderar grupos de discusión sobre agresión sexual y violaciones. Utilizábamos ejercicios de juegos de rol y otros métodos interactivos para conseguir que los estudiantes empezaran a pensar de diferente modo con respecto a la agresión sexual. Esta nueva perspectiva era importante, pues mucha gente pensaba que una violación era algo que sucedía cuando un extraño que aparecía entre los arbustos te asaltaba. Queríamos que entendieran que la inmensa mayoría de agresiones sexuales son cometidas por personas conocidas por la víctima, y que guardaban relación tanto con el poder como con el sexo. Sugeríamos métodos de comunicación que las mujeres podían usar para afrontar una situación en caso de que esta se estuviera volviendo violenta y coercitiva, y enseñamos a los hombres a reconocer los mensajes que las mujeres les estaban enviando. No se trata solo de que «no» quiere decir no. «No me siento cómoda con esto» también significa no, al igual que un «Tal vez deberíamos regresar a la fiesta».

Me gusta pensar que nuestro trabajo en el Centro de Ayuda para Víctimas de Agresión Sexual dio sus frutos, si no para la institución, sí al menos para los estudiantes. Cuando la dirección de la Universidad McGill llevó a cabo una elección un tanto controvertida para el puesto recién creado de defensor de las agredidas sexualmente, otro estudiante y yo hablamos con el presidente de la universidad acerca de nuestras inquietudes al respecto. Fue una lección sobre lo resistentes que pueden ser las instituciones a la hora de tratar con cuestiones delicadas: nos dieron las gracias por expresar nuestro punto de vista y nos ignoraron muy educadamente.

Como cabía esperar, mis años en la Universidad McGill supusieron para mí una época de gran transformación social. Dejé de ser tan desgarbado y empecé a tener más confianza en mi apariencia física. Algunas de mis persistentes inseguridades adolescentes incluso se esfumaron. Seguía viviendo en casa de mi padre, quien me concedía cierta

libertad; ello me permitió sumergirme en los placeres y peligros de una vida social adulta.

Hasta que cumplí los dieciocho años, el único alcohol que había probado era la ocasional copa de vino durante la cena. Mi decisión de no beber durante la preparatoria me convirtió en el encargado de conducir en las fiestas del Brébeuf, en el tipo que decía: «No necesito tomar alcohol para pasarla bien», dando pie a que los otros pusieran los ojos en blanco. Pero lo decía en serio; todavía lo hago. Salvo contadas excepciones, en particular durante los meses alrededor de la muerte de mi padre, el consumo excesivo de alcohol nunca ha sido un problema para mí. Una cerveza bien fría de vez en cuando, una copa de vino con una buena comida: no bebo mucho, eso es todo.

Dicho esto, sí que pasé por una breve fase en la que me encantaba salir de fiesta en la universidad. Algunos amigos habían alquilado un estupendo departamento en la calle Émery, justo al lado del teatro Saint-Denis, donde dimos algunas fiestas geniales. Una de esas noches —estaba muy borracho— me enfundé el disfraz de la mascota de los McGill Martlets, nombre dado a varios de los equipos deportivos de la universidad, y salí a la calle. (No pregunten cómo había ido a parar el disfraz al departamento). La mascota en cuestión es una golondrina roja enojada, y se me ocurrió que sería supergracioso que aquel enorme pajarraco irritado se estampara contra las vidrieras de la calle, sorprendiendo a los clientes de las cafeterías de Saint-Denis. Sobra decir que no fui muy bien recibido, de modo que mis amigos me detuvieron, me prometieron que nos íbamos a una fiesta mucho más divertida, me desprendieron con cuidado las maltrechas capas de felpa, pararon un taxi, me metieron en la parte de atrás y le indicaron al conductor la dirección de mi casa.

Cuando llegué, mi padre acababa de volver de una cena y no le impresionó demasiado mi estado. A la mañana siguiente me impartió un severo sermón sobre los peligros del alcohol, que aguanté estoicamente, sin molestarme en explicarle que de sus tres hijos yo era el más mojigato y que no tenía de qué preocuparse. No estaba en condiciones de discutir.

En esta época salía con mi primera novia formal. Habíamos empezado a salir en el Brébeuf, y ambos seguíamos pasando el rato con nuestros antiguos amigos. Con toda la gente nueva que estaba conociendo, era un alivio no tener que pensar a veces en mi apellido y el efecto que causaba en otras personas cuando las conocía por primera vez. Admito que de vez en cuando olvidaba mencionar a propósito mi apellido en aquellos encuentros iniciales. En teoría, no quería que escucharan «Trudeau» hasta haber tenido tiempo primero de causar una buena impresión con mi personalidad.

A veces esto exigía cierta improvisación de mi parte. Mi novia estudiaba en la Universidad Concordia, y la acompañé a la noche de reclutamiento del club de debate a pesar de estudiar en la McGill. Discutíamos sobre una resolución relativa a si se debía derribar el Estadio Olímpico de la ciudad y utilizar los materiales para construir un puente

entre Quebec y Newfoundland. Cuando llegó mi turno de subir y contribuir a la discusión, dije que me llamaba Jason Tremblay. Sentí cierta emoción: no me conocía nadie, no podía haber ninguna consecuencia porque en ningún caso iba a unirme al equipo de Concordia, y pude hablar sin que nadie tuviera ninguna idea preconcebida o expectativa sobre lo bueno que sería. Para todos los de la sala, era un total desconocido. Puede que debido a esa falta de presión, presenté muy bien mis argumentos y sugerí alegremente que el puente me parecía una gran idea, ya que cortar el flujo de la corriente a través del estrecho de Belle Isle sin duda desviaría la Corriente del Golfo del Atlántico Norte hacia Canadá, dando lugar a un clima más mediterráneo en nuestra costa este. «Piensen en ello —proclamé— ¡Aceite de oliva de Nueva Escocia!».

Al final de la reunión, los organizadores me pidieron que me uniera al equipo. Negué tristemente con la cabeza: «No voy a la Universidad Concordia —admití—. Y, por cierto, no me llamo Jason Tremblay». Nunca quise esconder mi identidad, pero fue agradable alejarme de ella durante un rato.

La otra vez que también di un nombre falso fue unos años más tarde, cuando empecé a boxear en el Club de Boxe Champions. En el mejor de los casos, resulta un poco intimidante entrar en un gimnasio de boxeo e inscribirse, y este gimnasio era un lugar difícil, donde ser el hijo del ex primer ministro no me hubiera convertido en una persona especialmente popular, excepto tal vez como saco de arena. De modo que intenté ponerme las cosas un poco más fáciles registrándome con el apellido de soltera de mi madre, Justin St. Clair. Quería que me conocieran primero por mi ética de trabajo y mi destreza, no por mi filiación.

Al cabo de un año más o menos, mi entrenador, Sylvain Gagnon, me dijo que había averiguado cuál era mi verdadero nombre, pero para entonces ya era considerado un miembro importante de la comunidad del gimnasio y ya no importaba. Y así era como me gustaba que sucediera: hacer que la gente me conociera primero; luego, mi apellido dejaba de tener importancia.

En ocasiones, algunas personas se sentían fascinadas por el prestigio de mi apellido e intentaban adentrarse en mi círculo social por razones equivocadas. Con los años, me acostumbré a esta clase de cosas y desarrollé un sexto sentido social que sigue sirviéndome en la actualidad.

Con independencia de si la reacción que suscitaba en los demás era buena o mala, no me agradaba la idea de que la gente tuviera expectativas preconcebidas acerca de mí antes de oír lo que tenía que decir en un debate o de ver lo que era capaz de hacer en un cuadrilátero. En cualquiera de los dos sitios, algunos de mis contrincantes o bien se mordían la lengua, o bien hacían todo lo posible por propinarme una paliza. También aprendí que mi cautela natural me era útil en todas las situaciones. Con la gente que conocía en encuentros sociales, mi instinto fue transmitir una fuerza de la personalidad que o bien me definía antes de que supieran mi apellido, o bien anulaba (cuando menos mitigaba) cualquier prejuicio que tuvieran si ya lo conocían.

Naturalmente, no solo yo lidiaba con el desafío de lo que significaba ser un «Trudeau». Afectó a mis hermanos tanto como a mí, y a causa de que la actitud de cada uno de nosotros hacia nuestro apellido tendía a reflejar nuestra relación con nuestro padre, ser un «Trudeau» hacía resaltar las diferencias de personalidad entre nosotros. Sacha, que era el que más fielmente se esforzaba en emular el ejemplo de mi padre como intelectual y asceta, reforzó sus defensas y protegía su privacidad. Michel, en cambio, se rebelaba contra la influencia de mi padre e hizo todo lo posible para vivir la vida casi en completo anonimato, al principio siendo tan solo Mike en los campamentos de verano, dirigiéndose al este a Dalhousie para estudiar en la universidad, y por último escogiendo el oeste como casa. Yo adopté una postura intermedia. Mi identidad Trudeau era motivo de gran orgullo para mí, pero también deseaba que se me juzgara por mis propios méritos, como alguien cuyo temperamento emocional y actitudes intelectuales se apartaban de los de mi padre.

A veces, mi origen y apellido han dado lugar a incidentes cómicos y surrealistas. Como el día que, durante un viaje a París, entablé conversación en Boulevard Saint-Michel con un profesor estadounidense jubilado que se había hecho famoso por traducir la poesía de Robert Frost al francés. Se trataba de un interesante y eminente personaje que, cuando mencioné que era de Canadá, me habló con gran entusiasmo sobre «aquel maravilloso primer ministro que tuvimos en la década de 1970, el que tenía una hermosa mujer que huyó de casa».

No pude resistirme. Dije: «¿Se refiere a *mamá*?».

En 1992 ocurrió algo aún más gracioso, cuando mi padre y yo nos embarcamos en un viaje de *rafting* de ocho días por el río Tatshenshini en Yukón y el norte de la Columbia Británica. Nuestro objetivo era contribuir a aumentar la concienciación sobre el potencial peligro medioambiental para la región derivado de una mina de cobre.

Mi padre y yo habíamos quedado en Whitehorse. Llegué unos días antes, con la intención de hacer un poco de turismo a solas. Por pura casualidad conocí y me hice rápidamente amigo de un grupo de moteros que estaban en la ciudad para participar en una concentración veraniega de motos. Eran todos buenos tipos, aunque tenían la apariencia que uno esperaría de toscos motoristas dispuestos a conducir miles de kilómetros sobre dos ruedas al aire libre solo por el placer de hacerlo. Me hice muy amigo de uno de ellos llamado Big John, dueño de una concesionaria Harley-Davidson cerca de Pittsburgh. No le dije ni a él ni a sus colegas mi apellido. De todos modos, como eran estadounidenses, lo más probable es que no lo conocieran.

Mi padre llegó a la ciudad unos días después, y cuando ambos entramos en un concurrido bar de Whitehorse, escuché un vozarrón que me resultaba familiar procedente de una esquina. «¡Hey, TÚ! No queremos a los de tu clase en este lugar». Era Big John vociferando desde su mesa y aparentando estar enojado. Lo vi sonreír con su propia broma. Mi padre, sin embargo, se quedó tieso como un madero, imaginando que estábamos a punto de ser agredidos verbalmente (o algo peor) por algún votante

descontento que hacía décadas alimentaba un gran resentimiento hacia él.

Lo llevé a que conociera a Big John y sus amigos, y cuando se dio cuenta de que me habían gritado a mí, mi padre se tomó el asunto con humor. Podía desempeñar con gracia el papel de buen hombre.

Cuando regresamos a casa, mi padre le contó a mi madre algunos detalles del viaje y añadió: «¿Sabes? Nunca había notado que a Justin se le diera tan bien tratar con la gente».

Durante mis años universitarios en literatura inglesa, leí cientos de libros, escribí muchos trabajos sobre escritores tan diferentes como William Blake, Aldous Huxley y Wallace Stevens, y en general experimenté el amplio horizonte intelectual que es el objetivo de una educación progresista en humanidades.

También supuso para mí una época en la que probar y a menudo desechar todo tipo de posiciones e ideologías políticas. Este tipo de cosas les pasa a los chicos y chicas que llegan a la universidad al final de su adolescencia o a los veintipocos años con una mentalidad idealista. En seguida comienzan a buscar respuestas a grandes, dramáticas preguntas como: ¿cuál es el sentido de la vida? ¿Cómo podemos construir una sociedad mejor? o ¿qué se interpone en el camino de la justicia social? Su búsqueda orienta a muchos intelectuales del campus en la dirección de ideologías totalizadoras, como el marxismo dogmático o el objetivismo de la filósofa Ayn Rand.

Sentía tanta curiosidad por estas cuestiones como cualquier otro estudiante de la facultad, pero siempre sospeché de los movimientos reduccionistas. A mi padre le gustaba citar la máxima de Tomás de Aquino *hominem unius libri timeo* (Temo al hombre de un solo libro). Yo interioricé ese consejo: desconfiaba siempre que un compañero de clase o algún amigo intentaba convencerme de que las respuestas a las grandes cuestiones o a los principales asuntos políticos podrían derivarse de *El manifiesto comunista*, o de *La rebelión de Atlas*, o de cualquier otra filosofía reduccionista. Una de las lecciones de la vida que aprendí de mi padre fue que el mundo es demasiado complicado para dejar que te cuelen en el cerebro una única ideología suprema. Estuve expuesto a toda clase de influencias políticas en el campus, pero cuando me gradué era la misma persona de centro y de mentalidad abierta que cuando llegué.

Lo que más aumentó durante mis años universitarios fue mi comprensión de Quebec, el federalismo y la naturaleza de Canadá en general.

Había oído a mi padre describir la atmósfera política que existía en Quebec durante su juventud y me sorprendieron las muchas diferencias que había entre aquella época y la mía. En el transcurso de las décadas de 1940 y 1950, el nacionalismo quebequés había

sido una fuerza poderosa, no vinculado al separatismo tal como en la actualidad pensamos en ese término, sino a algo muy distinto. Durante la juventud de mi padre, a la élite política y religiosa de Quebec le preocupaba proteger el carácter católico francés de la provincia dentro de una Norteamérica principalmente protestante. En pocas palabras, se hacía hincapié por tanto en preservar una sociedad de granjeros y leñadores, con un reducido grupo de abogados, sacerdotes, médicos y políticos para supervisarla. El dinero y los negocios se dejaron a *les Anglais*.

A mediados del siglo xx esta situación se volvió insostenible, claro, y un conjunto de pensadores, artistas y escritores (entre los que se encontraba mi padre) pusieron en marcha la Revolución Tranquila, un movimiento que abogaba por la educación, la urbanización y el secularismo como pilares fundamentales de un Quebec moderno.

Quebec empezó a reafirmarse más plenamente, y el nacionalismo —que ganó fuerza en la década de 1970 y que experimenté durante mis años en el Brébeuf en la década de 1980— suele expresarse en la exigencia de más poderes gubernamentales y un mayor reconocimiento de la singularidad lingüística y cultural de la provincia. La repatriación de la Constitución de Canadá del gobierno federal en 1982, sin la aprobación explícita de Quebec, dio lugar a una movilización de un decenio para encontrar una nueva fórmula que redistribuyera los poderes y respondiera a las preocupaciones de Quebec. Políticos y expertos en derecho constitucional emprendieron la búsqueda de algún tipo de gran pacto, y el resultado fue el fallido Acuerdo del Lago Meech de 1987.

La campaña para el referéndum en torno al Acuerdo de Charlottetown de 1992, que coincidió con mi segundo año en la Universidad McGill, selló mi compromiso con la política canadiense.

Unos cuantos federalistas canadienses, entre los que se incluía mi padre, se opusieron en gran medida al acuerdo porque este parecía señalar una capitulación a las crecientes exigencias sobre Ottawa. En este sentido, la Sección 1 del acuerdo proponía una enmienda a la Constitución de Canadá para que estipulara que «Quebec conforma una sociedad distinta dentro de Canadá». También declaraba que «se afirma el papel de la asamblea legislativa y del Gobierno de Quebec de preservar y salvaguardar la sociedad distinta de Quebec». Asimismo, en virtud del artículo 21, se garantizaba para Quebec no menos del 25 por ciento de los escaños de la Cámara de los Comunes, sin importar los posibles cambios poblacionales futuros.

Siempre me he considerado un federalista canadiense. ¿Cómo no iba a ser así? No obstante, a principios de la década de 1990 esa etiqueta no era suficiente, porque las varias propuestas de reforma que se formulaban nos obligaban a todos a pensar en qué clase de estructura federal sería la idónea. Mientras proseguía el debate sobre el Acuerdo de Charlottetown, empecé a estudiar el documento con atención. Cuando terminé de marcar prácticamente cada página con un resaltador, caí en la cuenta de que los problemas con el documento se extendían más allá de Quebec. El acuerdo contenía una larga lista de concesiones para todas las provincias en general, y muy pocas competencias

retornando a cambio al gobierno federal. Este era para mí el mayor problema. No soy — y nunca lo he sido— uno de esos federalistas que consideran que Ottawa debe inmiscuirse en todos los ámbitos políticos. Sin embargo, el Acuerdo de Charlottetown hubiera inclinado demasiado la balanza hacia la descentralización, congelando los fondos federales para toda clase de programas y limitando al mismo tiempo la capacidad del gobierno federal para imponer normas de carácter nacional. Había algo que no funcionaba.

Tomemos un par de ejemplos que me preocupaban: el artículo 38 dictaba que el gobierno canadiense estaba de acuerdo con todo excepto con perder su poder de revocación, que permite al gobierno federal anular una ley provincial cuando entra en conflicto con los objetivos nacionales. Y la aplicación del 39 supondría que Ottawa perdería su facultad «declarativa» para clasificar ciertas áreas, como el control de los recursos esenciales, dentro del ámbito del gobierno federal. No había nada de malo en proponer estas concesiones —sin duda defendibles desde el punto de vista de las provincias—, ninguna de las cuales había sido muy utilizada en los últimos años. Pero sigo volviendo a la misma pregunta siempre que se abordaban estas concesiones u otras similares por el gobierno federal: ¿Qué iba a recibir Ottawa a cambio? Este lado de la balanza a mí me parecía prácticamente vacío.

A estas preocupaciones añadí mi frustración cuando descubrí que mucha gente que afirmaba apoyar el acuerdo admitía que en realidad no lo había leído, desde luego no de forma tan detallada como lo había hecho yo, algo que creía totalmente necesario. Recuerdo específicamente haber aceptado un panfleto a favor del acuerdo de uno de los Jóvenes Progresistas Conservadores de la Universidad McGill, que buscaban activamente el apoyo del mismo en el campus. Después de leerlo de cabo a rabo le pregunté si él y sus amigos también estaban proporcionando copias a los estudiantes del acuerdo en sí. Se deshizo de mí afirmando que las cuestiones principales que se indicaban eran todo lo que la gente necesitaba saber. ¿Por qué leer todo el complejo documento, sugirió, cuando nos hemos tomado la molestia de subrayar los puntos fundamentales? Porque, respondí, la gente estaba adoptando una posición firme sobre el futuro de nuestro país sin saber exactamente cómo sería ese futuro. Y que este no podía resumirse en una docena de puntos fundamentales.

Aquel año fui un pesado en McGill, yendo por todo el campus con mi sobada copia del Acuerdo de Charlottetown y sermoneando a mis amigos sobre esta o aquella disposición. Ojalá pudiera decir que cambié la forma de pensar de muchos, pero lo cierto es que la mayoría de la gente adoptó una posición acorde con su afiliación política del momento. Los seguidores del Partido Progresista Conservador de Brian Mulroney tendían a respaldar el acuerdo, mientras que sus críticos tendían al escepticismo. Las posturas a favor o en contra se dividieron de varias maneras. Los federalistas del Este apoyaban el acuerdo, pero los seguidores de Preston Manning y su Partido Reformista lo rechazaban debido a su trato deferencial con respecto a Quebec. (Tampoco estaban

contentos con el alcance de las disposiciones reformadoras del acuerdo del Senado, lo que demuestra que no hay mucho de nuevo en nuestra vida política).

Los separatistas encabezaron su propia oposición a Charlottetown, lo que hizo que algunas personas malinterpretaran la naturaleza de mi posición. ¿Qué significaba, se preguntaban, que tanto los independentistas quebequenses como yo nos opusiéramos al mismo concepto? ¿Tenía algo más en común con los separatistas? Recuerdo que el productor de un programa de radio al que llamé para expresar mi opinión me colgó porque se negaba a creer que un autoproclamado federalista que se oponía al acuerdo pudiera añadir nada al debate. A la desesperada, comencé a llevar una camiseta donde se leía *Mi No es un No federalista*.

Al final, el Acuerdo de Charlottetown fue rechazado en el referéndum de octubre de 1992 por un 54 por ciento contra un 46. En Quebec, perdió 57 a 43. Las cuatro provincias occidentales votaron en contra del mismo. Estaba muy contento con el resultado. También un poco intoxicado por la experiencia de haberme sumergido en una importante cuestión política, de reunir los mejores argumentos a favor de mi posicionamiento, y de haberme convertido en un apasionado defensor del mismo. El episodio agudizó mis sentimientos sobre Canadá y la necesidad de proteger aquello que la hace fuerte, inconfundible y políticamente coherente. Los meses dedicados a cargar a todos lados la trillada copia del Acuerdo de Charlottetown y a prepararme para discutir sus defectos con cualquiera que quisiera entablar un debate conmigo, supusieron un paso importante en mi camino hacia la vida política.

Tres años más tarde fui abducido, como lo fuimos todos, por otra campaña política. Esta vez había mucho más en juego que unas meras enmiendas a la Constitución: esta vez se trataba directamente de la posible disolución del país.

Estábamos en octubre de 1995 y los quebequenses se preparaban para votar en el segundo referéndum de la provincia. Si ganaban los partidarios del «Sí», la provincia se prepararía, respaldada por una mayoría de sus ciudadanos, a iniciar las negociaciones para desvincularse del resto de Canadá. Cuando las encuestas realizadas apenas una semana antes de la consulta sugirieron que los separatistas podían lograrlo, muchos de mis amigos de Montreal y yo nos temimos estar viviendo los últimos días de Canadá en su forma actual.

Recuerdo haberme sentido indignado a lo largo de toda la campaña por el modo en que los partidarios del «Sí» utilizaron la propaganda y la demagogia para intentar vender su idea. Me parecía que, en realidad, no entendían la gravedad de lo que proponían. Si uno va a configurar un nuevo país, debe tener un claro respaldo y deseo de la población para llevarlo a cabo. Uno no debería engañarlos, o endulzar el resultado, porque los inevitables desafíos a los que tendría que enfrentarse durante la etapa de transición exigirían un continuo apoyo de la opinión pública. Dados los incuestionables crecientes problemas que tendría que afrontar un nuevo país, la gente tendría que sentir que valía la pena. Y lo que en apariencia iba a ser una posible victoria de los partidarios del «Sí» —el

mandato de una escasa mayoría basada en información errónea— me parecía una receta de agitación y disturbios.

A tres días del referéndum, mi amigo Ian Rae y yo nos unimos a unas cien mil personas en el centro de Montreal a favor de la unidad, un acontecimiento que, al día de hoy, sigue siendo la mayor concentración política de la historia canadiense. Por todas partes ondeaban las banderas con la hoja de arce gigante, y la plaza Canadá rebosaba de simpatizantes del «No». Como queríamos tener la mejor vista posible del acontecimiento, Ian y yo nos dirigimos al cercano rascacielos del banco CIBC y escalamos por un andamio hasta una terraza del segundo piso. Si observan con atención la célebre imagen de la manifestación tomada desde el aire, nos pueden ver cerca de las dos carpas blancas de la prensa, en lo alto de esa terraza. Estar rodeado de tantos canadienses fue una experiencia emocionante, y contribuyó a calmar mi nerviosismo federalista.

La noche del referéndum, mis hermanos y yo conocimos los resultados en casa, junto a mi padre. (Afortunadamente, por fin había cedido a tener un televisor en casa). Los partidarios del «No» ganamos por un margen más ajustado imposible, un mero 50.58 por ciento frente a un 49.42 por ciento a favor de la posición federalista, una diferencia de solo 54,288 votos. Mi padre permaneció imperturbable a lo largo de todo el proceso, y cuando se anunció el resultado oficial del mismo, asintió con la cabeza, dijo «Bien» y se fue tranquilamente a la cama.

Aquello, sin duda, había que celebrarlo, así que quedé con mis amigos en un bar de la calle Metcalfe, donde oímos rumores de que varias turbas separatistas planeaban invadir el centro desde el parque Maisonneuve hacia el este. Los rumores resultaron infundados. Es probable que, si los separatistas contemplaron alguna protesta, desistieran al ver el centro atestado de policías antidisturbios. Su amenazadora presencia intensificó nuestra sensación de que aquella noche se había evitado un resultado desastroso por un escaso margen.

Después de tantos años, sigo pensando de vez en cuando en aquel día e imaginando cuánto hubiera cambiado nuestro país si tan solo 27,145 votantes a favor del «No» hubieran decidido apoyar a los separatistas. Es probable que no existiera Canadá. Y ¿qué mensaje habríamos ofrecido al mundo? Si incluso un país tan respetuoso con sus diversidades como las nuestras hubiera fracasado a la hora de reconciliar sus diferencias, ¿qué esperanza habría tenido el resto del mundo de entenderse?

Hasta la fecha, esta es una cuestión que me impulsa a seguir adelante.

---

## De camino al Este, acabé en el Oeste

Mi graduación en la Universidad McGill, en 1994, me situó en una encrucijada. Tenía veintidós años y una flamante licenciatura en literatura inglesa. Había padecido algunos de los mismos problemas académicos en la universidad con los que me había encontrado durante mis años en el Brébeuf, pero mis calificaciones universitarias eran lo suficientemente buenas para tener opciones con respecto a los pasos que dar a continuación.

Había optado por sacarme un título universitario en literatura no solo por mi amor a la lectura, sino también porque garantizaba la continuidad de mis estudios. Si bien resultaba ser una estupenda primera licenciatura, para mí no podía ser la última. El reto consistía en que aún no sabía en qué dirección quería ir.

Puede que, en previsión de esta dificultad, varios de mis amigos del Brébeuf y yo hubiéramos planeado emprender un gran viaje el año después de titularnos. Hasta ese momento había viajado a más de cincuenta países de todo el mundo, sobre todo con mi padre, y esta era una oportunidad para sacar provecho de ello. Metí unas cuantas cosas en la mochila —es sorprendente lo poco que necesitas cuando uno es consciente de que es imposible llevarse todo lo que tendrás que utilizar para cuatro estaciones en tres continentes— y cruzamos el Atlántico.

Pasé el verano en Francia, en su mayor parte por mi cuenta, viajando de la Provenza a Normandía y por último asentándome en París, donde pasé la mayoría de los días en museos y bibliotecas. Tras haberme alejado de todos y de todo aquello que formaba parte de mi entorno habitual, y en lucha contra una timidez que me impedía hacer amigos fácilmente, me encontré con un montón de tiempo para pensar sobre mi vida y mi futuro.

Pensé en el camino que había recorrido mi padre a mi edad: un extraordinario rendimiento académico en el Brébeuf, seguido de la primera posición en la facultad de Derecho de la Universidad de Montreal, y luego una maestría en Harvard, seguida de más estudios, aunque sin titulación, en la London School of Economics y en la Sorbona.

Pasó muchos años realizando una gran variedad de actividades —viajar por el mundo, publicar una subversiva revista intelectual que contribuyó a la Revolución Tranquila de Quebec, escribir uno o dos libros, enseñar Derecho Constitucional durante algunos años —, antes de postularse a un cargo político alrededor de los cuarenta años. Yo ya había soltado amarras, y mi examen de conciencia me confirmó que un serpenteante camino como intelectual público no estaba hecho para mí.

Mi madre, por su parte, se licenció en Sociología en la nueva Universidad Simon Fraser, en Vancouver; y después se trasladó al este para casarse y formar una familia junto a mi padre. Y aunque yo ya sabía que también quería tener una familia, no quería ni ser tan mayor como mi padre ni tan joven como mi madre cuando me decidiera a ello.

Ese verano, en unos momentos de quietud y reflexión en una ladera, supe cuál sería mi siguiente paso: decidí ser profesor. Esta sería mi forma de aportar algo positivo al mundo. Esa labor unía mis puntos fuertes: aprender, compartir y entender a las personas. Y algo muy importante para mí en aquella época, era todo mío: sería mi manera de liberarme de mi familia y de nuestro pasado.

Llamé emocionado a casa para compartir la epifanía. «Justin, eso es maravilloso — me animó mi madre—. Ya sabes que provienes de una larga estirpe de profesores, en Escocia».

Bueno, pensé, por lo menos supondría un descanso del pasado reciente de mi familia. Con el plan establecido de empezar al siguiente otoño en la facultad de Educación de la Universidad McGill, estaba preparado para concentrarme en el viaje de un año que tenía por delante.

En septiembre, en Londres, me reuní con tres de mis mejores amigos, Mathieu Walker, Allen Steverman y Marc Mille, y juntos nos embarcamos en una gran aventura. Nos unimos a un variopinto grupo de ingleses, varios australianos y un solitario finlandés, y pusimos rumbo a África en una expedición por tierra en camiones. Atravesamos Francia y España en unos días, acampando detrás de las estaciones de servicio de las autopistas, impacientes por dejar atrás suelo europeo. Llamamos por última vez a casa desde Gibraltar y nos montamos en el ferri, dirección Marruecos.

Marruecos fue visitar medinas en Fez y Marrakech, organizar excursiones por la cordillera del Atlas y escoger mejillones de las rocas en el Sáhara occidental, donde el desierto encuentra el Atlántico. Luego atravesamos una franja vacía del Sáhara hasta Mauritania, donde mis recuerdos están asociados a tener que empujar el camión por dunas de arena, ponerme muy enfermo después de comer las sobras de una ensalada de atún, deleitarme con un delicioso plato coreano que, por casualidad, comimos en casa de un pescador en un pequeño pueblo, y esconder sin éxito nuestras últimas cajas de cerveza de los agentes de aduana.

La transición desde el norte de África al oeste fue muy satisfactoria. Mali fue sobre todo una ciudad amistosa y diversa, excepto por el hecho de que asaltaron a Matt y le rociaron con gas pimienta en Bamako, perdiendo unos cuantos dólares, pero nada más;

Marc ganó un pulso al forzudo de la localidad tras una excursión arqueológica por las ruinas de una antigua civilización; y visitamos una abandonada comunidad cercana donde nos mostraron un árbol bajo el cual, nos contaron, en nuestra memoria reciente se sacrificaron niños como parte de ceremonias religiosas.

Cruzamos Burkina Faso y Costa de Marfil, Ghana, Togo y Benín. De nuevo, más contrastes: bellos lugares y gente muy amable, intercalados con injusticias, tanto pasadas como presentes, desde fortalezas de esclavos desde donde millones de africanos eran enviados a una vida de esclavitud al otro lado del Atlántico, a excesos actuales como una catedral vacía mayor que la de San Pedro y un palacio presidencial con cocodrilos en una fosa.

Llegamos a la frontera nigeriana a finales de diciembre, hora de pasar a la siguiente etapa de nuestro viaje. En Cotonú (Benín), tomamos un avión de la línea aérea Aeroflot con destino a Helsinki, vía Malta y Moscú. Marc regresó entonces a casa, a Montreal, mientras que los tres que quedábamos solicitamos unos visados de turista para China en la embajada local mientras nos alojábamos en un departamento de una habitación propiedad de la tía de nuestro amigo de viaje finlandés. Aquel año pasamos la Navidad en Helsinki, pero el Año Nuevo lo vivimos atravesando las estepas en el Expreso Transiberiano.

Lo cual resultó ser otra experiencia inolvidable, a pesar de la espantosa comida y el servicio a bordo del tren. La URSS, que nunca ha sido especialmente conocida ni por su cocina ni por la calidad de su servicio al cliente, llevaba para entonces varios años muerta, pero era evidente que la idea de satisfacer las expectativas del consumidor seguía siendo un concepto extraño.

La fecha de nuestro viaje hizo que nuestro tren estuviera atestado de estudiantes chinos que volvían de las universidades rusas a celebrar las vacaciones del Año Nuevo de su país. Pasé gran parte de esa semana admirando el paisaje, dibujando bocetos y, como correspondía, leyendo *Guerra y paz*. En Nochevieja, el conductor del tren, ante la posibilidad de practicar su inglés, bastante bueno, nos invitó a que lo acompañáramos en el consumo de grandes cantidades de vodka mientras discutíamos el estado del mundo. Si bien las anécdotas de su servicio en el ejército soviético en Afganistán resultaban fascinantes, su racismo casual hacia nuestros compañeros de viaje lo fue menos. Cuando el 1 de enero de 1995 salió el sol, me hice una solemne promesa, que he mantenido a día de hoy: no volver a beber vodka en toda mi vida.

El itinerario concluyó con un viaje por el ramal que conducía a Pekín, a nueve mil kilómetros de Moscú. Desde allí, exploramos Shanghái, Hong Kong, Hanoi, Bangkok y distintos lugares intermedios, terminando nuestro recorrido en la bella isla tailandesa de Koh Samui, donde mi padre nos había llevado unos años antes a mis hermanos y a mí. Para conmemorar la travesía, pedí a un artista local que me tatuara una imagen de la Tierra en mi hombro izquierdo.

A finales de la primavera, regresé a casa. Hice una primera parada en Vancouver para

visitar a la familia de mi madre, y luego en Whistler, donde Michel vivía y trabajaba por entonces. Mi regreso a Canadá me dio muchas razones para reflexionar sobre mi año lejos del único país al que haya podido considerar como propio.

Ningún viaje tan exhaustivo y universal puede dejar inalterado al viajero, y yo no fui una excepción. Al igual que la mayoría de canadienses que han tenido la suerte de viajar al extranjero, retorné con un mayor reconocimiento y aprecio por la insólita combinación de bendiciones de nuestro país. No podía articular todo cuanto había experimentado a lo largo del viaje ni enumerar todos los modos en los que había influido en mi punto de vista. El cambio fue generalizado y de base amplia. Intensificó mi sensación de nuestra necesidad de cobrar conciencia y entender a personas de distintos orígenes, así como mi convicción de que, si elegimos subrayarlo, el denominador común que compartimos puede empequeñecer cualquier diferencia. Había tenido también gran cantidad de oportunidades de observar que las comunidades en las que la gente se muestra abierta a la diferencia, a los demás, son más felices y dinámicas que aquellos lugares más aislados y cerrados.

La increíble diversidad que experimenté viajando incesantemente hacia el este durante un año me llevó a percatarme de algo que había dado por sentado. Dondequiera que fuera, había lugareños. Una gran mayoría. La corriente principal. Y cualquier minoría, ya fueran magrebíes en París, expatriados europeos en Burkina Faso, los dueños de un supermercado libanés en Costa de Marfil, estudiantes chinos en Rusia, australianos en Tailandia, o incluso minorías tribales o culturales que constituían una parte importante de la población del país, siempre eran los «otros», es decir una excepción a la norma, a la identidad nacional.

En cambio, nuestra moderna identidad canadiense ya no se basa en motivos étnicos, religiosos, históricos o geográficos. Los canadienses son de todos los colores, culturas y credos posibles, y siguen celebrando y disfrutando de nuestra diversidad. Hemos creado en su lugar una identidad nacional que se basa en valores compartidos como la transparencia y la sinceridad, el respeto, la compasión, la justicia y la igualdad de oportunidades. Mientras muchos de los casi cien países por los que he viajado a lo largo de mi vida aspiran a dichos valores, Canadá es prácticamente el único sitio que se define mediante ellos. Esa es la razón por la que somos el único lugar del mundo que es fuerte no a pesar de nuestras diferencias, sino debido a ellas.

Aquel verano y otoño en Montreal con mi padre, conocí mejor a mi hermanastra de cuatro años Sarah. Su madre, Deborah Coyne, era una buena amiga de mi padre experta en derecho constitucional.

Había visto varias veces a Sarah siendo ella un bebé, y estaba contento de poder volver a disfrutar de la precoz pequeña una vez más. La verdad es que fue una delicia ver a mi padre, que ya rondaba los ochenta años, llevando a Sarah sobre sus hombros

como nos había llevado a mis hermanos y a mí cuando teníamos la misma edad.

En septiembre de 2000, unos días antes del fallecimiento de mi padre, tras la última visita que le hicieron Sarah y Deborah, me llevé a la niña a escalar rocas; una actividad que sé que a mi padre le hubiera encantado vernos practicar juntos.

Después del funeral, ya sin mi padre, perdimos el contacto. Sigo estando orgulloso de mi hermanastra y espero que podamos volver a establecer contacto en un futuro.

Mi primer año de vuelta en la Universidad McGill fue bien, con nuevas clases y nuevos amigos, pero en segundo perdí la motivación. Me encantaban las asignaturas y la experiencia docente pero, tras una reflexión honesta, me di cuenta de que mi vida estaba estancada, que había caído en una especie de rutina. Seguía viviendo en casa con mi padre, y por mucho que lo quisiera, necesitaba mudarme y vivir por mi cuenta. Lo que significaba, concluí con rapidez, abandonar Montreal.

Mi viaje me había afectado mucho más de lo que había creído en un principio. Cuando te vas de un lugar en el que has pasado muchos años de tu vida, dejas atrás un espacio negativo, un contorno vacío de la persona que se ha ido. Cuando regresas de tus viajes, esperas —y se espera— ocupar el mismo espacio otra vez, pero ya no te sienta bien, ya no se adapta a ti, porque has cambiado. No solo resulta incómodo para ti, sino que también es ligeramente desconcertante para quienes te conocen íntimamente.

Sabía que había regresado de mi viaje siendo un chico diferente. Se acercaba la Navidad de 1996. Iba a cumplir los veinticinco años, un momento tan bueno como cualquier otro para abandonar la cómoda morada que mis amigos, mi familia y mis experiencias personales habían creado para mí en Montreal.

Mi padre, siempre realista y sincero, se mostró de acuerdo conmigo. Sacha seguía viviendo con él en la casa de la avenida Des Pins, de modo que no le faltaría compañía cuando me fuera. Pero ¿adónde ir?

La respuesta llegó fácilmente.

Durante los muchos viajes familiares que a lo largo de los años habíamos hecho a la Columbia Británica, siempre soñé con vivir en la Costa Oeste. De niño, la magnitud del Oeste me resultaba fascinante y a la vez un tanto intimidante, ejemplificada por la costa, las montañas y esos árboles inmensos, los gigantescos abetos de Douglas del parque Stanley cuyos troncos los tres jóvenes Trudeau, con los brazos estirados y conectados por las puntas de los dedos, no alcanzaban ni a rodear por la mitad. Pero lo que de verdad me llevó al oeste fue la familia. Mis raíces Sinclair, y mi hermano Michel, que por aquel entonces vivía en el interior. En enero de 1997 me dirigí a Vancouver de camino a Whistler. Mi plan era encontrar trabajo como profesor de *snowboard*.

Llevábamos el esquí en la sangre. Todos éramos excelentes esquiadores, y cada uno tenía su estilo individual. El de mi padre era fuerte, agresivo y muy limpio. Mi madre había aprendido a esquiar de niña en Whistler, y tenía un hermoso estilo. Se enorgullecía

de no caerse, y no recuerdo haberla visto nunca rodar. Sacha, Michel y yo aprendimos a esquiar básicamente en cuanto comenzamos a andar. Tengo que confesar que, de los tres, Michel era el mejor: tal vez, al tratar de seguir el ritmo de sus hermanos mayores, desarrolló aptitudes que nosotros no necesitábamos. Sacha, que siempre siguió de cerca los pasos de mi padre en todo, incluyendo la forma de esquiar, desarrolló la técnica más elegante. Mi enfoque era más técnico. Nunca llegué a alcanzar la cadencia técnica de los virajes. Mi objetivo siempre fue el de llegar al final de la pista tan rápido como fuera posible, lo que generaba un flujo constante de espectaculares caídas.

Cuando se hizo evidente que nunca me distinguiría dentro de la familia Trudeau por mi habilidad con los esquís, decidí llevar a cabo algo nuevo. Con catorce años — inspirado por la secuencia inicial de *En la mira de los asesinos*, donde James Bond toma un esquí roto de una motonieve y lo monta como si fuera un *snowboard*—, sin demorarlo mucho, pedí una tabla por correo a Vermont y aprendí a utilizarla yo solo en Mont Tremblant. De modo que cuando a los veintipocos me mudé a la Columbia Británica, pretendí reanudar mi práctica de *snowboard* no por diversión, sino como medio de ganarme la vida.

No obstante, antes de convertirme en instructor debía obtener una certificación de nivel 1, lo que llevaría algo de tiempo. Para pagarme el alojamiento y la comida (un colchón en la buhardilla de un amigo, y unos trozos de pizza diarios de Misty Mountain Pizza), conseguí un empleo como portero de una famosa discoteca llamada el Rogue Wolf. Me gustó el trabajo, de modo que lo conservé incluso después de sacar el certificado y empezar a trabajar en la escuela de *snowboard*. Mi horario era prácticamente un no parar. Daba clases seis días a la semana en la escuela, donde empezaba a primera hora de la mañana hasta las cinco de la tarde, y cuatro noches a la semana, después de unas horas de descanso, trabajaba en el Rogue Wolf, aproximadamente hasta las dos o las tres de la mañana.

Me encantaba mi horario. Responsable de los niños durante todo el día; responsable de mantener el orden por la noche. Y en ningún momento mi apellido entró en juego.

De todos los tipos que trabajaban en la puerta del Rogue Wolf durante las noches más concurridas, yo era el más pequeño. Uno de los otros, Peter Roberts, que sigue siendo un buen amigo hasta hoy, había estado en las Fuerzas Armadas canadienses e incluso había instruido a mi hermano Sacha en la base de Gagetown cuando estuvo en la reserva. Pete imponía respeto con su mera presencia, pero yo tuve que inventarme otras formas para cumplir con mi faena. A pesar de ser menos intimidante físicamente que los demás, solía ser el primero a quien se designaba para resolver los líos. Si se colaba un motero sin pagar los cinco dólares de la entrada, que incluía un consumo mínimo, me enviaban por el dinero. Al principio creí que solo estaban haciéndome una broma por novato, pero más tarde advertí que me encomendaban estas misiones porque solía conseguir buenos resultados sin confrontaciones. Sobra decir que durante la época que trabajé en el Rogue Wolf aprendí un montón acerca de la naturaleza humana.

Descubrí que el secreto de un portero eficaz es ser diplomático y no dejarse intimidar. También es importante, por supuesto, mantenerse sobrio tanto en el sentido literal de la palabra como en el figurado. Si se muestra cauteloso y conserva el control, un buen portero casi siempre puede evitar entablar cualquier tipo de refriega. En mi caso, mi sensatez era mi mayor activo. A los gigantescos gorilas que uno ve en las puertas de algunas célebres discotecas no les importa demasiado que los problemas se conviertan en algo físico; pueden dar un abrazo de oso a los clientes no deseados, cargarlos por el club, y echarlos fuera. Yo no podía hacer eso, y quería sortear los golpes. Cada vez que alguien lanzaba un puñetazo en mi dirección significaba que había metido la pata y no había conseguido resolver una situación con firmeza pero pacíficamente.

Mi truco preferido a la hora de lidiar con alguien en estado de embriaguez aspirante a alborotador era decir: «Mira, amigo, no querrás enfrentarte aquí conmigo porque aquellos otros gorilas se te echarán encima. Así que si me acompañas afuera, lo resolveremos entre nosotros».

Ansiosos por entablar una pelea, o al menos por aparentarla, los tipos cedían de inmediato y se dirigían al estacionamiento, fanfarroneando por el camino a cualquiera que quisiera escucharlos sobre cómo iba a pasarme por encima, o a partirme la cara, o cualquier otra descripción de lo que se suponía yo iba a recibir. Nunca les daba la oportunidad de hacerlo. Los veía atravesar la puerta, les entregaba su saco, esbozaba una sonrisa y les deseaba buenas noches antes de volver al interior de la discoteca, lo que por norma general los incitaba a maldecir más fuerte aún y a llamarme cobarde.

«Tienes razón —les respondía—. No quiero pelea. Vete a casa a dormir y nos vemos mañana».

Las lecciones aprendidas en el Rogue Wolf tenían una amplitud suficiente para aplicarlas en la vida política. Si uno quiere defender su voluntad en una confrontación en un bar o en un altercado político, el mayor obstáculo es vencer el ego humano. La clave es encontrar un modo de que tu oponente guarde las apariencias, como dejar al borracho agresivo levantando el puño en señal de triunfo, pero bajo la lluvia, mientras uno está adentro, calentito y seco, y con el trabajo cumplido.

Además de la oportunidad de desarrollar y practicar algunas tácticas psicológicas básicas, trabajar en el Rogue Wolf me procuró una visión de la forma en que los jóvenes pueden autodestruirse mediante la ingesta de alcohol y drogas. Vi a demasiadas personas hacer demasiadas idioteces solo porque estaban aburridas, y vi a demasiados jóvenes repletos de testosterona que asumían que el único modo de terminar la noche era con una pelea. Que tu felicidad dependa de las drogas o del alcohol, es caer en una trampa que ha destrozado demasiadas vidas, y hace mucho tiempo que decidí no arruinar la mía.

Había otras tácticas igualmente útiles que podía aprender de mi otro trabajo: enseñar a niños a usar la tabla de *snowboard*. Los instructores funcionábamos como parte del innovador programa escolar «Ride Tribe», de Blackcomb, que no había resultado muy popular al principio. El Ride Tribe fue considerado una especie de estacionamiento para

niños sin amigos que practicaran el *snowboard* o que fueran demasiado mayores para entretenerse en algo mientras sus padres esquían. Mi amigo Sean Smillie cambió dicha imagen con un programa que desarrolló desde cero. Empezó escogiendo a un puñado de instructores a los cuales él sabía que les encantaba enseñar a niños y encontró nuevas formas de que aquellos transmitieran sus conocimientos a sus discípulos. El éxito del programa de Sean me mostró cómo técnicas pedagógicas innovadoras y un cuerpo de instructores entusiasta pueden motivar incluso al alumno más hastiado.

Sean consideró que la enseñanza del *snowboard* no tenía por qué seguir el viejo modelo de las escuelas de esquí de girar-parar-girar-parar-repetir. El *snowboard* es un deporte emocionante, tal vez el más emocionante que se pueda practicar en la nieve. En un entorno adecuado y con una correcta instrucción, brinda una curva de aprendizaje más pronunciada que la mayoría de actividades deportivas. Tras solo una semana en la montaña, la mayoría de principiantes son capaces de realizar esculturales movimientos y sencillos trucos, motivo por el cual su práctica creció tanto a finales de la década de 1990. Sean se benefició de ello, contratando a instructores cuya enérgica técnica de *snowboard* desafiaba a sus aprendices.

Y funcionó. Los chicos que pasaban por nuestro programa empezaron a contárselo a sus amigos, y pronto oímos hablar de programas similares que comenzaban a funcionar en sitios como Vale y Aspen. El Ride Tribe siempre había sido una oferta en Blackcomb que apenas cubría los costos. A partir de entonces, prácticamente de la noche a la mañana, se convirtió en una máquina de hacer dinero. La revista *Teen People* envió a un periodista para que escribiera un artículo sobre Ride Tribe, lo que supuso una buena promoción adicional a la que mis colegas políticos de Ottawa denominan «publicidad gratuita».

Cualquier profesor dirá que los momentos más gratificantes de su profesión ocurren cuando se enciende el foco; cuando observan cómo, de repente, un estudiante «lo capta», sea lo que sea. En la enseñanza de la práctica del *snowboard*, tenía varios de esos momentos al día, y cada vez que ocurría me ponía eufórico. Parte del motivo de que se produzcan estos instantes de clarividencia reside en la naturaleza del *snowboard* comparado con el esquí. Los instructores de esquí básicamente comunican consejos a sus aprendices, pero enseñar cómo manejar una tabla de *snowboard* implica la «revelación de secretos». Los consejos están bien, pero los secretos son sensacionales. Cuando los chicos consiguen convertir uno de esos secretos en un nuevo movimiento, apenas son capaces de contener la emoción. Para el instructor, era el equivalente a ver a toda una clase entender de pronto la trigonometría solo con girar las caderas.

Uno de los mayores desafíos a los que me enfrenté como instructor de *snowboard* fue concienciar a mis adolescentes sabelotodo acerca de todo lo que no sabían de este deporte y el mundo alpino en general; algo que puso de manifiesto otra importante distinción entre el esquí y el *snowboard*.

Dominar el esquí conlleva años de práctica, y el tiempo proporciona a todo el mundo

sobre unos esquís la oportunidad de familiarizarse con los riesgos y los ritmos del tráfico en una montaña repleta de gente. A los practicantes de *snowboard* nos les sucede lo mismo: algunos pueden bajar como un cohete por las pistas intermedias y avanzadas después de solo unos días. Todavía no conocen el protocolo que debe seguirse cuando se unen las pistas, o los lugares más seguros en los que detenerse en una colina empinada. Justo las malas prácticas por las que los esquiadores suelen quejarse de los practicantes de *snowboard*. No es que estos sean maleducados por naturaleza; es solo que, por norma general, suelen tener menos experiencia en entornos alpinos (y el punto ciego creado por bajar de lado tampoco ayuda). Cada vez que subía al telesilla con los chicos, les pedía que miraran hacia abajo y predijeran hacia dónde se dirigía algún esquiador o practicante de *snowboard*, quién iba a detenerse a descansar, y quién parecía que estuviera a punto de caerse. Era como enseñarles a conducir con precaución; quería que mis alumnos fueran conscientes de todos y de todo cuanto les rodeaba.

Mi experiencia en Blackcomb me permitió comprender el arte de controlar a grandes grupos de niños. Los padres comenzaban a dejarnos a sus hijos antes de las ocho de la mañana, pero no ascendíamos a la montaña hasta las nueve, lo que nos dejaba una hora para pasarla con un grupo de chicos de entre doce y dieciséis años. Como todos aquellos que han tratado con adolescentes saben, los chicos de estas edades suelen poner los ojos en blanco ante una figura de autoridad antes de largarse por ahí o de causar problemas. De modo que mientras yo organizaba un montón de actividades para ellos, sabía que mi función más importante era la de proyectar confianza y liderazgo. Si vacilaba, aunque fuera un segundo, era muy probable que perdiera al grupo antes de llegar a bajar con la tabla una sola vez. Pronto me di cuenta de que tenía talento para motivar a estos chicos y hacer que se involucraran en lo que hacíamos.

El mayor efecto que tuvo mi experiencia como instructor de *snowboard* fue indicarme sólidamente el camino de vuelta a la enseñanza. Toda la alegría, toda la satisfacción, todo el sentimiento de realización personal que sentía al final de cada día con las clases de *snowboard* me convencieron de que tenía mucho más que ofrecer como profesor y que la enseñanza tenía, a su vez, mucho que ofrecerme a mí. Había sido asesor de campamento, guía en ríos de aguas rápidas, instructor de *snowboard*, mesero y portero. Todas esas ocupaciones me habían hecho pensar si alguna vez llegaría a ser feliz con un trabajo «de verdad». La enseñanza era en gran medida una labor seria, y estaba ansioso por empezar una vez más.

Cuando le comenté a mi tía Heather mi interés por volver a la enseñanza, me informó de que podía obtener el título en la Universidad de la Columbia Británica (UBC, por sus siglas en inglés) en su programa de formación en doce meses. En aquel momento, todo me quedó claro. Al finalizar la temporada de esquí, regresé a Montreal para recoger algunos requisitos previos a los cursos en la Universidad McGill, me despedí de amigos y familiares, y volví a Vancouver con un nuevo objetivo.

Hice muchos nuevos amigos en la facultad de Educación de la UBC. Los estudiantes formaban un grupo animoso y diverso, y como gran parte de la formación se basaba en clases interactivas tuvimos muchas oportunidades de aprender unos de otros.

Aquel primer año en Vancouver pasó como un suspiro. Durante la semana, trabajaba duro en la ciudad para sacar el título, y los fines de semana me escapaba a Whistler. Me recibí y empecé a trabajar de profesor sustituto en Coquitlam casi sin darme cuenta. Para entonces, me había mudado a un departamento más grande con mi compañero de la UBC Chris Ingvaldson y su mujer. Chris me presentó al director de la West Point Grey Academy, donde poco después me ofrecieron un puesto de docente de tiempo completo. (Chris también iba a trabajar allí). West Point Grey, un colegio privado mixto fundado hacía solo dos años atrás, era un buen destino para un profesor recién forjado. El personal era joven y dinámico, y fue genial formar parte de la construcción de la cultura de una nueva escuela.

Unos diez años más tarde, mucho tiempo después de que hubiera regresado al este y entrado en la vida política, recibí una llamada telefónica por la noche con una noticia impactante: habían arrestado a Chris tras haber sido acusado de posesión de pornografía infantil. Al final se declaró culpable y lo condenaron a tres meses de cárcel. Al igual que todos aquellos que habían conocido a Chris en la facultad de Magisterio y a continuación como profesor, estaba conmocionado. Chris perdió su trabajo, su matrimonio y la mayoría de sus amistades, incluida la mía.

Siempre que los medios de comunicación anuncian que alguien está acusado de algo que tenga que ver con la pornografía infantil o algún delito similar, suelen presentar entrevistas con vecinos y colegas que afirman que el acusado no mostraba ningún indicio acerca de sus ocultas inclinaciones sexuales. Como muchas personas, siempre me había mostrado escéptico ante dichos testimonios. Asumía que, de algún modo, uno debía saber que estaba en compañía de alguien con semejantes tendencias. Tras el incidente con Chris, me di cuenta de que no era así. También explicaba por qué los agentes de policía y los fiscales deben trabajar tan duro para proteger a nuestros niños de esta clase de explotación. Ni la mujer de Chris ni yo como compañero de departamento, imaginamos jamás el mal camino que acabaría tomando. Fue una lección amarga para mí, y creo que es un deber compartirla.

Pasé dos años y medio en West Point Grey Academy, en donde enseñaba francés y matemáticas, aunque de vez en cuando daba clases de teatro, escritura creativa y derecho a los más mayores.

En mis clases intentaba evitar el método al que ya me he referido como «sabio en el escenario» que experimenté personalmente en el Brébeuf, e introduje ejercicios de cooperación intelectual en mis clases. Entre ellos figuraban acertijos y rompecabezas matemáticos, que siempre me han obsesionado. He aquí un ejemplo que recuerdo haber

descubierto durante mis primeros días en Vancouver: el célebre (entre matemáticos) «problema del 7-Eleven». Un cliente entra en una de esas tiendas abiertas 24 horas, elige cuatro artículos, y observa cómo el dependiente suma la cantidad que debe pagar en una calculadora de bolsillo. Cuando el empleado anuncia que son siete dólares y once centavos, el cliente le dice al vendedor que no ha sumado los precios sino que los ha multiplicado. El dependiente se disculpa y, con mucho cuidado, hace la suma, presiona la tecla de Total y... se sorprende al ver que el monto sigue siendo siete dólares y once centavos. El reto consiste en determinar cuál es el precio exacto de los cuatro artículos para que al sumarlos y al multiplicarlos el resultado sea de siete dólares y once centavos. Solucionar el problema no es pan comido, y es probable que si no te gustan los enigmas matemáticos, el resultado te importe un comino. Pero si te atraen esta clase de acertijos, podrías encontrarte dedicándole días a dar con la solución. Como hice yo.

Estaba convencido de que si encontraba formas eficientes de atraer a mis alumnos para que abordaran sus clases del mismo modo en que el acertijo 7-Eleven me enganchó a mí, con toda seguridad generaría las respuestas «iluminadas» que tanto me había gustado ver durante las sesiones de *snowboard*.

Algunas de las técnicas que utilizaba eran simples pero eficaces. Por ejemplo, cuando enseñaba matemáticas empezaba la clase preguntando por qué nuestro sistema numérico está basado en el 10. ¿Por qué no en el 8, por ejemplo? ¿O en el 6, o en cualquier otro número? Prácticamente todas las culturas del mundo han basado sus sistemas numéricos en el número diez. «¿Por qué?», les preguntaba. A continuación les pedía a todos que levantaran la mano y miraran a su alrededor. Uno tras otro, los estudiantes iban dándose cuenta de que sus manos alzadas con sus diez dedos no querían decir que supieran la respuesta, sino que *eran* la respuesta.

Los acertijos funcionaban especialmente bien con el álgebra. Contaba a la clase que un padre y su hija habían salido a pescar y que, cuando están a punto de regresar a casa, el padre pide a su hija que le de uno de los peces que ha pescado y así «los dos tendrán la misma cantidad de peces», le explica. La chica respondía que si el padre le daba a ella un pez, ella tendría el doble que él. ¿Cuántos peces habían pescado cada uno?

La solución puede hallarse mediante dos sencillas ecuaciones algebraicas con dos variables. Naturalmente, hay formas más intuitivas de resolverlo, y los chicos que encontraban la solución en el plazo más breve no siempre eran unos genios de las matemáticas. Se trataba de engancharlos, de conducirlos al momento del «¡Ajá!», cuando el foco se les enciende y sus caras se iluminan.

Intenté adoptar el mismo enfoque cuando enseñaba inglés. Para mostrar a los estudiantes los ritmos de la poesía, escribía «toobie hornet toobie» en la pizarra y veía quién podía cambiar la acentuación de las sílabas para declamar una línea de *Hamlet* («*to be or not to be*»). Había algo de mi antiguo profesor de historia André Champagne en mi planteamiento. Como él, quería que los estudiantes pensaran sobre las cosas que daban por sentado, por ejemplo la forma en que contamos y el modo en que pronunciamos

simples palabras. Mi objetivo no era solo enseñar a los estudiantes determinado material, sino también proporcionarles las habilidades necesarias para fomentar el pensamiento crítico que necesitarían para resolver problemas por sí mismos a lo largo de sus vidas.

Mi enfoque, con frecuencia poco ortodoxo, sumía en la perplejidad a los administradores de la escuela, pero me hizo popular entre el alumnado. Sabían que tenía debilidad por un buen debate, y a veces me arrastraban lejos del programa básico y buscaban que emprendiera alguna discusión filosófica tangencial, lo que dio lugar a una dificultad extraña. A veces, cuando me tocaba disciplinar a algún estudiante, lo interpretaban como una traición por mi parte, pensando que me había vuelto contra ellos.

Mi respuesta siempre era: «Me gustan y los respeto, razón por la cual espero mucho de ustedes. Si no hacen la tarea o reprueban un examen, habrá consecuencias. Tienen que saberlo. Deben ser conscientes de las expectativas que tendrán que satisfacer en la vida. No sería muy buen profesor si no los ayudara a lidiar con estas realidades y los hiciera responsables de sus actos».

Cuando hablaba con gente que no trabajaba en el sistema educativo, muchos daban por sentado que es más fácil ser profesor en una escuela privada bien financiada que en el sistema público. Hay algo de verdad en eso. Los colegios privados suelen tener instalaciones más nuevas y mejores, y la disciplina tiende a ser más eficaz. Pero hay compromisos, especialmente en lo que respecta a trabajar con los padres para sacar lo mejor de sus hijos. Tras pagar miles, o incluso decenas de miles de dólares de colegiatura, los padres de los estudiantes de escuelas privadas pueden sentirse molestos si no ven resultados (esto es, calificaciones altas). En esta tesitura, puede que los profesores se autocensuren en las entrevistas con los padres, preocupados de que alguno de ellos, enojado, se queje a la dirección o amenace con inscribir a su hijo en otro colegio. Siempre preferí decirles la verdad. Si creía que el rendimiento escolar de algún estudiante se estaba viendo afectado por su entorno familiar, lo decía. Lo que alguna que otra vez hirió la sensibilidad de varios progenitores.

En ocasiones, mis métodos de enseñanza me crearon tensiones con los conservadores administradores del West Point Grey. El suceso más significativo tuvo que ver con un alumno —al que llamaré Wayne— que solía desafiar el código de vestimenta del colegio aflojándose la corbata y llevando una cadena colgando de su cinturón. Era un muchacho inteligente y seguro de sí mismo que eligió adoptar la pose del rebelde. Un día, después de que se le llamara la atención por enésima vez sobre su atuendo, Wayne me replicó: «No es justo. Siempre me regañan por mi apariencia, pero las mismas reglas afirman que las faldas escocesas de las chicas no deben quedar dos centímetros y medio por encima de la rodilla como máximo. Ellas no hacen el mínimo caso a la norma y no les pasa nada. Utilizan un doble rasero».

Yo estaba a cargo del periódico escolar, una tarea que emprendí con la clara intención

de convertirlo en algo que los jóvenes quisieran leer, y no hacer de él solo un lustroso panfleto que les hiciera sentirse bien. Le sugerí a Wayne que escribiera un artículo sobre el injusto doble criterio del que se había quejado ante mí. Lo hizo, y en su escrito teorizó razonablemente que era posible que el profesorado, sobre todo masculino, se sintiera incómodo haciendo notar a las estudiantes adolescentes que sus faldas eran demasiado cortas. Era el tipo de cosas que todo el mundo sabía pero nadie admitía, hasta que Wayne lo sacó a colación.

Cuando el artículo de Wayne apareció en el periódico del colegio, la dirección no reaccionó tan bien como podrían haberlo hecho, a mi entender. No solo Wayne fue objeto de medidas disciplinarias por faltar al respeto sino que, además, se suspendió la publicación del periódico, lo que me convenció de que West Point Grey no era el lugar más adecuado para que yo ejerciera de profesor, ni yo lo era para ellos. Poco después, acepté un puesto en el sistema público de educación, en Vancouver.

Quiero hacer hincapié, no obstante, que en general disfruté de mi estancia en West Point Grey. Los estudiantes y los profesores eran inteligentes y encantadores, y las cosas buenas del colegio superaban en número a sus desafíos, incluso durante los primeros años. También me alegra mucho ver que, sin lugar a dudas, West Point Grey Academy sigue destacando como una de las mejores escuelas de la Columbia Británica.

Mi experiencia había revelado aspectos negativos de la educación privada de los que no había sido consciente a lo largo de mi propia formación. El ingreso en el Brébeuf se basaba básicamente en el resultado que obtuviera el candidato en la prueba de admisión estandarizada. En West Point Grey, como en muchos otros colegios privados canadienses, la mayor barrera para entrar no eran las capacidades del estudiante sino el costo de la colegiatura. Si bien se podía acceder a becas y bolsas de estudio, la mayoría de los alumnos disfrutaban de unas vidas privilegiadas, con campamentos de tenis a los que ir en verano, fondos fiduciarios a los que recurrir o viajes a Europa. Nada de todo esto por sí solo hacía que fuera difícil lidiar con los estudiantes; conocí a muchos chicos estupendos en West Point Grey. A veces los oía hablar de qué harían si ganaran la lotería, algo que encontraba extraño dado que no eran exactamente niños procedentes de entornos económicamente desfavorecidos. Los premios de lotería con los que soñaban siempre eran de diez o veinte millones de dólares, nunca de uno, y los chicos fantaseaban con gastarse el dinero en barcos exóticos y jets privados.

Siempre que hablo sobre el problema de la desigualdad de ingresos en nuestra sociedad, pienso en los niños y las familias que conocí cuando enseñaba en esa escuela. Los padres con los que me encontraba en las reuniones entre padres y maestros habían logrado el éxito, eran personas trabajadoras, pero su fortuna hacía que algunos tuvieran un sentido desvirtuado de sus derechos. Al respecto, muchos de los alumnos no habían tenido contacto —ni siquiera eran conscientes de que existía— con una sociedad más amplia a su alrededor e ignoraban los desafíos a los que se enfrenta la gente común.

Conocí a muchos chicos ricos mientras crecía, y yo mismo disfruté de muchas

ventajas, incluyendo la posibilidad de viajar con mi padre. Pero él nunca habló de la riqueza como si esta fuera el objetivo principal en la vida. Ni una sola vez. Le hubiera horrorizado oírme hablar con entusiasmo sobre poseer un avión privado o vivir en una isla caribeña. Cuando una vez le preguntaron qué valores quería transmitir a sus hijos, mi padre respondió: «Quisiera que no fueran esclavos de los bienes materiales. Me gustaría que supieran apreciar una buena comida, un buen libro y disfrutar de las vacaciones. Eso es bueno. Pero sentirse un desgraciado por verse privado de placeres basados en cosas materiales, eso me parece una forma de esclavitud». Basta decir que supo legar dichos valores a sus hijos.

El sistema de educación público no estaba totalmente exento del tipo de pensamiento que perturbaba a mi padre. En la escuela secundaria Sir Winston Churchill, en Vancouver, donde impartí clases después de West Point Grey, la mayoría de los alumnos procedían de familias menos adineradas, pero muchos de ellos también parecían estar atrapados en sus propias obsesiones materialistas.

En el Sir Winston Churchill oí cómo un estudiante le decía a otro: «Mi padre tiene un trabajo nuevo, así que se acaba de comprar un Mercedes». Estaba emocionado y orgulloso y quería compartir su alegría.

«Hablemos sobre esto —dije—. Es genial tener un coche nuevo. Pero al final del día recuerda que no es más que un coche, un modo de ir de A a B. —Y añadí—: En ocasiones, una mejora profesional como la de tu padre acarrea sacrificios en la forma de vida. Puede que tenga mayor responsabilidad, pero puede que también sufra más estrés. Puede que encuentres a tu padre un poco más preocupado por su empleo. O que quizá tenga que trabajar más duro y durante más horas. Tienes un coche más bonito delante de casa, pero menos tiempo con tu padre. En la vida siempre hay disyuntivas. Tienes que pensar bien en qué vale la pena soñar de verdad».

He dado variantes de dicho discurso sobre la calidad de vida a decenas de chicos, y me gusta pensar que al menos algunos de ellos me escucharon.

El momento más memorable y potente de mi carrera docente ocurrió el 11 de septiembre de 2001. Ese día me desperté a las seis de la mañana con el ruido de mis compañeros de departamento que tocaban en la puerta de mi habitación. «¡Enciende el televisor!», me gritaban, y lo puse justo cuando el segundo avión chocó contra las torres. Me vestí y me dirigí al instituto, consciente de que aquel día todos los alumnos habían visto las mismas imágenes de las que yo acababa de ser testigo.

«Evidentemente, hoy no vamos a hablar de gramática francesa —anuncié a mis estudiantes de grado 9 y 10—. Hablemos de lo que acaba de pasar hace unas horas».

Uno de ellos preguntó: «¿Significa que ha empezado la tercera guerra mundial?». Dado que la principal hipótesis era que Estados Unidos había sido atacado por terroristas islámicos, se trataba de una pregunta lógica. Otros estudiantes afirmaron que no creían

que los acontecimientos de Nueva York tuvieran mucho que ver con Canadá, y uno preguntó: «¿Cómo va a afectar esto a nuestras vidas?», mientras un avión volaba bajo sobre nuestras cabezas de un modo que no habíamos oído antes. Obviamente, se trataba de un avión militar, y la clase guardó un inquietante silencio. «Ese miedo instintivo que acaban de experimentar... es la novedad», respondí. Hablamos sobre terrorismo y la necesidad de combatirlo, pero también sobre la conveniencia de asegurarse de que la alerta no se transformara en una forma de paranoia dirigida hacia todos los musulmanes. La totalidad de los chicos estaban conmocionados por los acontecimientos, y en tanto que cuerpo docente hicimos cuanto pudimos por abordarlo y hacer que volvieran a su rutina diaria. Fueron momentos difíciles.

Más tarde, ese mismo día, recibí una llamada de Gery Butts, que estaba en California con su mujer, Jodi, e intentaba regresar a Canadá. El espacio aéreo estadounidense estaba cerrado al tráfico civil, así que alquilaron un coche y se dirigieron al norte. Tuvieron que dejarlo en el pueblo más cercano a la frontera y tomar un taxi hasta el cruce, donde yo los recogería.

Cuando llegué al Arco de la Paz me encontré con una auténtica escena multitudinaria, con coches atascados durante horas en la parte estadounidense de la frontera. Gerry y Jodi habían caminado por la autopista arrastrando sus maletas y, de manera asombrosa, atravesaron la frontera y llegaron a mi coche. Cuando les di la bienvenida, Gerry dijo: «Mmm, ¿no deberíamos informar a los funcionarios de aduanas?». Dejamos el coche y dimos varias vueltas por las instalaciones hasta que encontramos a alguien capaz de tramitar la entrada de los viajeros que iban a pie, lo que hizo en unos segundos. Según nos alejábamos, eché un vistazo por el retrovisor a la larga hilera de coches y pensé en todas las familias con niños en el asiento de atrás, esperando horas o incluso días, mientras mis amigos habían podido cruzar la frontera como si esta no existiese. El incidente simbolizó la desorganizada y *ad hoc* naturaleza de la inmediata respuesta de seguridad al 11 de septiembre.

Vancouver es un lugar bonito, tan alejado de los puntos conflictivos violentos como de cualquier otro sitio en el mundo. Allí —como en la mayor parte de Canadá— resulta fácil sentirse protegido y distante. Reconozco que, en la nueva época iniciada por el 11 de septiembre, ningún rincón del mundo se ha mantenido inmune a las amenazas a las que se enfrenta nuestro mundo. Desde aquel día muchas naciones, Canadá incluida, han logrado éxitos contra Al Qaeda y grupos afines. Pero los riesgos siguen siendo considerables, motivo por el cual exhorté a mis estudiantes a que no olvidaran nunca dónde estaban cuando escucharon la triste noticia del 11 de septiembre de 2001. Nuestros recuerdos de aquella tragedia, por dolorosos que sean, son nuestra mejor forma de garantizar que permanecemos alerta en la lucha contra el terrorismo.

---

## El bosque es hermoso, oscuro y profundo

En noviembre de 1998, pasé una semana como profesor sustituto en la escuela secundaria Pinetree, en Coquitlam, a una media hora en coche al este de Vancouver. La clase había resultado ser un buen grupo de chicos, y al finalizar la semana me daba pena dejarlos. Después de despedirme el viernes día 13, conduje de vuelta a mi departamento, cené y me metí en la cama. Aquel día me fui a dormir sin saber que unas horas antes había perdido a mi hermano pequeño Michel.

Mi teléfono sonó a las cinco de la mañana. Era mi madre, que llamaba para decirme que había ocurrido un accidente. Por su tono de voz supe que alguno de mis hermanos estaba implicado. Descubrí que todos los lugares comunes estaban basados en la realidad: me quedé atontado, se me cayó el alma a los pies y se me heló la sangre en las venas, todo al mismo tiempo. «No estamos seguros, porque todavía no lo han encontrado — informó mi madre—. Pero la policía nos acaba de decir que Michel ha quedado sepultado por una avalancha en Kokanee».

Michel estaba haciendo lo que más le gustaba cuando murió: esquiar con sus amigos en lugares extremos en el interior meridional de la Columbia Británica. Mientras yo estaba frente a un pizarrón, un alud arrastraba a mi hermano y a uno de sus colegas hacia el lago Kokanee. Habían estado atravesando la pronunciada pendiente que hay sobre el lago. Su amigo Andy consiguió nadar hasta la orilla, pero Michel estaba demasiado lejos de ella. A sus otros compañeros les había llevado horas desenterrarse de la nieve y contactar con la policía. Mientras todo esto ocurría, yo había tenido un día normal, como lo había tenido el resto de mi familia en el este, felizmente ignorantes de lo que había sucedido.

Una parte de mí estaba segura de que Michel seguía con vida. Simplemente, no podía concebir la idea de un mundo en el que él no estuviera.

Sentí un espasmo de culpabilidad. ¿Qué estaba haciendo Michel en aquel glaciar? ¿Por qué yo, su hermano mayor, no había encontrado algún modo de protegerlo? Vivíamos en la misma provincia. Debería haberlo visitado más, haberlo llamado más,

haberlo cuidado más, haber hecho *algo* para alejarlo del peligro.

Había sido un año difícil para Michel. En primavera, mientras conducía por Manitoba de camino a su casa, un conductor imprudente provocó un accidente que destrozó su camioneta. Escapó sin daños graves, pero su perro, *Makwa*, había huido tras la colisión, y le llevó una semana encontrarlo. Para agravar los problemas, cuando llegó la policía a la escena del accidente, encontraron un poco de marihuana en la guantera de su coche, por lo que fue imputado. Tal vez debido a aquella experiencia cercana a la muerte, Michel dedicó gran parte de aquel verano a reconectar con la familia y reconstruir las afectuosas relaciones que todos teníamos antes de descuidarlas debido a la geografía y el ajetreo cotidiano.

Cuando llegó el otoño, los tres hermanos volvimos a tomar nuestro camino, y aquella fue la última vez que lo vi, a pesar de que no vivía muy lejos de mí, pues trabajaba en la estación de esquí de Rossland.

Había hablado con él el lunes de la semana de su muerte, una llamada telefónica que había hecho en parte acuciado por un sentimiento de culpabilidad. Me había estado flagelando a mí mismo por no haberlo llamado para felicitarlo por su cumpleaños a principios de octubre, cuando una amiga me recordó que, cuando se trata de la familia, nunca es demasiado tarde para ponerse en contacto. Tenía razón, claro, y ese mismo día lo llamé. Mantuvimos una buena plática sobre un montón de cosas, la habitual conversación entre hermanos. El tema que recuerdo con mayor claridad era su plan de irse al cabo de tres días al glaciario de Kokanee.

«Es principio de temporada —dijo—, así que debemos tener cuidado».

Respondí con el tono asertivo de un padre preocupado o de un hermano mayor: «Sí, deben ser *extremadamente* cuidadosos a estas alturas de la temporada». Se echó a reír. Michel sabía que yo no tenía mucha idea sobre los riesgos de avalancha ni sobre los pasos que había que dar para evitarlas. Lo único que sabía era que el esquí de montaña en aquella región de la Columbia Británica siempre conllevaba peligro de aludes. Aprendí muchísimo más cuando, tras la muerte de Michel, me convertí en director de la Fundación Canadiense de Avalanchas e hice todo lo posible con objeto de obtener una mayor financiación para apoyar un programa de concienciación sobre sus peligros.

Cuando más tarde se propagó la noticia de la desaparición de Michel, los medios de comunicación nacionales ocuparon Rossland, ansiosos por conseguir una declaración de cualquiera que hubiera conocido a Michel. Todos los comentarios eran iguales: era un joven feliz y despreocupado al que conocían simplemente como Mike, apreciado por cuantos le conocían, un amante de la buena vida siempre con una sonrisa en el rostro. Todos se quedaron muy sorprendidos al enterarse de que aquel apreciado amigo sin pretensiones que amaba intensamente explorar la naturaleza sobre unos esquís era el hijo de un exprimer ministro.

Michel había construido gran parte de su vida en torno a la nieve, el aire, las montañas y las personas que lo rodeaban. Era un espíritu libre, enamorado de la cultura

aborigen que se desarrolló en los lugares más bellos de Canadá, un tipo completamente en paz consigo mismo de un modo que, hasta el momento, no habíamos alcanzado ni Sacha ni yo.

Tras reservar un vuelo a Montreal, llamé a mi padre para decirle que iba y preguntarle si tenía alguna noticia. Mi padre nunca había sido dado a un autoengaño optimista, y no iba a serlo ahora. «No —me contestó con tristeza—, ni las habrá porque Michel se ha ido. La cuestión ahora es si encontrarán o no su cuerpo».

Michel se había aventurado por el Kokanee porque la zona ofrecía todos los alicientes que valoraba en la vida: un lugar remoto y salvaje, un escenario impresionante, un esquí desafiante y la clase de quietud tan rara en nuestro frenético mundo. Esquiar por el glaciar sobre la orilla del lago Kokanee durante un perfecto y soleado día estaba cerca del paraíso para Michel. El Kokanee es una joya alpina de cerca de un kilómetro de largo y cuatrocientos metros de ancho, muy profundo, rodeado de peñascos y vertiginosos desprendimientos de rocas. Entiendo por qué Michel se sentía atraído por el paraje. A pesar de que se riera de mi preocupación, y de que lo más probable es que midiera los riesgos del deshielo de principio de temporada, el peligro no suponía realmente un impedimento. Si tenía tantas ganas de desafiar su destreza y de satisfacer su necesidad de aventuras, hubiera ido casi bajo cualquier circunstancia. Como así hizo.

Tal vez hubiera aceptado hace tiempo los riesgos a los que se enfrentan los aventureros en las zonas más agrestes de Canadá, donde él se sentía más cómodo. Unos años antes de su muerte, mientras veía un documental en televisión acerca de los ritos funerarios en Asia, Michel declaró con total naturalidad: «Cuando llegue mi turno, simplemente déjenme al pie de la montaña a la que haya ido a parar».

El lago Kokanee estaba al pie de la montaña, y el alud de principios de temporada lo desvió de su trayectoria y lo arrojó a las profundidades del lago. Si hubiera sido más adelante, ese mismo año, el hielo hubiera estado congelado y él y sus amigos hubieran simplemente observado desde la seguridad de la pista cómo caía un pequeño desprendimiento. Su comentario resultó profético: los submarinistas nunca encontraron su cuerpo, y allí sigue hasta la fecha.

Michel se había labrado su propia ruta en la vida. Mientras Sacha y yo estudiábamos en la Universidad McGill, cerca de mi padre, Michel decidió poner rumbo al este, a la Universidad Dalhousie, en Halifax, donde estudió microbiología. De allí, se dirigió al oeste para llevar una vida en la que no tuviera que pensar en las expectativas que otras personas pudieran tener puestas en él.

En mi tercer año en McGill, conduje hasta Dalhousie para pasar una temporada con Michel. Habíamos estado muy unidos siendo niños, pero de algún modo, cuando empezó la universidad, nos habíamos distanciado. Al alejarse de la influencia de sus hermanos y su padre, en Halifax parece ser que salía mucho de juerga. Fue durante aquella visita cuando comprendí su deseo de forjarse su propia identidad.

Todavía lo extraño. Siempre lo extrañaré. Michel solo tenía veintitrés años cuando

murió, pero ya había encontrado su zona de calma, un lugar privado que la mayoría de nosotros no logramos alcanzar a lo largo de la vida. Si Michel estuviera vivo, creo que sería padre de unos hijos adolescentes, y que Sophie, yo y nuestros niños lo visitaríamos, a él y a su familia, cada Navidad. Puede que Michel hubiera fundado su propia operadora turística especializada en la práctica del esquí; amaba ese deporte, y creo que tenía una habilidad especial para los negocios. En su tiempo libre, hubiera encontrado el modo de expresar su creatividad a través de la pintura o la escritura. Sé que hubiera sido feliz con cualquier cosa que hubiera elegido hacer. Ese era su don.

Cuando atravesé la puerta de la casa de mi padre en Montreal a última hora de la tarde del día que supimos que habíamos perdido a Michel, lo abracé muy fuerte. Después de intercambiar unas pocas palabras, el teléfono empezó a sonar. Mi padre hizo el gesto de ir a responder, pero lo detuve y le dije: «No. Para eso vine aquí».

Una vez publicada, la noticia sobre la muerte de Michel se difundió por todo el país casi al instante. Mientras mi padre lidiaba con su dolor, me pasé lo que quedaba de la tarde aceptando las condolencias de los amigos de la familia. Las llamadas duraron varios días. Eran sinceras y emotivas, y en cierto modo me ayudaron a soportar mi intensa pena. Estaba desempeñando una función al ayudar a mi padre a lo largo de los peores días de su vida, y los compromisos asumidos ayudaron a atenuar la agonía que sentía por la muerte de mi hermano. Sacha estaba filmando un documental en el Ártico cuando se enteró del suceso. Voló a la Columbia Británica, donde actuó como representante de la familia entre los guardias y los submarinistas implicados en la búsqueda del cuerpo en el lago Kokanee, y se aseguró de dar las gracias a cada uno de ellos en nuestro nombre. Mi madre estaba destrozada en su casa, en Ottawa, consolando y siendo consolada por Fried, Kyle y Ally.

Me quedé con mi padre en Montreal y ayudé a organizar el servicio fúnebre para Michel en la iglesia Saint-Viateur d'Outremont. Si bien estos trámites me ayudaron a mantenerme ocupado durante algunos días, a medida que la realidad se iba imponiendo las emociones me superaron. Sacha pronunció un precioso panegírico, conmovedor y desgarrador. Yo no pude encontrar palabras, de modo que leí la oración de las Naciones Originarias de Canadá que tanto gustaba a Michel.

Luego tuvo lugar una pequeña recepción en el Mont Royal Club, donde algunos de los amigos de Michel hicieron un videotributo a mi hermano. En un primer momento, parecía incongruente celebrar una vida tan intensa, a su modo tan rebelde como la de Michel en un club tan elegante de la edad de oro de Montreal. Sin embargo, a medida que las salas se fueron llenando de amigos de mi hermano, quedó claro que el código de etiqueta del Mont Royal, que se inclinaba por los trajes de *tweed* a medida y las corbatas de seda italianas, se dejó a un lado ese día. Los amigos de Michel, de Dal, de Camp Ahmek, del oeste, llegaron vestidos de calle y nadie se quejó. El ambiente era triste, y

bello, y el olor a pachuli lo inundaba todo. Llenó de alegría mi corazón partido estar rodeado de personas que habían querido tan profundamente a Michel, y tan bien.

En las semanas siguientes, Sacha pasó a ser el principal apoyo de mi padre tras mi vuelta a Vancouver para continuar con mis obligaciones docentes y con mi vida, e intentar dejar la tragedia atrás. Pero en Navidad llegaron más malas noticias: mi padre fue hospitalizado por un caso grave de neumonía.

Al menos, aquel fue el diagnóstico médico. Yo creo que la luz comenzó a apagarse en el alma de mi padre cuando murió Michel. Se recuperó de la neumonía en unas semanas, e incluso llegó a viajar un poco después de aquello. Pero desde que enterramos a Michel, hasta su propia muerte dos años después, mi padre nunca volvió a ser el mismo hombre.

Mi madre soportó un dolor horrible y debilitante al perder a su hijo, acrecentado por sus problemas de salud mental y agravándolos. Atravesó una época extremadamente difícil, y durante los cinco o seis años que siguieron a la muerte de mi hermano toda su familia se volcó en ayudarla.

El fallecimiento de Michel y su impacto en mis padres me afectaron profundamente. Pasaba largos días en contemplación y largas noches lidiando con la pérdida de Michel, los problemas de mi madre y la evidencia del deterioro de mi —hasta entonces— invencible padre. Busqué y recibí apoyo desde muchos frentes: fe, terapia y, sobre todo, un círculo increíble de amigos. Comprendí entonces que la amistad no consiste en estar en los buenos momentos, en las risas, en las aventuras, sino en estar para el otro durante nuestros momentos más difíciles y solitarios. Fue a lo largo de aquella oscura época cuando entendí que las extraordinarias personas a las que puedo llamar amigos son lo que me hacen ser el tipo más afortunado del mundo.

En su último año de vida, mi padre se volvió cada vez más melancólico y existencial. Tenía la mente puesta en eternas preguntas relativas a la mortalidad del hombre y el destino del alma humana. En ocasiones parecía estar enojado con Dios, incapaz de entender por qué se había llevado a su hijo, tan lleno de vida, en vez de a él. Su fe se debilitó. Un día le sugirió a mi madre: «Si no hay vida después de la muerte, entonces nada de lo que he hecho en esta vida importa». Puede que haya sido lo más triste que haya dicho mi padre nunca.

Durante este tiempo, empecé a examinar mi propia relación con Dios. Mi padre había sido un católico devoto a lo largo de toda su existencia. Siendo niños, nos llevaba a misa los domingos siempre que le era posible, y de joven observaba los rituales del culto como me habían sido enseñados. Sin embargo, al crecer, estos me fueron pareciendo un asunto más bien ceremonial que sustancial. ¿Era demasiado inmaduro para apreciar su relevancia? Puede que sí. Los niños vestidos con sus mejores galas en la iglesia no son más que niños al fin y al cabo. Cuando Sacha, Michel y yo acudíamos a la iglesia con mi padre, lidiábamos con el aburrimiento intentando hacernos reír los unos a los otros sin

reírnos nosotros mismos.

Cuando tenía dieciocho años, mantuve una extensa conversación con mi padre acerca de mi actitud hacia la religión. Le dije que creía —como ahora creo— en la existencia de Dios y en los valores y principios universales de las principales religiones. Eran los dogmas del catolicismo con los que tenía problemas, sobre todo con la idea de que alguien que no fuera un sincero y practicante católico no pudiera ganarse la entrada en el cielo. Me parecía algo extraño e inaceptable. La respuesta de mi padre a mis dudas fue decir: «Debes tomar tus propias decisiones», sugiriendo que se daba por satisfecho con que al menos tuviera algunas nociones del cristianismo, y que pudiera volver a sus enseñanzas más adelante si así decidía hacerlo.

La muerte de Michel hizo que mi padre se cuestionara su fe. Pero en mí, este examen de conciencia tuvo un efecto contrario. En medio de todo el punzante sufrimiento emocional que sentía, tuve un instante de revelación: a pesar del tormento y la confusión que sufrimos en este *valle lacrimarum*, existe un sentido divino del universo, uno que no podemos comprender. Esta revelación vino acompañada de una sensación curiosamente fortalecedora de que mi vida, como la de cualquiera, está en manos de Dios. Esta toma de conciencia no me absuelve de la necesidad de luchar por un mundo mejor y de intentar ser yo mismo mejor persona, pero me ha ayudado a hacer frente a aquellas cosas que no puedo cambiar, entre ellas la muerte. También me ayudó a reafirmar la esencia de las creencias cristianas que conservo hasta hoy.

Mientras atravesaba esta crisis espiritual como consecuencia de la muerte de Michel, me hice amigo de Mariam Matossian, una canadiense armenia que por entonces era profesora, pero que más tarde se convertiría en una exitosa cantante de folk. Mariam y yo sentamos las bases de una verdadera amistad y hablábamos con regularidad, sobre todo sobre cuestiones de fe. Yo era un católico no practicante y ella una cristiana evangélica con dudas, y ambos estábamos soportando un período de reflexión personal.

Cuando Mariam me invitó a acompañarla a un curso Alpha, un programa de formación que guía a los asistentes a través de discusiones sobre el significado de la vida experimentada desde una perspectiva cristiana, vacilé. Sospechaba que el curso consistiría en hacer proselitismo a favor de una u otra secta. Pero descubrí que no era este el caso. En lugar de eso, se trataba de desarrollar la humildad necesaria para admitir que no podemos pasar por los desafíos más difíciles de la vida por nuestra cuenta. A veces necesitamos la ayuda de Dios. Comprendí que estaba atravesando uno de esos períodos, y el curso me ayudó a acoger la presencia de Dios en mi vida.

Estaban retransmitiendo las Olimpiadas de Sidney por televisión, en septiembre de 2000, cuando murió mi padre, y aún hoy, el mero recuerdo de ver al día siguiente la bandera canadiense a media asta en la Villa Olímpica me empaña los ojos de lágrimas. El vicepresidente del Comité Olímpico Internacional, Dick Pound, dijo en directo que «no

hacía mucho que se había ido» su amigo Pierre Trudeau, unas palabras que resumían a la perfección el final de la vida de mi padre. Papá siguió siendo un gran amante de la naturaleza hasta una avanzada edad, y era capaz de superar casi cualquier obstáculo al que tuviera que hacer frente. Cuando rondaba los setenta años, se desgarró los ligamentos de la rodilla al pisar sobre un agujero durante unas vacaciones en el Caribe; al cabo de unos pocos años de la operación, volvía a bajar esquiando por las pistas de diamante negro en Whistler. Una de las bromas de nuestra familia era que siempre que mi padre iba al cine insistía en que le hicieran su descuento por pertenecer a la tercera edad. Era irrisorio considerarlo alguien de la tercera edad; era una de las personas más robustas que he conocido jamás. Hasta que, de repente, dejó de serlo.

Unos años antes, justo cuando cumplí veinticinco años, a instancias de un querido amigo, había tenido «la conversación». Seguía estando sano y fuerte, pero como hijo mayor sentía que debía mantener una conversación sobre aspectos relativos al final de la vida, a ser posible mucho antes de que surgieran. Le pregunté qué tipo de cuidados quería, y qué nivel de intervención deseaba en caso de que su cuerpo comenzara a fallarle. Me dijo que quería descansar junto a sus padres y abuelos en el panteón familiar, en el pequeño pueblo de Saint-Rémi, y comentó que no le molestaba el más que probable funeral de Estado que tendría, siempre y cuando este transcurriera en Montreal.

Me resultó muy difícil sostener esta conversación con él, y él parecía un tanto desconcertado. Supongo que se trata de una conversación difícil para todo el que tenga un padre de avanzada edad, pero, en términos generales, sabía que tenía suerte de que, a diferencia de algunos hijos adultos que luchan con la mortalidad de sus padres, no había acudido a él en busca de alguna forma de pasar página. Fue una conversación muy práctica, muy prosaica, y supuso una diferencia abismal haberla tenido antes de que él cayera enfermo.

De todos los recuerdos que tengo de mi padre y de nuestra relación, ninguno es más cálido y conmovedor que lo que sucedió un año antes de su muerte, cuando vino a visitarme estando yo aún dando clases en West Point Grey Academy, en Vancouver. Era un tranquilo viernes, a mediodía, y le gustó conocer a mis compañeros de trabajo y dar una vuelta por el colegio conmigo. Fue muy agradable enseñarle mi clase y compartir con él lo que estaba haciendo con mi vida profesional.

Cuando estábamos a punto de abandonar el edificio, escuchamos las pisadas de alguien corriendo que se acercaba por detrás. Nos volvimos y vimos a una de mis alumnas, casi sin aliento. Mientras se acercaba, muy nerviosa, dijo: «Señor Trudeau...».

Había sido testigo de la misma escena miles de veces. A cualquier sitio al que fuera con mi padre, niños y adultos deslumbrados se le acercaban en busca de un autógrafo, o para darle la mano, o para preguntarle si podían tomarse una foto con él. Siempre me mantenía alejado sonriendo en silencio, mientras mi padre accedía educadamente a lo que sea que le pidieran, de modo que también en esa ocasión di un paso atrás.

Sin embargo, aquella joven —que quizá hubiera nacido el año en que mi padre, tras

su famoso paseo bajo el temporal de nieve, decidió retirarse de la vida política— ni siquiera lo miró. En vez de eso, se dirigió a mí: «Señor Trudeau, solo quería decirle que hoy llegaré tarde a la clase de francés porque tengo que echar una mano en el gimnasio». Asentí con la cabeza y le di las gracias; se dio la vuelta y se alejó trotando sin decir una palabra más.

Me sentí un poco avergonzado por el encuentro. La alumna era hija de inmigrantes, parte de la ola de recién llegados que habían venido a este país y alcanzado el éxito gracias en parte a las políticas progresistas que mi padre había introducido como primer ministro. Acababan de tratarlo como a un anónimo espectador, y me encogí un tanto azorado antes de girarme, sin saber muy bien qué decir.

Para satisfacción mía, mi padre esbozaba una amplia sonrisa. Tras muchos años recibiendo reconocimiento y gratitud por cuanto había hecho, no necesitaba otro gesto de agradecimiento de una joven canadiense. Muy al contrario, se había sentido orgulloso al ver cómo su hijo mantenía nuestro legado familiar de servicio a Canadá, esta vez como educador de jóvenes. Para una nueva generación de jóvenes, yo —no Pierre Trudeau— era ahora el «señor Trudeau», y se sintió orgulloso de mí por ello. Fue muy agradable compartir un momento así con él.

Fue uno de los últimos. En la primavera de 2000, a punto de terminar mi año escolar en West Point Grey Academy, Sacha me llamó para decirme que nuestro padre se estaba muriendo. Se había visto aquejado por la enfermedad de Parkinson y ya había sobrevivido a un episodio de neumonía. También superaría esta de algún modo, me convencí a mí mismo. Pero mi padre, si bien era fuerte, no era indestructible. Sacha me reveló que hacía un tiempo le habían diagnosticado cáncer de próstata y había decidido no seguir ningún tratamiento. La enfermedad parecía estar entrando en su última fase.

«¿Qué? —casi le grité por el teléfono—. ¿Por qué no me dijiste nada?».

Sacha me explicó que mi padre le había ordenado ocultármelo. Sabía que hubiera dejado todo lo que estuviera haciendo en Vancouver y regresado a Montreal en cuanto me hubiera enterado de su dolencia. No quería que abandonara a mis estudiantes antes de que terminara el año escolar. Sé que mi padre solo intentaba ser considerado, pero aun así estaba muy enojado con él. Una parte irracional de mí pensaba que quizá podría haber arreglado lo irreparable si lo hubiera sabido antes. Cuando me calmé, hice las maletas y, una vez más, tomé un largo y triste vuelo a Montreal, donde pasaría el verano con mi padre, leyéndole sus obras preferidas de Shakespeare, Racine y Corneille, y sentado en silencio a su lado.

La muerte de Michel había sido repentina e impactante. La de mi padre fue gradual, semana a semana, con Sach y yo a su lado. Un tranquilo viernes por la tarde de finales de septiembre llegó el momento, y se fue.

En medio de nuestro dolor, sabía que tendríamos que afrontar un nivel importante de atención mediática en cuanto anunciáramos su muerte. La casa familiar de Avenue des Pins estaría rodeada de periodistas, como había ocurrido semanas antes cuando se supo

su enfermedad. No podríamos ir y venir en aquellos momentos de privacidad sin los focos de las cámaras en nuestras caras. Sach decidió quedarse en la casa y atrincherarse en ella; yo tomé el teléfono, llamé a mi viejo amigo Terry DiMonte, locutor de radio en Montreal, y le dije que me iba a pasar el fin de semana a su casa. Me gustaba la idea de esconderme de la prensa en un lugar donde no pudieran molestarme: con uno de los suyos. Durante los siguientes días, sin perturbaciones salvo por las reuniones en el centro para resolver los detalles del funeral de Estado con mi hermano, la oficina de protocolo gubernamental y algunos viejos confidentes de mi padre, pude volcarme en mi dolor en paz, rodeado de algunos de mis mejores amigos.

Fue también a lo largo de aquel fin de semana cuando escribí el panegírico. Sabía que los homenajes de los periódicos y de las televisiones recalcarían profusamente los logros políticos de mi padre, de modo que quise compartir aquella parte de él que la gente veía pero no conocía de verdad: lo extraordinario que había sido como padre. Mis amigos me ayudaron a recordar algunas historias en las que centré el discurso, introduje algunas referencias a los valores y la visión de Canadá que no solo habían moldeado a sus hijos, sino a toda una generación, e intenté ofrecer una breve conclusión para devolver las profusas muestras de apoyo de todo el país con un buen llanto final.

El martes por la mañana en que se celebró el funeral, mientras me preparaba para dirigirme a la basílica de Notre-Dame, no dejaba de pensar en Shakespeare. Pensé en los «honorables hombres» que eran los adversarios políticos de mi padre, pensé en «elogiar» en vez de «enterrar», y decidí, de manera impulsiva, comenzar el panegírico poniéndole un poco de énfasis. Puede que fuera algo así como un tiro de advertencia, ahora lo reconozco, pero en aquel momento, debo decir que no lo pensé demasiado; sencillamente, sentí que era lo correcto.

Y por lo que se refiere al final, bueno, solo podía terminar de un modo: recordándole a él —y al mundo— que lo quería.

Y siempre lo querré.

Canadá perdió a Pierre Elliott Trudeau en otoño de 2000. Sacha, Sarah y yo perdimos a nuestro padre. Nos había preparado bien para esa posibilidad, pero uno nunca está realmente listo para perder a un padre. Nadie lo está. Es uno de los cambios más importantes que nos presenta la vida. Los padres son el centro del sistema solar de una persona, incluso de adulto. Mi padre tenía una fuerza gravitacional más fuerte que la mayoría de la gente, de modo que era inevitable que su ausencia dejara un profundo y permanente vacío.

Los canadienses nos demostraron su apoyo, a mí y a mi familia, de forma abrumadora. Jamás olvidaré lo amable y afectuoso que fue todo el mundo, casi sin excepciones. No mucha gente llega a apoyarse en más de treinta millones de personas cuando muere su padre. Al mismo tiempo, el cambio fue inmediato e impresionante. Yo

tenía trece años cuando mi padre abandonó la vida pública. Pasé mi adolescencia y entré en la madurez en un relativo anonimato. De repente, tras el funeral de mi padre, personas con las que me cruzaba me reconocían por la calle.

Sentí intensamente su ausencia. Era un sentimiento triste y profundo, aunque liberador al mismo tiempo. En mi discurso fúnebre dije que «dependía de nosotros, de todos nosotros», personificar los valores que él defendía y representaba, ahora que él ya no estaba con nosotros. Al mirar hacia atrás me doy cuenta de que aquel consejo era tanto para mí como para todo el mundo.

A menudo me preguntan si no lamento que mi padre ya no esté aquí para darme consejos, sobre todo ahora que sigo sus pasos como líder del Partido Liberal. Al igual que todos aquellos que han perdido un padre, yo también lo extraño mucho, pero no a este respecto. Manteníamos una relación íntima y profunda. Durante toda mi vida compartió conmigo sus valores, sus puntos de vista y sus pasiones, al mismo tiempo que me enseñaba a ser racional, responsable y riguroso. Por eso, siento que lo único que tengo que hacer es escuchar muy dentro de mí para oír su voz en casi cualquier situación.

Siempre está ahí en espíritu, y su espíritu siempre es alentador.

---

## Dos decisiones que cambiaron mi vida

Tras la muerte de mi padre, lo último que me pasaba por la cabeza era meterme en política. Quería volver a Vancouver, a mi carrera como profesor, y afrontar el hecho de que mi padre, que había ocupado tanto espacio en mi vida, ya no estaba.

En los días posteriores al funeral, recuerdo vagamente haber sido invitado a ser candidato por el Partido Liberal; pero dejé bien claro que no tenía ningún interés en ello. Tenía una carrera docente que valoraba, que se me daba bien y en la que sabía que estaba marcando la diferencia. Creía que cabía la posibilidad de entrar algún día en política, pero solo si lo hacía a mi manera. Siempre me había mantenido alejado del mundo político tradicional, muy consciente de que mi nombre tendría mucho más peso que cualquier cosa que dijera o hiciera: así, nunca pertenezco a las juventudes del Partido Liberal, y jamás asistí a convenciones ni a cualquier otro acontecimiento liberal. Aquella palabra no me llamaba la atención, simplemente.

Volví a dar clases, trocando el sistema privado por el público. Y cedí el apoyo de mi nueva imagen pública a causas en las que creía, como en la prevención de avalanchas, pero sobre todo intenté pasar desapercibido.

Un viejo amigo de mi padre, Jacques Hébert —fundador de la organización benéfica Katimavik a finales de la década de 1970, un programa de servicio comunitario para jóvenes canadienses—, me ofreció un puesto en su junta directiva. Francamente, me sorprendió un poco que el programa existiera todavía; aún recordaba la huelga de hambre que Jacques emprendió cuando era senador para protestar contra la supresión del mismo por parte del gobierno de Mulroney. Pero reconocí que un servicio dirigido a los jóvenes podría llenar un vacío del que había sido testigo en nuestras escuelas: oportunidades para contribuir y conectar con la comunidad en su conjunto, proporcionando a los jóvenes la sensación de que no debían esperar a crecer para cambiar el mundo de manera significativa, sino que podían comenzar a hacerlo desde ya.

En Katimavik, jóvenes voluntarios trabajaban para organizaciones sin ánimo de lucro y seguían un plan de estudios que implicaba el uso de su segunda lengua oficial, así como

el desarrollo de su capacidad de liderazgo. Cada año más de mil chicos y chicas canadienses vivían en casas Katimavik por todo el país y contribuían a la labor de más de quinientas organizaciones colaboradoras. A lo largo de la vida del programa, más de treinta y cinco mil jóvenes canadienses han participado en iniciativas Katimavik establecidas en más de dos mil comunidades. Tuvo un gran impacto en este país, un impacto que no debería ser subestimado. Además de aprender el valor del voluntariado y del compromiso cívico, los participantes descubrían muchas cosas sobre Canadá al pasar la mayor parte del año en tres regiones diferentes con jóvenes de otros rincones del país. Básicamente, tenía que ver con jóvenes canadienses que participaban en la construcción de una nación mejor, cimentando una comunidad.

Lo más frustrante del programa era que cada año solicitaban su entrada en él, diez veces más jóvenes de lo que nuestra financiación nos permitía asumir. Diez mil chicos y chicas canadienses, a menudo con dudas sobre el paso siguiente que debían dar tras el instituto, se ofrecían a servir a su país con su energía y su esfuerzo, y sin embargo nos veíamos obligados a rechazar a nueve de cada diez. Cualquier alumno que haya pasado por Katimavik dirá que la experiencia le cambió la vida. Que un país de tanto éxito como Canadá no optara por ofrecer a sus jóvenes más oportunidades para convertirse en ciudadanos activos y atentos a las necesidades de la comunidad al tiempo que contribuyen con organizaciones locales, era algo que yo quería solucionar. Y todavía quiero.

Después de unos años más o algo así en la Costa Oeste, estaba preparado para volver a casa, a Quebec. Adoraba Vancouver, tenía un grupo de amigos estupendo, me encantaban las montañas y el océano, el estilo de vida, pero —con treinta años— empezaba a sentir que había llegado la hora de establecerme y, posiblemente, de formar una familia. No podía imaginar hacer eso en otra parte que no fuera Montreal.

Extrañaba vivir en francés —enseñarlo no era suficiente— y me resultaba difícil imaginarme pasando el resto de mi vida con alguien que no compartiera mi idioma y mi cultura. También me hacía falta —y sentía que podía ayudar— mi madre, que la estaba pasando terriblemente mal intentando estabilizar su salud mental tras las muertes en la familia. Vivir a miles de kilómetros de distancia, en Vancouver, y no poder proporcionar a mi madre el apoyo que necesitaba, me desesperaba.

Encontrar un trabajo de profesor en Montreal resultó ser más complicado de lo que había esperado. Mi título de profesor de la Columbia Británica debía pasar por cierta adaptación antes de estar acreditado en Quebec, y mientras averiguaba en qué consistía el proceso, decidí que había llegado el momento de cambiar. En octubre de 2002, me matriculé en la Escuela Politécnica de la Universidad de Montreal, para dar alas a mi lado científico y estudiar ingeniería. Siempre me ha encantado la ingeniería: la aplicación práctica de las matemáticas y la ciencia en situaciones de la vida real me atraía sobremanera. Desde una temprana edad, los acertijos de lógica y los problemas matemáticos habían sido uno de mis pasatiempos favoritos, y disfrutaba de la

oportunidad de asumir un nuevo desafío intelectual.

También me gustaba la idea de que fuera algo completamente inesperado, al menos para quienes no me conocían bien. Desde el funeral de mi padre, la gente había estado observando para ver si daba señales de querer dedicarme a la política, y este paso imprevisto era un modo de decirles «tururú».

Mientras estudiaba en la Politécnica, conocí a Sophie.

En junio de 2003, me pidieron que echara una mano en la organización de la gala de la Starlight Children's Foundation. Se trataba de una gran producción. El espectáculo musical estaba a cargo de Tony Bennett, y Belinda Stronach llegó del brazo del príncipe Andrés. Presenté la velada junto con la periodista Thea Andrews y una encantadora presentadora de radio y televisión de Quebec a quien creí conocer de algo. Se llamaba Sophie Grégoire, y me descubrí mirándola fijamente y pensando: ¿de qué conozco a esta mujer?

Cuando por fin tuvimos oportunidad de hablar, Sophie despejó mi duda. Había ido al colegio con mi hermano Michel, y habíamos coincidido varias veces por aquel entonces. Nos llevábamos cuatro años de edad, un gran abismo en la adolescencia. Aun así, recordaba su cara. Y ahora, claro, la diferencia de edad no significaba nada.

Sophie había conocido a Michel desde el tercer grado, cuando ambos estudiaban en el colegio Mont-Jésus, en Montreal; sus caminos volvieron a cruzarse en el Brébeuf, donde ella salía con uno de los mejores amigos de Michel. Sophie había considerado a mi hermano como un bondadoso rebelde que amaba la naturaleza y odiaba los grupitos. El Brébeuf, como bien sabía yo, podía llegar a ser un lugar esnob, aunque Michel se granjeó la reputación de ser todo lo contrario.

Habían pasado cinco años desde la muerte de Michel, y el impacto emocional de su pérdida todavía no había desaparecido. (Todavía estoy esperando...). Pero había sanado lo bastante para poder evocar y reírme con Sophie de las payasadas de Michel en el instituto sin sentirme morboso ni ponerme sensiblero.

Sophie y yo la pasamos genial aquella noche, a pesar de lo que nos costó conseguir que algunos de los invitados ebrios bajaran la voz durante la actuación de Tony Bennett. De hecho, nos unió nuestra inutilidad compartida. Pasamos casi toda la noche hablando y flirteando, y para cuando acabó la gala ya sabía que se trataba de una mujer muy especial. Entonces se terminó la noche y ella se fue.

Me envió un escueto correo electrónico unos días después, en donde me decía que le había gustado mucho volver a verme y que me deseaba lo mejor. Me alegró muchísimo volver a tener noticias tuyas, pero fui demasiado cobarde para contestar. Presentía que aquel no había sido un encuentro ordinario y que ella no era una mujer ordinaria, y que era muy probable que el simple hecho de quedar para tomar un café se convertiría rápidamente en «el resto de mi vida».

Me dije que si era el destino, entonces sucedería, y de que no había ninguna necesidad de precipitar las cosas. Y, efectivamente, unos meses después, a finales de agosto, caminaba por Boulevard Saint-Laurent cuando una voz que iba en dirección contraria pronunció un somero: «*Salut*, Justin».

¡Sophie! Me di la vuelta y corrí tras ella. Lo único que se me ocurrió decirle, mientras me esperaba con los brazos cruzados, fue: «¡Siento no haber respondido a tu correo!».

Arqueó una ceja, impresionada contra su voluntad de que yo supiera que había parecido un maleducado por haberla ignorado.

«Te lo compensaré. Déjame invitarte a cenar», le propuse.

«Escribeme cuando puedas, y ya veremos» fue toda su respuesta, y se fue caminando.

Me llevó varias semanas de intercambios de correos y llamadas telefónicas, pero perseveré. Al final Sophie accedió a cenar conmigo, con la condición de que fuéramos a algún lugar en el que ninguno de los dos hubiera estado antes. Para salir de mi zona de confort, llamé a Sacha y le pedí consejo, ya que sus gustos siempre han sido más atrevidos que los míos. Me sugirió el Khyber Pass, en Duluth, un restaurante de comida afgana. A Sophie le gustó la idea, y quedamos para la semana siguiente. Me indicó amablemente cómo llegar a su departamento, «justo delante del Pierre Elliott Trudeau Rose Garden», sin duda con cierta sorna. Nunca se lo admití, pero tuve que buscar dónde estaba.

No me presenté delante de la puerta de su casa en un carruaje de caballos precisamente. Durante años tuve un Volkswagen Jetta TDI, un coche que me había llevado fielmente de un lado a otro entre Vancouver y Montreal cuando vivía en la Columbia Británica. Pero aquel verano me lo habían robado, y todavía no lo había reemplazado, por lo que conducía el viejo Ford Bronco de Michel, que tenía un gran valor sentimental, pero no mucho más. Tras su muerte, la camioneta había pasado todo el invierno enterrada bajo la nieve en la cima de la vía forestal del glaciar Kokanee, y por mucho que lo intenté, no conseguí eliminar el olor a humedad del que se había impregnado. Sophie no se quejó, pero sí se burló de mí por ello.

Hablamos de cientos de temas diferentes durante la cena, pero siempre volvíamos en círculo a Michel, mi padre y los recuerdos compartidos de la década de 1980. Sophie no solo había conocido a Michel durante la escuela primaria; también se había cruzado con Sacha a través de amigos mutuos, a menudo en la pista de esquí.

Era como si hubiéramos llevado vidas paralelas que por fin se cruzaban. Una cosa es sentirse atraído por una mujer, pensar que es ingeniosa, viva, inteligente o bella. Pero Sophie era todas esas cosas a la vez, y ambos nos deleitamos aquella velada en lo que ella califica ahora como «el precioso desasosiego» del flirteo. No obstante, si el objeto de tu atención no entiende lo que realmente te interesa y aún te hace vibrar, la atracción superficial no es suficiente. Buena parte de lo que a mí me hacía seguir adelante era mi

familia, incluyendo el padre y el hermano a los que nunca volvería a ver. Así que no es ninguna coincidencia que me sintiera fuertemente atraído por esta extraordinaria mujer que había conocido a mi familia en momentos más felices.

La clase de amor más duradero se va tejiendo a partir de todas las cosas arraigadas en un pasado entrelazado, incluidos una cultura y unos valores compartidos. Son cosas que no hay que explicar, y que probablemente no se puedan explicar aunque uno quiera hacerlo. Conocer a Sophie no fue tanto descubrir a una persona nueva, como encontrar a alguien a quien ya conoces y con quien llevas soñando toda tu vida. Motivo por el que durante aquella cena empecé a entender que había regresado a Montreal por Sophie, incluso antes de saber su nombre.

No quería echarlo todo a perder ahuyentándola con románticas declaraciones, de modo que traté de mantener la calma. Tras la cena, mientras caminábamos por el paseo peatonal Rue Prince-Arthur en busca de un helado, Sophie me propuso: «¡Vamos a un karaoke! ¡C'mon, será divertido!».

La moda de los karaokes había alcanzado su punto máximo y hacía tiempo que los bares más populares se habían deshecho de sus máquinas. Pero había un local asiático en Rue de la Montagne que todavía complacía a los *crooners* aficionados, de modo que pusimos rumbo hacia allí en el Bronco, reservamos una cabina privada y nos sentamos juntos a cantar la banda sonora de *Moulin Rouge*. Sophie cantaba muy bien; yo no tanto. No importaba. Cada vez me tenía más hechizado, podía sentir cómo me relajaba y confiaba en mis sentimientos de una manera que apenas me había permitido hasta entonces. Me sentía vulnerable y seguro al mismo tiempo, y la confluencia de emociones felices me desconcertó, tanto que tropecé con un farol al salir del bar. (Siendo una primera cita, no pude convencer a Sophie de que en realidad no era un torpe: me llevó años de no volver a hacer nada parecido para que ella entendiera en qué estado me encontraba aquella noche).

En mi departamento, nos sentamos en el sofá y hablamos hasta el amanecer. Cuanto más revelábamos de nosotros mismos, más cerca estábamos, hasta que nuestra conversación mudó a la esfera de los tristes secretos. Sophie me contó su batalla contra la bulimia en el instituto y sobre la soledad que había experimentado siendo hija única. Yo, a cambio, le hablé de mi tumultuosa niñez.

A medida que nuestra primera cita llegaba a su fin, tuve la vertiginosa sensación de que Sophie sería la última mujer con la que saldría, una impresión tan fuerte que en realidad dije: «Tengo treinta y un años, así que llevo treinta y un años esperándote. ¿No podemos saltarnos la parte del noviazgo y comprometernos directamente, ya que vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos?». La emoción era tan fuerte que nos hizo llorar y reír al mismo tiempo. La intensidad y lucidez de aquel momento nos dejó a los dos sin palabras. La llevé a su casa en un implacable pero cómodo silencio.

Como ya he dicho algunas veces al explicar la historia, Sophie tardó unas semanas en darse cuenta de que yo iba en serio, y unas cuantas más para saber que estaba en lo

cierto. Pero para mí aquel fue uno de esos momentos de total lucidez, en el que tuve una calma pero firme certidumbre sobre cómo iban a ser las cosas.

Mis amigos y familiares adoraron a Sophie; yo también me enamoré de sus padres. Al año siguiente nos compramos un departamento en una bocacalle de Avenue Van Horne, y por primera vez en mi vida, me fui a vivir con mi novia. Viajamos juntos; nos desafiamos físicamente, espiritualmente e intelectualmente, y descubrimos verdades sobre nosotros mismos a través del otro.

Sophie es el espíritu más original, elocuente, apasionado e intenso que he conocido nunca. Su compleja personalidad está llena de contrastes. Una esquiadora extrema capaz de enfrentarse a las más duras pendientes y bajadas, es también tierna, graciosa y maternal. Una creatividad artística y un gran sentido del humor combinan muy bien con su férrea disciplina y concentración personal. Es hija única, pero siempre ha sido curiosa y se ha sentido atraída por los demás. Su vulnerabilidad, inteligencia e intuición son estimulantes, y solo puedo amarla más cada día que pasa.

El 18 de octubre de 2004 la llevé a visitar la tumba de mi padre en Saint-Rémi, donde en silencio le pedí su bendición en el que hubiera sido su ochenta y cinco cumpleaños, y unas horas más tarde, en una bonita habitación del hotel Old Montreal llena de pétalos de rosas y a la luz de las velas pedí a Sophie que se casara conmigo y construyéramos una vida juntos.

El fin de semana anterior había ido a visitar a los padres de Sophie en su casa de Sainte-Adèle, en Laurentides, en el norte de la ciudad. En un anticuado gesto de respeto, me arrodillé sobre una pierna en las húmedas hojas otoñales delante de su padre mientras paseábamos por el bosque, y le pedí permiso para casarme con su única hija. Con el característico humor huraño que Jean siempre utiliza para ocultar sus sentimientos, respondió: «Sí, claro, claro. ¡Y levántate! Se te están mojando los pantalones».

Le ofrecí el anillo a Sophie frente a la chimenea, en una antigua caja lacada rusa que Sacha me había regalado para la ocasión. Fue un bonito gesto, el modo de mi hermano de aplaudir mi decisión de pedirle a Sophie que se uniera a nuestra familia. Nunca olvidaré ese momento, en el que el tiempo se detuvo mientras esperaba su respuesta. Y esperé. Sophie sonreía, asintiendo con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas igual que yo y, al final, tuve que espolearla para que me diera una respuesta en serio. Menos de un año después, el 28 de mayo de 2005, nos casamos en la Église Sainte-Madeleine d'Outremont. Nos comprometimos a permanecer unidos y a apoyarnos contra viento y marea en los buenos y en los malos momentos.

Nuestro matrimonio no es perfecto, y hemos tenidos difíciles altibajos, pero Sophie sigue siendo mi mejor amiga, mi compañera, mi amor. Somos sinceros el uno con el otro, incluso aunque duela. Me motiva y me inspira, me apoya y me anima. Algunos días me proporciona la fuerza que necesito para luchar; otros, la gracia que necesito para renunciar. Tenemos la fortuna de hacer juntos el viaje por esta vida. Dados los vaivenes del tiempo, nuestro amor es lo que nos recuerda qué es lo que de verdad importa.

Tras un par de años en la Politécnica, reconocí que mis estudios no eran más que una licencia intelectual. Nunca pretendí dedicarme profesionalmente a la ingeniería, y me di cuenta de que no solo los otros asuntos en los que estaba involucrado me ocupaban más tiempo, sino que eran más acordes a mis intereses y cualificaciones básicas.

Por entonces presidía el consejo de Katimavik, lo cual incluía conseguir que el gobierno liberal de Jean Chrétien aumentara y estabilizara la financiación a veinte millones de dólares al año, y pronunciar discursos por los institutos de todo el país acerca del valor del servicio comunitario y el voluntariado.

También estaba en el consejo de la Fundación Canadiense de Avalanchas, donde promovía la prevención y seguridad ante un alud mediante actividades en estaciones de esquí por todo el Oeste, presionaba a los gobiernos provinciales en la Columbia Británica y Alberta para ayudarles a fundar el Centro Canadiense de Avalanchas y sus alertas públicas, y colaboraba en la recaudación de fondos en el sector privado para la organización. Este cometido, de hecho, me brindó la primera oportunidad de entender la mentalidad filantrópica de los occidentales, ya que nuestros eventos anuales para recaudar fondos en el Zoológico de Calgary contaban con una nutrida asistencia de las principales personalidades del petróleo de Alberta, que querían contribuir a una buena causa.

Durante un año tuve una sección semanal en la cadena canadiense en francés CKAC, en donde comentaba sucesos de actualidad (siendo además su corresponsal oficial en las Olimpiadas de Atenas 2004). Ello me dio ocasión de conocer los medios de comunicación y la escena cultural de Quebec desde dentro. También me enseñó el poder que puede llegar a tener la radio como medio para conectar con la gente. No se puede ser falso en la radio: la voz y el tono te delatarían. Y a la gente no le interesa cómo te llamas después de los primeros diez segundos. Lo único que importa es lo que tengas que decir, y que estás hablando con personas, no dirigiéndote simplemente a ellas. Motivo por el cual, hasta la fecha, mis entrevistas favoritas son aquellas que doy en la radio, en un estudio, participando en directo con el entrevistador en cuestión.

También colaboraba en la Sociedad Canadiense de Parques y Naturaleza (CPAWS, por sus siglas en inglés), que me puso al frente de su campaña Nahanni Forever, para proteger y ampliar el Parque Nacional Nahanni, en los Territorios del Noroeste de Canadá. Tras un viaje en canoa por el río Nahanni con varios ecologistas y periodistas, emprendí una gira nacional para promocionar la campaña de la CPAWS.

De hecho, cada vez me pedían más a menudo que hablara en conferencias y en eventos sobre juventud o medio ambiente, y aunque mi experiencia en la enseñanza me dotaba de conocimientos específicos para hablar sobre lo primero, reconocía que necesitaba una comprensión más profunda de las cuestiones medioambientales. De modo que en otoño de 2005 decidí continuar, de nuevo, con mi educación, esta vez inscribiéndome en una maestría en Geografía y Medio Ambiente en la Universidad McGill.

Aquel mismo otoño también recurrí a una agencia especializada para que me ayudara a gestionar las peticiones que estaba recibiendo. Hasta entonces me había negado a cobrar por hablar en algún sitio, pero necesitaba ayuda con los preparativos y la logística. También empecé a entender las leyes del mercado en lo referente a hablar en público, sobre todo en lo que respecta a la recaudación de fondos. El portavoz adecuado ayuda a llenar una sala y a agotar las entradas de un evento benéfico, los patrocinadores están más que contentos de ayudar a cambio de cierta visibilidad en un evento comunitario de éxito, y un buen orador ayuda a sentar las pautas y a enmarcar el éxito de una conferencia profesional. Para muchas conferencias, contratar a un orador forma parte del presupuesto, así como el hecho de alquilar un auditorio, el *catering* o un espectáculo musical.

Naturalmente, seguí hablando de forma altruista para aquellas causas con las que estaba comprometido, desde Katimavik a la seguridad de los deportes de invierno, o proteger el Nahanni. Y siempre que me era posible, mientras viajaba de un lado a otro por todo el país, contactaba con las escuelas de la localidad y me ofrecía a participar gratuitamente en algún evento durante el día, ya que estaba en la ciudad para formar parte de algún evento por el que me pagaban.

Cuanto más hablaba con los jóvenes de todo el país, más empecé a gravitar hacia una vida en defensa de las grandes cuestiones. Cada vez se me hacía más evidente que las cuestiones que importaban a la juventud —educación, medio ambiente, las expectativas económicas de su generación— necesitaban una voz más potente que se hiciera oír en la escena pública. También comencé a sentir que se estaba acercando un cambio generacional, uno que quizá abriera las puertas a nuevas posibilidades. Este fue el telón de fondo en el que di mis primeros pasos en política.

Tras la derrota de los liberales en las elecciones de enero de 2006, Paul Martin dimitió como líder, y para la primavera se hallaba en curso una carrera por hacerse con el liderazgo del partido protagonizada por once candidatos. Decidí mantenerme al margen, pero sí que me planteé que, dada mi creciente experiencia como conferenciante público sobre la juventud y el medio ambiente con un mensaje acerca de la participación ciudadana y el compromiso cívico, tal vez pudiera echar una mano en la renovación del Partido Liberal. Lo hablé con Sophie, ya que sería un gran paso con posibles consecuencias de gran alcance, pero ambos concordamos en que yo podía contribuir a dicha renovación y que, por lo tanto, debía cuando menos ofrecer mi ayuda.

No sabía por dónde empezar, pero había oído que Tom Axworthy, a quien había llegado a conocer un poco con los años porque había sido uno de los consejeros de mi padre, estaba al frente de la comisión de reforma del partido. Lo llamé y me ofrecí a echar una mano en cuestiones relativas a la juventud. La comisión esperaba que, si bien gran parte del partido andaba metido en un juego de estrategias de liderazgo, algunos

miembros se relajarían y construirían y crearían un juego de herramientas compuesto por nuevas ideas, políticas y principios en las que el siguiente líder podría inspirarse para reconstruir y renovar el partido.

Aquel verano mis colegas y yo viajamos por todo el país, escuchando las opiniones de los jóvenes sobre política en general y el Partido Liberal en particular. Nuestro objetivo era elaborar un informe que recomendara cómo el partido podía incitar a los jóvenes canadienses a votar al Partido Liberal. Sin embargo, después de escuchar a cientos de jóvenes, llegué a la conclusión de que nuestro desafío más apremiante no era persuadirlos para que votaran al Partido Liberal, sino que votaran por cualquiera. En nuestro informe, mis compañeros y yo propusimos que la meta principal del partido debía ser vencer la apática actitud de los jóvenes y convencerlos de que participaran en las elecciones. Que estuvieran motivados a elegir al Partido Liberal o no una vez en la cabina electoral dependía del partido y de los candidatos locales.

Hay un montón de fervientes jóvenes activistas en Canadá. No obstante, la mayoría de ellos centran sus esfuerzos en colaborar con organizaciones no gubernamentales, en vez de participar con un partido político. «La juventud prefiere adoptar medidas individuales en pro de marcar la diferencia en la sociedad —informamos—, pero tienen menos confianza en la capacidad de los esfuerzos colectivos para cambiar las cosas como participar en iniciativas democráticas o gubernamentales». Observamos que los jóvenes se comprometían con actuaciones medioambientales como reciclar su propia basura, pero que no se comprometían ni de cerca con el hecho de implicarse en las elecciones, hasta el punto de ni siquiera llegar a votar. Cuando trabajas con organizaciones comunitarias, ONG o incluso con grandes causas, es más fácil sentir que se está contribuyendo de forma modesta pero importante a cambiar el mundo. Cuando votas en una campaña electoral, participas en un sistema de un modo que tal vez, de forma abstracta, puede conducir algún día a un cambio, pero que dista de ser seguro (sobre todo dado el cinismo respecto a la política dominante en aquel momento). «La constante disminución de la concurrencia a las urnas se agravará aún más a menos que los jóvenes se comprometan», concluimos.

Entre nuestras recomendaciones, sugerimos que los políticos involucraran a la juventud prestando atención a aquellos temas que eran significativos para los jóvenes canadienses, entre otros la educación, el medio ambiente, la política exterior y la protección de los derechos individuales. Propusimos también promover «una cultura de responsabilidad ciudadana» mediante la ampliación de nuestro compromiso con el voluntariado juvenil, e instamos a Elections Canada, una agencia independiente y responsable de llevar a cabo las elecciones federales y los referéndums, a trabajar con los consejos escolares de los institutos con objeto de organizar elecciones ficticias el mismo día en que se llevasen a cabo las verdaderas elecciones federales.

Entonces pensaba —y sigo pensando— que la participación ciudadana es tanto un fin en sí mismo como un medio necesario para solucionar los problemas a los que nos

enfrentamos como país. Debemos abordar cuestiones de gran calado, y con frecuencia me preocupa que, a menos que demos un nuevo impulso a nuestra democracia, jamás encontraremos respuestas legítimas para ellas. La democracia moderna no debería consistir simplemente en unos ciudadanos que respaldan una concepción y un conjunto de soluciones con sus votos, sino una contribución activa de los mismos para ayudar a construir esa concepción y esas soluciones en primer lugar. Este es el meollo del asunto en lo que a la reforma democrática se refiere. Con demasiada frecuencia se representa esta renovación como una cuestión «dentro de la burbuja» que solo importa a los políticos y a la gente de Ottawa. Pero esa no es la idea. La gente a quien más afecta las consecuencias de los fracasos de nuestra democracia están física y metafóricamente muy lejos de Ottawa.

Estaba comenzando a entender la importancia de la cuestión cuando publicamos nuestro informe en otoño de 2006. Me reuní con varios de los candidatos que optaban al liderazgo del partido con la finalidad de escuchar sus opiniones con respecto a nuestras recomendaciones y calibrar si se estaban tomando realmente en serio los problemas a los que se enfrentaba el partido en relación con los jóvenes votantes. También quería hacerme una idea acerca de quién entendía realmente la necesidad de una verdadera renovación y la oportunidad que suponía la pérdida de las elecciones de cara a modernizar el estilo y el enfoque del partido. Tanto algunos miembros de este como algunos periodistas políticos llevaban tiempo preguntándome qué opinaba sobre la contienda por hacerse con el liderazgo, y quería conocer mejor lo tocante a los candidatos antes de expresar cualquier opinión. Tenía la profunda convicción de que el partido necesitaba romper con los malos hábitos del pasado reciente y que era fundamental que el Partido Liberal abandonara la sensación de pensar en él mismo como el «partido natural de gobierno» de Canadá.

Al final, decidí apoyar a Gerard Kennedy, el ministro de educación de Ontario. Me impresionaba su larga trayectoria de servidor público fuera del gobierno, algo de lo que carecen muchos políticos de carrera. Al haber dirigido, por ejemplo, el banco de alimentos de Toronto durante casi una década, entendía en qué consistía, así como las consecuencias de la pobreza, la desigualdad de ingresos y el desempleo, unas cuestiones en las que yo mismo estaba empezando a centrar mi propio pensamiento político. Me entusiasmaron sus ideas y sus logros, su especial interés en la renovación de las bases y su evidente ética profesional. Incluso entonces creía que el Partido Liberal estaba en un agujero más profundo de lo que muchos pensaban dentro del partido, y que haría falta un líder perteneciente a una nueva generación, alguien de fuera del partido federal, para revigorizarlo.

Para quienes buscaban insuflar aires renovados en el Partido Liberal, las primarias de diciembre de 2006 en Montreal eran un evento inspirador. Lejos de ser una coronación o un duelo entre partes enfrentadas de ancianos, fue una escandalosa e impredecible situación llena de tensión en la que se presentaron cuatro candidatos —Michael Ignatieff,

Bob Rae, Stéphane Dion y Gerard Kennedy— con oportunidades legítimas de alcanzar la victoria. El resto de candidatos —Ken Dryden, Scott Brison, Joe Volpe y Martha Hall Findlay— acudieron a la convención con los suficientes apoyos como para influir en el resultado.

Cuando recuerdo mi transición a la vida política, aquel fin de semana en Montreal fue realmente trascendental. Hasta aquel momento, a pesar de que había pasado algún tiempo trabajando en los márgenes del Partido Liberal, no estaba convencido de querer emprender una carrera política. Me encantaba el mundo de las ideas y los valores, así como la formulación de políticas que constituyen su esencia, pero mi madre me había advertido, tanto con palabras como con su ejemplo, de los increíbles costes personales para la vida de un político. Y había, por supuesto, otra consideración a tener en cuenta: entrar en política a escala federal sugeriría que iba a seguir los pasos de mi padre, incluso que tal vez albergara la idea de que, siendo hijo de Pierre Elliott Trudeau, merecía el papel solo por ese hecho.

La relación con mi padre nunca fue para mí una razón para dedicarme a la política. Más bien, era un motivo para evitar entrar en tal esfera. La lucha para convencerme —a mí y a los demás— de que era yo mismo había representado todo un desafío a lo largo de la preparatoria y la universidad. ¿Por qué invalidar esos esfuerzos eligiendo la única carrera que me garantizaría ser medido conforme a los logros de mi padre? Para mí tenía sentido mantenerme fuera de la escena política durante al menos otra década y limitar las inevitables comparaciones. Ese era mi estado de ánimo a medida que se acercaba la convención.

Las cosas cambiaron poco tiempo después de que el martillo golpeará en el Palacio de Congresos. Mientras me mezclaba con cientos de liberales, todos nosotros con el propósito de valorar el futuro del partido y del país, empecé a reevaluar mi temor a que me compararan con mi padre. Quizá, pensé, había subestimado las verdaderas diferencias entre mi padre y yo en lo que se refería a la política.

Desde el comienzo de su carrera como político, mi padre dotó de un enfoque intelectual a todas sus actividades políticas, incluyendo el hacer campaña. No se sentía apto para el tipo de campaña electoral en la que uno va por ahí dando besos a los niños y evitaba interactuar con los votantes siempre que podía. Atareado en el salón de la convención donde se hablaba de la campaña política, yo no era para nada el hijo de mi padre; era el nieto de Jimmy Sinclair. El abuelo Jimmy era un hombre al que le encantaba mezclarse con la gente, dar la mano, escuchar y, sí, cuando surgía la oportunidad, besar bebés. El contraste entre ambos hombres era espectacular, y cuanto más claro se volvía esto para mí, más disminuía mi preocupación por que me compararan con mi padre.

Me sorprendió y entusiasmó la respuesta que obtuve de los miembros del partido en el salón de convenciones. Los organizadores de Kennedy tuvieron que formar un equipo de avanzada para mí, con objeto de garantizar que pudiera moverme con fluidez entre la multitud. Disfruté realmente de caldear el ambiente para Gerard, debatir cuestiones con

delegados y estrechar lazos con colegas liberales. Pronuncié un breve discurso introductorio a su favor, le ayudé con su discurso dirigido a los delegados, y después regresé a observar el resultado de la contienda.

El recuento de votos en la primera vuelta colocó a Ignatieff en primer lugar, con 1,412 votos. Solo 123 votos separaban a los tres siguientes: Rae con 977, Dion con 856 y Gerard con solo dos votos menos, 854. Brison, Volpe y Hall Findlay abandonaron la contienda, lo que dejaba a repartir en la segunda vuelta unos quinientos votos y garantizaba a los cuatro primeros candidatos seguir dentro de la pelea.

La segunda vuelta resultó desastrosa para Gerard. Permaneció estancado en el cuarto puesto, tras captar solo treinta nuevos votos. Cuando Dryden, en quinto lugar, se vio obligado a retirarse, anunció que iba a apoyar a Bob Rae y dio libertad de voto a sus delegados. Gerard abandonó la contienda de forma voluntaria y dio su apoyo a Stéphane Dion. Yo ya había decidido que, si no ganaba Gerard, quería que lo hiciera Dion, así que yo también voté por él. Era de Quebec, un fuerte y considerado federalista. Por otra parte, había construido su campaña en torno a políticas medioambientales, en consonancia con muchas de las cuestiones que había tenido la oportunidad de escuchar de los chicos y chicas como presidente del grupo de trabajo de jóvenes. Pero, sobre todo, era un tipo serio. Pensaba muy bien las cosas y abordaba cuestiones complejas con seriedad. Algo que me sigue gustando mucho de Stéphane Dion.

En la tercera vuelta, Dion casi dobló sus votos, poniéndose muy por delante de Rae e Ignatieff. Cuando Rae se vio obligado a retirarse, también dio libertad de voto a sus delegados, y el resultado fue de lo más revelador. El abismo entre Rae e Ignatieff era tan amplio que la gran mayoría de delegados de Rae votaron a Dion, que se hizo con el liderazgo en la siguiente vuelta.

Al día siguiente del final de la convención, llamé a Stéphane y lo felicité por su victoria. Le dije que me sentía muy feliz de haber podido contribuir al comienzo de la reconstrucción del partido. «Pero ahora voy a hacerme a un lado durante un tiempo, e intentar volver a la esfera privada», le anuncié. A lo que Stéphane respondió: «No te vayas muy lejos, voy a necesitar tu ayuda para acabar con el gobierno de Harper».

Puede que para él no fuera más que un comentario amable, pero —después de colgar el teléfono— miré a Sophie y le expliqué lo que acababa de decirme. Nos dimos cuenta de que teníamos una importante decisión que tomar.

La experiencia de la convención me había enseñado algo: tenía aptitudes políticas independientemente de mi apellido. No voy a fingir que este no supusiera una diferencia, pero no era todo lo que yo tenía. Ni mucho menos.

Pasé las siguientes semanas discutiendo con Sophie en profundidad los desafíos, sacrificios y oportunidades que eran parte de la vida política. Lo consulté con amigos y familiares para saber su parecer, y pensé largo y tendido acerca del efecto que supondría

para nuestras vidas. Pero intuía que era el momento oportuno.

Había terminado los trabajos relacionados con la maestría en Geografía y Medio Ambiente y solo me quedaba redactar mi tesis. Si mi incursión en la política no funcionaba, podría continuar donde la había dejado.

Jean Lapierre —antiguo consejero principal en asuntos de Quebec del ex primer ministro Paul Martin y diputado por Outremont— había anunciado poco después de la convención que no volvería a presentarse. En Outremont, que abarca el flanco norte y este de la montaña que marca el centro de Montreal, estaban las raíces de la familia Trudeau y fue allí donde pasé mis siete años de colegio en el Brébeuf, y el lugar donde Sophie y yo habíamos comprado nuestro primer departamento y después la casa en la que vivíamos. La circunscripción me resultaba muy natural.

Además, yo sabía que ya no se trataba del sencillo distrito electoral que siempre había sido. De manera que tendría que trabajar duro para ganarla, después de convencer a todos aquellos liberales que no se molestaban en ocultar su opinión de que todavía tenía que abrirme camino y ganarme el respeto del partido. También era consciente de que sería trabajando duro como demostraría a todos que era algo más que un apellido.

Unos días antes de Navidad, volví a telefonar a Stéphane y le informé de que estaba interesado en presentarme a las elecciones por él, y que creía que Outremont era una buena opción. Me dio las gracias y me dijo que ya me llamaría.

Al cabo de una semana o así de empezar el año, Jean Pierre anunció que se retiraba de inmediato, por lo que habría unas elecciones extraordinarias en Outremont. Perfecto, pensé, con cierta ingenuidad. Iba a ser una dura batalla que despertaría mucha atención, y demostraríamos que el Partido Liberal iba en serio con respecto al cambio generacional.

No obstante, en cuestión de días, el nivel de intrigas internas dentro del partido en torno a la circunscripción se había intensificado de un estándar «simplemente desagradable» a «abiertamente tóxico», y se hizo público que la asociación del distrito electoral de Outremont se oponía con vehemencia incluso al rumor de mi candidatura. La oficina del líder tampoco se mostró demasiado entusiasta. Así que para mí pasó a ser algo claramente imposible.

No me incomodó ni me ofendió el hecho como podría haberlo hecho. En realidad, siguiendo el consejo de mi hermano, ya había empezado a buscar otras circunscripciones aptas de Montreal por las que presentarme, y dos de ellas destacaban con claridad: Papineau, a mayor distancia, al norte y al este, por Parc Jarry, y Jeanne-Le Ver, al sur de la ciudad, en Verdún. Los dos eran distritos urbanos y diversos con graves problemas económicos. Y sumamente importante, en ambos había ganado el Bloque Quebequés el año anterior, de modo que una victoria en cualquiera de ellos no solo supondría un escaño para el Partido Liberal sino también arrebatar una circunscripción a los soberanistas. ¿Qué mejor modo de demostrar mi valía?

De las dos, Papineau parecía la más indicada. Conocía bien la amplia gama de

restaurantes étnicos en Parc-Extension, había asistido a varias bodas de amigos en las iglesias ortodoxas, había disfrutado de inolvidables días de sol en Parc Jarry y, como muchos montrealenses, había comprado cortinas en Saint-Hubert. Paseando por el distrito por la Rue Jean-Talon, además de francés uno puede escuchar inglés, griego, punjabi, bengalí, tamil, urdu, castellano, portugués, árabe, criollo, vietnamita e italiano. ¡Podía continuar con mis viajes por el mundo dándome simplemente una vuelta por el distrito!

En el punto entre el extremo este de Montreal y cerca del centro geográfico de la isla, Papineau limita al sur con Outremont y con la antigua circunscripción de Mont Royal al oeste. Con solo nueve kilómetros cuadrados, Papineau cubre el área más pequeña de cualquier circunscripción federal en Canadá. Según el censo de 2006, tenía el menor ingreso familiar medio de cualquier distrito electoral de Canadá, y aunque tiene una gama tan amplia de lenguajes y de representación étnica como uno pudiera esperar en cualquier lugar del país, también es firme e indudablemente francófona en primer lugar. Aunque durante décadas había sido liberal, Papineau había caído en el Bloque Quebequés en 2006, cuando una candidata estrella nacida en Haití llamada Vivian Barbot derrotó al ministro de Asuntos Exteriores Pierre Pettigrew en una ajustada contienda.

Era el marco idóneo para demostrar mi elegibilidad. Papineau era justo la clase de circunscripción dinámica y multicultural que los liberales necesitaban ganar si querían ser competitivos en grandes centros urbanos en las siguientes elecciones. Tenía a los francófonos a quienes debían convencer los liberales para recuperar Quebec. Y su reducido tamaño se ajustaba a un candidato dispuesto a desgastar las suelas de los zapatos e ir de puerta en puerta de un extremo al otro de la circunscripción.

Pero entonces la gente de Dion me comentó que Papineau tampoco era adecuado para mí, ya que habían pensado asignárselo a un candidato «étnico». Con la clara intención de disuadirme, me dijeron que iba a ser un proceso abierto de candidaturas, lo que me sugería que creían poco probable que yo resultara vencedor en una disputada contienda por la nominación.

Pronto quedó claro que el equipo de Dion se inclinaba por Mary Deros, muy querida en la localidad y que había representado a la zona de Parc-Extension en el ayuntamiento desde finales de la década de 1990. Sospechaba que me veían como a alguien que no estaría dispuesto a fatigarse con el trabajo que haría falta para ganar un distrito tan exigente.

Ninguno de los obstáculos de Papineau me desanimó. Muy al contrario, lo consideré una excelente oportunidad para reivindicarme en una difícil situación. No quería que fuera un juego de niños. Quería que fuera una prueba de fuego para mis habilidades políticas.

No obstante, por mucho que hacerme con la nominación dependiera de mi capacidad política individual, sabía que debía demostrar desde el principio que era un jugador de equipo. La lealtad y el respeto al líder era algo en lo que creía firmemente; de hecho,

consideraba que era fundamental para que el partido recobrarla la confianza de los canadienses. De modo que cuando una mañana de febrero de 2007 oí decir que estaba empezando a circular el rumor de mi interés en Papineau, de inmediato pedí orientación al equipo de Dion acerca de cómo debía actuar. Sabía que era cuestión de tiempo que un periodista me preguntara directamente, y que sería una gran noticia cuando lo confirmara, de modo que pensé que debía coordinarme con los encargados de comunicación del Partido Liberal.

Recibí una respuesta honesta, y en cierto modo displicente: que respondiera a las preguntas de los periodistas como yo quisiera. Asimismo, me dio la impresión de que pensaban que era un tanto engreído por contactar con ellos por un asunto tan insignificante. Suspiré. Era evidente que todavía tenía mucho que aprender de política.

En cuestión de horas, una periodista de Radio-Canadá me llamó a casa para averiguar si era cierto que planeaba presentarme a la candidatura por Papineau. Cuando le respondí que así era, me preguntó si podían entrevistarme delante de una cámara. Dije que no había ningún problema, pero que tenía que ser en el aeropuerto, ya que me dirigía al oeste para participar en un acontecimiento de la Fundación Canadiense de Avalanchas.

Cuando llegué al aeropuerto, se habían congregado varias cámaras desde diversas tomas de corriente, y di una rápida conferencia de prensa.

Cuando los medios preguntaron a Stéphane Dion, este confirmó mi decisión, manifestando a los periodistas que admiraba mi valentía y declarando que yo demostraba no estar tomando el «camino fácil» para ser elegido parlamentario.

Pero al caer la tarde, su gente estaba furiosa. Dion había estado en Montreal el mismo día pronunciando un importante discurso sobre terrorismo que los medios de comunicación apenas habían mencionado de pasada. Todas las noticias giraban en torno a mi decisión de presentarme como candidato. En los días siguientes, muchos veteranos liberales me acusaron públicamente de eclipsar de forma deliberada a Dion justo cuando este intentaba establecerse como el nuevo líder del partido.

Para mí fue una dura pero instructiva introducción al funcionamiento interno del Partido Liberal de Canadá, donde las disputas internas, los intereses personales y la falta de coherencia eran la norma.

Sin embargo, lejos de desviarme del arduo trabajo que quedaba por delante, ello me despertó el apetito. ¡Vamos por ello!, pensé. Esto va a ser divertido.



1.



2.



3. (© Adam Scotti).





4. Mi primera fotografía oficial con mi madre, Margaret.

5. Ahora puedo imaginarme cómo se sentían mis padres con su primer hijo.



6. Prueba de que quienes dicen que solo mi padre era un buen acróbata se equivocan.



7. Papá nunca perdía la oportunidad de jugar con nosotros cuando tenía un hueco en su agenda, sobre todo por las tardes, durante el establecido tiempo en familia.



8. A mi madre le encantaba salir de casa, y la residencia del gobernador general frente al 24 Sussex era el lugar ideal para dar un paseo.

9. Mis padres no pudieron resistirse a tomar esta fotografía tonta cuando tuve paperas.







10. El abuelo Jimmy y nosotros con nuestros clásicos *jeans* de peto.



11. Sacha y yo pasábamos horas jugando dentro y alrededor de la chimenea en Harrington Lake. Cuando no había fuego, nos encantaba jugar con la trampilla para el hollín, sin duda para desesperación de nuestros padres y en detrimento de los muebles.



12. Recuerdo haber pensado que esta bicicleta era lo mejor que tenía en aquel momento; grandes baches en un sillín muy cómodo. Era prácticamente indestructible. Nuestras bicis nos daban la libertad para vagar por el barrio alrededor del 24 Sussex.





13. Sacha y yo conocimos al presidente Reagan en uno de sus viajes a Ottawa, en 1981.



14. Mamá posando alegremente con sus chicos a la puerta de su nueva casa, en el n.º 95 de la calle Victoria. Se puede comprobar por la sonrisa de su cara lo orgullosa que se sentía de su nueva casa y de estar con sus hijos.





15.

16. Mi padre me llevó a la Plaza de San Marcos en Venecia en 1980. Tenía más o menos la misma edad que él cuando lo llevó su padre décadas atrás.



17. Otro de los maravillosos recuerdos que tengo de haber viajado con mi padre siendo él primer ministro. Cuesta distinguir quién se la está pasando mejor en esta foto en la que mi padre conduce un tanque en la Base de las Fuerzas Canadienses en Lahr, Alemania Occidental. También en la foto el Tte. Jon MacIntyre de Charlottetown (abajo a la izquierda) y el entonces parlamentario por Toronto Roy MacLaren (arriba a la derecha). (© The Canadian Press/ Peter Bregg).





18. Desierta la noche anterior, al día siguiente la Plaza Roja estaba llena de militares soviéticos y miles de afligidos compatriotas en el funeral de Brézhnev, en 1982. (© Robert Cooper/Library and Archives Canada).



19. Cuánto cambian las cosas...



20. Aun después del divorcio de mis padres, seguimos reuniéndonos para cenar en familia; normalmente en el Sakura, que sigue siendo nuestro restaurante japonés habitual. Aquí estamos con Mama Ichi.





21. La nueva familia de mamá —familia ampliada, en realidad—, los Kemper y sus tres chicos Trudeau.



22. La casa de los Kemper, en el lago Newboro, donde pasé muchos fines de semana y veranos con Fried, Ally y Kyle, sigue siendo una parte importante de mi vida.





23. Aquí estoy con Gerry Butts en las escaleras del edificio de Bellas Artes de la Universidad McGill, un lugar fantástico donde pasar el rato con amigos, con vistas al campus y a la ciudad. Nos habíamos conocido unos años atrás en unas escaleras parecidas, frente al centro de estudiantes.



24. Este camión fue nuestra casa durante nuestro viaje por África en 1994; no hay mejor manera de conocer un continente.





25. Sonriendo la noche del referéndum de 1995, después de haber intentado rodear con el brazo al policía y ser apartado con firmeza. (© *Leslie Brock*).



26. Con estudiantes en la West Point Grey Academy, donde fui profesor desde finales de 1990 hasta principios de 2000.





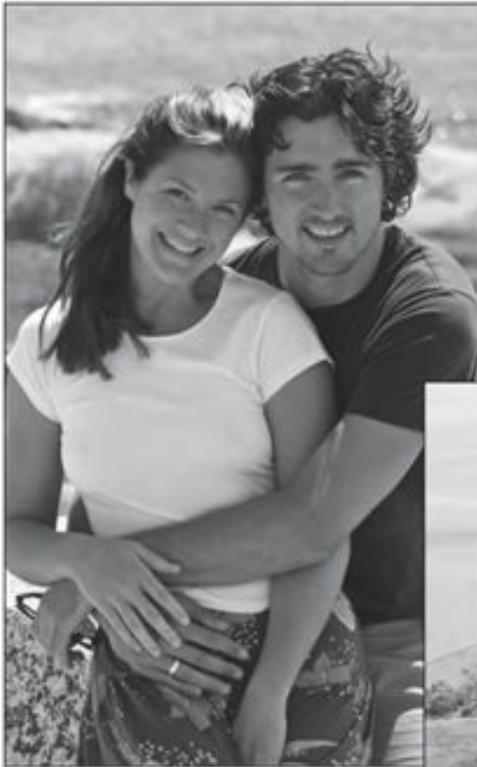
27. Practicando kayak con Michel, siguiendo la misma ruta en el río Rojo que hice con mi padre, en una de las primeras fotografías anteriores.

28. Con su perro Makwa, Michel pasó el verano de 1998, después de su accidente de coche, reconectando y reconstruyendo todas las relaciones con su familia. Más tarde entendimos que había sido una oportunidad de despedirnos, porque murió aquel mismo otoño.



29. Esta fue la única vez que mi padre logró visitar el lago Kokanee. Fue el septiembre siguiente a la pérdida de Michel, y quedó maravillado de la gran belleza que ahora rodea a su hijo más pequeño.





30. A Sophie y a mí nos encanta explorar y permanecer activos. Por mucho que cuide de mí políticamente, puede ser muy competitiva, sea cual sea el deporte.



31.



32. (© Peter Bregg).





33. Tengo la suerte de contar con los amigos que tengo, y aún más de que hayan acogido a Sophie con los brazos abiertos. Fotografiados aquí, de izquierda a derecha, están Ian Rae, Gregory Ohayon, Marc Miller, Mathieu Walker, Tom Pitfield, Gerry Butts, yo, Seamus O'Regan, Allen Steverman y Kyle Kemper. También estuvieron en la ceremonia, aunque no aparezcan en la foto, Navid Legendre y Sacha. (© Heidi Hollinger).

34. La maravillosa familia de Sophie también me recibió con los brazos abiertos. (© Heidi Hollinger).







35. Las primarias en Papineau en 2007 fue la primera gran campaña política en la que participé como político en vez de como un simple observador. Me siento afortunado de contar siempre con la presencia de Sophie a mi lado, pero aún más aquí porque entonces estaba embarazada de Xavier. (© Peter Bregg).



36. La familia reunida en la boda de Sacha y Zoë. Fotografiados aquí, de izquierda a derecha, Sophie, Alicia, mi madre, yo, Zoë, Sacha y Kyle. (© Peter Bregg).





37. Aquí estamos llevando a Xavier a casa por primera vez. Esta foto capta ese momento en que todos los padres primerizos se dan cuenta de que son responsables de un pequeño ser y ya no tienen la ayuda de ninguna enfermera del hospital. Es estresante pero maravilloso.

38. Ella-Grace llegó menos de dos años después que Xavier, brindando aún más alegría a la familia.



39. No llevamos a los niños a muchos actos políticos, pero cuando lo hacemos, siempre intentamos lograr un equilibrio entre pasar tiempo con ellos y trabajar. (© Adam Scotti).





40. Es fundamental pasar tiempo en familia para lo que me dedico. Me hace tener los pies en el suelo y me recuerda por los que estamos trabajando cuando estamos en la carretera. Aquí Sacha y yo nos reunimos con nuestras familias, junto con los padres de Sophie, Estelle Blais-Grégoire y Jean Grégoire.

41. Mamá mostrándole encantada a los niños una revista en la que aparecíamos. Siempre les ha fascinado la idea de que la familia salga en los periódicos o revistas de vez en cuando.



42. Mi padre solía hacer acrobacias parecidas con nosotros, y supongo que nos lo transmitió. A los niños tampoco parece importarles demasiado. (© Greg Kolz).





43. Aquí estoy demostrándoles a los colegas de bancada que el yoga se puede practicar en cualquier momento y en cualquier lugar. (© Greg Kolz).

44. La diversidad de Papineau nunca deja de sorprenderme, y no hay mejor oportunidad para salir y verla que durante la época de una campaña electoral, tal como se muestra aquí en el club portugués, durante las elecciones federales de 2011. Con interminables discusiones políticas y muchas celebraciones culturales, Papineau es un auténtico testimonio de la diversidad de Canadá. (© Adam Scotti).



45. Las campañas de Papineau me ayudaron a ver la dirección que debía tomar el partido después de las elecciones de 2011, con sólidos fundamentos y un compromiso continuo de la comunidad dentro de cada circunscripción electoral. (© Adam Scotti).





46. Un día de elecciones en Papineau significa no solo conseguir más votos, sino también pasar por todas las urnas y agradecer su trabajo a los encargados de las mesas electorales. (© Adam Scotti).



47. Pensé que sería muy divertido hacer salir mi cara por uno de los carteles en la que la habían mutilado. Uno no debe tomarse personalmente el vandalismo ni los ataques; es más fácil divertirse con ellos. (© Adam Scotti).

48. Ali Nestor Charles, que pelea conmigo aquí, es un boxeador a quien conocí gracias a su trabajo con jóvenes de la calle y con la integración comunitaria en mi circunscripción. (© Adam Scotti).







49. Las reuniones y las sesiones informativas pueden suceder en cualquier lugar, como pueden ver con este híbrido de baño y camerino antes del lanzamiento de mi campaña de presentación a las primarias; con Gerry Butts, Katie Telford, y otros. (© Adam Scotti).



50. Sophie tiene una opinión muy firme sobre mis discursos. Desde el tono, al enfoque o las ideas, es una compañera fundamental para mí, asegurándose de que toque las notas correctas, tanto en lo referente al contenido como al lenguaje. Es una oyente y confidente brillante de incalculable valor para mí en todo lo que hago. (© Adam Scotti).





51. Los debates fueron mi primera oportunidad de participar directamente en el toma y daca de ideas al más alto nivel. Me gustó mucho desafiar a los demás, así como disfruté a su vez de que me desafiaran a mí. (© Adam Scotti).



52. Una pausa en la campaña de primarias en Brantford, Ontario. (© Adam Scotti).





53. Tonteando y batiéndonos en un duelo con espadas con mis hijos minutos antes de pronunciar mi discurso en la convención de elección del líder del Partido Liberal en Toronto, mientras Gerry supervisa su cuenta de Twitter. (© Adam Scotti).



54. El culpable de esta foto es Alex Lanthier, que bailaba por delante de nosotros antes del discurso de elección del líder. Siempre ha sido un gran bailarín y sabía cuándo ayudarnos a que nos relajáramos antes de un gran acontecimiento. (© Adam Scotti).

55. Un último momento de tranquilidad antes del discurso mientras Sophie me calma y me recuerda quién soy. (© Adam Scotti).







56. Después de varias idas y venidas de un borrador. Gerry y yo aportamos los últimos cambios de un discurso, como estamos haciendo aquí mientras esperamos los resultados de las primarias al liderazgo del partido. (© Adam Scotti).



57. Los niños llevaban toda la noche esperando ansiosos el resultado de las primarias al liderazgo del partido, pero entre que no podían leer el resultado final y que yo no reaccionaba, les llevó un tiempo comprender lo que había pasado. Una fotografía familiar de verdad, con mi familia, los padres de Sophie, mi madre y mi hermana, todos en la misma foto. (© Adam Scotti).





58. Mi primera entrevista de pasillo como nuevo líder del Partido Liberal.  
(© Adam Scott).



59. También durante mi primer día como líder me puse en contacto con todos los líderes provinciales del Partido Liberal desde mi nueva oficina.  
(© Adam Scott).





60. Siempre es más fácil conectar con los niños si les lees una historia que les haga olvidar la multitud que acaba de irrumpir en su clase. Este era un grupo fantástico de chicos de Brandon, Manitoba.  
(© Adam Scotti).



61. El trabajo en Parliament Hill es más que los turnos de preguntas y reuniones de trabajo. Conocer a visitantes y a electores siempre es un buen recordatorio de por qué estamos allí en primer lugar.  
(© Adam Scotti).



62. Es importante que los electores puedan mantener contacto directo con sus representantes parlamentarios y ver cómo trabajan. En esta foto, algunos ciudadanos de Papineau visitándome en Ottawa para ver el otro aspecto de mi trabajo, lejos del distrito electoral.  
(© Adam Scotti).



63. Lejos de Ottawa, trabajando con voluntarios en High River, Alberta, después de las inundaciones de 2013. (© Adam Scotti).



64. Conducir una casa rodante no encabezaba la lista de ideas favoritas de mi equipo para hacer un viaje durante las vacaciones de 2013, sobre todo estando Sophie embarazada de ocho semanas, pero acabó siendo una combinación perfecta para enseñarles a mis hijos la Columbia Británica, y relacionarse con varias comunidades a lo largo del camino. (© Adam Scotti).



65. Durante nuestro viaje por la Columbia Británica nos aseguramos de detenernos en Nelson, para enseñarles el lago Kokanee, donde está su tío Michel. El lago se extiende a lo lejos, y realmente es uno de los lugares más hermosos y apacibles del mundo. (© Adam Scotti).







66. Todas las paradas que hicimos durante nuestro viaje en la casa rodante nos dieron la oportunidad de entablar entusiastas debates con las diversas comunidades de la Columbia Británica, sin importar si eran grandes o pequeñas. Conducir durante todo el camino nos permitió aprovechar al máximo nuestro viaje por la provincia. (© Adam Scotti).



67. Siguiendo una buena tradición canadiense, las mejores fiestas siempre acaban en la cocina. Este trabajo me malcría al permitirme compartir, de forma práctica, tantas de las culturas diferentes que son parte de la identidad canadiense; aunque tal vez deba practicar más cómo hacer rotis antes de regresar a la celebración del Diwali este año. (© Adam Scotti).





68. Esto no es simplemente un mitin del Partido Liberal; es un mitin en una zona rural del sur de Alberta. Sin importar los votos que obtenga una circunscripción (o no) en las últimas elecciones, para mí es importante acercarme hasta allí y relacionarme con sus habitantes. (© Adam Scotti).



69. Victoria albergó uno de los 800 mítines que dimos en el Oeste. Me quedé hasta el final de todo porque me emocionó lo lejos que habían viajado algunas personas a través del sur de la isla de Vancouver para asistir al evento. (© Adam Scotti).





70. Tras la campaña de primarias de un año atrás, la convención del Partido Liberal de 2014 fue la primera oportunidad que tuve de hablar directamente con nuestros miembros. Puede que cambie el espacio, pero la preparación del discurso siempre sigue el mismo patrón; incluidos los recordatorios de que hable más despacio. (© Adam Scotti).

71. Cuando estoy lejos de casa, siempre intento telefonar a los niños para darles las buenas noches y ver cómo están por la mañana. En este caso, incluso lo hicimos durante mi discurso en la convención de Montreal. (© Adam Scotti).



72. Hadrien no tenía ni una hora de vida cuando su padre, su abuelo y su hermano empezaron a competir por sostenerlo.





73. En Ottawa, en una primera reunión del Consejo de Asesores Económicos. Entre las personas en la estancia están Scott Brison, John McCallum y Chrystia Freeland, junto con muchos otros al teléfono. (© Adam Scotti).



74. Irwin Cotler siempre ha sido un amigo y mentor extraordinario, tanto dentro como fuera del Parlamento. Cualquier oportunidad de obtener su opinión tiene un valor inestimable para mí. (© Adam Scotti).



75. Un momento de celebración con nuestros olímpicos canadienses en Parliament Hill. (© Adam Scotti).



76. No hay nada que me guste más que una buena discusión y un buen desafío; déjalo en manos de una madre griega, fotografiada aquí en Scarborough, Ontario, que dice lo que piensa. (© Adam Scotti).



77. Uno de los mejores aspectos de mi trabajo es conocer y reclutar a gente increíble, como Adam Vaughan. Aquí estamos celebrando su victoria electoral en las elecciones extraordinarias de 2014 en Trinity-Spadina, Toronto. (© Adam Scotti).





78. Como padre, me siento muy afortunado de poder compartir las mismas experiencias con mis hijos que una vez compartí con mi padre a su misma edad. (© Adam Scotti).



79. Me gustó mucho presentar a Xavier y Ella-Grace al señor Harper. Fue muy amable. (© Adam Scotti).





80. Hadrien en brazos de su hermana mayor, Ella-Grace. (© Adam Scotti).



81. Como mi padre, también tengo que divertirme con mis hijos. Hadrien y yo disfrutamos de este momento en la parrillada del Partido Liberal en la Columbia Británica, el verano de 2014. (© Adam Scotti).



---

## Papineau: política desde abajo

Mi carrera política comenzó en un estacionamiento. En el de un supermercado, para ser más precisos, justo enfrente de un restaurante de *shawarma* y de una peluquería masculina. No había ni rastro de las cámaras ni de los periodistas que habían llegado corriendo al aeropuerto para transmitir ansiosos que planeaba presentarme a las primarias del Partido Liberal como candidato por Papineau. Solo estaba yo, con una carpeta, acercándome a preguntar a extraños si pagarían diez dólares para afiliarse al Partido Liberal. Bienvenido al glamuroso mundo de la política canadiense.

No se trataba propiamente de la campaña electoral. No eran más que los primeros días de campaña para escoger al candidato que ostentaría la bandera liberal en Papineau una vez que se convocaran las elecciones. Participaba en la contienda provisto de unos fondos limitados, una casi inexistente experiencia en política de proximidad, un par de amigos como voluntarios y un equipo de una persona, que casualmente era mi mujer. Sophie estaba llena de entusiasmo y me apoyaba incondicionalmente, ayudándome a planificar qué enfoque adoptar y uniéndose a mí sobre el terreno de vez en cuando, mientras aprendíamos el oficio juntos.

La mayoría de los canadienses no son conscientes de los conflictos que pueden surgir durante el proceso de nominación de un partido a nivel de los distritos electorales. Lo que ocurre entre bastidores permanece oculto en comparación con el alboroto que se genera cuando las elecciones están en pleno apogeo. En ocasiones, estas contiendas se pasan por alto una vez que los preeminentes contrincantes en turno ganan sus nominaciones sin oposición. Pero para los aspirantes a candidatos implicados en una contienda para garantizarse los votos de miembros del partido, puede resultar una competencia extenuante. Comienza con el reclutamiento de tantos miembros como sea posible de cada uno de los candidatos antes del mitin oficial de nominación; luego hay que convencer a dichos miembros para que aparezcan en un centro social, un colegio o en el ruedo el día de la nominación para que emitan su voto. Puede parecer un trabajo de locos. Pero a mí me encantó.

Después de experimentar el dramatismo y las estratagemas de las primarias del Partido Liberal en 2006, ese tipo de politiquero tan personal y cercano me aceleraba el pulso. Soy un ser social por naturaleza. También disfruto con el ejercicio físico, algo muy necesario en alto grado para hacer campaña en Papineau. Recorrer las calles de la circunscripción desde el alba hasta el anochecer con el objetivo de registrar a miembros me resultaba muy gratificante, y no veía la hora de ponerme en marcha cada día. Comprendo la importancia de trabajar con el teléfono, considerando las circunstancias, pero en lo que respecta a hacer campaña prefiero desgastar un buen par de zapatos, conocer a gente y hacer las cosas a ras de calle.

Además, el trabajo era gratificante por otro motivo. Las bases del Partido Liberal se habían marchitado debido a una mezcla de arrogancia, exceso de confianza y descuido. En muchas regiones de Canadá, algunos candidatos liberales ni se tomaban la molestia de recorrerse los barrios y llamar a las puertas; consideraban el Partido Liberal más bien una marca que la expresión de una visión política. Esta actitud estaba en el centro de nuestra pérdida de apoyos. Teníamos que trascender esa forma de pensar. Debíamos recordar a los votantes los valores y la filosofía que inspiraban el color rojo del Partido Liberal. Y lo que es más importante, necesitábamos que los canadienses nos recordaran qué esperanzas y expectativas tenían para su comunidad y el país. Tal vez parezca algo obvio, pero es increíble cuántas veces y con qué facilidad lo olvida la gente involucrada en política.

Suele decirse que la política es un «deporte de contacto», con lo que las personas entienden que se trata de un negocio duro. Eso es cierto. No es una tarea apta para cardíacos o gente de piel fina. Pero personalmente pienso de otro modo: la política es un negocio táctil. Tienes que dedicar tiempo, tiempo de verdad, a las personas a las que uno pretende representar: en cafeterías, alrededor de mesas de cocina, en parrilladas en el jardín. Uno debe escuchar y absorber la opinión y los valores de su comunidad. Hay que trabajar duro en ello. Quería inculcar esto como principio de ética fundamental en el transcurso de mi campaña en Papineau, tanto por puro convencimiento como porque el Partido Liberal necesitaba esta clase de renovación. Desesperadamente. Como candidato debutante no podía hacer demasiado al respecto a nivel nacional, pero sí a nivel local, y me propuse hacerlo con una forma directa, enérgica y personal de transmitir el mensaje. Estaba convencido de que este era el modo adecuado de hacer las cosas.

Sabía que tal enfoque sería particularmente importante en mi provincia natal de Quebec. El escándalo del patrocinio, que implicaba acusaciones de corrupción dentro del gobierno canadiense y la consiguiente Comisión Gomery, había conferido a mis compañeros quebequenses una horrible imagen del Partido Liberal, y eso dolió. Puede que la razón principal por la que apoyé a Gerard Kennedy en la campaña por el liderazgo de 2006 fuera que, como persona ajena a la política federal, parecía entender lo desconectado y amenazado que estaba el partido. La integridad básica de este había sido cuestionada y yo estaba convencido de que la única manera de arreglar las cosas era a la

antigua usanza: mirar a la gente a los ojos, escucharlos y decirles la verdad.

Claro que el entusiasmo y las buenas intenciones ayudan a llegar solo hasta cierto punto. En Papineau, me habían ayudado a llegar al estacionamiento de aquel supermercado. La experiencia contrastaba marcadamente con haber estado en la arena de la convención de 2006 codo con codo con cientos de liberales. Muchos de ellos habían apoyado a candidatos distintos al mío, pero todos compartíamos la misma identidad del partido y en última instancia el mismo objetivo. En las calles de Papineau, nunca debía presuponer las creencias políticas de nadie. De hecho, nunca debía presuponer que fueran a responder a mi saludo y mi invitación con nada más alentador que una rápida sonrisa y un movimiento de cabeza.

Cuando podía convencer a alguien de que se detuviera a discutir alguna cuestión conmigo, les hablaba acerca de mi preocupación por el enfoque de liderazgo de Stephen Harper y el modo en que su partido estaba gobernando el país. Y le exponía las ideas relativas a educación, juventud, voluntariado y medio ambiente que había desarrollado durante mis años de profesor y como presidente de Katimavik.

Más importante aún, traté de escuchar a la gente lo máximo posible. El único modo de incrementar mi comprensión de los problemas a los que se enfrentaban los votantes era preguntándoles qué les preocupaba y escuchar con atención sus respuestas. Escuché a padres decirme lo difícil que les resultaba a sus hijos obtener un empleo, y oí a inmigrantes describir las dificultades que tenían para conseguir un visado a sus familiares que querían visitarlos, y también a ciudadanos quejarse de los desafíos económicos a los que se enfrentaban día a día. Sus deudas crecían, pero sus ingresos no. Muchos de los compradores que salían de aquel supermercado a duras penas podían pagar lo necesario para alimentar a sus familias.

También me enteré de algunas de las preocupaciones de los residentes con respecto a la naturaleza cambiante de la circunscripción. Las comunidades griegas e italianas de Papineau estaban bien asentadas y eran las responsables de gran parte de la vitalidad de la zona. El influjo de nuevos inmigrantes de otras nacionalidades estaba llevando a un florecimiento de restaurantes étnicos, festivales y centros sociales que elevaba la animación general de Papineau. Sin embargo, muchos antiguos residentes me explicaron que les preocupaba que sus amigos y barrios se vieran desplazados por los recién llegados.

La gama de los diferentes puntos de vista no dejaba de sorprenderme. Algunos residentes me recordaban que Villeray, el barrio con cada vez más vecinos latinos en el centro de Papineau, se remonta a los granjeros francocanadienses y mineros que trabajaron esas mismas tierras durante los tiempos de los coches de caballos. Los griegos del barrio Parc-Extension de Papineau veían cómo sus hijos y nietos tenían que instalarse fuera de la isla, en los suburbios, mientras que los inmigrantes sudasiáticos compraban sus casas, y en el barrio Saint-Michel —tradicionalmente italiano— se estaban mudando los recién llegados de Haití y los magrebíes. A esta situación había que añadir la falta de

trabajo, no solo para los recién llegados sino también para los jóvenes autóctonos. En todas partes de Canadá, las comunidades se habían transformado de forma similar en las últimas décadas, pero el mosaico multicultural de Papineau era mucho más complicado que la mayoría de ellas. Me encantaba la vivacidad de la circunscripción, pero me preocupaba cada vez más el aumento de la tensión generalizada.

Me batía con otros dos candidatos que también se presentaban por Papineau: Mary Deros, la preferida del partido, y Basilio Giordano, un editor de periódico de ascendencia italiana a quien también respaldaban influyentes liberales. Ambos contaban con una maquinaria política bien organizada que reclutaba con éxito a amplios grupos de miembros que trabajaban en cooperación con líderes de la comunidad. Como yo no disponía de este tipo de conexiones, tuve que trabajar duro y atraer a miembros en pequeños grupos, mientras que mis competidores los reunían por docenas.

Para hacer las cosas aún más difíciles, el presidente del ala quebequense del Partido Liberal declaró en los medios de comunicación francófonos que no tenía nada que hacer como candidato, ya que no tenía nada que ofrecer. Y no solo el *establishment* liberal me descartó antes de empezar: expertos políticos y columnistas anunciaron al mundo que había demostrado que estaba fuera de mi elemento al elegir un distrito en el que no tenía ninguna oportunidad de ganar ni siquiera la nominación, por no hablar de unas elecciones contra una estrella como Barbot, del Bloque Quebequés. Mi inevitable fracaso, explicaron, demostraba que era joven, ridículo y obviamente ni la mitad de bueno como político que había sido mi padre.

Es cierto que los números no parecían jugar a mi favor, y a tan solo dos meses del mitin oficial de nominación, era evidente que necesitaba ayuda. Esta llegó a mediados de marzo cuando un querido amigo, Reine Hébert, accedió a unirse a nuestro equipo de dos personas. Reine era una veterana política que vivía en Quebec y que había trabajado con el Partido Liberal desde la época de mi padre. También recluté a Franco Iacono como director de campaña, y ambos ayudaron a aumentar al máximo mi exposición pública ante los residentes de Papineau. Con su colaboración, logré seguir la pista de aquellas personas dentro de la circunscripción que habían sido liberales en algún momento y que habían dejado que caducara su afiliación al partido. Los visitamos en sus casas y les animamos a volver a unirse al partido, y aunque algunos no se avinieron en hacerlo, a muchos de ellos les gustó lo que les dije y se subieron a bordo. Para el 29 de abril habíamos vendido casi mil doscientos carnets de socio del Partido Liberal, más o menos la misma cifra que los otros dos candidatos. Todavía podía ganar cualquiera. Se hizo evidente que la noche de la nominación el ganador sería aquel candidato cuyo discurso conquistara a suficientes miembros reclutados por alguno de los otros dos.

A medida que se aproximaba la fecha, me iba sintiendo más optimista. A finales de abril, comencé a ganarme la confianza de algunos críticos, en gran medida porque reconocieron la gran tenacidad con la que había trabajado la circunscripción. Estaba convencido también de que yo era más consciente que mis competidores de la naturaleza

cambiante de la política y los medios de comunicación. Cuando un bloguero local formuló a cada candidato una serie de preguntas sobre pobreza, políticas de identidad, inmigración y otras cuestiones, yo di respuestas extensas y personales que se basaban en mis experiencias en la circunscripción. Los otros candidatos decidieron no responderle, presumo que asumiendo que pocos votantes se molestaban en leer blogs políticos. Pero incluso en 2007, sabía que internet se estaba convirtiendo en una herramienta esencial a la hora de ampliar la difusión de un partido político, sobre todo en lo que respecta a los seguidores más jóvenes.

Para mi gran alegría, el bloguero, que había dicho a sus lectores que yo estaba destinado al fracaso, escribió un respetuoso gesto de alusión en su página web por haberme tomado la molestia de responder a sus preguntas. Era poca cosa —dudo que convenciera a demasiados votantes— pero reforzaba mi creencia en que los activistas y seguidores de hoy en día esperan y merecen una participación y un contacto directos a través de los medios de comunicación digitales.

La noche del mitin de nominación se celebró en el Collège André-Grasset, justo al lado de la demarcación de la circunscripción. A pesar de lo impredecible del resultado, estaba tranquilo cuando entré en el auditorio, reconfortado por la presencia de las personas a las que más quería en mi vida. Mi madre estaba allí con Sophie, y Sacha se presentó con su bebé de cuatro meses, Pierre, en brazos. Mi hermano estaba muy ocupado con su joven familia y su carrera como director de documentales, de modo que agradecí mucho su apoyo.

Desde el principio había sido identificado como el perdedor de la contienda, lo que ayudaba a aliviar un poco la presión sobre mí. Había entrado en una contienda muy disputada contra dos experimentados candidatos. Muchos observadores predijeron que, si yo conseguía pasar a la segunda ronda de votaciones, los seguidores de Deros y de Giordano unirían sus fuerzas para derrotarme, lo cual parecía más que probable. Quería ganar, pero dadas las circunstancias perder no supondría una deshonra.

Al contemplar a la multitud aquella noche, volvió a sorprenderme lo diferente que era de mi padre en lo referente a este tipo de cosas. Él no había pasado mucho tiempo dando vueltas por el estacionamiento de un supermercado para conocer a sus votantes ni había peleado una contienda por la nominación en el auditorio de ningún colegio. Claro que la política era diferente en su época. Entonces, los candidatos de gran relieve procedían de la élite, como banqueros o abogados. Se ganaban la confianza de los votantes mediante su prestigio dentro de la comunidad, con una perspectiva puesta mucho más allá de su demarcación que englobaba todo Canadá. Mi padre se adaptaba a esta descripción a la perfección. Se veía a sí mismo sobre todo como alguien que representaba a los canadienses y sus valores en un sentido político amplio, en lugar de representar a una circunscripción.

Fue un buen parlamentario, y las cuestiones por las que luchó estaban en consonancia con los intereses de los votantes de su circunscripción de Mont Royal. Pero

él nunca aspiró a lograr la conexión personal con los votantes que yo estaba decidido a forjarme en las calles de Papineau.

Con esto en mente, había planeado no mencionar a mi padre durante mi discurso de aquella noche. Creí que solo podía hacer daño a mi causa si los miembros sospechaban que intentaba aprovecharme de su influencia.

Reine me aconsejó lo contrario. Me recordó que algunas áreas de la moderna circunscripción de Papineau estuvieron una vez dentro de los límites del vecino Mont Royal, lo que significaba que al menos algunos de los votantes allí presentes habían sido representados en el Parlamento por mi padre. Si no tomaba en cuenta este hecho podía parecer un ataque a estas personas y parecerles una falta de respeto para con él. Además, me dijo, si haces esto bien, solo esta vez, pasará mucho tiempo hasta que tengas que volver a sacarlo a colación. Sus palabras me guiaron mientras preparaba mi discurso.

Empecé con un pequeño guiño a la historia: «En otoño de 1965 —dije—, los residentes de Parc-Ex ayudaron a enviar a Pierre Elliott Trudeau, que había declarado que su ocupación era ser “profesor”, a la Cámara de los Comunes por primera vez. Los tiempos cambian, como también lo hacen los límites de las circunscripciones electorales, pero aquello de lo que formaron parte cambió Canadá para siempre». Les recordé que habían pasado veinticinco años desde que mi padre proporcionó a Canadá la Carta de Derechos y Libertades, una de las herramientas más valiosas que haya visto el mundo para garantizar la protección y el pleno ejercicio de los derechos humanos. «Ahora todos somos hijos de esa Carta —aseguré—. De lo que estamos inmensamente orgullosos. Así que pueden entender lo enormemente orgulloso que estoy yo de poder decir que su primer ministro era también mi padre».

Seguí hablando desde el corazón sobre Papineau, nombrando y felicitando a los líderes de la comunidad que eran el corazón y el alma de sus vecindarios y comunidades culturales. A continuación llegó la hora de citar las políticas del gobierno conservador a las que me opondría como parlamentario liberal. «Los conservadores quieren dividirnos en lo que se refiere a la justicia social. Quieren dividirnos en lo que respecta al medio ambiente, a Kioto, poniendo en peligro el futuro de nuestros hijos. Quieren dividirnos sobre qué papel debe jugar Canadá en el mundo, con posiciones copiadas de la derecha estadounidense».

Llevaba dos meses recorriendo arriba y abajo todas las calles de la circunscripción, había visitado todos los centros y zonas comerciales, estrechado la mano a miles de personas y escuchado innumerables historias. Sentía que había llegado a conocer bien a la gente de esta circunscripción y sus preocupaciones. Cualquiera que fuera el resultado de la votación esa noche, nadie podría decir que no había trabajado para ganar la nominación.

Mientras pronunciaba mi discurso ante el público allí reunido, empezó a ocurrir algo. Allí donde mirara, veía rostros que me eran familiares, personas con las que me había detenido a platicar en las calles de Saint-Laurent, Saint-Hubert y Christophe-Colom, o a

quienes había conocido en sus porches delanteros de la calle Everett y de la avenida de Chateaubriand. Había conectado con aquella gente. Me sonreían. Y más importante aún, me apoyaron una vez que comenzaron las votaciones.

Aquella noche gané en la primera vuelta al obtener 690 de los 1,266 votos, frente a los 350 de Deros y los 220 de Giordano. Cuando se anunciaron las cifras le di a Reine un fuerte abrazo, y luego miré y vi cómo Sacha contenía las lágrimas de alegría por mi victoria.

En medio de nuestra celebración, Stéphane Dion me llamó para felicitarme. Puede que él y su equipo favorecieran a Mary, pero ahora que se había tomado una decisión no dudó en ofrecerme sus más sinceras felicitaciones, a lo que respondí que apreciaba mucho su gesto. Nuestra relación no había sido ni cálida ni hostil durante la contienda por la nominación. Stéphane siempre me había tratado con respeto, y durante el año políticamente turbulento que seguiría a mi victoria, tuve cuidado de mostrarle el mismo respeto en contrapartida.

Mientras celebrábamos aquella noche mi victoria, sabía que mi lucha no había hecho más que empezar. Después de todo, aquello no había sido más que una refriega entre amigos. La verdadera batalla tendría lugar cuando me enfrentara a la parlamentaria titular, Vivian Barbot. Esta se había forjado una impresionante carrera como docente, feminista y líder de la comunidad haitiana local antes de ganar la circunscripción de Papineau al vencer a Pierre Pettigrew, un destacado ministro liberal. Era una oponente política más que digna, y sabía que no había tiempo que perder si quería derrotarla en las próximas elecciones.

Mi primer paso fue crear una organización, una red de personas con la experiencia y los conocimientos necesarios para dirigir una campaña. Reine y Franco me habían resultado de inestimable ayuda, pero tenían otros compromisos. La familia y los amigos me habían prestado muchísimo apoyo durante las últimas semanas de las primarias, pero no podía esperar tenerlos a mi disposición a lo largo de la maratón que supone una elección federal.

El primer puesto que debía cubrir era el de jefe de campaña con dedicación exclusiva, y descubrí que la persona ideal para ello había estado en la sala conmigo la noche que me hice con la nominación. Raine había incorporado a Louis-Alexandre Lanthier como mi escrutador. Habíamos coincidido muy brevemente en Ottawa cuando trabajaba en Katimavik. Todavía no había cumplido los cuarenta pero, siguiendo los pasos de su madre, Jacline Lanthier, que había trabajado para Jean Chrétien, Alex ya había participado en muchas campañas políticas. Me gustaban sus antecedentes y su compromiso por convertir en un éxito la próxima campaña con una sola frase: «Justin — me dijo—, hasta las próximas elecciones vas a actuar como si ya fueras el parlamentario por Papineau».

Era una ampliación de la estrategia que habíamos adoptado con éxito durante la

contienda por la nominación. Estaría en toda inauguración de un restaurante, festival religioso, carnaval en la calle, evento para recaudar fondos, marcha, desfile de moda, exposición de arte, fiesta de caridad, reunión del ayuntamiento o cualquier otro evento público que tuviera lugar en Papineau, para estrechar manos y hablar con la gente. No estaría allí para pedirles su voto, pues todavía no se había fijado la fecha de las elecciones. Iría para que la gente supiera quién era yo, para poner voz y rostro al nombre que verían primero en material de campaña y después en las papeletas. Cuando llegara el momento de decidir a quién dar su voto, recordarían al tipo que les dio la mano y les preguntó cómo estaban y que quiso escuchar sus preocupaciones. Tal vez fuera la última forma de hacer política de proximidad, y no veía la hora de empezar.

El abuelo de Alex había tenido una lavandería en Papineau durante muchos años. Muchos vecinos no podían permitirse comprar sus propias lavadoras, de modo que el negocio pasó a ser una especie de institución local donde la gente se reunía a conversar, tejer y leer, y casi como por causalidad, lavar la ropa de toda la familia. No se me ocurría una base mejor para alguien a quien se le había asignado la tarea de conseguir que los votantes se familiarizaran conmigo, y yo con ellos.

De la primavera de 2007 hasta las elecciones generales de octubre de 2008, mis días consistieron en acudir a diferentes actos y hablar con la gente. No puedo decir que conociera a todos los votantes de Papineau durante ese año y medio, pero si no fue así no fue por falta de empeño.

Dondequiera que apareciera y con quienquiera que hablara, tomaba decisiones estratégicas sobre el modo de comunicar mi mensaje. Las políticas de identidad podrían haber sido una forma de ganarme la confianza de los votantes, la clase de estrategia tipo divide y conquistarás que preferían otros partidos. Yo intenté sentar unas bases comunes en torno a unos valores comunes que, estaba convencido, eran ampliamente compartidos en la circunscripción. No importaba de dónde fuera la gente, qué idioma hablaran ni cómo rezaban: creía que todos compartimos ciertos valores, y quería hacer hincapié en esta conexión entre todos nosotros.

El mayor escollo ideológico al que me enfrentaba, sobre todo en el barrio de Villeray, tenía que ver con la cuestión del estatus de Quebec dentro de Canadá. De forma regular tocaba a una puerta, solo para ver una cara visiblemente pálida después de reconocermelo. «No pienso votarte en la vida —empezaban—. No estoy de acuerdo contigo».

«Ah... —respondía con una amistosa sonrisa—. ¿No estás de acuerdo conmigo en mis propuestas sobre el medio ambiente? ¿O sobre mi programa social, en educación, sanidad? ¿En una economía que proporcione oportunidades para todos? ¿En que no estoy de acuerdo con el señor Harper?».

«No, no, en todo eso estamos de acuerdo. ¡Solo discrepamos sobre Quebec!».

«Bien, bueno, excepto que en realidad no discrepamos en la necesidad de proteger el idioma y la cultura franceses aquí, en Quebec. Sospecho que podemos llegar a discrepar en cuál es la mejor forma de hacerlo: yo creo en consolidar y compartir nuestro idioma y

cultura, y no creo que eso se logre volviéndonos hacia dentro y construyendo muros».

Sin importar cómo hubiera ido la conversación, les hacía saber que había sido un placer hablar con ellos y que esperaba ser una voz firme en Ottawa a la hora de defender cuestiones importantes para ellos, tanto si votaban por mí como si no.

Tenía mucho cuidado en no hablar mal de la parlamentaria del Bloque, Vivian Barbot. Respetaba enormemente lo que había logrado en la vida. Los ataques personales no son el modo de granjearse la lealtad de un votante.

Me convencí de que la única manera de luchar a largo plazo contra la perspectiva soberanista es defender a Canadá. Como otras fuerzas divisionistas dentro del país, la postura soberanista es fundamentalmente la opción de subrayar las pocas cosas que nos dividen en lugar de las muchas que tenemos en común. Cuando uno rasca bajo la superficie de las calles de las comunidades de Quebec, no tarda mucho en encontrar estos valores y aspiraciones comunes. Como diría unos años más tarde durante el lanzamiento de mi campaña para alcanzar el liderazgo del partido, yo comparto esos valores y estoy convencido de que Canadá —y no solo Quebec— es el lugar idóneo para ponerlos en práctica.

Tuve la oportunidad de estrechar lazos con casi todas las personas que conocí en Papineau, soberanistas o no, al discutir mi oposición a los planes de Stephen Harper. En el poco tiempo transcurrido desde que habían asumido el poder con una minoría parlamentaria en 2006, los conservadores de Harper habían logrado enemistarse con la mayoría de Quebec. En el mismo Papineau, el apoyo con el que contaban era extremadamente bajo.

Mi estilo político empezó a verse muy influido por Sophie que, además de contar con un profundo e intuitivo conocimiento de Quebec, mantenía una estrecha vigilancia sobre mi material de campaña y mis apariciones en los medios de comunicación. Cada vez que me veía virar hacia un estilo negativo, me lo decía rápidamente. También dejó claro que no pensaba quedarse mirando cómo las insignificantes disputas y fricciones de la vida política envenenaban mi personalidad. La razón por la que entré en política, me recordaba, era promover la imagen que yo tenía sobre un Canadá mejor, y no para aparecer en el ciclo de noticias del siguiente día soltando alguna ocurrencia. A veces a las personas que han hecho de la política su sustento les resulta fácil quedarse atrapados en el fragor de la batalla y olvidarse de sus valores personales. Sophie no lo hace nunca, y por muy intensas que se pongan las cosas, siempre se asegura de que yo tampoco lo haga.

Aun así, hubo momentos en los que era necesario hablar frontalmente sobre Vivian Barbot. Recalcaba que por muchas cualidades admirables que tuviera la señora Barbot como persona, lo cierto es que como diputada del Bloque Quebequés representaba a un partido cuyo objetivo era dividir a la gente. Y que lo que la circunscripción, y el mundo, más necesitaban eran políticos centrados en unir a las personas.

Cuando hablaba en eventos comunitarios, aprendí a simplificar el discurso, a ser

claro y directo al discutir las políticas liberales. No porque a los votantes no les interesasen los detalles, sino porque muchas de mis intervenciones eran breves por necesidad y tenía que hacer una rápida descripción de nuestro programa. Sophie era imprescindible en esos momentos. Antes de cualquier acontecimiento importante, me pedía que fuera directo a los temas de los que quería hablar, explicando cada uno de ellos con un lenguaje sencillo, y me hacía replantear cualquier cosa que sonara compleja o confusa. Funcionó. Al final era capaz de explicar políticas complicadas, como el malogrado *Green Shift* (Cambio verde o Plan verde) de Stéphane Dion, en treinta segundos o menos.

Las cuestiones sociales surgían con frecuencia en las conversaciones con los residentes de Papineau, sobre todo entre algunos de los más recientes inmigrantes, que se oponían al matrimonio homosexual, el aborto y la reforma legal del consumo de marihuana. No podía reafirmar su posición sin más. Tenía que ceñirme a mis propias opiniones, lo que podía constituir un problema cuando me descubría siendo interrogado sobre estos temas durante una sesión de preguntas y respuestas en una mezquita o en una iglesia. Mi respuesta era decir: «No estamos de acuerdo en esto, y como ambos estamos discutiendo desde lo que consideramos nuestros principios fundamentales, probablemente haya poco margen para el compromiso. No obstante, espero que tengamos suficientes puntos de coincidencia en otras cuestiones para que consideren votar por mí». La reacción a estas palabras solía sorprenderme. Como mínimo, los asistentes apreciaban que les diera respuestas francas y directas a cuestiones difíciles, aunque no siempre fueran las respuestas que querían escuchar.

Recuerdo un temprano episodio en una mezquita paquistaní-canadiense, en la calle Jean-Talon, en donde tuve que hacer frente a una situación que acabaría por ser algo bastante frecuente: nuevos canadienses que me mostraban un gran apoyo pero que, al mismo tiempo, eran muy conservadores socialmente. Alex había sugerido que evitara hablar sobre el matrimonio homosexual, pero lo único que consiguió fue que me entraran muchas ganas de hablar sobre el mismo.

«Sé que todos los aquí presentes respaldan nuestra Carta de Derechos —les decía—. Es el documento que constituye la base de los derechos de los que todos disfrutamos, incluida la libertad de credo. Pero ¿saben qué? Esos derechos que los protegen también conceden a los gais el derecho a casarse y a sus hijas el derecho a casarse con alguien que no sea musulmán. La Carta de los Derechos protege la libertad de todos. No podemos elegir qué derechos queremos conservar y dejar a un lado los que no nos gusten». El público era difícil —hombres de avanzada edad severos y barbudos—, pero la mayoría de los asistentes asintieron con la cabeza y participaron favorablemente en un debate acerca de nuestra visión compartida sobre el futuro que queríamos para nuestros hijos y nuestro país.

Estar de campaña en Papineau me obligó a pensar intensamente en lo que los canadienses entendemos por «multiculturalismo». El concepto forma parte de la Carta,

pero sigue siendo objeto de un malentendido generalizado. Con solo escuchar los programas de radio en los que participan los oyentes y leer las páginas de opinión de los periódicos, se podría pensar que el multiculturalismo es una especie de batalla campal en nuestra sociedad, una excusa para hacer la vista gorda ante prácticas culturales que de otro modo encontramos repugnantes o incluso criminales. Mi experiencia en Papineau me demostró que había intención de crear alarmismo y sembrar el miedo. La mayoría de inmigrantes a los que conocí eran conscientes de las normas culturales imperantes en nuestro país, desde nuestro pluralismo religioso a nuestra actitud con respecto a la igualdad entre sexos y nuestro rechazo a los discursos basados en el odio. Los aceptaban plenamente. También comprendían que Canadá solo contaba con un conjunto de leyes para todo el mundo. En lo tocante a la aplicación del Código Penal y los principios del derecho de familia, no ofrecemos un trato especial según la raza o la religión. Muchas familias inmigrantes a las que conocí en Papineau trajeron consigo una persistente animosidad de sus países de origen, pero aceptaban que Canadá era un lugar donde la gente viene a escapar de las enemistades del viejo mundo, no para alimentarlas.

¿Qué significaba entonces el multiculturalismo para esas personas? ¿Y para mí? Significa la presunción de que la sociedad acogerá formas de expresión cultural que no vulneren los valores fundamentales de nuestro país. Entre ellos figura el derecho de un judío a llevar su kipá, de un sij a llevar su turbante, de una musulmana a llevar el pañuelo en la cabeza, o de un cristiano a llevar un colgante con una cruz. Cuando inicié mi campaña en 2007, los liberales de Jean Charest estaban en el poder en Quebec y el Partido Quebequés aún tenía que poner en marcha sus planes para la Carta de Valores de Quebec, la denominada «carta secular». Pero estas tácticas de intimidación sobre los inmigrantes ya eran un tema en el discurso público. En enero de 2007, en el momento en que la cuestión de la «adaptación razonable» estaba en su pleno apogeo en Quebec, la pequeña población de Hérouxville aprobó una resolución en la que se prohibía, entre otras cosas, la lapidación o inmolación de las mujeres. Lo más asombroso de esta decisión fue el hecho de que dicho pueblo no contaba con ningún habitante inmigrante, y nunca había sido testigo de ningún conflicto social relacionado con prácticas culturales de una minoría.

Rechacé entonces este modo de sembrar el miedo, y lo sigo rechazando ahora. De hecho, me enorgullece decir que en 2013 fui el primer dirigente federal del partido en pronunciarme abiertamente en contra de la carta secular propuesta por el Partido Quebequés. ¿Cuál sería el propósito de excluir a una madre soltera de Papineau de la plantilla de la administración pública solo porque intentara equilibrar los compromisos con su fe y su papel de cabeza de familia? Si el PQ presentara dicha posibilidad a los habitantes de Papineau muchos no habrían optado por desprenderse de su indumentaria religiosa. En vez de eso, se les habría apartado de la vida pública, precisamente el resultado contrario al objetivo al que todos debemos aspirar. Necesitamos que nuevos canadienses —en realidad, todos los canadienses— participen en la construcción de

Canadá, no que se abstengan.

El mejor modo de pensar en el multiculturalismo es imaginarlo como una especie de contrato social. En virtud del mismo, los recién llegados a Canadá prometen atenerse a nuestras leyes; enseñar a sus hijos las habilidades y la fluidez idiomática para que puedan integrarse en nuestra sociedad; y respetar, si no adoptar de inmediato, las normas sociales que gobiernan la relación entre los individuos y los grupos canadienses. A cambio, respetamos aspectos de su cultura que pueden ser valiosos para ellos y que no perjudiquen a nadie. Obligar a un jugador de fútbol de nueve años a quitarse el turbante, despedir a una profesora de guardería porque lleve un hiyab, prohibir la entrada de un cardiólogo a un quirófano porque lleve una kipá, son gestos que rompen nuestra parte de ese contrato social.

Puede que Canadá sea el único país del mundo que es fuerte por nuestras diferencias, no a pesar de ellas. La diversidad es una característica fundamental de quiénes somos, lo que hace de nosotros un país de éxito. La vivimos en todas partes, en pueblitos y en grandes ciudades, por todo el país. Es una de nuestras más importantes y únicas contribuciones al mundo. Este es el motivo por el que me apresuro siempre a defender los derechos de las minorías, y a fomentar la Carta de Derechos y Libertades. Creo que nuestra apertura a los demás se encuentra en el centro de quiénes somos como canadienses. Ha hecho de Canadá el lugar más libre del mundo y el mejor para vivir.

Hacer campaña es tanto un arte como una ciencia. A algunas personas se les da naturalmente bien, a otras no tanto. Deben aprenderse y ponerse en práctica algunas habilidades básicas.

Tuve que aprender a ser más asertivo para llegar a los votantes de Papineau. Está muy bien ser educado, pero no tiene sentido aparecer en un evento para ser el que no baila.

Al principio de la campaña acudí a una gran feria pública que había dispuesto juegos al aire libre para los niños. Había mucha gente sentada frente al escenario. Detrás de ellos, se extendía un espacio amplio y vacío donde adultos y niños se paseaban durante la actuación. Era un lugar perfecto para conectar con los votantes, pero me contuve porque no quería desviar la atención de la obra. Tuvieron que arrancarme prácticamente de la silla y llevarme a rastras hacia la multitud, así como recordarme que aquel era un ambiente informal y que estaba allí con un objetivo.

Nadie puso objeciones a mi presencia ni a mis esfuerzos por entablar una conversación con ellos. De hecho, a lo largo del año y medio que me pasé haciendo campaña en Papineau, ni una sola vez encontré hostilidad cuando me aproveché de situaciones en las que podía presentarme a la gente. Por cínicos que puedan ser los votantes de hoy sobre la política, la mayoría de la gente agradece la oportunidad de tomar la medida de un político con un apretón de manos y una breve plática.

Tras meses de hacer campaña, a un político le resulta normal creer que todo el mundo deba saber quién es. Sin embargo, tienes que seguir recordándote que hay mucha gente que no lo sabe. De hecho, muchos canadienses no son capaces de nombrar ni siquiera a su representante en el Parlamento, por no mencionar a sus aspirantes a representarlos. Y, como descubrí, tener un apellido conocido no ayuda tanto como sería de esperar.

Alex Lanthier, mi jefe de campaña, tenía un modo eficaz de expresar su opinión sobre cómo mejorar mi estilo de hacer campaña. Un día en que yo paseaba entre una multitud de personas durante un evento, dando la mano mientras avanzaba y diciendo un rápido «¡Hola! ¿Qué tal?» a todo el mundo, o un «Encantado de conocerte» cuando me cruzaba con ellos, Alex me observó durante unos minutos antes de llamarme aparte y decirme: «Hola. Soy Alex Lanthier. ¿Quién eres tú?».

Respondí: «Soy Justin Trudeau».

Alex sonrió. «Bien. Ahora sal y díselo a ellos. A todo el mundo. Deja que escuchen tu nombre. Si no saben quién eres, acabarás por convertirte en aquel simpático y excéntrico tipo que por casualidad les dio la mano».

Establecer una auténtica comunicación con la gente siempre ha sido algo muy importante para mí, incluso siendo un político novato. Si vas a reunirte con votantes, debes tener la suficiente paciencia para dedicar un rato a saber sus nombres y preguntarles qué les preocupa; y luego escuchar lo que te digan. De lo contrario no vale la pena.

Dicho esto, sin importar en qué medida llegues a las personas, una lección difícil de aprender es que no puedes convencer a todo el mundo de que vote por ti. Las respuestas más negativas las recibí de algunos votantes ancianos que, por el motivo que fuera, conservaban un cierto resentimiento hacia mi padre. Muchos de ellos se mostraban manifiestamente enojados conmigo por tener la desfachatez de llamar a su puerta. No había forma de avanzar con ellos, por mucho que intentara buscar cuestiones con las que podríamos llegar a estar de acuerdo.

Era la otra cara de la crítica a la que me enfrentaba, de que intentaría sacar provecho del apellido Trudeau. Cuando el nombre de un antiguo político inspira indignación en un abochornado votante, no se puede esperar que este esté a favor del hijo de dicho político. Cada vez que me encontraba con estas situaciones, decía: «Ha sido un placer conocerlo, aunque no crea que vaya a votar por mí», y pasaba a la puerta de al lado.

Por último, cuando uno hace campaña como candidato de un partido político importante, es sustancial recordar que cada sílaba que uno dice en público será mirada bajo lupa en busca de errores, inconsistencias, incorrecciones políticas y herejías ideológicas. Por muy buenas que sean tus intenciones, tus oponentes serán despiadados en la búsqueda de cualquier fragmento que puedan sacar de contexto para desacreditarte. Por ejemplo, en el primer anuncio agresivo de los conservadores en mi contra, en 2013, aparecía una cita sacada totalmente fuera de contexto de una entrevista que había

concedido sobre mi padre en la década de 1990. Lo único que se puede hacer frente a estos ataques es tener fe en que los canadienses son lo suficientemente inteligentes para verlos por lo que son y que separarán el grano de la paja cuando llegue la hora de tomar una decisión.

Eso no significa que no debas (o no puedas) defenderte. Mucha gente entra en política pensando que lo único que tienen que hacer es ser respetuosos con los demás y hablar desde el corazón. Pero eso no basta. Nunca es suficiente. Cada frase que uno pronuncia será malinterpretada cuando se la despoje de su contexto y se publique en Twitter.

Ahora bien, uno también puede meterse en problemas sin necesidad, poniéndoles las cosas demasiado fáciles a tus críticos. Esto suele ocurrir cuando intento ser demasiado inteligente o ingenioso. Durante mi campaña de divulgación en Papineau, un estudiante formuló una pregunta en mi página web: «Si un extraterrestre llegara a Canadá y se hiciera ciudadano, ¿estaría protegido por la Carta de Derechos y Libertades?». Me pareció una excelente pregunta, en parte debido a que tocaba mi pasión por la ciencia ficción, pero sobre todo porque agradecía la reflexión e imaginación que le había echado el chico. Ignoré el consejo de que no respondiera a la pregunta y escribí una irónica respuesta bastante detallada que ponía de relieve nuestro compromiso con la diversidad y en donde decía que sí, que cualquier extraterrestre que se convirtiera en ciudadano canadiense podría reclamar protección con arreglo a la Carta. (Por si sirve de algo, un antiguo presidente de la Asociación de Abogados de Ontario escribió en el blog que mi respuesta «era bastante acertada desde un punto de vista legal» y «planteaba la interesante cuestión de los derechos civiles para los no humanos»).

Unos días después, el periódico quebequés *La Presse* publicó una caricatura en la que aparecía yo diciéndole a E. T. que tenía derechos reconocidos en la Carta mientras que E. T., que extrañamente tenía el aspecto de Stéphane Dion, hacía un gesto obsceno con su famoso dedo.

Por más que fuera puerta por puerta y apareciera en varios eventos por toda la circunscripción, mi interés principal se centraba en llegar a conocer las diferentes organizaciones y grupos de la comunidad que servían a los residentes de Papineau. Se trataba de una elección natural. Mi anterior implicación en las acciones cívicas y el voluntariado procedían de Katimavik, de la Fundación Canadiense de Avalanchas, de la prevención de agresiones sexuales y otras campañas en las que se promovían cuestiones y causas específicas. Papineau alojaba un gran abanico de organizaciones de base cuyos diferentes mandatos abordaban prácticamente todos los aspectos de la vida de las personas, sobre todo de los inmigrantes recién llegados que carecían de los medios o relaciones para garantizarse una vivienda digna, atención y desarrollo de los niños y oportunidades laborales.

La Maison de Quartier Villeray, situada en el centro del barrio de Villeray, es una de ellas. Su misión es ayudar a aquellas personas aisladas social y económicamente a adquirir los conocimientos y la confianza necesarios para convertirse en miembros productivos de la comunidad. Los voluntarios de La Maison de Quartier llevan comida a los residentes locales, les acompañan a las citas médicas, organizan talleres educativos para los padres, y generalmente tienden una mano a los residentes que corren el riesgo de caer por las grietas de la sociedad. Los canadienses relativamente acomodados que no necesitan ayuda para proveer de comida sus mesas o para ir al médico no suelen estar familiarizados con organizaciones como esta, pero en Villeray y en lugares parecidos de todo Canadá, son la argamasa que mantiene unida a una comunidad.

Cada vez conozco más y mejor a muchos de estos grupos y su trabajo. Uno de los mayores problemas a los que se enfrentan es que el personal tiene que pasar una exorbitante cantidad de tiempo recaudando fondos. Estas personas se metieron en el campo del trabajo social porque querían ayudar a la gente, no porque quisieran pedir continuamente dinero para poder seguir funcionando.

El modelo de financiación para estos grupos normalmente requiere que vuelvan a solicitar fondos cada año, lo que significa que la supervivencia de estas organizaciones comunitarias depende de las cambiantes prioridades de los políticos. Siempre que estos grupos necesitan dinero, suelen tener que desarrollar algún programa nuevo que se adapte en cierto modo al parlamentario local, legislador provincial o concejal de la ciudad. Estos grupos se ven obligados a reinventar la rueda cada doce meses. Les dije que, como diputado por Papineau, defendería un modelo que proporcionara vías de financiación predecibles, liberando así al personal para que este pudiera centrarse en ayudar a la gente necesitada.

Parte del problema es que muchas personas que trabajan en estas organizaciones son voluntarios, palabra que a algunos transmite la impresión de que se trata de un trabajo opcional. Esta descripción, sin embargo, no es correcta. Las tareas del voluntariado se han vuelto fundamentales en las comunidades como Villeray. En este país se detendrían muchas actividades si los voluntarios de varias organizaciones que prestan servicio dejaran de presentarse cada mañana en sus puestos de trabajo.

En lo referente al voluntariado, creo que los políticos deberían dar ejemplo. En 2008, cuando un grupo de voluntarios llamado Coalition des Amis du Parc Jarry organizó su limpieza primaveral anual del mayor parque del distrito, me presenté en *jeans* y una camiseta para cumplir con mi parte, junto con algunos de mis voluntarios. La alcaldesa de la ciudad estaba allí, junto con el diputado y algunos concejales, todos con traje. Nos pusimos los guantes, sujetamos las palas, escuchamos un discurso pronunciado para los voluntarios, y posamos para una fotografía de grupo. Cuando terminó la sesión de fotos, los organizadores se volvieron hacia los cargos electos y dijeron: «Gracias por venir». La señora Barbot, la alcaldesa y los consejeros se lo tomaron como una invitación a dirigirse a sus coches. Pero para sorpresa de todos, mi equipo se dirigió hacia el parque y pasó las

próximas tres horas ayudando a los voluntarios a limpiar.

Al año siguiente, cuando llegó la fecha para la limpieza anual, todos los políticos se presentaron en *jeans* y camisetas, listos para trabajar en vez de solo posar para las fotos. Nuestro ejemplo resultó contagioso.

Estoy convencido de que debemos ir más allá de la imagen de voluntariado establecida y adoptar algo que podríamos llamar «voluntariado comprometido»: actividades voluntarias gestionadas por el personal de las entidades y financiadas mediante una combinación de donaciones privadas y un compromiso de financiación pública a largo plazo. Fue esta la postura que adopté en Katimavik, y no me cabe duda de que el mismo modelo puede hacerse extensivo a una amplia variedad de otros grupos.

Papineau también me enseñó mucho sobre el problema de las desigualdades de ingresos y riqueza en las sociedades del primer mundo. En su perímetro occidental, la circunscripción de Papineau limita con Mont Royal y Outremont, dos distritos federales que incluyen algunos de los vecindarios más acomodados del país. La Maison de Quartier Villeray está a solo diez minutos en coche de las deslumbrantes casas con un montón de habitaciones de Hampstead y Outremont, pero en lo que se refiere a las necesidades de Papineau, podrían estar en diferentes planetas.

En Papineau represento a demasiados padres que son tan pobres que de forma habitual envían a sus hijos al colegio sin desayunar. Algunos niños que apenas tienen edad suficiente para caminar solos al colegio acompañan a sus hermanos más pequeños a la guardería, porque sus padres trabajan en turnos que les impiden estar en casa cuando sus hijos se van a la escuela. Muchas de las personas que trabajan en los bancos de alimentos locales están ellas mismas a un sueldo de necesitar la comida, gente prácticamente sin dinero ni plan de jubilación.

Los ricos y pobres de Canadá rara vez interactúan. Esta es la dinámica autoalimentadora de la disparidad de ingresos. Hace una generación era más habitual que médicos y abogados, albañiles y profesores, dueños y empleados de comercios vivieran en el mismo barrio. Podía variar el tamaño de sus casas y de sus coches, pero solían comprar en las mismas tiendas, pasear por los mismos parques y asistir a las mismas iglesias. Todo esto proporcionó a los políticos y legisladores una oportunidad única para entender los problemas a que se enfrentaba la clase media y los pobres, porque en numerosas ocasiones estas personas eran sus amigos y vecinos. Esto ya no es así en muchas ciudades canadienses. En algunas zonas de Papineau uno puede caminar por calles sin cruzarse con nadie que se haya graduado en la universidad o que tenga unos ingresos de seis cifras; por el contrario, en Outremont y Westmount es todo un reto encontrar a algún propietario que no tenga como mínimo una carrera universitaria.

En ciertos casos, el dicho de nacer en el lado equivocado es más literal que metafórico. Parc-Extension, el inhóspito vecindario occidental de Papineau, está cercado por tres lados por una autopista y dos vías férreas. El cuarto lado, en el oeste, está delimitado por una cerca de malla. Unos metros más allá de la valla metálica se encuentra

la frondosa y próspera ciudad de Mont Royal. Los residentes de Mont Royal consideran una necesidad la cerca, pero los de Parc-Ex, donde simboliza una brecha económica cada vez mayor en nuestra sociedad, la desprecian.

Cuando discuto con amigos que comparten conmigo una educación privilegiada la problemática de la riqueza y la desigualdad de ingresos, a veces me entran ganas de llevármelos a mi circunscripción y enseñarles de primera mano los obstáculos a los que se enfrentan una buena parte de mi electorado. Las graves disparidades no son un mito, como afirman algunos analistas conservadores, ni tampoco un eslogan para fomentar la lucha de clases. Se trata de la cruda realidad, a plena vista, para cualquiera que esté dispuesto a observarla.

La desigualdad es corrosiva con el tiempo. Se refuerza en cientos de formas invisibles y a veces inconscientes. A menos que uno deba enfrentarse a ella, en comunidades como Saint-Michel y Parc-Ex, resulta demasiado fácil pretender que no existe. Tenemos que abrirnos a la prosperidad compartida igual que lo estamos a la diversidad. Nuestra respuesta a la desigualdad, a los problemas que los ciudadanos de a pie tienen por todo el país, contribuirá en gran medida a determinar nuestro éxito como nación. Cada día aprendo de nuevo en las calles de Papineau que tenemos que hacer más —mucho más— para garantizar que todos los canadienses tengan una oportunidad real y justa de alcanzar el éxito.

Desde finales de 2007 hasta la primera mitad de 2008, seguí haciendo campaña con entusiasmo en Papineau, a pesar de que el Partido Liberal estuviera soportando una gran tensión y estrés. Stéphane Dion era un líder sincero, inteligente y bienintencionado, pero cuando asumió el liderazgo entró en un estanque atestado de tiburones, rodeado de personas que seguían siendo fieles a otras facciones y líderes potenciales. Tal vez un líder más implacable los hubiera despedido a todos y traído a su propia gente. Pero no era ese el estilo del señor Dion, y en cualquier caso, no sé si lo hubiera salvado.

Jean Chrétien había ganado el último de sus tres gobiernos mayoritarios en el año 2000. Bajo el liderazgo de Paul Martin en las elecciones de 2004, los liberales quedaron reducidos a la condición de minoría, y en 2006 se vieron privados del poder por primera vez desde el breve mandato de Kim Campbell en 1993. A pesar de que nos estábamos enfrentando a graves problemas, algunos incondicionales del Partido Liberal consideraron que el resultado de 2006 no había sido más que un fallo extraño, y que el país recobraría la cordura a tiempo para las próximas elecciones. Todavía tenían que darse cuenta de que el escándalo del patrocinio había alejado a muchos votantes, sobre todo en mi provincia natal. A ello había que añadir la rémora de la prolongada disputa entre Jean Chrétien y Paul Martin, el vago enfoque del alcance de las bases del partido, su desatención de los votantes jóvenes y de otras etnias, y su sentimiento general de arrogancia y de titularidad. Para mí, y para muchos otros canadienses, estaba claro que el

Partido Liberal había olvidado lo que una vez supo sobre lo difícil que resulta ganarse y conservar la confianza de la gente.

El 7 de septiembre de 2008, el primer ministro Stephen Harper visitó la residencia oficial del gobernador general y pidió a Michaëlle Jean que convocara elecciones generales, lo cual puso en marcha los treinta y siete días más ajetreados de mi vida. «Dale un beso de despedida a tu mujer —me dijeron—. No la vas a ver mucho a lo largo de las próximas cinco semanas».

Mis días comenzaban a las siete de la mañana, hora en la que me plantaba a la salida de una de las nueve estaciones de metro de la circunscripción para repartir folletos a aquellos viajeros que se disponían a tomar el tren para ir a trabajar. Cuando terminaba la hora punta de la mañana empezaban mis visitas a las tiendas y restaurantes de las principales calles del distrito. Muchos negocios estaban vacíos cuando entraba, pero eso carecía de importancia. Pasaba un rato hablando con los dueños y cajeros, personas importantes a las que intentaba convencer de que colocaran mi propaganda electoral en sus mostradores y que tal vez llegaran a hablar bien de mí a sus clientes.

Intenté hablar con cuantos grupos me fue posible, incluidos, por ejemplo, la Asociación Profesional de Taxistas de Quebec, un grupo influyente, como es lógico. (¿Cuántas veces has acabado hablando de política con un taxista?). Solía almorzar con voluntarios en la oficina de campaña para intentar mantenerlos motivados. Las tardes eran un buen momento para visitar los centros comunitarios de jubilados, antes de dirigirme de nuevo a las estaciones de metro para saludar a los pasajeros que regresaban a sus casas al término de su jornada laboral. A la caída de la tarde me dedicaba a hablar por teléfono con los líderes comunitarios, animándoles a que asistieran a alguno de los actos programados del día siguiente. Tras unas horas de sueño, me levantaba y volvía a repetir todo de nuevo.

Fue un trabajo duro, pero disfruté de cada minuto del mismo: la rutina, la disciplina, el aprendizaje. Pero sobre todo, disfruté de la interacción con el pueblo de Papineau. Hay tantas cosas fugaces y efímeras en política. Y gran parte de ellas son, bueno, *merde*. Los vínculos que estableces con las personas que invierten sus esperanzas y su confianza en ti, eso es lo que te ayuda a superar todo lo demás. Eso es lo que hace que valga la pena.

Los resultados la noche de las elecciones provocaron una amplia gama de emociones. Ya había experimentado la pura felicidad cuando dieciocho meses antes me había hecho con la nominación del Partido Liberal, pero en esta ocasión, cuando gané Papineau por un estrecho margen, con un recuento de 17,724 votos a mi favor y 16,535 de Vivian Barbot, estaba fuera de mí, eufórico. Sin embargo, al igual que otros liberales, no estaba de un humor especialmente festivo. El partido en su totalidad sufrió un enorme golpetazo al ganar solo el 26 por ciento del voto popular en todo el país, mientras que los conservadores aumentaron su representación gubernamental en minoría de 127 a 143 escaños. Pronuncié un discurso optimista agradeciendo a mis voluntarios todo su

esfuerzo, pero el resultado global supuso una gran decepción.

Había estado tan centrado en mi comunidad que el contraste entre el resultado local y el nacional me resultó sorprendente y chocante. Yo era uno de los únicos dos nuevos diputados liberales que había ganado un escaño que no ocupábamos antes de la disolución del Parlamento. Casi de inmediato, me sacaron del trabajo real en el ámbito comunitario del que tanto había disfrutado y me introdujeron en las intrigas sin sentido de la política suicida.

Aquella noche, el destacado periodista de Quebec Bernard Derome, me entrevistó como parte de la cobertura de la noche electoral de Radio-Canadá. Aparecí a través de una emisión de video desde mi sede central de campaña, con unos auriculares en la cabeza y una habitación atiborrada de alegres voluntarios en segundo plano. Tras felicitar-me, Derome me hizo la jugosa pregunta que muchos tenían en mente: ¿debía Dion seguir siendo el líder del partido?

Los números eran extraños: la caída del partido de 95 a 77 escaños era decepcionante, pero no tan catastrófica para que la suerte de Dion fuera algo obvio. Muchos liberales, yo incluido, creíamos que le había tocado lidiar con una mala mano, y que a cualquier líder le hubiera resultado imposible superar en un ciclo electoral los graves problemas estructurales que se habían acumulado dentro del partido.

«El señor Dion es un hombre de gran inteligencia e integridad —fue mi respuesta a Derome—, con una profunda y amplia visión para este país, y de quien tengo mucho que aprender».

Derome contrarrestó diciendo: «¿Me estás diciendo que vas a defender su liderazgo y que estás dispuesto a concederle una segunda oportunidad?».

«No estamos hablando de liderazgo —repliqué—. El Partido Liberal tiene un líder, y estoy muy satisfecho de estar a su disposición».

«Oh, veo que has aprendido bien el oficio —se burló Derome—, porque esa no es una respuesta clara».

«Entonces hazme una pregunta clara», propuse.

Derome se rio. «¡Me recuerdas a tu padre! —dijo, para añadir a continuación—: ¿Debe el señor Dion continuar como líder de este partido?».

Respondí que Stéphane Dion debería seguir siendo el líder del Partido Liberal.

«Perfecto. Esa es una respuesta clara. ¡Bravo!», dijo Derome poniendo un broche de oro antes de despedirse.

Había sido un intercambio verbal un tanto tenso. A los periodistas les encantan las historias acerca de las luchas internas de los partidos, y el mío había sido demasiado feliz, durante demasiado tiempo, para satisfacerlos. Nada les hubiera gustado más que escuchar al joven Trudeau disparar contra el líder de una reducida bancada. Me negué a hacer algo así. El señor Dion es un hombre decente y extremadamente inteligente que ha servido al partido —y a Canadá— en funciones fundamentales durante bastante más de una década. Merecía algo mejor que ver su futuro influido por nimiedades proferidas en

una decepcionante noche electoral.

Además, tenía otras cosas en las que centrarme. Me había pasado casi dos años en las calles de Papineau, convenciendo a la gente de que estaba en esto por unas buenas razones. Que estaba en esto por ellos. Me moría de ganas de llegar a Ottawa para representar a las personas por las que tan duro había tenido que trabajar para ganarme su confianza. Esperaba, puede que ingenuamente, que el éxito de este enfoque político de base sirviera como un modesto ejemplo para mi partido.

Mi mayor esperanza para el Partido Liberal la noche electoral de 2008 era que nuestra derrota nos enseñara una valiosa lección: nuestro vínculo con los canadienses se había vuelto muy débil y teníamos que reconstruirlo desde cero, con mucho trabajo.

---

## La vida como un parlamentario novato

En febrero de 2007, mientras me preparaba para las primarias de Papineau, Sophie me pidió que me sentara y me anunció: «Lo que este año estás haciendo en Papineau va a cambiar nuestra vida. Pero he aquí algo que la va a cambiar aún más».

Me mostró un test de embarazo (más tarde admitiría que era el quinto que se había hecho en casa) que mostraba con claridad una pequeña cruz azul. Estaba muy emocionado. Lo que más había querido siempre en la vida era ser padre. Me sentía inspirado por el ejemplo del padre tan extraordinario que había tenido. Sophie y yo habíamos querido tener hijos casi desde el mismo día en que nos casamos. Me sentía todo emoción y expectación.

Mi vida estaba tomando forma. Había encontrado en Sophie la compañera con la que compartir mi vida. Había descubierto mi vocación en la administración pública a través de la política. Ahora íbamos a levantar una familia, lo que serviría como razón y motivación para todo lo demás.

Xavier James Trudeau nació el 18 de octubre de 2007, el día en que mi padre hubiera cumplido ochenta y ocho años. Su segundo nombre es un homenaje a mi abuelo Sinclair. Era un bebé gordezuelo y feliz con los ojos verdes y la generosidad de su madre. Crecería fuerte e intrépido en el campo y en el agua, pero tímido en nuevas situaciones con personas a las que no conoce.

Dieciséis meses después, el cinco de febrero de 2009, Ella-Grace Margaret Trudeau hizo lo propio. Ella era luminosa y tranquila, pero con una voluntad, determinación y vívida inteligencia que pronto la tuvo corriendo en círculos por toda la casa. ¿Y su padre? Bueno, ninguna sorpresa: me tenía enganchado a su dedito.

Cuando nació Xavier, yo era candidato del Partido Liberal a unas elecciones para las que quedaba casi un año. Me tomé varias semanas de descanso, y durante los primeros meses estuve en casa ayudando prácticamente todo el tiempo. Cuando llegó Ella-Grace, era un parlamentario novato. Nació un jueves, llegamos a casa del hospital un sábado, y el martes por la tarde conducía de vuelta a Ottawa para asistir a una votación. Mi

permiso por paternidad fue de cuatro días y medio, dos de ellos fin de semana.

Había procurado el consentimiento de Sophie antes de postularme a un cargo electo porque sabía desde pequeño lo duro que la política puede ser para los familiares y las relaciones. Pero no era lo mismo vivirlo como padre y marido.

Una semana normal significaba partir de Montreal un lunes por la mañana para pasar cuatro días en el Parlamento en Ottawa, y regresar el jueves por la tarde, generalmente para asistir a algún evento que se celebrase en la circunscripción. El viernes lo pasaba en la oficina electoral, ocupado en reuniones y consultas; los sábados estaban llenos de acontecimientos en el distrito, y el domingo estaba principalmente —pero no siempre— reservado para la familia.

Durante mi primer año como parlamentario, Sophie y yo alquilamos un piso de dos dormitorios situado a quince minutos andando de Parliament Hill, con la idea de que la familia pudiera pasar algunas semanas en Ottawa de vez en cuando. Algo que acabó por no suceder nunca, ya que mis jornadas laborales eran largas e impredecibles debido a las votaciones y a que todo el sistema de apoyo de Sophie —familia y amigos— estaba en Montreal. Mi segundo año, pasé a quedarme en un hotel los días que pasaba en Ottawa.

Estar separado de mi mujer y de mi joven familia tanto tiempo fue muy duro, pero también me parecía útil a la hora de proporcionarme una perspectiva. Cada semana, al conducir a casa desde Ottawa, me hacía varias preguntas muy simples: ¿Valía la pena el tiempo que pasaba lejos de mi familia? ¿Estaba construyendo un futuro mejor para ellos? ¿Estaba centrado en servir al mundo en el que crecerían, o solo estaba jugando al juego de la política, marcándome algunos tantos e intentando ganar? No voy a fingir que siempre era capaz de responder a estas preguntas de la manera adecuada, pero solo el hábito de hacérmelas era una forma de tener siempre en cuenta lo que realmente importaba.

Para ser honesto, las respuestas llegaban con mayor facilidad de lo que sería de esperar. El Parlamento está lleno de buenas personas centradas en servir bien a los canadienses, en hacer frente a cuestiones complejas y en intentar determinar la mejor manera de que nuestro país avance. Muy poco de todo ello aparece en los titulares de los telediarios nocturnos. Durante mi primer año me propuse entender un truco sencillo: cómo agachar la cabeza mientras la mantenía en alto.

Alex Lanthier, que por entonces dirigía mi oficina en Hill, me ayudó enormemente. Los presupuestos de los gabinetes de un diputado ordinario sin cargo oficial no dan para mucho, y solo permiten contar con un empleado a tiempo completo y otro a tiempo parcial en Ottawa, y dos a tiempo completo y uno a media jornada en la oficina de la circunscripción. Los años de experiencia de Alex en gabinetes de ministros liberales nos ayudaron a superar nuestras expectativas. Recurrió a algunos veteranos medio retirados que le ayudaron a preparar el terreno, e incorporó a varios jóvenes brillantes y trabajadores que rápidamente aprendieron el oficio.

Mi atención se centraba en Papineau. Entre las muchas cosas que debía aprender,

representar bien a las personas de mi circunscripción electoral era de lejos la más importante. No es solo que aquella fuera mi función primordial como diputado, sino que sabía que los diversos desafíos a los que se enfrentaba la gente de mi distrito eran representativos de aquellos contra los que luchaban muchos canadienses por todo el país. De manera que servía a mis votantes en dos niveles: de forma directa, a través de mi oficina en Papineau, en cuestiones como la inmigración y solicitudes de visados, problemas con el seguro de desempleo, retrasos con la pensión y otros problemas que la gente necesitaba que resolviera su representante federal. Luego, en Ottawa, hacía todo lo posible para ver la legislación y la política desde la óptica de las probables ramificaciones de los ciudadanos y ciudadanas que residían en mi circunscripción.

A veces me preguntan cómo me ha ayudado haber sido profesor a ser un buen parlamentario. Un buen docente no es aquel que tiene todas las respuestas y se las proporciona a sus alumnos. El buen maestro es aquel que entiende las necesidades de sus discípulos y crea las condiciones para que sean ellos quienes den con las respuestas. El objetivo es ayudarles a superar momentos de dificultad, y al mismo tiempo seguir centrado en capacitarlos para que tengan éxito por sí mismos. Del mismo modo, creo que el objetivo de un buen parlamentario es ayudar al gobierno a establecer un marco para una sociedad en la que las personas se conviertan en ciudadanos comprometidos y exitosos, a la vez que ofrecer un poco de ayuda y apoyo extra a quienes lo necesiten.

Y en mi distrito electoral, esas necesidades exigen la presencia fuerte y activa de su parlamentario. Cuando andaba por las calles de Papineau, la gente se me acercaba a explicarme toda clase de problemas, algunos de los cuales nada tenían que ver con la jurisdicción federal. Me hablaron sobre unos basureros que despertaban a un bebé cuando recogían la basura, sobre vecinos que tocaban música demasiado alto o cuyos guisos desprendían olores por todo el edificio de departamentos. Oí hablar sobre normas de estacionamiento en la calle que supusieron a alguien una multa de cincuenta dólares que no podía pagar tantas veces como escuché a personas confundidas con las condiciones exigidas para programas como el seguro de desempleo y la pensión de la tercera edad. Lo intentaba, pero era evidente que no podía echar una mano a toda esa gente directamente. Cuando no podía, siempre me cuidaba de ponerlas en contacto con alguien que pudiera brindarles asistencia.

La cuestión que continúa generando un mayor número de consultas constituyentes en Papineau es el tema de la ciudadanía e inmigración. Cualquiera que se tome la molestia de informarse sobre las consecuencias en la vida real de la política canadiense en este ámbito debería hablar con la gente que haya visitado la oficina del distrito electoral de un parlamentario. Muchas peticiones versan sobre visados y solicitudes de inmigración de reunificación familiar. Típicamente, un inmigrante ha tenido un bebé y le gustaría traerse a algún abuelo de su antiguo país para que les ayude con el recién nacido, aunque solo sea durante unos meses. Nuestro enfoque consiste en entrevistar a la pareja para hacernos una idea de la validez de su caso antes de escribir una carta de apoyo a los

funcionarios de los servicios de inmigración.

En aquellos casos en que ya se han presentado las solicitudes para obtener la residencia permanente, poca cosa puede hacer la oficina de un parlamentario para agilizar el proceso. Estos casos pueden tardar años en abrirse paso a través de la burocracia, dejando a los solicitantes en el limbo. La única ayuda que podemos proporcionarles es pedir a los funcionarios de inmigración una información actualizada sobre la solicitud en cuestión, algo que con frecuencia los ciudadanos particulares tienen dificultades para obtener.

Los muchísimos encuentros que he mantenido con ciudadanos frustrados de mi circunscripción me han llevado al convencimiento de que las publicitadas reformas inmigratorias de los conservadores son mucho más admiradas en Ottawa que eficaces sobre el terreno. Hemos comenzado a perder algo que es vital para el país mediante el enfoque adoptado por el señor Harper. Desde principios de la década de 1890, cuando Wilfrid Laurier aplicó la ampliación inmigratoria más ambiciosa que haya visto el país, siempre hemos creído que la inmigración es fundamentalmente una política económica. El argumento de que esto es una innovación conservadora suele ser formulado por quienes no conocen la historia de nuestra nación muy bien. Siempre se ha reconocido el valor económico de la inmigración. No tendríamos demasiado crecimiento sin ella. No obstante, las personas no son simplemente productoras de artilugios y creo que la política actual ha perdido de vista el principal papel que la inmigración representa para Canadá: es una herramienta de edificación del país. De la miope restricción de las políticas de reunificación familiar a la mala administración del Programa del Trabajador Extranjero Temporal, estamos socavando la singular visión canadiense de que la gente viene del extranjero para procurarse una nueva vida, y no solo un trabajo mejor. Deberíamos considerar a los recién llegados como constructores de su colectividad y potenciales ciudadanos, y no solo como meros empleados.

Toda esta diversidad presenta algunos desafíos interesantes para un recién forjado diputado en una circunscripción urbana, y algunos de los mayores tienen que ver con las presunciones erróneas que muchos residentes mantienen sobre el poder que un parlamentario canadiense puede ejercer en su nombre. En muchos países desarrollados, los políticos pueden eludir el sistema cuando les dé la gana. Pueden eliminar la factura tributaria de una persona determinada, o sacar a alguien querido de la cárcel, u obligar a que se actúe de inmediato en un caso de inmigración, todo ello con una simple llamada telefónica. El mayor problema en estos países es conseguir una cita con el político local. Como tu problema queda resuelto poco después de entrar en su despacho, acceder a dichos políticos requiere a menudo de amigos poderosos, de dinero, o de ambas cosas.

Esto explica por qué los inmigrantes de algunos países se sorprendían frecuentemente de poder entrar en mi oficina casi cualquier viernes y hablar conmigo en persona. Los políticos de sus países de origen suelen estar rodeados de guardaespaldas. A veces los ciudadanos llegaban a mi despacho con su sacerdote o con su imán, o con un séquito de

líderes comunitarios que los avalaran, un paso evidentemente innecesario en Canadá.

Con los años, la interacción con los residentes me ha enseñado a conocer qué idea se hace el ciudadano medio del gobierno. La mayor queja que los canadienses tienen de este es que encuentran sus interacciones con la gente impersonales y burocráticas. Hasta cierto punto, eso es inevitable. Un gobierno federal que responde a las necesidades de 35 millones de personas debe poder contar con procesos informatizados, formularios y menús en la marcación de teléfonos. Pero debe existir también un papel para el contacto personal directo entre el ciudadano y el empleado público. Aunque no pudiéramos ayudar a algún residente, este agradecería que como mínimo alguien en el gobierno hubiera estado dispuesto a discutir su situación cara a cara con él. Ottawa puede hacer un mejor trabajo a la hora de comunicarse y ayudar a los ciudadanos. De hecho, debe hacer más y mejor.

Es una de las razones por las que me tomé en serio la responsabilidad de responder a la correspondencia enviada a mi oficina. En realidad, la mayoría de los parlamentarios se ocupan con diligencia de la misma, pero en mi caso suponía un desafío extra. No hace falta poner un sello en una carta dirigida a Parliament Hill, de modo que es frecuente que los canadienses envíen la misma carta a su miembro del Parlamento y luego al primer ministro, al líder de la oposición y a cualquier otro diputado que crean que pueda ser comprensivo o estar en posición de ofrecer ayuda o apoyo. Supongo que entonces era buena señal que, desde el primer día, mi oficina recibiera una cantidad enorme de correo de todas partes del país sobre una serie de temas increíblemente amplios.

Así las cosas, nos llegaba mucha más correspondencia de la que éramos capaces de responder en la oficina de Hill, ya que no teníamos empleados suficientes, y la de Papineau ya trabajaba a toda máquina solo con tener que lidiar con las cuestiones de la circunscripción, de modo que a Alex se le ocurrió una solución. Empezamos a reclutar a voluntarios y becarios, a jóvenes, sobre todo estudiantes, que podían venir unas cuantas horas a la semana y ayudarnos a responder las montañas de cartas, a cambio de obtener experiencia profesional en sede parlamentaria y la oportunidad de experimentar la política de cerca.

Si en algunos de los eventos a los que acudía se me acercaba algún joven y me decía que le interesaba la política, le invitaba a venir a mi oficina a echar una mano. Como resultado de ello, algunos días tenía ocupado cada rincón de mi pequeña oficina de tres habitaciones por jóvenes voluntarios rellenando sobres o escribiendo en una computadora, incluida mi mesa. Me encantaba: estar rodeado de jóvenes idealistas también ayudaba a superar el cinismo tan común en el Hill.

Otro de los desafíos extra con el que tuve que lidiar fue el estar sujeto a un mayor grado de atención mediática que mis compañeros parlamentarios novatos. De nuevo, resultó muy valioso el trabajo que había llevado a cabo sobre el terreno en mi circunscripción durante el último año y medio. En primer lugar, cuanto más podía hablar sobre mi deseo de ser una voz digna para las personas de Papineau, mejor me iba al hablar con la prensa. Conocía bien a la gente de mi distrito electoral: sus necesidades, sus

preocupaciones, esperanzas y sueños. Cuanto más hablaba de ellos, menos me veía involucrado en las intrigas y especulaciones sobre las que a los periodistas les encantaba hablar largo y tendido en sus artículos en torno a «Un nuevo Trudeau en el Hill».

Pero más que eso, el duro trabajo en Papineau me ayudó de forma inconmensurable en mi propia forma de pensar como parlamentario. Recuerdo haber visto una entrevista a un joven actor recientemente célebre en donde se le preguntaba por su éxito, y él respondía que se sentía tan afortunado de poder dedicarse a aquello que amaba que no dejaba de preguntarse cuándo alguien iba a llamar a su puerta, informarle de que se había producido un error y llevárselo todo. Creo que todos nos hemos sentido así alguna vez.

Pero desde el primer día que puse un pie en Parliament Hill como diputado, nunca me he sentido así. Ni una sola vez. Dado mi apellido, y lo que mis adversarios dicen sobre mí, quizá se pudiera entender que los sintiera. Pero sabía lo duro que había trabajado para granjearme la confianza de mis ciudadanos y salir elegido. Me había ganado el derecho a sentarme en el Parlamento y nadie podría arrebatarme eso nunca. Las duras contiendas que había afrontado, primero por la nominación, luego para las elecciones, significaban que sabía —perfectamente— que estaba donde debía estar. Y este punto de vista me ha ayudado en muchos sentidos a sonreír y a hacer caso omiso de los desagradables ataques negativos.

Tal vez, en lo que respecta a los medios de comunicación, mi mayor desafío haya sido aprender a lidiar con esas caóticas sesiones de preguntas y respuestas en las que un político se ve asediado por los periodistas en los pasillos del Parlamento. Al ser una persona educada, mi primer impulso fue el de responder a las preguntas que me dirigían. Siendo profesor, a menudo trataba de explicar los razonamientos y justificaciones de mis respuestas mediante ejemplos útiles que pudieran ayudar a la comprensión, asegurándome a medida que avanzaba de que me entendían.

Pero los periodistas no están ahí para obtener una información detallada; sobre todo buscan una cita concisa que puedan meter en su artículo o un video de cuatro segundos para los telediarios. Por tanto, cuanto más divague un político, más posibilidades tiene de que el video más interesante no sea el más pertinente. El desafío está en cubrir la amplia gama de temas que preguntarán los periodistas durante una breve entrevista en los pasillos de diez o quince minutos de un modo inteligente pero conciso.

Mi problema es que, de hecho, encuentro interesantes y agradables las conversaciones con la mayoría de los periodistas. Para mí, una conversación interesante suele ser aquella que se va varias veces por la tangente, de modo que los mejores periodistas (como mis estudiantes antes que ellos) a menudo intentan hacerme caer en líneas de investigación oblicuas. Sin embargo, cuanto más me desviaba del mensaje central que necesitaba transmitir, menos probabilidades había de que este llegara a los canadienses.

Este tipo de entrevistas proporciona extraños momentos de poesía de vez en cuando. Todo canadiense adulto conoce la famosa frase de mi padre, «*Just watch me*» («Espera

y verás»). Fue proferida en una especie de entrevista rápida. Era el año 1970, y estaba respondiendo a la pregunta de un periodista relativa a lo lejos que estaba dispuesto a llegar para proteger a los canadienses de la amenaza del grupo armado Frente de Liberación de Quebec. El FLQ había asesinado a un ministro provincial y secuestrado a un diplomático británico. El periodista de la CBC Tim Ralfe había estado esperando, micrófono en mano, a que llegara el coche de mi padre y lo interceptó mientras entraba en la sede del Parlamento. En nuestra época actual, donde impera una actitud más agresiva, vale la pena ver el video de aquel intercambio (está disponible en YouTube). Se ve al primer ministro de Canadá entablado un debate sobre un grave asunto de seguridad nacional con un periodista agresivo cuyo tipo de interrogatorio indica que cree que el presidente del Gobierno está infringiendo las libertades civiles de los ciudadanos canadienses. Más que la respuesta directa, inequívoca y desafiante de mi padre a la pregunta, lo sorprendente es el hecho de que respondiera a la pregunta de Ralfe, y en profundidad.

Este intercambio abierto, de formato libre, entre un periodista y un político era el ejemplo que yo tenía en mente cuando llegué a Ottawa. Pero los tiempos habían cambiado. En estos tiempos de Twitter, hiperpartidismo y citas jugosas, pocos políticos —y desde luego no nuestro actual primer ministro— se permiten verse arrastrados a una discusión tan franca con un periodista. En vez de ofrecer respuestas directas y sinceras, los políticos de hoy en día suelen utilizar las preguntas de los mismos para reiterar el mensaje del partido que toque ese día. No hay sitio para el tipo de respuesta de mi padre en el Ottawa actual. Por lo menos, no de momento.

Una de mis primeras medidas oficiales en el Parlamento fue presentar un proyecto de ley sobre un servicio para los jóvenes. Todos los diputados sin cargo oficial tienen una oportunidad, según sorteo, para presentar un proyecto de ley o moción sobre el tema de su elección para que el Parlamento lo vote. Una propuesta de ley presenta o modifica la legislación existente, mientras que una moción suele conllevar un estudio llevado a cabo por una comisión, que desemboca en un informe.

Mi objetivo era simplemente hacer que la Cámara de los Comunes tomara nota de la importancia de un servicio público dirigido a los jóvenes. Había visto durante la época en la que promovía Katimavik lo difícil que era conseguir que los parlamentarios entendieran lo inspirador que podía llegar a ser el Servicio de Juventud, no solo para los jóvenes sino para organizaciones y comunidades enteras de todo el país. No quería ganar puntos, no quería avergonzar a los otros partidos; solo quería que se elaborara un estudio sobre el voluntariado juvenil y cómo el gobierno podría fomentarlo mediante un marco para el Servicio de Juventud Nacional. De modo que presenté la M-299, una moción para la creación de una política a nivel nacional para el servicio voluntario juvenil.

Cuando esta fue derrotada por el Partido Conservador y el Bloque Quebequés,

entendí de primera mano el círculo vicioso al que se enfrenta cualquiera que esté metido en política y que se proponga defender cuestiones relativas a la juventud. Los jóvenes no creen que a los políticos les importen sus problemas, de modo que no se sienten especialmente indignados cuando estos votan contra sus intereses. Y como por norma general los jóvenes no acuden a las urnas en grandes cantidades, los políticos no se molestan en invertir tiempo o energía en cuestiones que importen a los mismos. Lo cual constituye un incentivo más para que los jóvenes desconecten de la política. Es un ciclo que se autoperpetúa. Se necesita un compromiso personal de liderazgo político para romperlo.

Toda esta experiencia reforzó mi decisión de hablar alto y claro por los jóvenes de todo el país. Me aseguraría de que, al menos, una voz fuerte de la política luchara por la juventud canadiense.

Mi comisión de trabajo también me enseñó un montón sobre cómo funciona realmente la política en el Parlamento. Una comisión parlamentaria se compone de un grupo de diputados encargados de examinar la legislación o de llevar a cabo un estudio dentro de un determinado ámbito. En un primer momento, se vota un proyecto de ley en la Cámara de los Comunes y, si pasa la votación, este se envía a la comisión de estudio pertinente. Lo examinan miembros de todos los partidos, que escuchan a expertos, testigos y partes interesadas, proponen enmiendas y mejoras, y lo envían de vuelta a la Cámara para una votación final.

Al menos así es como se supone que funciona. Según mi experiencia, lo que los testigos digan, o recomienden los expertos, o propongan los miembros de la oposición importa mucho menos que la imagen y los políticos implicados en una determinada cuestión. Durante mi primer año, estuve en la comisión de medio ambiente, y después en la de inmigración y ciudadanía. En la primera, lo único que le preocupaba al gobierno era parecer como que le importaba el medio ambiente, mientras hacía el mínimo absoluto con el que pudiera salirse con la suya. En la última, parecía que ya tenían todas las respuestas, y que cualquiera que no estuviera de acuerdo con ellos o les corrigiera debía ser un furibundo opositor político.

Recuerdo haber formulado preguntas insistentes a testigos, participar de detallados debates sobre varias medidas o recomendaciones, y desafiar con regularidad —con bastante éxito, creía yo— las petulantes afirmaciones de los conservadores acerca de su historial relativo a su administración medioambiental. Tras varios intercambios de palabras, sentía que había hecho una modesta pero significativa contribución, ya fuera para mejorar el modo en que el gobierno actuaría, o al menos para llamar la atención sobre el modo en que vergonzosamente olvidaba preocuparse del bienestar de la tierra que nos sustenta a todos. No obstante, lo cierto es que, hoy en día, la mayoría de procedimientos en las comisiones es como dar palos de ciego, creando solo pequeñas ondas en el aire que desaparecen con rapidez.

Al principio de mi primer mandato como diputado, el panorama político de Canadá cambió de forma drástica. No habían pasado ni seis semanas desde las elecciones de octubre de 2008, cuando los partidos de la oposición señalaron su intención de acabar con el gobierno conservador en minoría a través de una moción de censura relativa a una actualización del presupuesto totalmente insuficiente. Con eso hecho estableceríamos un gobierno de coalición formado con los 77 escaños de los liberales y los 37 del Nuevo Partido Democrático. El Bloque Quebequés accedió a apoyar la coalición en la moción de confianza. Pero antes de llegar a emprender esta acción, el primer ministro solicitó a la gobernadora general Michaëlle Jean que prorrogara el Parlamento hasta enero de 2009, cortando con eficacia la moción de confianza.

En teoría, la coalición propuesta podría haber sobrevivido hasta Año Nuevo. En la práctica, se vino abajo casi de inmediato.

En nuestro sistema parlamentario, el gobierno está formado por cualquier partido, o partidos, que pueda ganar y mantener la confianza de la Cámara de los Comunes. Los ciudadanos colocan a la gente en la Cámara con sus votos, y esta decide quién detenta el poder. En un gobierno de mayoría absoluta, un partido tiene más de la mitad de los escaños, de modo que se forma el gobierno y gana todas las votaciones. Pero en una situación de minoría parlamentaria, no hay ningún partido capaz de mandar sobre la Cámara por sí solo, por lo que el gobierno acostumbra a estar formado por el partido con la mayoría de diputados, que luego necesitará contar con el apoyo de otros parlamentarios para ganar votaciones y gobernar. La minoría conservadora perdió ese apoyo, y los demás partidos estaban preparados para unirse y formar un gobierno que hubiera tenido la mayoría de los diputados del Parlamento. Si bien esto era algo perfectamente legítimo en teoría, en la práctica la legitimidad necesita también del apoyo público.

Los conservadores estaban luchando por su supervivencia política, y utilizaron su poderosa maquinaria de comunicación para socavar ese apoyo público, básicamente de dos maneras. En primer lugar, tergiversaron descaradamente el modo en que funciona un gobierno parlamentario y las prácticas aceptables que ocurren dentro del mismo. Era fácil —y convincente— decir: «Stephen Harper ganó las elecciones y ahora los perdedores quieren asumir el gobierno». Resultaba difícil luchar contra ese argumento con una descripción acerca de cómo la Cámara de los Comunes garantizaba la legitimidad de un gobierno. Una frase política atractiva vence a una lección cívica todos los días de la semana.

En segundo lugar, enfatizaron el hecho de que una coalición necesitaría el apoyo de los soberanistas para poder gobernar. Carecía de importancia que el mismo Partido Conservador, en gobierno de minoría y en la oposición, hubiera pedido y dependido del apoyo del Bloque para ganar ciertas votaciones. Ahora, cuando les convenía, recurrían al eslogan facilón de que «los soberanistas controlarían Canadá». El primer ministro Harper llegó a declarar en la Cámara que no había habido ninguna bandera canadiense en el acto

de firma de la coalición, lo cual era verificablemente falso.

Pero en política, la impresión con frecuencia prevalece sobre la realidad. Simplemente, no estábamos transmitiendo nuestro mensaje todo lo bien que debíamos. Ejemplo crucial de ello llegó en el apogeo de la crisis, poco después de que el señor Harper apareciera en televisión para exponer su caso al público. La respuesta de Stéphane Dion al discurso de Harper debía salir en antena inmediatamente después, pero su equipo no alcanzó a cumplir con el plazo de las emisoras. Y cuando el resultado final logró salir en antena más tarde esa noche, la réplica de Dion apareció como un desastre borroso y poco profesional que se veía y sonaba como si hubiera sido grabado con un móvil barato. No fue culpa de nadie, pero se responsabilizó de ello a Dion como líder del partido. De modo que la suerte estaba echada, y cuando la gobernadora general otorgó la prórroga a Harper al día siguiente, se acabó el juego.

El mensaje para mí y para otros liberales aquella tarde era evidente. Para nosotros no sería suficiente con ser un partido de valores e ideas. Teníamos que comunicar esos valores e ideas con profesionalismo y rigor.

Stéphane Dion anunció su dimisión como líder del partido cuatro días después, lo que desencadenó otras primarias para decidir quién ostentaría el liderazgo, esta vez previstas para mayo de 2009 en Vancouver, con Michael Ignatieff, Bob Rae y Dominic LeBlanc interesados en el puesto. Algunas personas sugirieron que me presentara, pero nunca hubo ninguna intención por mi parte de llevar esa idea adelante. De hecho, tenía tan poco interés en participar de las riñas por el liderazgo que desde el principio asumí el papel neutral de copresidente de la convención. Rápidamente, las maniobras de trastienda consiguieron que Dom y Bob abandonaran la contienda, lo cual significó que Michael Ignatieff se convirtió en líder del Partido Liberal de Canadá.

Ignatieff trajo consigo una combinación de cualidades que resultaba familiar. Michael era un intelectual público reflexivo, carismático y muy viajado, preparado para adaptar sus sensibilidades filosóficas al agresivo mundo de la política. Su perfil recordaba a muchos al de mi padre. De hecho, un argumento convincente era que Michael había obtenido muchos logros notables antes de entrar en política. Así que, ¿por qué uno de ellos se convirtió en un primer ministro de éxito mientras que el otro condujo al Partido Liberal a una derrota significativa?

La falta de intuición para la política canadiense de Michael —producto quizá de sus muchos años vividos fuera del país— le hizo vulnerable. Más concretamente, su momento allí no podría haber sido peor. Regresó a Canadá para liderar el Partido Liberal cuando en el momento de mayor debilidad del mismo desde antes del liderazgo de Laurier a comienzos del siglo xx, y tuvo que enfrentarse a adversarios conservadores liderados por Harper que habían perfeccionado el arte de explotar dicha debilidad con los anuncios en medios de comunicación más repugnantes y negativos jamás vistos en Canadá. Cuando los conservadores se abalanzaron contra Michael, los ataques demostraron su eficacia, en parte porque los liberales carecían de la moderna capacidad

de captar fondos, lo cual nos hubiera permitido responder con un volumen equivalente de mensajes en represalia.

Pero sobre todo, porque el Partido Liberal había perdido el contacto con los canadienses y habíamos estado demasiado ocupados con nuestras luchas internas para darnos cuenta de ello. Pagamos el precio.

Dicho esto, ningún liberal podría haber anticipado lo mal que nos iría en las elecciones del 11 de mayo. Cuando terminó el escrutinio de votos, nos quedamos con solo 34 escaños en la Cámara. Los conservadores de Stephen Harper se hicieron finalmente con la mayoría con 166, mientras que los 103 ganados por el Nuevo Partido Democrático de Jack Layton, en crecimiento, nos dejó como tercera fuerza parlamentaria.

A pesar de haber sido reelegido en Papineau, la noche electoral con el personal y los voluntarios fue fúnebre. Los liberales habíamos sufrido la mayor derrota electoral en nuestros 144 años de historia. Recuerdo haber pensado que había tardado mucho en llegar y que en gran medida era el resultado de muchos errores graves. En cierto modo, ni siquiera estaba tan sorprendido. Estaba convencido de que el vínculo del partido con el país se había tornado tan peligrosamente débil, que esta era la conclusión inevitable de un largo período de desconexión y declive.

La noche de las elecciones, algunos observadores políticos cuestionaron la supervivencia del partido. No era ninguna exageración. En tan solo siete años habíamos pasado de gobernar con una sólida mayoría a un tercer lugar. Nuestro líder perdió su puesto, y los liberales de todo el país reflexionaban con amargura sobre el futuro.

---

## El camino hacia el liderazgo

El día siguiente a las elecciones de 2011, tenía mucho más en mente el tema de la supervivencia del Partido Liberal de Canadá que si iba a liderarlo algún día. No hay modo de endulzarlo: nos habían aplastado. No fue tan dramático como lo que le sucedió al Partido Conservador Progresista (PC) en 1993, cuando pasaron de una cómoda mayoría a solo dos escaños, pero se acercaba.

En realidad, en algunos aspectos era peor. El PC sufrió un repentino y catastrófico impacto en su sistema de partido; lo que le había pasado al Partido Liberal se parecía más a la proverbial rana en agua hirviendo. Tras empezar en una cómoda distancia de mayoría gubernamental después de las elecciones de 2000 con 172 diputados, el partido quedó reducido a una minoría con 135 escaños en 2004, antes de ser enviado a la bancada de la oposición en 2006 con 103. A continuación, ganamos solo 77 en las de 2008, mis primeras elecciones. Considerado desde esta óptica, no podíamos ignorar el resultado de 34 escaños obtenido en las elecciones de 2011 como una anomalía o algún tipo de insólito accidente. Continuaba una prolongada tendencia que veía cómo el Partido Liberal perdía de forma sostenida casi la mitad de sus votantes a lo largo de una sola década. Estaba convencido de que, a menos que se produjera algún cambio fundamental, nuestra historia terminaría como la de la rana.

Todo el mundo tenía una teoría acerca de por qué había ocurrido la debacle de 2011. Algunos culpaban a los anuncios de los conservadores que nos atacaron directa y negativamente; otros señalaron con el dedo a su agresivo esfuerzo organizativo de recaudación de fondos; muchos estaban convencidos de que había sido consecuencia del liderazgo de Michael Ignatieff. Creo que todas estas teorías son demasiado simples y erróneas. La verdad es —como suele pasar— mucho más dolorosa y difícil de afrontar: los canadienses le propinaron al Partido Liberal la paliza que se había ganado. Sé que a muchos liberales les resulta duro oír esto, incluso ahora. Pero es fundamental recordarlo.

A lo largo de una década en el poder, enfrentándose a una oposición dividida, el partido se centró más en sí mismo que en los canadienses que lo apoyaban, lo elegían y

tenían fe en él. La idea de que éramos el partido gubernamental natural de Canadá era indiscutible para muchos liberales, pero para mí captaba a la perfección todo lo que había salido mal. Llegó un momento en que era usual que un liberal u otro profirieran, como un artículo de fe, la trillada frase: «El Partido Liberal creó Canadá». Como diría cuando presenté mi candidatura al liderazgo del partido diecisiete meses después, el Partido Liberal no creó Canadá: Canadá creó al Partido Liberal.

Como muchas organizaciones triunfantes, el partido dio por sentado dicho éxito y comenzó a considerarlo parte del orden natural de las cosas. Olvidó cómo había llegado a alcanzar esos logros en primer lugar. Al Partido Liberal le fue bien durante el siglo xx porque estaba profundamente conectado a los canadienses, en pequeñas y grandes comunidades, por todo el país. Se convirtió en la plataforma para llevar a cabo las ideas, esperanzas y sueños del país. Sin embargo, esa conexión la fuimos perdiendo de forma paulatina. Es probable que comenzara bajo el liderazgo de mi padre, que quizá dedicó menos tiempo (por ser benévolo) a cuidar las bases del partido de lo que hubiera debido. Pero lo cierto es que la crisis culminó en la última década cuando, en oposición a un gobierno minoritario conservador, demasiadas personas creyeron que solo estábamos a uno o dos ajustes de que nos devolvieran al poder. Estos eran todos errores fundamentales. Pero no importa; de poco sirve echar la culpa a alguien o algo. El caso es que nuestro resultado de 2011 no fue algo predestinado. Nos lo buscamos nosotros mismos. En la ruptura entre el pueblo canadiense y el Partido Liberal, el problema lo tenía el partido, no la gente.

La verdadera cuestión que tenía en mente aquella primavera era: «Ahora que hemos tocado fondo, ¿lo entiende mi partido?».

Al ser uno de los liberales sobrevivientes más conocidos —resulta difícil utilizar el término «ganador» en el contexto de 2011— era responsabilidad mía aparecer en los medios de comunicación durante la triste repercusión. Sabía que me preguntarían si pensaba presentarme como candidato al liderazgo del partido. Yo no tenía ninguna intención de hacer algo así, pero me preocupaba que cualquier ambigüedad sobre alguna cuestión pudiera desencadenar otra ronda de la dinámica negativa donde algunos liberales se engañaban a sí mismos al pensar que había un camino más corto de vuelta a la popularidad y el poder. Mi mensaje en esas entrevistas fue extremadamente franco. Dije que una cosa, y solo una cosa, nos sacaría del pozo que nosotros mismos habíamos cavado: el trabajo duro. Creía entonces —como aún creo— que los canadienses nos juzgarían tanto por si sentían que habíamos captado el mensaje que nos habían enviado, como si demostrábamos tener una disciplinada ética de trabajo necesaria para volver a ganar su confianza.

Al igual que la campana que salva a un tambaleante boxeador, el verano llegó por suerte poco después de las autopsias de las elecciones de 2011. Pasé la mayor parte de aquel estío con Sophie y los niños. Nos fuimos a la Columbia Británica a recargar las pilas con amigos y familiares. Xavier y Ella-Grace pudieron explorar las espectaculares

playas de nuestra Costa Oeste. Dejamos las elecciones atrás y pasamos un montón de tiempo hablando sobre nuestro futuro.

Aquel verano fue una temporada de reflexión también en otros aspectos. Tenía cuarenta años y quería conmemorarlo con alguna especie de testamento permanente y personal. Cuando era muy joven (unos cinco o seis años), mi padre nos llevó con él a Haida Gwaii, en la costa del Pacífico. El pueblo haida ha vivido en ese lugar ciertamente especial —de los más hermosos del mundo— durante milenios. Miden la historia de esta tierra en una escala temporal que resulta incomprensible para los canadienses que descendían de los colonos que llegaron después del contacto con Europa.

En una ceremonia en honor a mi padre, los haida nos concedieron también a mis hermanos y a mí el privilegio reservado a unos pocos, un honor que no habíamos hecho nada para merecer. Nos hicieron Hijos del Cuervo honoríficos. Fue un conmovedor gesto de apertura, buena voluntad y amistad. De modo que mientras pasaba aquel verano con mis hijos en la Costa Oeste, reflexionando sobre mi futuro y acosado por recordatorios de lo efímeras y transitorias que pueden ser nuestras vidas, había algo reconfortante en la permanencia de la presencia nativa en la costa oeste. Pensé en la amabilidad que me habían mostrado tres décadas y media antes, y retribuí el gesto con uno muy moderno: un tatuaje de un cuervo haida, basado en un dibujo de Robert Davidson, en mi hombro izquierdo. Envuelve el globo terráqueo que me había tatuado años antes.

No explico esta historia para idealizar a las Naciones Originarias de Canadá. He pasado demasiado tiempo en remotas comunidades de las reservas para no conocer a ciencia cierta los desafíos a los que se enfrentan muchas Naciones Originarias, Métis e Inuits. Mi gesto tenía que ver tanto con el futuro como con los acontecimientos pasados. Es un recordatorio de un hecho fundamental de la vida canadiense: no hemos podido conseguir una relación respetuosa con las Naciones Originarias que funcione. Se trata de una de las cuestiones pendientes más importantes de Canadá.

De hecho, yo iría un paso más allá. La difícil situación de las Naciones Originarias, y nuestra disposición como no aborígenes a cumplir la pobreza abyecta e injusticia que afectan a tantos, es una gran mancha moral sobre Canadá. Por dar quizá el ejemplo más emotivo de nuestra poca disposición a hacer frente a estos desafíos, hay más de 1,100 mujeres aborígenes desaparecidas y asesinadas en Canadá. El gobierno se niega a abrir una investigación sobre la cuestión, lo cual es una vergüenza.

Dicho esto, lo que más me preocupa en lo referente a la respuesta del gobierno es que los conservadores piensan con liviandad que viven en un entorno que no los castigará por su falta de acción. Ni se trata tampoco de una cuestión que afecte solo al señor Harper. Con la notable excepción de Paul Martin, que mediante el Acuerdo de Kelowna creó el marco y los principios para abordar juntos tantos de estos problemas, la mayoría de nuestros primeros ministros no han logrado un avance significativo.

Los progresos que se han realizado han llegado en gran medida a través de los tribunales, como cuando los pueblos de las Naciones Originarias litigaron la Carta y otras

vías constitucionales de proteger sus derechos. Esto debe cambiar. La relación de Canadá con los primeros pueblos es definitoria en lo que respecta a nuestro carácter nacional y supone en la actualidad un impedimento práctico que es un lastre para nuestro país. Las autoridades judiciales nos dicen lo que siempre deberíamos haber sabido: las comunidades de las Naciones Originarias de todo Canadá tienen el derecho justo y real de alcanzar el éxito. No pueden ser una ocurrencia tardía mientras explotamos los recursos de su tierra.

Estábamos en la isla de Vancouver cuando recibimos la trágica noticia del fallecimiento de Jack Layton. Resultaba imposible que no te gustara Jack. A pesar de ser oponentes políticos, no podía evitar admirar lo que había conseguido en mi provincia natal de Quebec. Si bien para muchos analistas políticos la «ola naranja» fue un éxito repentino, lo cierto es que como todas estas cosas tardó años en fraguarse. Desde el principio de su liderazgo, Layton había hecho del conseguir un gran avance en Quebec una de sus máximas prioridades. Estoy seguro de que mucha gente de su círculo más íntimo pensaba que era una exageración en el mejor de los casos, pero luchó por ello. Era obstinado y disciplinado, y no cejó en su empeño durante mucho tiempo hasta que se le presentó su oportunidad. Cuando esta llegó, estaba preparado. Esta es una de las muchas lecciones que debemos extraer de su éxito. El hecho de que el cáncer se lo llevara al poco de alcanzar semejante logro añadía intensidad a la tragedia de su muerte. Solo hablamos unas cuantas veces, pero como casi todo el mundo que lo conoció, siempre me conmovieron su elegancia y amabilidad.

La vida pública canadiense todavía extraña a Jack Layton.

Puede que esta triste noticia contribuyera a endurecer mi determinación a no concurrir a hacerme con el liderazgo del partido. No estoy seguro. De lo que sí estoy seguro es que estaba ciento por ciento en paz con mi decisión. Me había convencido de que demasiados liberales verían mi entrada en dicha contienda como otro potencial atajo hasta la monumental tarea que teníamos por delante. Sin embargo, estaba decidido a desempeñar una participación activa en dicha labor. En nuestra primera reunión electoral, en septiembre, les dije a mis colegas que no pretendía alcanzar el liderazgo, pero que estaba emocionado con el futuro y estaba impaciente por arremangarme y ensuciarme las manos de barro.

Durante este período, multitud de personas dudaban de que el Partido Liberal tuviera un futuro. Distinguidos autores escribieron libros acerca de nuestra inminente desaparición. Nosotros, los quebequenses, éramos especialmente conscientes del peligroso estado en que se encontraba el partido. Fuera de Quebec, pocos canadienses apreciaron las consecuencias de la Comisión Gomery dentro de mi provincia natal. A pesar de lo que uno pueda pensar acerca de quién hizo qué a quién en las disputas internas del Partido Liberal, la integridad básica del partido se puso en tela de juicio en

las cabezas de millones de quebequenses. No había forma de desear su fin, de pretender que no había ocurrido, no había forma de esquivarlo con un nuevo liderazgo. Nos encontrábamos en una situación muy difícil y el único modo de recuperar la fe de los quebequenses —y de otros canadienses— era trabajar duro a largo plazo.

A pesar de estos problemas muy reales, jamás dudé de que el Partido Liberal tuviera un futuro. Creo que los canadienses quieren un verdadero partido nacional —no ideológico sino pragmático— concentrado en ellos y con el que se sientan conectados. Uno que esté centrado en las esperanzas y sueños que tienen para ellos, para sus familias, sus comunidades y su país. No siempre lo hemos cumplido, pero en nuestro mejor momento el Partido liberal puede ser una fuerza nacional unificadora y constructiva. Una fuerza que —desde Wilfrid Laurier— ha intentado concentrar sus objetivos en la construcción de una base común entre personas cuyas muchas diferencias son demasiado fácilmente explotadas como divisiones por un estilo de política y políticos más cínicos.

Entre las muchas cosas geniales de las democracias está que estas tienden a autocorregirse a lo largo del tiempo. Si un gobierno se vuelve demasiado egocéntrico o pierde el contacto con sus electores, se sustituye por otro. Si la gente quiere un nuevo movimiento político, crearán uno. Siempre he creído que los canadienses aspiran a un partido que desempeñe el papel fundamental que un día jugó el Partido Liberal. No obstante, después de su peor derrota histórica, la cuestión era si los liberales podíamos volver a ser ese partido una vez más. En otras palabras, ¿podría el venerable Partido Liberal convertirse en el movimiento del siglo XXI que necesitaban los canadienses?

Un par de cosas cruciales y prometedoras sucedieron en los meses que siguieron a las elecciones de 2011. En primer lugar, Bob Rae pasó a ser líder provisional del partido con objeto de proporcionar estabilidad y calma en lo más alto de la cúspide. No es fácil valorar la importancia del liderazgo de Bob a lo largo de este período. Aportó credibilidad y una dirección profesional y pragmática que el partido necesitaba por entonces desesperadamente. Y lo más importante, dio ejemplo trabajando duro. No aceptaba el predominante juicio del momento, que era, de manera aplastante, que el partido estaba a punto de ser enviado al bote de la basura de la historia. Pocas personas llegarán a apreciar lo importante que fue la implacabilidad de Bob Rae a la hora de garantizar que el Partido Liberal no apareciera en el velatorio que muchos habían preparado para él en 2011.

En segundo lugar, las bases del partido respondieron con decisión. Gentes de todo el país aceptaron el reto y estuvieron a la altura de las circunstancias. Las tan denigradas y con frecuencia desestimadas bases del Partido Liberal aparecieron en masa en Ottawa para la convención de enero de 2012. Tengo que confesar que incluso a mí me sorprendió gratamente el inconfundible entusiasmo presente en todas partes aquel fin de

semana. Fue una lección que me recordó mi experiencia en Papineau. Es fácil dejarse llevar por lo que la gente piensa, escribe y habla en la burbuja de Ottawa cuando uno se encuentra dentro de ella. Sin embargo, los vientos predominantes pueden crear su propia atmósfera. La convención de 2012 fue la primera vez que liberales de todo Canadá tuvieron la oportunidad de reunirse desde las elecciones, y la contrarreacción a esos vientos predominantes fue estimulante.

De algún modo, la severidad de nuestra derrota allanó el camino para nuestro resurgimiento. Como tercer partido, teníamos margen para discutir cuestiones polémicas que nunca habríamos considerado como partido de gobierno. Empezaron a ocurrir cosas interesantes. Cuando el 77 por ciento de los delegados de la convención de 2012 votaron a favor de una moción para legalizar la marihuana, nos sentimos cómodos con la idea. Igualmente, hicimos que el Partido Liberal fuera verdaderamente liberal cuando los delegados aprobaron una propuesta a favor del derecho de las mujeres a decidir un aborto.

Tomamos decisiones igual de importantes —si bien menos visibles— con el propósito de modernizar la administración y el *modus operandi* político del partido. Elegimos a Mike Crawley como presidente del partido. Se presentó con el eslogan «Un rojo nuevo y audaz», y trajo consigo un ambicioso programa para que el partido comenzara a profesionalizar la recaudación de fondos. Y más importante aún, renovamos la estructura del partido para acomodar a una clase de «colaboradores»: canadienses que compartían nuestros valores y a quienes se les daría voz para elegir al nuevo líder. El contingente de seguidores crearía también una amplia base para recaudar dinero y difundir el mensaje del Partido Liberal. Esto nos ayudó a aprovechar las nuevas relaciones en red de los movimientos políticos modernos. Durante décadas, los partidos políticos se han comunicado con los ciudadanos a través de los medios audiovisuales, de *mailings* masivos y centros de llamadas. La victoria presidencial de Barack Obama de 2008 cambió todo esto. Hoy en día, los comunicados políticos más importantes se propagan entre iguales a través de las redes sociales. Las personas que crean páginas de Facebook relacionadas con el Partido Liberal o que atraen a miles de seguidores de Twitter al partido tal vez carecen del tiempo o de las ganas de asistir a una convención del partido, pero responden con entusiasmo cuando descubren su lugar en la estructura organizativa de este.

El grado de rejuvenecimiento que tuvo lugar en el Partido Liberal en los años posteriores a la convención de 2012 fue excepcional, sin importar cómo se calcule. Hablando como participante y observador muy interesado, me dio la certeza de que el partido comenzaba por fin a aprender la lección y estaba dispuesto a hacer el gran esfuerzo que se requería para ganarse la confianza de los canadienses. Los jóvenes liberales se movilizaron especialmente en masa. Como suele suceder en momentos críticos, fueron los jóvenes quienes se dieron cuenta de lo que estaba en juego y tomaron el futuro en sus propias manos. Muchos de estos comprometidos jóvenes canadienses se

convertirían en figuras destacadas de mi campaña por alcanzar el liderazgo del partido, y en la actualidad se están transformando en líderes de sus comunidades a lo largo y ancho del país. Algunos serán candidatos en las próximas o en futuras elecciones. Otros aplicarán su conciencia cívica a través del trabajo voluntario. Todos ellos están imbuidos de una actitud positiva con respecto al servicio y el interés público. Fueron tanto una bocanada de aire fresco como la ligera patada en las pelotas que necesitaba el Partido Liberal, justo cuando más lo necesitábamos. Aquel enero fue un gran presagio de que el nuestro era un partido que no arrojaría la toalla sin pelear.

Sobre todo, disfruté estando en aquella convención política de 2012. Tuvo un inequívoco espíritu positivo. Estuvo libre de facciones y de luchas internas, de lamentos y de acusaciones relativas al pasado. Aunque todavía picaba el desastre de 2011, tuve la sensación de que la gente reflexionaba sobre nuestra derrota solo para aprender lecciones que nos pudieran servir en el futuro. Algo importante le había sucedido al partido, que el encuentro de 2012 cristalizó. La conmoción de tocar fondo en 2011 fue la sacudida que convenció a los liberales de todo Canadá de que había llegado el momento de reconstruir el partido desde los cimientos.

Esta ética de trabajo compartido era la señal más esperanzadora de que los liberales habíamos aprendido la lección que los canadienses llevaban intentando enseñarnos durante gran parte de una década: el Partido Liberal no tiene derecho inherente a existir, por no hablar de gobernar. Tenemos que ganárnoslo. Era necesario un verdadero esfuerzo, puesto que el país no aceptaría sucedáneos.

Por fin parecíamos contar con una masa crítica de gente que pensaba lo mismo.

Cuando me senté en el centro de convenciones en Ottawa y escuché a todos aquellos entusiastas canadienses —jóvenes y más mayores, venidos de todos los rincones de Canadá— hablar con pasión sobre el país que querían construir, empecé a considerar en serio la idea de que yo podría guiarlos. Es un tanto irónico, pero no creo que al final me hubiera presentado si no lo hubiera descartado tan categóricamente unos meses antes. Ese período intermedio me proporcionó el tranquilo distanciamiento y la serenidad que necesitaba para reflexionar de verdad acerca de las expectativas del partido y cuál podría ser el mejor tipo de movimiento político liberal, sin las distracciones forzosamente egoístas que entrañaría planificar una campaña para alcanzar el liderazgo. Si el otoño de 2011 hubiera estado sembrado de las intrigas tipo «lo hará o no lo hará» concernientes a los potenciales aspirantes al liderazgo, dudo que hoy estuviera liderando el partido.

No obstante, en ese punto la idea no había hecho más que germinar. No estaba ni de lejos listo para tomar una decisión definitiva. Poco después de la convención, sostuve una larga conversación con mi viejo amigo de la Universidad McGill Gerry Butts, quien había sido durante largo tiempo primer secretario del primer ministro de Ontario. Había abandonado la política en 2008 para convertirse en el consejero delegado de la

organización no gubernamental a favor de la naturaleza WWF-Canadá. Le hablé sobre la convención y sobre lo mucho que me sorprendió favorablemente que la gente se hubiera presentado en masa, llena de esperanza y lista para trabajar. Le dije que, por primera vez, estaba reconsiderando mi decisión de descartarme de la contienda por el liderazgo, y le pregunté cómo podía ser la campaña. Dejé claro que todavía no había tomado una decisión; solo quería analizar las opciones.

Al poco tiempo, consultamos a Katie Telford. Había llegado a conocerla cuando fue la directora de campaña de Gerard Kennedy en 2006. Posteriormente había trabajado en la oficina de Stéphane Dion como jefe de personal, y me gustaba y confiaba en ella. Katie, que es muy trabajadora, fuerte, sincera e inteligente, había dirigido además una campaña federal. Estaba contento de contar con su opinión sobre la tarea que tendríamos por delante.

Gerry y Katie, junto con Daniel Gagnier, a quien contratamos unos meses después, constituyen aún hoy el centro de mi círculo íntimo. Dan, un feroz y orgulloso federalista quebequés, tal vez sea la única persona en la historia canadiense que haya trabajado como jefe de gabinete de los primeros ministros de Quebec y de Ontario. Lo había conocido cuando trabajé con el tema de las medidas medioambientales en Montreal, pero él había coincidido conmigo por primera vez siendo un alto funcionario que estaba ayudando a mi padre a repatriar la Constitución a principios de la década de 1980.

Así comenzaron unos seis meses de tranquilas conversaciones. Estoy convencido de que uno de los más importantes atributos de un líder fuerte es la habilidad para reclutar a excelentes personas para que luchen por tu causa. Hay un viejo dicho que dice que los cinco contratan treses, pero los nueve contratan dieces. Creo que con la gente adecuada en tu equipo, uno puede conseguir cualquier cosa. Este es el enfoque que he mantenido durante la campaña de primarias, a la hora de fichar a candidatos, empleados y voluntarios en prácticas. Los líderes creen con demasiada frecuencia que la presencia de sólidos integrantes de un equipo indica una cierta carencia o merma individual. Esto ha dado lugar, sobre todo en política, a un modelo de liderazgo que roza la autocracia. Es signo de debilidad e inseguridad —no de fuerza— si la mejor persona a la que uno puede alistar para su causa es el tipo que ves cada mañana en el espejo. Si gano el privilegio de ser primer ministro, quiero que se me juzgue por la calidad de los adversarios que vencí, por todo Canadá, por servir a nuestro país de forma activa.

Dicho todo esto, a veces uno debe fiarse de su instinto, aunque todos los que te rodeen crean que te equivocas. Mi combate de boxeo a favor de una organización benéfica con el senador Patrick Brazeau fue uno de esos momentos. Ni uno solo de mis amigos, confidentes o colegas consideró que fuera una buena idea.

El camino al ring empezó en junio de 2011, cuando alguien me habló de un combate de boxeo de guante blanco en Ottawa denominado «*Fight for the cure*». Las ganancias irían destinadas a la Fundación contra el cáncer de Ottawa. Pensé que allí había una oportunidad.

El concepto de una pelea de guante blanco es tomar a profesionales y ejecutivos en forma que suelen estar más acostumbrados a jugar al squash o a hacer spinning, entrenarles como boxeadores amateur durante seis meses, y enfrentarlos entre sí delante de sus vecinos, amigos y clientes a quienes les hayan vendido entradas. Todo el mundo se divierte y se recauda un montón de dinero para una obra benéfica.

Llevaba entrenando como boxeador amateur desde los veintipocos años, y siempre me había atraído la idea de subir al ring para combatir una única pelea de verdad. Había creído que al entrar en política ese asunto quedaría sin tachar en mi lista de deseos, pero ahora tenía la oportunidad de probar mis habilidades en un combate de boxeo de verdad, y además por una buena causa. El plus estaba en que quizá pudiera encontrar a un duro conservador para que fuera mi oponente.

Cuando me enrolé oficialmente en octubre, el partido seguía herido y tambaleándose. Sabía que a los liberales les iría bien un poco de diversión para aumentar nuestra moral colectiva, mientras que el Nuevo Partido Democrático y los Conservadores se lo estaban pasando en grande tras haber dado una paliza a los otrora poderosos liberales en la Cámara de los Comunes. Supuse que por lo menos podría proporcionarles dicho desahogo.

La pelea por poco no tuvo lugar. Debido a las bravuconerías por parte de los conservadores, me costó encontrar a uno de ellos dispuesto a subirse al ring. Se lo planteé a varios diputados, incluido Rob Anders, el impetuoso y franco parlamentario por Calgary, así como a Peter MacKay, entonces ministro de Defensa Nacional, pero se negaron. Como bromeé con Dom LeBlanc en aquel momento: «¿Quién hubiera dicho que me iba a costar tanto encontrar a un conservador que quisiera darme un puñetazo en la cara?».

Al final, Patrick Brazeau, que más tarde se vería involucrado en el escándalo de los gastos del Senado, aceptó el reto. Como todo el que conoce al señor Brazeau puede atestiguar, este es grande, musculoso y un fanfarrón. Sería una buena pelea. Yo era unos centímetros más alto que él y tenía más alcance, pero él era mucho más ancho alrededor del pecho y los bíceps. Había recibido formación en el ejército canadiense y era cinturón negro de karate. Su físico era tan amenazador que, cuando anunciaron la pelea, en seguida la pregunta dejó de ser: «¿Quién ganará?», para convertirse en: «¿Cuántos segundos aguantará Trudeau antes de caer boca abajo en el ring?».

Naturalmente, Sophie tenía sentimientos encontrados sobre todo este asunto. Sabía lo feliz que me hacía la mera idea de participar en un combate de boxeo como Dios manda, y veía cómo disfrutaba del agotador programa de entrenamiento. Pero estaba sinceramente preocupada por mi seguridad, sobre todo por la naturaleza de mi oponente. Le expliqué mi plan de entrenamiento en detalle y mi estrategia de lucha, compartí con ella mi análisis de los puntos fuertes y débiles de Brazeau, y sofoqué la mayoría de sus miedos con una frase que ya había utilizado antes, y que volvería a utilizar más veces: «Sophie, lo tengo controlado».

La fecha del combate estaba fijada para el 31 de marzo de 2012, en el Hampton Inn de Ottawa, y durante los siguientes seis meses entrené duro. Muy duro. En Ottawa, el gimnasio organizador, Final Round, enseñaba a todos los combatientes de guante blanco las reglas básicas del boxeo. Pero sabía que las barreras serían significativamente más altas para mí, y mis adversarios más fuertes, de modo que recurrí a un querido amigo de Montreal para que me proporcionara un poco de ayuda extra. Ali Nestor Charles dirige un gimnasio de artes marciales y boxeo en la parte este de mi circunscripción. Lo conocía y respetaba por el gran trabajo que llevaba a cabo manteniendo a los niños del barrio alejados de las bandas callejeras y alentándolos a que fueran a la escuela. De hecho, había pasado algunas horas en un par de ocasiones con los chicos en su local: por las mañanas trabajaban en una clase situada encima del gimnasio para terminar la secundaria, y entrenaban por la tarde. Sé que disfrutaron de que su parlamentario local se uniera a ellos durante las dos partes del día.

Ali no es tan solo entrenador y mentor, sino que además es un boxeador profesional. De modo que ambos entrenamos con regularidad durante esos seis meses, y cuando llegó la noche del combate, estaba realmente preparado.

Hay algo especial en la pureza del boxeo a la vieja usanza. Te enseña algo más que un conjunto de competencias técnicas. Te enseña cómo permanecer concentrado a pesar del cansancio, y a seguir una estrategia aunque te estén haciendo polvo. Pero sobre todo, te ilustra el valor de la disciplina y del trabajo duro. Gané a Patrick Brazeau en aquel ring porque tuve un equipo mejor que el suyo detrás de mí, porque tenía un plan mejor, y porque había entrenado más duro para que ese plan se hiciera realidad. (Dejaré que saquen sus propias conclusiones sobre si este enfoque es aplicable o no a la política).

Una semana antes del combate, Matt Whitteker, mi entrenador en Ottawa, me preguntó cuál era mi plan de lucha. Le expliqué cómo pensaba que iría el combate: Brazeau cargaría en seguida contra mí con todo lo que tuviera. Pasaría el primer asalto manteniéndolo alejado con mi *jab*, y dejaría que se cansara. En el segundo asalto yo tendría más gas que él y llevaría la iniciativa, y puede que en el tercer asalto me lanzara a noquearlo. Matt se rio de la confianza que mostraba en mí mismo y se burló de mí: «Oh, así que piensas esperar al tercer asalto para vapulearlo, ¿no?»». Los dos sabíamos muy bien que apenas si se dan KO en el boxeo amateur de estilo olímpico, y que, si se daba el caso en esta ocasión, lo lógico sería apostar a que sería Brazeau quien me noqueara a mí.

Pero al final resultó que más o menos eso fue lo que ocurrió. Brazeau salió sin control desde el principio, y durante la primera mitad del primer asalto descargó un gran número de derechazos que me dejaron tambaleándome y preguntándome si no había cometido un terrible error de cálculo con todo este asunto. Me golpeó mucho más fuerte de lo que me habían golpeado nunca, a pesar de haberme enfrentado a adversarios duros durante mi entrenamiento. Pero justo cuando estaba empezando a preguntarme cuánto más podría aguantar, dejó de pegarme aquellos impresionantes puñetazos. Pude oír cómo jadeaba y resoplaba y, de repente, empecé a conectar mis golpes y a esquivar los suyos.

Terminé aquel primer *round* con una sonrisa en la cara, porque sabía que ya había terminado. Me había dado todo lo que él tenía, y yo había podido aguantarlo, y ahora iba a ganar. El rumbo cambió por completo durante el segundo *round*, y para el tercero Patrick Brazeau había tenido suficiente. Estaba agotado, y la mirada ligeramente de pánico y confundida en sus ojos dejó claro que preferiría estar en cualquier sitio excepto en aquel ring. Cuando anoté una tercera cuenta hasta ocho en pie en aquel asalto final, el árbitro puso fin al combate. Fue un KO técnico, puede que no lo hubiera noqueado, pero con arreglo a las normas olímpicas fue el mejor resultado que podía esperar.

Solo entonces eché un vistazo al público y empecé a asimilar todo lo que me rodeaba. Me había concentrado en la pelea con tanta determinación que apenas había notado el ambiente. La sala estaba atiborrada de diputados conservadores y ministros ansiosos por ver a uno de los suyos derribar a un Trudeau. El combate incluso se había transmitido en directo a través de un pequeño canal especializado que favorece en gran medida al partido conservador. Evidentemente habían esperado un final diferente. Supe que por todo el país la gente había quedado para ver el combate en bares y restaurantes temáticos deportivos después de que los Habs, equipo de hockey sobre hielo de Montreal, perdieran contra Washington en la tanda de penaltis. Como esperaba, el combate fue una inyección de moral para los compañeros del Partido Liberal, y el buzón de entrada de mi correo electrónico se saturó de mensajes de felicitación.

Sabía perfectamente que un combate de boxeo dista mucho de la verdadera política. Aquella noche no se ganó ninguna circunscripción, ni se tomó ninguna decisión importante en los suburbios de Ottawa. No obstante, los partidos políticos son equipos. Grupos de seres humanos competitivos con ideas afines. Necesitan victorias para construir y mantener su estado de ánimo, sobre todo después de una serie de derrotas. Aquel combate de boxeo fue el primer triunfo claro sobre los conservadores que los liberales habíamos disfrutado desde hacía mucho, mucho tiempo. Sentaba muy bien.

Como ocurre casi siempre, muchísima gente se dio prisa en darle demasiada importancia a aquel sin duda increíble acontecimiento. ¡Algunos periodistas de medios de comunicación de ámbito nacional llegaron a escribir que aquello había sido el lanzamiento de mi campaña para hacerme con el liderazgo del partido! Lo cierto es que todavía estaba muy lejos de tomar una decisión final. Y si bien estaba empezando a inclinarme cada vez más en esa dirección, otros hechos fueron mucho más trascendentales que el que yo noqueara a un senador conservador.

Poco después de nuestra exitosa convención, el Nuevo Partido Democrático (NDP, por sus siglas en inglés) se reunió en Toronto para determinar qué dirección debía tomar el partido. Se enfrentaban a la tarea —de enormes proporciones— de elegir al sucesor de Jack Layton. La trágica muerte del señor Layton llegó justo después de haber conducido a su partido a obtener los mejores resultados electorales de su historia. Por primera vez,

el NDP elegiría al líder de la oposición oficial y —lo esperaban fervientemente— próximo primer ministro de Canadá. Yo estaba mucho menos interesado en las personalidades involucradas en el proceso que en lo que la elección final diría sobre el futuro del partido.

En aquel momento, en algunos sorprendentes círculos se discutía la idea de que debíamos fusionar al Partido Liberal con el NDP. Incluso antiguos líderes de ambos partidos hablaban abiertamente acerca de ello en la prensa. Por motivos que comentaré con más detalle más adelante, siempre tuve dudas al respecto, pero llegados a este punto hacía todo lo que podía para mantener una actitud abierta. Algunos candidatos al liderazgo del NDP se mostraban receptivos a la idea, en particular Nathan Cullen, quien hizo campaña a favor de una explícita plataforma de cooperación electoral con el Partido Liberal. Me gusta y respeto a Nathan, por lo que tenía gran interés en ver hacia dónde iba su campaña.

Tengo un montón de amigos que votaron por el NDP en el pasado. Siento gran respeto por la historia de ese partido y por el papel constructivo que ha jugado en la vida pública canadiense durante muchos años. La decisión que debían tomar los Nuevos Demócratas era si querían ser fieles a sí mismos o intentar realizar la transición hacia el estatus de «gobierno a la espera». Concretamente, tenían que elegir entre despojarse de su idealismo por un camino hacia el poder más convencional. Parecían gobernados por un afán de encontrar a un líder que pareciera lo suficientemente fuerte para enfrentarse a Stephen Harper.

Creo que en su entusiasmo por oponerse al señor Harper y a los conservadores, se equivocaban en las grandes cuestiones relativas al país. Por ejemplo, la prosperidad de Canadá depende de nuestra habilidad para explotar nuestros recursos naturales y llevarlos a los mercados internacionales. Todos los primeros ministros de nuestra historia estarían de acuerdo con ello. Hoy en día, significa que tenemos que implementar más formas ambientalmente sostenibles para hacerlo, si bien a nadie beneficia sugerir que la abundancia de recursos del oeste de Canadá sea un «mal holandés» que asfixia al resto de la economía. Mi partido aprendió esa dolorosa lección bajo el liderazgo de mi padre. Utilizar la riqueza de recursos occidentales para comprar los votos del este es una estrategia que, en última instancia, empobrece a todos los canadienses.

Del mismo modo, desconfiaba de la disposición del NDP a hacer jueguitos con los soberanistas en mi provincia natal de Quebec. Semejante estrategia terminó en forma de división y rencor para los conservadores bajo el mandato del primer ministro Mulroney, por no mencionar que casi acaba en desastre para todo el país. La Constitución canadiense no es un juguete, como tampoco lo es la Ley de Claridad. La primera define una base común sobre la que acordamos construir juntos este país, mientras que la segunda precisa las condiciones (establecidas por el Tribunal Supremo de Canadá vigente) en que podríamos optar por su disolución. Son asuntos mayores. Se trata de cuestiones fundamentales, con las que no se juega. El despreocupado compromiso del

NDP a reformar la Constitución por un lado, y a derogar la Ley de Claridad por el otro, resulta en mi opinión una combinación muy peligrosa. Son el tipo de promesas que hacen los políticos cuando creen que nunca tendrán que llevarlas a cabo.

Hay un viejo dicho en política que dice que si quieres sustituir a un gobierno, tienes que proporcionar una alternativa, no un eco. Mientras veía cómo transcurría su convención, no pude evitar pensar que los Nuevos Demócratas se habían dejado intimidar por el señor Harper, que de algún modo estaban abrumados por su estilo de hacer política. Me parecía que habían decidido que la única manera de vencer a los conservadores era crear su imagen especular, solo que por la izquierda.

Tal vez estuviera equivocado, pero no creo que esa sea la clase de política que Canadá quiere. Sé que no es el tipo de política que Canadá necesita.

Lo cual me lleva al punto crítico. Viéndolo desde fuera, tenía excelentes buenos motivos para postularme como líder del partido en algún momento en el futuro. Principalmente, mis ganas de servir a Canadá, la sensación de que mi singular educación conllevaba la responsabilidad de retribuir al país. Después de ser padre, alcancé una mejor comprensión, un reconocimiento más preciso, de por qué es tan importante trabajar duro para entregar a nuestros hijos un país más fuerte que el que heredamos de nuestros padres. Tenía la impresión de que el Partido Liberal por fin estaba llegando a un punto en el que estaba dispuesto a emprender una reforma a fondo, y a llevar a cabo el trabajo requerido para ganarse de vuelta la confianza de los canadienses. Tenía en mi haber dos éxitos en las elecciones, en las que había tenido que luchar contra factores muy adversos a nivel nacional, lo que me hacía confiar en mi instinto y habilidad políticas. Todos estos factores desempeñaron una función en mi decisión de entrar en la contienda por el liderazgo. Pero había algo más que condicionaba mi pensamiento.

Después de todo, no era «en algún momento en el futuro». Se trataba de aquí y ahora. Y en 2012, la fuerza dominante en la política canadiense era el Partido Conservador de Stephen Harper.

Mucha gente especuló con que, después de haber conseguido por fin tener la tan codiciada mayoría gubernamental, los conservadores del señor Harper moderarían sus opiniones y su enfoque. Que el partido de gobierno esté en minoría en el Parlamento significa que este está en campaña constantemente, ya que puede adelantar las elecciones en el momento en que pierda la confianza de la Cámara de los Comunes, donde se encuentra en inferioridad numérica. Bajo estas circunstancias, cualquier cosa se ve teñida de sectarismo, decían, pero este no es el caso: con la comodidad de su mayoría, el señor Harper podía permitirse pensar a largo plazo y trazar una estrategia más reflexiva para el país.

Era una buena teoría, pero resultó ser totalmente errónea. Sea como fuere, el gobierno volvió con mayor virulencia partidista que nunca. Su mayoría proporcionaba al primer ministro y a su gente inmunidad con respecto a sus responsabilidades democráticas. Al no estar sometidos al control de un Parlamento —empoderado en grado

sumo—, sus peores pulsiones pasaron a un primer plano. En lugar de centrarse en los principales desafíos a los que se enfrentaba el país (la renta estancada de la clase media, el cambio climático, el desgaste de nuestra democracia), parecían hacerlo en cuestiones de poca monta y en saldar viejas cuentas con sus adversarios políticos. Peor aún, cuando identificaban problemas graves a los que había que hacer frente (como llevar nuestros recursos naturales a los mercados globales) su «o se hace a mi manera o no se hace» agravaba los problemas en lugar de solucionarlos.

En pocas palabras, arraigó en mí la convicción de que el gobierno del señor Harper estaba llevando a Canadá por el camino equivocado, uno por el que la mayoría de canadienses no quería que fuera su país. Estos conservadores no están interesados en edificar sobre un terreno común, donde siempre hemos solucionado nuestros problemas más difíciles. Su enfoque consiste en explotar las divisiones en vez de tender puentes entre ellas. Puede que esta sea una estrategia política eficaz, pero es una manera muy mala de gobernar un país, sobre todo uno tan diverso como el nuestro. Una vez que has dividido al pueblo unos contra otros —este contra oeste, la ciudad contra el campo, Quebec contra el resto de Canadá— para poder ganar unas elecciones, es muy difícil volver a unirlos de nuevo para resolver nuestros problemas comunes.

Este es el contexto en el que, en la primavera de 2012, empecé a pensar mucho más en serio sobre presentarme a las primarias del partido. Me sentía inclinado a ello, pero tenía aún mucho camino por delante. Mi primera tarea consistió en asistir a las sesiones parlamentarias en Ottawa que quedaban para poder pasar tiempo con Sophie y los niños durante el verano, pues estábamos dispuestos a todo por la causa. Sabía por una triste experiencia personal que las familias de los políticos asumen una pesada carga. A veces, como les sucedió a mis padres, esta resulta insoportable.

Había indicado a Gerry Butts y a Katie Telford que formaran un equipo para discutir a fondo un plan de batalla y pensar en cómo debería ser una campaña para alcanzar el éxito, si bien siempre supe que la decisión se reduciría a una discusión sumamente personal y privada entre Sophie y yo. Aquel verano mantuvimos muchas conversaciones prolongadas y honestas. La fuerza principal de nuestro matrimonio es que nunca dejamos de hablar, y siempre somos abiertos el uno con el otro, incluso cuando dichas conversaciones son difíciles. Quería asegurarme de que ella fuera consciente, por mi propia experiencia, de lo dura que puede llegar a ser esa clase de vida. Recordé, y le expliqué a Sophie, que mi padre me había dicho una vez que nunca debía sentirme obligado a presentarme como candidato. «Nuestra familia ya ha hecho lo suficiente», dijo.

Mi padre afirmó eso a pesar de no haber experimentado nunca la incesante, vitriólica política del siglo XXI. Nunca ha sido mi estilo utilizar tácticas personales rastreras y sucias en ningún empeño. Acepto una buena trifulca, y tengo la piel gruesa, pero yo había crecido en la realidad de la vida pública. Sophie no, y en cierto modo nuestra decisión afectaría a nuestros hijos más que a cualquiera de nosotros.

Con toda esta reflexión como telón de fondo, Katie y Gerry organizaron un retiro de tres días para debatir sobre una estrategia de campaña y planificar cómo ejecutarla. Dejé claro que, si me presentaba a las primarias, haríamos un nuevo tipo de campaña, una en que participara un número sin precedentes de canadienses. Teníamos que abrir las puertas del Partido Liberal de par en par. Si el partido quería tener un futuro, tendríamos que averiguar un modo de devolvérselo a los canadienses.

Nos reunimos a finales de julio en Mont Tremblant. Mi familia se sentó con un grupo de personas de todas partes del país, a quienes habíamos elegido con cuidado por su talento, energía y experiencia, para decidir si podía hacerse y si podíamos hacerlo.

Reunimos a un estupendo grupo de nuevos y viejos amigos. Muchos de ellos tenían una vasta experiencia en política, mientras que otros procedían del mundo de la empresa y del sector de las organizaciones de beneficencia. Teníamos un buen equilibrio de mujeres y hombres, entre curtidos veteranos y principiantes con talento y de amigos íntimos. Lo más importante para mí es que llevamos a nuestras familias. Sophie estaba allí, claro, igual que mi hermano Sacha. Pero también animé a mi equipo a que llevaran a sus parejas e hijos. Sabía que si nos disponíamos a hacerlo, y a tener éxito, todos los miembros del equipo necesitarían el apoyo de sus seres queridos. Cada sesión de estrategia nocturna, cada parada prolongada en el *tour* que podría hacer, cada vez que tuviera que elaborar un discurso o hablar sobre alguna cuestión, implicaría que muchas otras personas además de mí pasarían horas o incluso días lejos de sus familias. Todos nosotros teníamos que ser conscientes de esta realidad de la vida política desde el principio. Pero además la reunión serviría también para recordar que creíamos que la vida política podía reformarse para dar respuesta a familias con dos padres que trabajan.

Así que, como tantos aventureros canadienses, mi campaña de primarias empezó alrededor de una hoguera.

La gente estaba en sofás y en sacos de dormir, acomodados en rincones de la casa de campo que alquilamos para aquel fin de semana. Tom Pitfield, quien pasaría a diseñar la innovadora estrategia de datos que utilizamos en la campaña, trajo una falda de carne ahumada de Montreal. Encendimos un fuego en un hoyo de la parte de atrás a medida que la gente empezó a aparecer y a ponerse el sol. Cuando estuvimos todos reunidos, pronuncié unas palabras sobre lo que esperaba que pudiéramos lograr durante el transcurso del fin de semana. Hablé acerca de lo importante que era que saliéramos de nuestra reunión con una misma meta. Bromeé que si ganábamos las primarias, multitud de personas afirmarían haber estado allí, en aquel retiro, pero que si nos veíamos envueltos en llamas, Sophie y yo habríamos pasado un tranquilo fin de semana a solas.

Por último, pedí a todos que respondieran a una cuestión sencilla pero muy importante: «¿Por qué estás aquí?».

De uno en uno, la gente fue explicando historias que cualquier canadiense reconocería. Algunos hablaron de su historia personal. Navdeep Bains, un prometedor joven diputado de Mississauga que perdió por poco en las elecciones de 2011, habló

sobre cómo Canadá había proporcionado a su familia oportunidades que —y eso le preocupaba— no se les concederían a la siguiente generación. Otros se refirieron a cuestiones específicas relacionadas con la política. Los asistentes hablaron sobre oportunidades económicas y educación, recursos naturales y cambio climático, inmigración y diversidad. También había otros que tenían motivos más básicos para estar allí. El presidente de mi circunscripción de Papineau, Luc Cousineau, que se convertiría en el director financiero de mi campaña de primarias, dijo que creía que Canadá se estaba convirtiendo en un país menos justo bajo el gobierno de los conservadores. Al respecto, varios quebequenses del grupo manifestaron su profundo pesar por que su provincia hubiera perdido su voz en el debate nacional de Canadá. Richard Maksymetz, un excelente organizador que entonces era jefe de personal del ministro de Finanzas de la Columbia Británica, expresó un punto de vista habitual de los occidentales de nuestro grupo: que el partido nunca predicaba con el ejemplo cuando se trataba de que esa dinámica zona de Canadá ocupara un lugar central dentro de nuestro movimiento político.

Fue una alentadora conversación.

Cuando me tocó responder a la pregunta, concluí de forma muy simple que creía que este país era mejor que su gobierno actual. Los canadienses tienen una mentalidad abierta, son justos y sinceros, trabajadores, optimistas y amables. Dije que Canadá tenía importantes asuntos que abordar, pero ninguno mayor que aquellos contra los que habíamos lidiado en el pasado. Les aseguré que, para mí, la mejor de las muchas bendiciones de este país es nuestra diversidad, y que esto quería decir que las personas que dirigieran Canadá tenían que ser de mentalidad abierta y de espíritu generoso hacia todos, no solo hacia quienes estuvieran de acuerdo con ellos y les apoyaran. Demasiadas personas se estaban quedando fuera y por detrás debido a la visión política del señor Harper. Dije que creía que la carencia fundamental del gobierno conservador era su pequeñez, su incapacidad para relacionarse o trabajar con la gente que no compartiera su predisposición política. Dije que la extrema rigidez del señor Harper, su creencia en que la discrepancia y el desacuerdo son signos de debilidad que deben ser erradicados, tendría con el paso del tiempo un efecto corrosivo en la vida pública de Canadá.

En pocas palabras, manifesté que estaba allí porque había que sustituir al gobierno. Quería averiguar si nosotros y nuestro partido estábamos dispuestos a realizar ese trabajo.

Mantuvimos muchas discusiones y debates cruciales ese fin de semana relativos a qué clase de campaña queríamos realizar, qué cuestiones promover y qué problemas solucionar. Parte de todo ello fueron cuestiones técnicas; y les ahorraré complacer al *geek* que llevo dentro y no explicaré los datos con detalle acerca de técnicas para conseguir votos, recaudación de fondos, y las sutilezas de nuestro plan para utilizar las redes sociales. Hubo, sin embargo, algunas sesiones que merece la pena mencionar.

Cuando digo que tuvimos varios debates de fondo, me refiero a debates

fundamentales de verdad. El primer tema del fin de semana bastará para ilustrar este punto. Fue: «¿Debe seguir existiendo el Partido Liberal? ¿Debemos aunar fuerzas con el NDP para formar una alternativa unida a los conservadores? ¿O quizá deberíamos formar un partido político totalmente nuevo, centrista en sus puntos de vista y valores pero libre de la infraestructura y la carga preexistente que la denominación “Partido Liberal” acarrea consigo?».

Estoy seguro de que a algunos liberales devotos les inquietará leer esto, pero el debate era serio. Después de todo, se llevó a cabo en un momento en que se había enviado al partido al tercer lugar por primera vez en su historia. El paciente había sido estabilizado bajo el liderazgo provisional de Bob Rae, pero estaba lejos de encontrarse fuera de peligro. Montones de canadienses todavía se autodenominaban liberales, pero cada vez menos votaban al Partido Liberal. Nos debíamos a nosotros mismos y a nuestro país hacer las preguntas de manera directa y seria: ¿Se estaba interponiendo el Partido Liberal? ¿Acaso nuestra existencia continuada había perpetuado el reinado de los conservadores, y por tanto habíamos puesto en peligro gran parte de aquello por lo que nuestro partido había luchado durante años?

Eran estas serias cuestiones existenciales. Al final, la balanza se inclinó hacia un esfuerzo sin reservas para reformar y reconstruir el Partido Liberal, por un par de razones.

En primer lugar, había preocupaciones prácticas con respecto a la formación de un nuevo partido. ¿Cómo podíamos construir la infraestructura a tiempo para ser una opción en las siguientes elecciones? Si derrotar al gobierno conservador era una prioridad urgente, un partido nuevo no parecía ser el mejor camino para lograrlo. Además, en el fondo soy un pragmático realista y sabía que cualquier partido encabezado por alguien apellidado Trudeau sería visto como el Partido Liberal, independientemente de cómo lo llamáramos.

Descartamos la opción de fusionarnos por un examen mucho más largo. Después de todo el debate estaba muy vivo en el ámbito público. Un gran número de personas inteligentes habían dado su pleno respaldo, incluidos el ex primer ministro Jean Chrétien y el ex líder del NDP Ed Broadbent. Eran personas con valores, a quienes conocía y respetaba. Sus opiniones pesaban y merecían ser estudiadas en serio. Dicho esto, siempre sentí que el argumento de la fusión se basaba en premisas prácticas erróneas, la mayor de las cuales era un enfoque demasiado simplista de matemáticas básicas. Como indicaron los miembros occidentales de nuestro grupo y de Ontario, muchos votantes del Partido Liberal votarían a los conservadores antes que a los Nuevos Demócratas, en gran medida por motivos económicos. Gerry y Katie sostuvieron de forma convincente que eso era, de hecho, exactamente lo que había ocurrido en Ontario durante las elecciones federales de 2011. Cuando nuestros votos se desplomaron en la última semana, los votantes del área metropolitana de Toronto optaron por los conservadores porque no confiaban en el NDP en materia económica. Otros oradores señalaron que los dos

partidos tienen culturas muy diferentes, y en regiones como el Canadá Atlántico tendían a ser la principal competencia el uno del otro. Enterrar el hacha de guerra no sería fácil.

Los argumentos a favor se reducían a la conveniencia de un tipo u otro. Había quienes sostenían que los conservadores harían un daño irreparable al país si permanecían en el poder demasiado tiempo, y una fusión representaba la mejor oportunidad de derrotarlos en las próximas elecciones. Otros afirmaban que los NDP y los liberales coincidían en importantes cuestiones políticas, y que los canadienses de mentalidad liberal se estaban impacientando con nuestra escasa disposición a trabajar juntos para batir a los conservadores. Había algo en este último punto. Me llamaba la atención que el partido se hubiera vuelto demasiado egocéntrico y preocupado por su propio éxito, en vez de centrarse en las necesidades de las personas que esperábamos que votaran por nosotros.

Se dieron buenos argumentos por ambas partes, pero al final llegué a la conclusión de que mi disconformidad con el NDP con respecto a algunas cuestiones de fondo de importancia crítica eran simplemente demasiado grandes para que llegara a funcionar una fusión, al menos para mí. En primer lugar, nunca podría apoyar su política de derogar la Ley de Claridad, una medida que facilitaría la ruptura del país. Esta era una idea inviable para mí. Además, había ámbitos fundamentales de la política económica (el comercio, la inversión extranjera, el desarrollo de los recursos) sobre los que yo creía que el NDP estaba sumamente equivocado. De hecho, creo que la predisposición del NDP es sospechar del crecimiento y de los buenos resultados económicos, y que su orientación política lo revela, por mucho que intenten esconderlo de manera retórica. Los liberales entienden que el crecimiento económico constituye la base de todo lo demás que queremos alcanzar en el ámbito de las políticas sociales.

Resumí mi punto de vista al afirmar que no podíamos permitir que una estrategia política, que el deseo de poder, nos hiciera pisotear políticas y principios. Eso era lo que nos había traído problemas en un primer momento. Canadá necesita un gobierno mejor, no solo uno diferente. Descartamos definitivamente la idea de una fusión.

El otro gran debate que tuvimos ese fin de semana giró en torno a qué clase de campaña de primarias diseñaríamos. Consideramos llevar a cabo una campaña rica en detalles concretos. La idea era publicar un libro blanco sobre un importante campo de la política cada treinta a noventa días durante la campaña. Al final desestimamos esta estrategia porque creíamos que no cuadraba con el espíritu de apertura a nuevas ideas que intentábamos inyectar en el partido. ¡Uno no puede comprometerse de forma convincente con un modo nuevo y más abierto de hacer política y luego publicar una plataforma completa antes de haber tenido la oportunidad de conseguir que la gente se implique!

Decidimos en cambio trazar unos nítidos marcadores de políticas durante la campaña. Dejaríamos claro que un partido liderado por mí estaría a favor del crecimiento y del libre comercio, practicaría la disciplina fiscal y apoyaría la inversión extranjera

directa. Hablamos largo y tendido sobre cómo los liberales se habían labrado una merecida credibilidad en economía durante los años noventa, pero que no se habían centrado lo suficiente en ella en la pasada década. Como en tantos ámbitos, habíamos dado por sentado nuestro éxito que tanto nos había costado conseguir y se había esfumado. En particular, construiríamos nuestra política económica sobre la premisa obvia (pero olvidada con demasiada frecuencia) de que una economía fuerte es aquella capaz de generar el mayor número de empleos cualificados para el mayor número de personas posible. Al respecto, planteamos una detallada presentación relativa a lo que le había sucedido a la clase media canadiense en los últimos treinta años. Crecía la deuda de las familias, pero no así sus ingresos. Teníamos la sensación de que nadie en Canadá hablaba de los grandes cambios estructurales que se estaban produciendo en la economía, y que estaban complicando cada vez más la vida de la gente, que era la piedra angular de Canadá.

Mantuvimos también un debate estructurado sobre Quebec y por qué considerábamos que la suerte de los liberales había disminuido tan drásticamente en mi provincia natal. Mi opinión personal, entonces y ahora, es que nos centramos en cuestiones existenciales que interesaban a una estrecha franja de votantes. Cuando el escándalo del patrocinio asestó un duro golpe a la integridad del partido, no teníamos nada sustancial a lo que agarrarnos. En los años transcurridos desde entonces, los quebequenses habían visto cómo iban saliendo a la luz un escándalo detrás de otro, en todos los niveles de gobierno. Su fe en las autoridades públicas se había visto socavada gravemente; y esto antes de que la Comisión Charbonneau comenzara a revelar sus horrores diarios. El camino de vuelta a Quebec del Partido Liberal pasaba porque este volviera a sus orígenes y se centrara en los temas básicos y fundamentales: los trabajos de la gente, sus pensiones, las perspectivas económicas de sus hijos. En pocas palabras, quería adoptar la manera de hacer política que habíamos utilizado en Papineau y hacer de ella la tarjeta de presentación del partido por toda la provincia.

Esto me lleva a la decisión final y más importante que tomamos aquel fin de semana sobre qué clase de campaña queríamos llevar adelante. Nuestro grupo tenía muchas cosas en común. Compartíamos valores, convicciones y una gran experiencia en política y en la vida. Muchos de nosotros teníamos niños pequeños. Compartíamos también dudas acerca de mi potencial candidatura. Había muchos liberales, por ejemplo, para quienes el principal atributo positivo de mi candidatura era la nostalgia. Mi apellido les recordaba los días de gloria del partido, por no hablar de los suyos. No había forma de que presentara mi candidatura si mi campaña iba a ser el equivalente político de la gira de reencuentro de un envejecido grupo de rock. Todos podíamos encontrar algo más productivo que hacer esa clase de política.

Dejé claro que mi campaña estaría centrada en el futuro, no en el pasado. Quería construir una nueva clase de movimiento político y reclutar para el proceso a cientos de miles de personas. Naturalmente, daríamos la bienvenida a quienes hubieran participado

en el pasado, pero el futuro pertenecería a quienes pudieran ganarse los corazones y mentes de aquellas personas que jamás se afiliarían a un partido político tradicional. Construiríamos una visión inclusiva y positiva del país, y confiaríamos en que los canadienses quisieran formar parte de la misma.

Sabíamos que tendríamos detractores. Sabíamos que, para los conservadores y para la derecha en general, la idea misma de campaña de un Trudeau sería aborrecible. Nos atacarían con una intensidad que haría que sus campañas en contra de los últimos líderes liberales pareciera un altercado amistoso. Sus ataques serían despreciables, negativos y personales. Tenían millones de dólares para gastar, y los emplearían en atacarnos. No respetarían ningún límite en su esfuerzo por destruirnos. Miré la estancia y formulé a todos otra sencilla pregunta: ¿Están preparados para todo ello?

Uno a uno, el grupo contestó que sí. Participarían, y lo harían por las razones adecuadas. Yo lo haría oficial un par de meses más tarde, pero Sophie y yo también decidimos entonces y allí que también nosotros estábamos dentro. Intentaríamos superar la política del miedo y de la negatividad con una nueva forma de hacer política. Una que procurara reunir a las personas para avanzar a partir de principios comunes, en lugar de dividirlos en bandos y de explotar sus diferencias para obtener un beneficio político. Una que construyera una visión común, basada en las muchas cosas que nos acercaban y que nos mantenían unidos, en tanto que canadienses. Una que procurara fomentar lo mejor de este maravilloso país.

Una que se construyera desde los cimientos, sobre la esperanza y el trabajo duro.

---

## Esperanza y trabajo duro

Mediados de 2012 fue una temporada repleta de especulaciones. Para ser una fuerza política presuntamente agotada, el Partido Liberal atrajo un gran interés por lo que respecta a su liderazgo. Tras bastidores, Bob Rae estaba considerando muy en serio la idea de presentarse a líder del partido, al igual que Dalton McGuinty, uno de sus sucesores como primer ministro de Ontario. Corría el rumor de que estaban intentando reclutar a Mark Carney, el inteligente gobernador del Banco de Canadá, mientras que nombres perennes como Frank McKenna y John Manley eran propuestos aquí y allá en los medios de comunicación. También antiguos y actuales colegas de junta como Marc Garneau y Martha Hall Findlay habían dejado caer claras insinuaciones de que estaban organizando equipos para disputar el liderazgo.

Poco después de que me decidiera a participar en las primarias, resolví que no malgastaría el tiempo pensando en mis contendientes, quienesquiera que acabaran siendo. Conozco y respeto a todas estas personas, y a todos los demás que acabaron postulándose como candidatos, pero había cuestiones más importantes en juego que la dinámica interna competitiva del partido. En vez de eso quería centrarme en el tipo de campaña que queríamos promover, tanto en la de las primarias como después. Por pura necesidad, nuestra definición de éxito no podía concluir al hacernos con el liderazgo del Partido Liberal como era entonces. Sabía que, si queríamos tener alguna oportunidad razonable de ganar las elecciones generales, debíamos comenzar por un esfuerzo de reconstrucción sustancial del mismo a la vez que andábamos detrás de su liderazgo; teníamos que centrarnos en lo que necesitábamos construir para que el partido pudiera ganar las elecciones federales de 2015. El liderazgo no era más que un paso más en el camino.

Sabíamos que sería un esfuerzo complejo. La mayoría de campañas de primarias son contiendas internas en las que se dirime quién va a dirigir el tren que ya está construido, en el que todos están subidos y —si uno tiene suerte— se mueve en la dirección correcta a una velocidad decente. Esta campaña sería diferente, puede que incluso única en la

historia de mi partido. Tendríamos que atraer a los pasajeros, construir el tren mientras lo conducíamos y asentar la mayoría de vías al mismo tiempo. Es aquí donde la idea de la esperanza y el trabajo duro comenzó a tomar forma. Necesitábamos tanto un plan de trabajo sólido como la actitud positiva para desarrollar las cifras y el impulso que atraería al tipo de gente necesaria para hacer el trabajo.

Después de años en la enseñanza y de mi campaña en Papineau, era consciente de que se me daba bien involucrar a personas de excepcional talento que comparten una concepción positiva del mundo, los valores correctos y un nivel de energía similar al mío, y sabía que eso es lo que haría como líder del Partido Liberal.

Como todos los buenos planes, el nuestro podía resumirse de forma sencilla: ideas y personas, equipo y planes, esperanza y trabajo duro. Queríamos, más que nada, que el Partido Liberal volviera a ser considerado una fuerza política de ámbito nacional con un punto de vista sólido y coherente acerca de las principales cuestiones a las que se enfrentaba Canadá. Para ello serían necesarias ideas frescas y un número sin precedentes de colaboradores, en todos los rincones del país. Fundamentalmente, sabíamos que esta campaña decidiría si el ganador final tendría un partido que mereciera la pena liderar.

De forma paradójica, comenzaría por explicarles a los liberales que nuestra situación era mucho más grave de lo que ellos creían. El partido se encontraba en una encrucijada. Pero a diferencia de lo que pudieran haber leído nuestros miembros, un voto para mí no significaría un voto para encontrar un atajo. Significa que estaban dispuestos a cooperar. Requería un delicado equilibrio. No queríamos enfriar el entusiasmo de nadie ni desinflar su optimismo; los necesitaríamos con creces para asimilar los inevitables bajones que ocurren en la vida política. Al mismo tiempo, teníamos que dejar muy claro que no bastaba con tener esperanza, y que sabíamos que eso no era suficiente. Tenía que estar respaldada y hacerse real mediante una fuerte ética del trabajo, y la disciplina para demostrar todos los días de que estábamos en esto por las razones correctas.

El Partido Liberal había dado a los canadienses demasiadas razones para creer que nos habíamos alejado de la realidad de sus necesidades, por no hablar de las esperanzas que tenían para su país. Si queríamos ganarnos de vuelta su confianza, tendríamos que hacerlo a la vieja usanza. En definitiva, debíamos demostrar que estábamos aquí para ellos. De modo que, a los cuarenta años, la etapa de la vida a la que Víctor Hugo acertadamente denominó «la edad madura de la juventud», me dispuse a transmitir a mi partido un mensaje aleccionador pero optimista. El éxito era posible, pero distaba de ser seguro. Necesitaba una nueva misión, nuevas ideas y nuevas personas. El primer paso consistió en reorientar la misión del partido en la dirección que le correspondía: debía centrarse en las necesidades, esperanzas y sueños de los canadienses comunes y corrientes. Si ese mensaje iba a ser algo más que un eslogan, íbamos a tener que reclutar a cientos de miles de esos canadienses para nuestra causa.

Así que el 2 de octubre de 2012, el día que hubiera sido el trigésimo séptimo cumpleaños de mi hermano pequeño Michel, en una sala repleta de gente en el centro

comunitario que es el centro neurálgico de Papineau, lancé mi campaña a las primarias del Partido Liberal con Sophie y los niños a mi lado. Anuncié a la multitud que estaba allí porque creía que Canadá necesitaba un nuevo liderazgo y que —si tenía éxito— el mío incluiría un plan de crecimiento económico que funcionara para la clase media canadiense. Afirmé que el actual gobierno había perdido el contacto con las cosas que hacían del nuestro un gran país: la equidad y la diversidad, el compromiso de dejar a nuestros hijos un país mejor que el que hemos heredado de nuestros padres. Y ante todo, aseguré que las desagradables divisiones que habían llegado a caracterizar el gobierno de Harper eran malas para Canadá, y que de nosotros dependía terminar con eso. Aquí, en el país más diverso que el mundo haya conocido jamás, necesitábamos un liderazgo que buscara de modo proactivo elementos comunes para utilizarlos como base de nuestro quehacer político.

Desde esa perspectiva crítica, nuestro programa para la clase media trata de mucho más que de economía. Reconoce que la fortaleza del país a menudo se ha visto reflejada en Ottawa, en nuestros mejores momentos de liderazgo político, pero que nunca ha sido creada allí. Esta era otra lección que los liberales teníamos que aprender de nuevo. En mi discurso dije que «es la clase media, no la clase política, la que une el país». Las esperanzas comunes del canadiense medio, ya sean los nuevos inmigrantes que viven en Surrey, la Columbia Británica, o la décima generación de canadienses que residen en Quebec, son el alma de este país. Canadá necesita líderes políticos que cimenten el país sobre esa amplia sensación de que existe un propósito común, no unos que hagan hincapié en las cosas que nos dividen a fin de promover sus limitados propósitos.

Quería recordar a los liberales que esta base común podía encontrarse por todo Canadá, independientemente de nuestro gobierno nacional y de quien pudiera estar liderándolo en un momento dado. Estaba ahí para que lo encontráramos y pudiésemos construir sobre ella un nuevo tipo de política.

Durante los últimos años, a los liberales les resultaba difícil ver la diferencia entre representar ciertos valores y crearlos. A esto me refería cuando afirmé que «el Partido Liberal no había creado Canadá, sino que Canadá había creado el Partido Liberal». Históricamente, mi partido había cosechado tantos éxitos, durante tanto tiempo, porque había estado abierto a todos los canadienses, en contacto con ellos. Solo fue el vehículo de sus aspiraciones, no el origen de las mismas. Pero creo que con nuestros éxitos los liberales se olvidaron de ello. Lo cual fue un grandísimo error, por el que el partido ha pagado un precio muy alto.

Nada de esto está diseñado para restar importancia al problema del aspecto económico de la clase media, lo que es de vital importancia. Canadá es un país armonioso sobre todo gracias a una dinámica de progreso que se perpetúa. Personas de todas partes del mundo, de todo origen cultural que uno pueda imaginarse, que profesan todos los credos posibles, llevan generaciones viniendo a Canadá. Suelen encontrar una mayor aceptación aquí que en sus países de origen. De manera significativa, también

encuentran mayores oportunidades económicas. A cambio, esto nos hace ser más acogedores con los recién llegados, con un espíritu público sobre el país, y mejor capacitados para apreciar y dar cabida a los puntos de vista de aquellas personas con las que no estamos de acuerdo. Cuando nos sentimos mejor por compartir una base común, la buscamos, construimos sobre ella y la ampliamos para los demás.

No hay nada predestinado o divino en el éxito de Canadá, ni en el frente económico ni en cualquier otro. Sucedió —y sigue ocurriendo— porque los canadienses hicieron que pasara. Cuando la prosperidad compartida empieza a romperse, siempre surgen personas cortas de miras que señalan las diferencias y se aprovechan de las mismas para su propio y limitado interés. Me siento tremendamente orgulloso de que los quebequenses se alzaran hace poco y rechazaran lo que quizá fue el más flagrante ejemplo en la historia moderna de nuestro país de un limitado movimiento político que promovía la división para obtener beneficios políticos. Siempre tuve fe en que lo haríamos. Dicho esto, debemos reconocer que algunas de las semillas de la Carta de Valores del Partido Quebequés se sembraron por ansiedad económica, sobre todo en las regiones situadas fuera de las grandes ciudades. Necesitamos un plan más inclusivo para obtener un crecimiento económico y la creación de empleo, o veremos cada vez más políticas de este tipo.

Es cierto que Canadá ha escapado, hasta hora, de los aspectos más negativos del declive de la clase media que se está dejando sentir en Estados Unidos y en otras economías menos diversas. Nuestros abundantes recursos naturales y reducida población nos garantizan cierto colchón de seguridad en caso de sobrevenir lo peor. También hemos visto, debido en parte a políticas inteligentes que las apoyan, una generación de mujeres canadienses de talento incorporarse al mercado laboral y llegar al apogeo de sus años productivos, lo que supuso un impulso del crecimiento económico, aunque esto se dio solo una vez. Tendríamos que valorar esta evolución positiva. Deberíamos hacer todo lo posible por entenderla y apoyarla, pero no deberíamos permitir que esto ocultara la realidad del problema. La tendencia es inconfundible. La renta media de los canadienses apenas se ha incrementado desde la década de 1980. Eso significa que el canadiense medio no ha tenido un verdadero aumento de sueldo en treinta años. Sin embargo, durante ese mismo período, la economía casi ha duplicado su tamaño. La lucha de la clase media en el siglo XXI constituye un grave problema que no tiene fácil solución. Y no se resolverá si huimos de él, pretendemos que no existe o le echamos la culpa a un grupo de gente, o a una región del país, o a un sector de la economía.

Mucha gente me ha dicho que este problema es demasiado grande para ser afrontado, y que debería colocar otros más pequeños en el centro de nuestra campaña. Sacudo la cabeza ante quienes en el gobierno y por norma general en la derecha, defienden que no hay ningún problema aquí, que estamos haciendo demagogia y siendo complacientes para ganar votos; y también ante otros que aceptan que el problema existe, pero alzan las manos al cielo porque lo consideran parte del funcionamiento de las

fuerzas mundiales y sobre las que no podemos hacer nada aquí, en Canadá. Este primer argumento muestra lo alejados que están los conservadores no solo de la realidad —tras casi diez años en el poder—, sino también de lo que está ocurriendo de verdad en la vida del canadiense medio. El segundo argumento refleja lo poco ambiciosos que se han vuelto para el país. Hemos solucionado problemas mayores con menos recursos a lo largo de la historia de este gran país. También podemos solucionar este, con el plan adecuado y la gente indicada para ponerlo en práctica, de la manera correcta. De eso trata construir sobre una base común.

Armado con este mensaje esperanzador, me dispuse a demostrar la parte de la ecuación del «trabajo duro». Por ejemplo, durante la primera semana de la campaña, tras presentarla en Quebec, viajé a Alberta, a la Columbia Británica, a Ontario y a las Marítimas. Antes de terminar, visité 154 circunscripciones y 155 comunidades diferentes. Con respecto a aquellos lugares a los que no podía ir, utilizaba cualquier tecnología moderna imaginable para llegar hasta ellos, desde Skype a Hangouts de Google, desde chats de Twitter a SoapBox. Mi candidatura atraería la atención, seguro, pero sabía que la atención no era más que una puerta abierta. Si a los canadienses no les gustaba lo que veían en su porche, esa puerta se cerraría de inmediato.

Y, en algunos lugares, esa puerta se abría solo un poquito.

Decidí hacer mi primera parada en Calgary por una razón. Quería que mi campaña estuviera centrada sin cesar en el futuro de Canadá, pero también que los canadienses supieran que no tenía miedo a hacer frente a los fantasmas estrechamente vinculados a mi padre. El Programa Nacional de Energía (NEP, por sus siglas en inglés), que cuenta más de treinta años de vigencia, sigue cerniéndose sobre los liberales de Alberta, y aún más sobre cualquier liberal apellidado Trudeau. De modo que quería abordar la cuestión directamente, decirle a la gente que era consciente de las consecuencias negativas que había tenido. Por bien intencionado que fuese, el NEP acabó por incitar precisamente la clase de división que mi padre pasó la vida tratando de superar. Aquel día me comprometí en Alberta a que un Partido Liberal liderado por mí nunca utilizaría la abundancia de recursos occidentales para comprar votos orientales.

El NEP era un asunto muy importante, pero como símbolo era aún más potente. Decía a toda una generación de canadienses occidentales que cuando llega el momento de poner a prueba la valía, las prioridades de los liberales están en otra parte. Incitaba a nuestros adversarios políticos, desde Brian Mulroney a Stephen Harper, en su misión de vilipendiarnos y atizar la desconfianza entre la siguiente generación, alegando que nuestro partido no es para ellos, en los dos sentidos de la frase: no seríamos sus defensores y no serían bienvenidos entre nosotros. Durante más de tres décadas, la consecuencia de ello ha sido que incluso aquellas personas con predisposición liberal en todos los temas jamás se les ocurriría apoyar —y mucho menos unirse— al Partido Liberal de Canadá.

El NEP y sus consecuencias nos dictan numerosas lecciones —ninguna de ellas por primera vez—, pero para mí destacan tres. La primera y más obvia es que el aprovechamiento de los recursos y las políticas que elaboramos para gestionar estos siguen estando entre el puñado de grandes cuestiones que definen nuestro éxito como país. Podría decirse que esto es aún más cierto en la actualidad de lo que lo era en la época de mi padre. Es sin duda el caso desde una perspectiva económica y medioambiental. No obstante, se trata también de una cuestión de cohesión, una cuestión básica de equidad regional. La naturaleza no consideró oportuno dispersar materias primas valiosas de manera uniforme por todo el país. Por consiguiente hay, ha habido y siempre habrá debates muy difíciles acerca del aprovechamiento de los recursos en Canadá. Si una nación ha de tener problemas, este tipo no son los peores. Algunos países cambiarían los suyos por los nuestros. Dicho esto, va directo al meollo de la cuestión de una verdad inmutable sobre Canadá: nuestra diversidad regional siempre nos ha exigido mantener un justo equilibrio entre demandas contrapuestas. Cuando el gobierno federal decanta demasiado la balanza a favor de una región sobre otra con respecto a un tema importante, las repercusiones pueden durar toda la vida.

La segunda es que el NEP y su caída es un recordatorio de que el carácter representativo de la política raya en lo tribal a cierto nivel. No digo esto de un modo peyorativo, en absoluto. En una nación diversa donde los apegos nacionales complementan las fuertes y diversas identidades locales, es fundamental alcanzar un equilibrio adecuado. Uno puede pasar semanas en cafeterías en Ponoka, Wynyard y Neepawa discutiendo hasta la saciedad que esta o aquella clase de política es buena para el Canadá occidental, pero si no se tiene a la gente adecuada dispuesta a defender la causa bajo tu bandera, no irás muy lejos. Por supuesto, también es menos probable que uno desarrolle una buena política en primer lugar. Este es el motivo por el que hicimos tanto hincapié durante la campaña de primarias en reclutar a auténticos líderes locales de elevadísimo nivel, con el fin de que se unieran a nuestro equipo en calidad de organizadores y asesores principales, y para que después se postularan como candidatos al Parlamento bajo la bandera del Partido Liberal. Con los avances registrados en el ámbito político en lo referente a nuestras comunicaciones y capacidad de investigación, todavía no hay sustituto para las buenas personas que están estrechamente vinculadas a su comunidad.

Por último, el NEP nos enseñó una lección más concreta y positiva sobre el Canadá occidental. La respuesta, en el grito de guerra que el conservador Preston Manning haría famoso, era «El oeste quiere quedarse». Dice algo profundamente optimista sobre los canadienses occidentales —y alentador sobre Canadá— que el eslogan no fuera «El oeste quiere marcharse». En la forma emprendedora que ha llegado a tipificar con razón el oeste de Canadá, la respuesta local a un movimiento político que los excluía fue crear uno que no pudiera vivir sin ellos, y construir dicho movimiento hasta que gobernara todo el país. Cuando uno da un paso atrás y piensa en ello, fue un logro increíble, puede

que sin precedentes en nuestra historia política.

Sé que esta será una afirmación polémica, pero creo que los conservadores de Harper han olvidado este elemento básico del éxito del Partido Conservador.

La mayor parte de la campaña de primarias de 2012-2013 tuvo lugar a lo largo de un largo y típico frío invierno canadiense. Pasé mucho tiempo de esa estación en el oeste de Canadá. Entre muchos eventos inolvidables, ninguno se quedó tan grabado en mi memoria como el de una noche especialmente gélida que pasé en Kamloops. Era uno de esos días en los que el sol parece ponerse al poco de salir. Estábamos lejos de cualquier lugar que pudiera ser descrito ni siquiera generosamente como territorio liberal. Después de un larga jornada en el valle de Okanagan, nos dirigimos en una furgoneta con voluntarios de campaña desde Osoyoos y Kelowna en dirección norte por la autopista Coquihalla. Habíamos reservado una pequeña sala en la Universidad Thompson Rivers, y esperábamos que apareciera por allí un modesto pero cordial grupo de liberales de la localidad. Justo antes de llegar al encuentro, Gerry Butts, que me acompañaba durante ese tramo de la campaña, recibió una llamada telefónica de nuestro organizador principal sobre el terreno. Teníamos un problema, de los mejores que podíamos tener. Se habían presentado más de quinientas personas al acto. Íbamos a necesitar un salón más grande.

Mucha de esa gente acudió a partes iguales tanto por curiosidad como por desencanto. Curiosidad por un partido al que no conocían muy bien, aunque gran parte de lo que sí sabían no era precisamente bueno. Resté importancia a esto durante la sesión de preguntas y respuestas, que era una característica habitual de mis actos públicos durante la campaña. Un estudiante me preguntó qué había aprendido de mi padre sobre cómo ejercer la política. Respondí: «Cuando estés en Salmon Arms, saluda con la mano abierta», en referencia al obsceno gesto que supuestamente mi padre dedicó a varios manifestantes durante unas vacaciones familiares en dicha ciudad. En algunas ocasiones mi cáustico sentido del humor me ha puesto en más de un aprieto, pero esta vez me gané un montón de risas sin reservas.

Más en serio, la gente se había presentado al acto porque estaban decepcionados porque el partido que ellos habían creído que representaba su punto de vista en Ottawa había dejado de hacer exactamente eso. El Partido Conservador debe su éxito a la ferviente abnegación de sus bases, pero el señor Harper lo ha convertido en un vehículo para su perpetuación como primer ministro. Es cierto que ningún gobierno de las últimas décadas ha hecho un buen trabajo a la hora de fortalecer a los diputados o, en términos más generales, de averiguar cómo llevar nuestra democracia parlamentaria a la época moderna. Dicho esto, el gobierno actual ha alcanzado nuevas cotas de control del mensaje y la disciplina del partido. Sé que a la gente que recuerda bien sus raíces como Partido Reformista esto le parece especialmente exasperante. Lo he oído una y otra vez durante la campaña de primarias, y desde entonces, pero aquella noche en Kamloops,

todo encajó. Fruto de la casualidad, dije algo que repetiría muchas veces más durante los siguientes dos años en el oeste de Canadá: «Eligieron a buenas personas como voz de su comunidad en Ottawa. Pero en su lugar, consiguieron la voz de Stephen Harper».

Nunca había visto tantas personas asintiendo con la cabeza.

Los canadienses quieren saber que su voto es importante. «Cómo funciona el Parlamento» no es un tema que les quitara el sueño a muchos de mis compatriotas. Lo importante es que sus puntos de vista sean tomados en serio por alguien que, una vez elegido, pueda hacer algo con ellos. Significa aún más que esa persona se tome el tiempo necesario y haga el esfuerzo requerido para seguir en contacto con sus opiniones después de haber sido elegido.

La gente siente los efectos del retroceso de la democracia con el transcurso del tiempo. Saben cuándo su parlamentario habla por convicción en vez de repetir lo que dice el líder. La extrema rigidez del señor Harper en este sentido hace un flaco favor tanto a su bancada como a los canadienses que han confiado sus votos a su partido. Creo que se trata de un enfoque de liderazgo erróneo, y por eso he adoptado compromisos concretos para solucionar el problema.

Naturalmente, es preciso alcanzar un equilibrio. La gente tiene que saber que cuando votan por un diputado liberal, él o ella apoyarán el programa político y los valores del partido. No obstante, la disciplina de este debería limitarse solo a un pequeño número de votaciones: temas que contradigan la Carta de Derechos y Libertades, y los relacionados con el presupuesto y el programa.

Conseguir el equilibrio adecuado quiere decir ser coherente, reflexivo y apasionado a la larga con los asuntos realmente significativos, es decir aquellos que más importan. La disposición a comprometerse suele ser una virtud en la vida, y en política la habilidad que uno tenga para involucrarse sin traicionar sus valores fundamentales contribuirá en gran medida a determinar si tendrás éxito. A lo largo de la campaña de primarias sostuve que hay demasiados canadienses que no saben por qué aboga el Partido Liberal. El único modo de solucionar el problema era hacer explícitos nuestros valores y vivir según los mismos, incluso cuando nos lleven a posiciones que puedan resultar controvertidas o impopulares en algunos círculos.

Durante mi campaña dejé claro que el Partido Liberal tiene que ser un partido liberal. Con ello me refería a que los valores fundamentales del liberalismo —igualdad de oportunidades económicas y diversidad de pensamiento y religión, equidad y justicia social— deben ser las piedras angulares del Partido Liberal y de sus políticas. En este sentido, afirmé que necesitábamos ser un partido que defendiera el derecho de la gente a tener una posibilidad efectiva y justa de alcanzar el éxito, sin importar si habían nacido ricos o pobres, de dónde viniesen o qué fe profesaran, si es que profesaban alguna.

Una cosa es decir todo esto en abstracto, y otra muy diferente ponerlo en práctica. Por ejemplo, creo que la mayoría de los canadienses, independientemente del sentido de su voto, coinciden en que nuestra diversidad es uno de los grandes logros de Canadá.

Personalmente, creo que es el mayor de todos. Como dije antes, puede que seamos el único país en la historia de la humanidad que es más fuerte debido a su diversidad, y no a pesar de ella. Hemos conseguido, mediante el trabajo duro y la generosidad de espíritu, construir una sociedad próspera y armónica en la nación más multicultural del mundo. Desde antes de nuestra fundación, es algo básico en relación con quiénes somos. Lo llevamos en nuestro ADN. Nuestro instinto para mirar más allá de nuestras diferencias, para buscar puntos en común y encontrar causas comunes, mantuvo con vida a nuestros ancestros en los primeros inviernos que pasaron en estas tierras, como atestigua el ejemplo de Samuel de Champlain, lo cual es tan cierto que ha contribuido a que nuestras principales ciudades se hallan convertido en modelos de éxito que sociedades multiculturales del mundo entero tratan de emular hoy día.

Uno puede creer todas estas cosas y no ver aún que este valor está sometido a un gran estrés y presión en el Canadá actual. Justo antes de la Navidad de 2012, sucedió algo que me causó una profunda impresión y me convenció de que la diversidad de Canadá necesita más apoyo y confirmación que nunca. Pronuncié un importante discurso sobre la cuestión (incluido, junto a otros discursos seleccionados, en el anexo final de este libro) mientras era víctima de unos ataques feroces por parte de la derecha por osar hacer algo así. La ocasión fue la convención en Toronto para la Revitalización del Espíritu Islámico, un extraordinario encuentro de más de veinte mil jóvenes musulmanes canadienses que se unieron para hablar entre sí acerca de cómo podían ser participantes de pleno derecho en una sociedad pluralista y multicultural como la de Canadá sin perder todo aquello de más singular y único que es propio de sus creencias religiosas y culturales.

Mi mensaje fue claro. No se me ocurría ningún debate más fundamentalmente canadiense que aquel. Cómo convertirse en verdaderos ciudadanos de Canadá sin volver la espalda a nuestra comunidad de origen es una lucha a la que se han enfrentado la mayoría de canadienses a lo largo de nuestra historia. Puse un célebre ejemplo para apoyar mi argumentación. A finales del siglo XIX, catolicismo y liberalismo eran ampliamente considerados dos sistemas antitéticos de creencias irreconciliables. La libertad de conciencia y el pluralismo religioso eran vistos como desafíos directos a la autoridad de la Iglesia, en ninguna parte más que en mi provincia natal. Como sucede hoy en día, el argumento más persuasivo que los partidarios de la diversidad tenían a su disposición eran los hechos sobre el terreno. Todo se redujo a que los ideales abstractos están bien, pero que al final tenemos que vivir juntos, y no todos creemos las mismas cosas. Podemos seguir la senda que nuestros países y culturas ancestrales han recorrido (rencor, conflicto y violencia), o podemos intentar idear una nueva manera, más productiva y generosa, de vivir juntos.

El portavoz más elocuente a la hora de defender este punto de vista era un joven quebequés llamado Wilfrid Laurier. Por entonces era un nuevo parlamentario perteneciente a un advenedizo partido político. Estaba profundamente convencido de que

su pueblo, en calidad de minoría lingüística y religiosa dentro de un nuevo país donde la mayoría era de habla inglesa y protestante, debería dar un ejemplo positivo de apertura y aceptación hacia quienes no compartían sus creencias. Al tener que hacer frente a persuasivos argumentos filosóficos en sentido contrario, Laurier sacó su carta ganadora: todos estamos aquí, y ninguno de nosotros se va a ninguna parte. Creemos en cosas diferentes. ¿Cómo vamos a aunar esfuerzos para construir juntos un país si solo nos centramos en aquello que nos divide en vez de en nuestros intereses comunes?

Creo que el razonamiento de Laurier es hoy tan poderoso como lo fue en su día, si no más. La realidad de las comunidades canadienses, grandes y pequeñas, es quizá la mayor prueba del mundo en contra de quienes afirman que la armonía no puede provenir de la diversidad. Como suele ser habitual en la historia de nuestro país, el pragmatismo siempre prevalece sobre un sentimiento equivocado de pureza cultural o ideológica. Eso fue lo que manifesté en la convención: el dogmatismo, el inmovilismo y la intolerancia son opuestos a quienes somos en cuanto que canadienses. Esto es así para un joven musulmán en Mississauga hoy en día como lo fue para un joven católico en la ciudad de Quebec en 1877. Siempre hemos generado prosperidad aunando esfuerzos, aprendiendo del punto de vista diferente del otro, pero trascendiendo dichas divergencias para encontrar puntos de convergencia. Así es como hemos conseguido un país justo y próspero.

Volvía a estas grandes cuestiones básicas una y otra vez: crecimiento que funcione para la clase media y oportunidad económica justa para todos; respeto y fomento de la libertad y la diversidad; y un gobierno más democrático que represente a todo Canadá. Estos objetivos interrelacionados fueron los pilares sobre los que queríamos construir la campaña, un renovado Partido Liberal, y un programa para gobernar este país. Aún lo son. Las políticas que nos acercarán a estos objetivos han ido perfilándose, y seguirán evolucionado a medida que nos acerquemos a las próximas elecciones. Tras formular nuestras metas, estamos en condiciones de elaborar políticas que nos ayuden a alcanzar dichos objetivos. Al final de la campaña, diría en Ottawa que los liberales han elegido en mí un líder que «comenzará, pasará y terminará cada día» pensando en cómo hacer de este un país mejor para el canadiense medio.

Obviamente, no llegaremos muy lejos sin personas para llevarlo a cabo. Empezando por una masiva campaña de reclutamiento de voluntarios, pusimos en marcha lo que se convertiría quizá en el mayor esfuerzo en la historia de Canadá por involucrar a la gente en política. Nos enorgullecía mucho el hecho de que nuestra campaña estuviera impulsada por voluntarios. Cerca del final de la campaña, contábamos con más de doce mil voluntarios trabajando con nosotros por todo el país, la mayor parte de los cuales nunca antes había estado involucrado con el Partido Liberal. Diseñamos un organigrama plano que permitía a la gente adherirse con facilidad, en cualquier lugar de Canadá.

Nuestro grito de guerra era que queríamos construir un movimiento más que un partido, uno que favoreciera los resultados por encima de los títulos. No nos importaba si uno había participado en acciones del partido durante varias décadas o cinco minutos. Creíamos que si se habían hecho cosas, aún había más por hacer. Era sencillo, directo y universalmente entendido dentro de la campaña. Y funcionó.

Para cuando en abril llegué a la convención de Toronto, teníamos unos 250,000 inscritos simpatizantes del Partido Liberal. De estos, unos 115,000 votarían durante aquella semana, de modo que cuando se anunció que había ganado la contienda en Ottawa, podíamos afirmar que contábamos con el apoyo de más de 100,000 canadienses.

Hubo gente que hizo todo lo posible por minimizar la importancia de estas cifras. Sostuvieron que nuestros simpatizantes no estaban realmente vinculados al partido, que habían considerado el tema del liderazgo como una novedad o como una moda pasajera, y que desaparecerían en cuanto terminaran las primarias. Su posición era que si estas personas ni siquiera estaban dispuestas a gastarse la modesta cantidad de dinero (10 dólares) necesarios para convertirse en afiliados, ¿qué grado de compromiso podían tener realmente? Desde su punto de vista, la campaña de primarias había sido por lo tanto un fracaso.

No se necesita tener un doctorado en comportamiento político moderno para saber lo desacertado que es dicho parecer. Va en contra de todas las tendencias actuales en organizaciones, desde las benéficas a las ONG, los partidos políticos o iglesias. La gente no se «une» simplemente a una organización del modo en que solían inscribirse en un equipo de boliche o un coro en la década de 1950. Esto no significa que las personas no se comprometan con causas de interés público o que no les interese involucrarse. Cualquiera que pase tiempo con los canadienses de hoy, sobre todo con los más jóvenes, encontrará un espíritu en pro del interés público capaz de competir con el de cualquier otra generación. La gente de hoy simplemente exige más a las organizaciones a las que decide afiliarse. Quiere tener más voz, una mayor implicación y un número mayor de puntos de acceso. Si hubiera que diseñar una organización desde cero con el único fin de «repeler» a un número elevado de canadienses comunes, no se podría hacer mejor que la aburrida rigidez de un partido político tradicional.

En cualquier caso, las cifras hablan por sí solas. Cuando lancé mi campaña, el Partido Liberal tenía menos de 30,000 miembros. En julio de 2014, tenemos más de 160,000, y el número aumenta con rapidez. Sabemos por la superposición entre las personas que empezaron a interesarse por primera vez durante la campaña y los nuevos miembros que se han unido al partido desde entonces, que la iniciativa de los «simpatizantes» fue un gran éxito. Ideada, diseñada y respaldada por las bases del partido, esta clase de simpatizantes ha tenido mucho que ver en el rejuvenecimiento del partido.

Nuestro duro trabajo no ha hecho más que empezar, por supuesto. Salimos de la convención de primarias con un partido fuerte, unido y revitalizado. Establecimos una propia visión liberal clara de las principales cuestiones a las que se enfrenta el país, y construimos una red de voluntarios a escala nacional que trabajan a diario para reconectar a nuestro partido con las comunidades a las que queremos servir. Pese a todo ello, sé que los canadienses retienen su sano sentido de escepticismo hacia la política y los políticos. Esperan que nos ganemos su confianza, día tras día. Lo entiendo.

Aunque es probable que todavía quede un año, los contornos de las próximas elecciones federales ya se están perfilando. Creo que será una elección nítida entre dos perspectivas opuestas sobre cómo construir este país. El Partido Conservador, tras diez años en el poder, tiene muy pocas ideas novedosas. O bien se resisten a aceptarlos, o bien agravan los principales problemas de nuestro tiempo. Para el canadiense medio, a quien le preocupa que no aumenten sus ingresos, este gobierno le dice: «Nunca han estado mejor». Los canadienses que quieren ver a su país adoptar una actitud más responsable de cara a atenuar y adaptarse al cambio climático no reciben más que ataques y excusas, mientras empeoran los efectos del mismo y las eventuales respuestas adecuadas son cada vez más costosas. La incapacidad de poner en marcha una infraestructura estratégica —por no hablar de construir— se alza como un auto de acusación contra la capacidad administrativa de los conservadores. El enfoque corto de miras en relación con la inmigración ha entorpecido esta herramienta crítica de consolidación nacional en el momento en que más la necesitamos. Los ataques sin descanso contra nuestras instituciones públicas, desde el Parlamento o el Tribunal Supremo a la agencia gubernamental Elections Canada, han hecho que este país sea más débil, no más fuerte.

El elemento clave, no obstante, es que todas estas carencias surgen de una causa subyacente común: el espíritu autocrático del tipo «O aceptas o te vas» que se ha instaurado en las entrañas del actual Partido Conservador. Parecen deleitarse en el aislamiento de los enemigos y en derrotarlos, en vez de tender la mano y encontrar un objetivo mayor y compartido. No se me ocurre un estilo de liderazgo menos apropiado para este país fuerte, bondadoso y de mentalidad abierta. Los canadienses respetan a los líderes sin miedo a discrepar con ellos cuando estos desacuerdos son auténticos y se expresan con respeto. Uno de los acontecimientos más perniciosos de los años de Harper es una forma rabiosa de partidismo, la idea de que la política es la guerra y los adversarios políticos deben ser tratados como enemigos de combate. Al final, todos debemos unirnos en cuanto canadienses si queremos hacer algo. Como dije a mi partido durante mi primera convención después de que me eligieran como su líder: nuestros opositores políticos no son nuestros enemigos, son nuestros vecinos.

Como espero haber dejado claro a lo largo de este libro, mi acercamiento al liderazgo no podría ser más diferente. Estoy trabajando arduamente para ganarme la confianza de este país. No espero pases gratuitos, ni tampoco tomaré ningún atajo. Creo que estarán

de acuerdo en que así debe ser. Quiero ser el primer ministro de Canadá porque creo que tengo una idea mejor de este país —y mejores ideas para este país— que mis adversarios políticos, aunque no creo que estos sean menos canadienses, o peores personas, solo porque discrepemos. Tengo una gran visión de este país, de dónde ha estado, de cómo se hizo grande, y cómo puede llegar a ser aún mayor en el futuro. Tenemos problemas a los que hacer frente, pero no son mayores que cualquiera que hayamos resuelto en nuestro pasado compartido. Y los solucionaremos, como siempre hemos hecho: avanzando a partir de principios comunes.

Una última observación. Entiendo perfectamente los desafíos que quedan por delante, para mí y para aquellas personas a las que más quiero. Será un duro camino. Saco fuerzas de mis amigos, de mi familia y de las experiencias que dieron forma al hombre que soy a día de hoy. La oración de las Naciones Originarias de Canadá que leí en el funeral de Michel sigue guiándome en la actualidad, y no se me ocurre un final mejor con el que despedirme. Gracias por acompañarme durante este viaje.

*¡Oh, Gran Espíritu!, cuya voz escucho en los vientos, cuyo aliento da vida a todo el mundo, ¡escúchame!*

*Vengo a ti, uno de tus muchos hijos, soy pequeño y débil, necesito tu fuerza y tu sabiduría.*

*¡Déjame caminar entre las cosas hermosas y haz que mis ojos*

*admiren el ocaso rojo y púrpura!*

*Haz que mis manos respeten lo que tú has creado y que mis oídos sean agudos para oír tu voz.*

*Hazme sabio, para que pueda entender las cosas que has enseñado a nuestro pueblo.*

*Déjame aprender las lecciones que ocultaste en cada hoja y en cada piedra.*

*Busco tu fuerza, no para ser superior a mis hermanos; sino para luchar contra mi mayor enemigo: ¡yo mismo!*

*Haz que esté siempre dispuesto a ir hacia ti con las manos limpias y la mirada clara; así, cuando la vida se apague como la luz*

*del atardecer, mi espíritu podrá ir a ti sin pudor alguno.*

Anexo

---

Discursos seleccionados

## Discurso de nominación para la candidatura liberal de Papineau

Montreal, 29 de abril de 2007

Queridos amigos liberales, *bonjour, kalimera sas, buon giorno*. ¡Qué gran día para ser liberal!

Me gustaría empezar por agradecerles sinceramente que estén aquí, por permitirme compartir con ustedes mi deseo —el sueño— de representar a la circunscripción de Papineau.

Debería comenzar también por dar las gracias a mi bella Sophie, a mi propia familia y a la ampliada, a todas esas personas de todas las edades y de todos los entornos que llevan meses volcados en este sueño. Sin el incansable trabajo de esta nueva «familia circunscripcional» no estaría hoy aquí delante de ustedes.

Pero aquí estoy, y es gracias a su inspiración, su ejemplo y su apoyo. Aunque debo compartir con ustedes que también tengo otra fuente de inspiración. En otoño de 1965, los vecinos de Park Ex ayudaron a enviar por primera vez a Pierre Elliott Trudeau, que indicó que su ocupación era la de «profesor», a la Cámara de los Comunes. Los tiempos cambian, así como también las fronteras de los distritos electorales, pero aquellos de los que formaron parte hace cuarenta años cambiaron Canadá para siempre. Este mes hace veinticinco años que ese hombre procuró a Canadá una de las herramientas más modernas que haya visto el mundo para garantizar la protección y el pleno ejercicio de los derechos y libertades de la gente. Todos somos ahora hijos de esa Carta, de lo cual nos sentimos inmensamente orgullosos.

Así que pueden entender lo extremadamente honrado que estoy de poder decir que su primer ministro Trudeau era también mi padre.

Me llamo Justin Trudeau, y los necesito, liberales de Papineau.

Ustedes, los voluntarios de este distrito, como la gran dama de Villeray Lucille Girard, que reúne a diario a jóvenes y ancianos en la Maison des Grands-Parents; como Giovanni Tortoricci, que junta a los amigos en su club Nicolas-Tillemont, y que incluso me dejó ganar una ronda al juego de cartas scopa; y como Joana Tsublekas, que como

todo el mundo sabe, pelea duro semana tras semana por su comunidad a través de la Filia Association. Son ustedes los que definen la calidad de vida de la circunscripción. Son ustedes los que me cuentan su cotidianidad y cuáles son sus esperanzas de futuro. Quiero trabajar con ustedes, y compartir sus desafíos y sus éxitos.

Quiero felicitar a Mary y Basilio por su compromiso vital con el Partido Liberal de Canadá. Gracias a los dos: miren lo fuerte que es hoy el Partido Liberal en este distrito. Con nuestro líder, Stéphane Dion, y el dinamismo de los activos simpatizantes de esta circunscripción, sé que recuperaremos Papineau en las próximas elecciones.

Los necesito para ir por este camino.

Quiero ser su abanderado en la lucha contra nuestros verdaderos adversarios, que son el Bloque Quebequés y los conservadores.

El primero quiere dividir y acabar con nuestro Canadá. Los conservadores quieren dividirnos en cuestiones de justicia social. Quieren fraccionarnos en temas medioambientales, sobre Kioto, poniendo en peligro el futuro de nuestros hijos. Quieren dividirnos con respecto al papel que debe jugar Canadá en el mundo, copiando sus posiciones de la derecha estadounidense.

Quieren dividirnos... Yo quiero unirnos.

Y ¿quién soy yo? Soy Justin Trudeau. Soy un hombre que tiene un sueño para nuestra circunscripción, para nuestra provincia y nuestro país, y soy un hombre que sabe cómo mantenernos unidos para hacer que ese sueño se haga realidad. Veo en Canadá un lugar en el que nuestras familias son más fuertes y cuentan con el apoyo necesario, en el que nuestros mayores están sanos y son respetados, en el que nuestros jóvenes están capacitados y llenos de esperanza, y en el que nuestros nuevos canadienses son abrazados y animados a unirse para construir el Canadá que este mundo necesita desesperadamente que seamos. ¡Para conseguirlo, tendremos que trabajar juntos, algo que empieza ahora mismo, aquí mismo, esta tarde, con sus votos!

## Discurso de anuncio de presentación a las primarias del Partido Liberal de Canadá

Montreal, 2 de octubre de 2007

«No sueñes pequeños sueños porque no tienen el poder de mover el corazón de los hombres»: Goethe

No solo se necesita coraje; también se precisa de trabajo duro y sincero. Permítanme empezar por hablarles sobre las personas que mejor me enseñaron eso, aquí en Papineau.

A este lado de la circunscripción, está Park Ex. Aquí vive gente de todas partes del mundo. Lo cual hace que este barrio sea tan animado. Al otro lado de Jarry Park, el parque preferido de Xavier y Ella-Grace, está Villeray, uno de esos vecindarios firmemente francófonos que definen Montreal. Allí viven artistas e intelectuales, pero también muchas familias trabajadoras.

Al este del distrito está Saint-Michel, donde encuentras a personas como mi buen amigo Ali Nestor —un boxeador— que nos enseña cómo luchar contra la pobreza, la exclusión social y, de vez en cuando, contra senadores del Partido Conservador.

Esta comunidad no solo es extraordinaria por nuestra diversidad de ideas, de culturas y de creencias. Lo verdaderamente excepcional es que esta diversidad se desarrolla de manera pacífica.

Aquí, confiamos en el otro y miramos juntos al futuro.

Esta confianza que nos mantiene unidos aquí en Papineau es la misma que mantiene este país unido.

Amigos míos: Amo Montreal. Amo Quebec. Y estoy enamorado de Canadá.

Elijo, de todo corazón, servir al país al que amo. Por eso me hace tan feliz anunciar aquí, esta noche, mi candidatura para hacerme con el liderazgo del Partido Liberal de Canadá.

Estoy aquí para pedir su ayuda, porque este camino no va a ser un camino de rosas. Tendremos altos y bajos. Vistas impresionantes y algunos tramos aburridos. Y con la llegada del invierno, trechos con placas de hielo.

Pero corresponderemos al tamaño de este desafío con trabajo duro y sincero. Porque lo que se requiere es trabajo duro. Siempre ha sido así.

El éxito de Canadá no sucedió por casualidad, y no continuará sin esfuerzo. Este magnífico e improbable país fue fundado partiendo de una premisa nueva y audaz: que personas de diferentes creencias y orígenes, desde todos los rincones del mundo, podían unirse para construir juntos una vida mejor para ellos y sus hijos de lo que podrían haber hecho ellos solos.

Esta nueva idea de la diversidad es nuestra fuerza. No un desafío que debemos superar o una dificultad que hay que tolerar. Esta idea es el corazón y el alma de la historia del éxito canadiense.

Esa, y una anticuada idea de progreso. La idea de que adeudamos un deber sagrado a los canadienses que vendrán después de nosotros. El de trabajar duro. Para construir un país que les ofrezca aún más de lo que teníamos. Más oportunidades, más opciones, más éxito, como nuestros padres y abuelos hicieron por nosotros.

Estos son los valores que nos definen y nos unen.

He visto gran parte de este país. Y puedo decirles que dichos valores están sanos y salvos, de costa a costa.

Compañeros liberales, estos valores no son propiedad del Partido Liberal de Canadá. No son valores liberales; son valores canadienses.

He oído decir con demasiada frecuencia en círculos liberales que el Partido Liberal creó Canadá. Esto, amigos míos, no es cierto. El Partido Liberal no creó Canadá. Canadá creó el Partido Liberal. Los canadienses crearon el Partido Liberal.

La gran, creciente y optimista clase media del pasado siglo fraguó un consenso generoso y tolerante. Y construyeron un país mejor. Para sí mismos, sí. Pero más importante aún, para los otros y para sus hijos.

Los canadienses instauraron un programa de asistencia médica.

Los canadienses construyeron una economía abierta y dinámica.

Los canadienses dieron la bienvenida a recién llegados desde todas las partes del mundo a sus comunidades y empresas.

Los canadienses desarrollaron una política exterior independiente, y cuando fue necesario, sangraron por nuestros valores en tierras lejanas.

Los canadienses se trajeron la Constitución a casa.

Los canadienses exigieron que sus derechos y libertades inalienables estuvieran fuera del alcance de los políticos.

Y los canadienses equilibraron el presupuesto.

El Partido Liberal fue el vehículo de su elección. Fue la plataforma para sus aspiraciones, no la fuente.

En nuestro mejor momento, estábamos en contacto con los ciudadanos, abiertos a ellos y teníamos la suficiente confianza en ellos para tomar sus ideas y trabajar junto a ellos en la construcción de un país de éxito.

Si cabe extraer alguna lección del pasado de nuestro partido no es dónde fuimos a parar, sino cómo llegamos allí. Estábamos profundamente conectados con los canadienses. Hicimos que sus valores fueran nuestros valores, sus sueños nuestros sueños, sus luchas las nuestras.

Ha llegado el momento de escribir un nuevo capítulo en la historia del Partido Liberal.

Esta va a ser una campaña sobre el futuro, no acerca del pasado. Quiero liderar un movimiento de canadienses que procure construir, no reconstruir. Crear, no recrear.

Después de todo, amigos, vivimos en un mundo muy diferente. Hace veinte años, yo formaba parte de la primera clase de graduados de mi universidad en usar correo electrónico. Fui el último grupo de profesores de instituto preGoogle. Y ahora, mis hijos no saben que había un mundo antes de las BlackBerry.

Pero si bien lo que construiremos es nuevo, lo que tenemos que construir es atemporal.

Sabemos qué quieren las familias canadienses. Buenos trabajos. Una economía dinámica y en crecimiento que nos permita educar a nuestros hijos a medida que van creciendo, así como cuidar de nuestros padres cuando estos se hagan mayores.

Queremos una sociedad compasiva que se organice para ayudar a los vulnerables, y que ofrezca a los menos afortunados la oportunidad de alcanzar el éxito.

Sabemos que Canadá es la sociedad más libre de la Tierra porque confiamos los unos en los otros. Así que queremos un gobierno que mire a los canadienses con respeto, no con suspicacia. Que celebre la Carta de Derechos y Libertades. Que crea en sus decisiones, sus valores y su libertad.

Algunos sostienen que la juventud es la portadora de nuestro futuro. Yo digo que la juventud es un recurso indispensable para nuestro presente. Debemos potenciar a todos los jóvenes canadienses, mediante una enseñanza de alta calidad, a través de una experiencia laboral rica y relevante, y con oportunidades para servir a las comunidades y a su mundo. Sus voces, sus opciones, resultan profundamente importantes, como lo son sus acciones: ya son líderes hoy en día.

Y directamente, a nuestras Naciones Originarias, la realidad canadiense no ha sido — y continúa sin serlo— fácil para ustedes. Tenemos que convertirnos en un país que tenga el valor de reconocer sus errores y arreglarlos juntos, de pueblo a pueblo. Tu lugar no está en los márgenes. Está en pleno corazón de quienes somos y de lo que tenemos que llegar a ser.

Queremos una política exterior que nos permita abrigar la esperanza en el futuro y que ofrezca soluciones al mundo.

Queremos un liderazgo que fomente y celebre el éxito económico en todas las regiones del país. No uno que siembre resentimiento entre provincias.

Debemos combinar la belleza y la productividad de esta gran tierra con un nuevo compromiso nacional de administrarla bien. Mi generación entiende que no podemos

escoger entre una economía fuerte y próspera y un entorno sano. Puede que el enfoque del Partido Conservador funcione para unos pocos, y durante un tiempo. Pero nosotros sabemos que no podemos crear una prosperidad a largo plazo sin una buena gestión del medio ambiente.

Tenemos que aprender lo que hemos olvidado. Que la clave para el crecimiento, para generar oportunidades y progresar, es una pujante clase media. Personas con buenos puestos de trabajo. Familias capaces de hacer frente a los desafíos de la vida moderna.

Una próspera clase media proporciona una esperanza realista y una escalera de oportunidades para los menos afortunados. Un mercado sólido para nuestras empresas. Y un sentimiento de interés común para todos.

Las historias de grandes éxitos económicos del pasado reciente son en realidad historias de crecimiento de la clase media. China, India, Corea del Sur y Brasil, por citar algunas, crecen rápidamente porque han incorporado a cientos de millones de personas a la clase media mundial.

Las noticias al respecto no son tan buenas en casa; no hace falta que se los diga. Ustedes, como nuestros amigos canadienses de todo el país, lo viven a diario. Las familias canadienses han visto estancarse sus ingresos, subir los gastos, y elevarse exponencialmente sus deudas durante los últimos treinta años.

¿Cuál es la respuesta del Nuevo Partido Democrático? Sembrar resentimiento regional y culpar a quienes han alcanzado el éxito. ¿La respuesta del Partido Conservador? Privilegiar un sector por encima de otros y prometer que la riqueza se permeará a todo el conjunto social... a la larga.

Ambas son pulcras respuestas ideológicas a cuestiones difíciles y complejas. Lo único que tienen en común es que ambas están igual de equivocadas.

Tenemos que hacer las cosas bien. Debemos abrir nuestras mentes a nuevas soluciones, escuchar a los canadienses, confiar en ellos.

Y mientras nos enfrentamos a estos desafíos, la única ideología que debe guiarnos son las pruebas. Los hechos y datos científicos. Puede parecer revolucionario en el Ottawa actual, pero en lugar de inventar los hechos para justificar las políticas, crearemos políticas basadas en hechos. Las soluciones pueden proceder de la izquierda o de la derecha; lo único que importa es que funcionen. Que nos ayuden a vivir —y a prosperar— fieles a nuestros valores.

Porque el crecimiento de la clase media es mucho más que un imperativo económico.

La clave para la unidad canadiense es una sensación de finalidad compartida, tan difícil de explicar pero profundamente sentida. La sensación de que estamos juntos en esto. Que cuando a los ciudadanos de Alberta les va bien, crean oportunidades para los de Quebec. Que cuando los quebequenses crean e innovan, repercute en todo el país y en todo el mundo. Que tanto si uno se encuentra en San Bonifacio, o San Juan de Terranova, Mississauga o Surrey, tenemos luchas comunes y sueños comunes.

Es la clase media, no la clase política, la que unifica este país. Es la clase media la

que hace de este una gran nación.

Sabemos que algunos quebequenses quieren su propio país. Un país digno de mis sueños. De sus sueños. Pero para mí, ese país abarca desde el Atlántico hasta el Pacífico, desde los Grandes Lagos al Gran Norte.

Los quebequenses siempre han escogido Canadá porque sabemos que es la tierra de nuestros ancestros, que construyeron este país de este a oeste. Estuvieron aquí para escribir los primeros capítulos de la gran historia canadiense de valor, libertad y esperanza. Hemos dejado nuestras huellas por todas partes.

¿Vamos a dejar ahora de lado esta historia porque personas que hablan otros idiomas vinieron tras nosotros con el mismo sueño de construir un país mejor? Claro que no. Nuestra contribución a Canadá está lejos de haber terminado.

Quiero que el Partido Liberal vuelva a ser el partido que promueva y valore la realidad francófona de este país. Quiero que mi partido apoye a las comunidades francófonas en todo el territorio nacional. Y quiero que el Partido Liberal vuelva a ser el vehículo para que los quebequenses contribuyan al futuro de Canadá.

Mi candidatura ha sido motivo de especulación en los últimos meses. Se han escrito extraños artículos de periódicos. Algunos realmente singulares.

Pero después de las últimas elecciones dije a los liberales que teníamos que superar la idea de que un simple cambio de liderazgo podría solucionar nuestros problemas. Sigo creyendo lo mismo. Puede que mi candidatura haga brillar algunas luces de más sobre nosotros. Quizá coloque a algunas personas en las graderías para observarnos. Pero lo que hagamos con esa oportunidad depende de nosotros. De todos nosotros.

Y cuando los canadienses sintonicen, debemos demostrarles que nosotros, los liberales, hemos aprendido del pasado, sí. Pero que estamos cien por ciento centrados en el futuro.

Y no en el futuro de nuestro partido: en el futuro de nuestra nación.

Me presento porque creo que este país quiere y necesita un nuevo liderazgo. Una visión para el futuro de Canadá fundada no en las políticas de la envidia o la desconfianza. Uno que entienda, a pesar de todas las bendiciones bajo nuestros pies, que nuestra mayor fortaleza está sobre la tierra, en nuestro pueblo. Todos los canadienses, aunando esfuerzos, dispuestos a construir una vida mejor, un Canadá mejor.

A millones y millones de canadienses les resulta irrelevante su gobierno, tan alejado de sus vidas cotidianas, por no hablar de sus esperanzas y sueños. Para ellos, Ottawa no es más que un lugar donde la gente juega a la política como si fuera un juego abierto a un pequeño grupo, y que atrae a uno aún más pequeño.

No se ven a sí mismos, ni a sus valores, reflejados en Ottawa.

Amigos, nosotros lo haremos mejor.

Esto no es una acusación personal contra el señor Harper ni el señor Mulcair. Muy al contrario, respeto su compromiso y servicio. Pero creo que ambos están completamente equivocados sobre este país. Y quiero decirles que, juntos, podemos demostrarlo.

Habrá muchos altos y bajos de aquí a abril. Y si trabajamos duro y alcanzamos el éxito, sé que habrá muchísimos más de abril al 2015.

No me presento como alguien que tiene todas las respuestas. De hecho, creo que ya hemos tenido suficiente de esa clase de política.

Pero sé que tengo una gran visión de esta nación. Dónde hemos estado, dónde estamos y hacia dónde queremos ir. Y creo que puedo aportar nuevas fuerzas para acabar con viejos problemas. Puedo convencer a una nueva generación de canadienses de que su país les necesita. Que valora su energía, ingenuidad y visión. Juntos, podemos convencer a los jóvenes canadienses de que servir a este país es su propia recompensa.

Les prometo algo: si me confían el privilegio de ostentar el liderazgo, trabajaré duro, durante largas horas y sin descanso. Aprendí de primera mano de la gente de Villeray, Saint-Michel y Park-Extension que no existen los atajos, ni los caminos fáciles para ganarse la confianza y el respaldo de la gente. Uno debe trabajar en ello, un día sí y otro también.

Porque eso es lo que va a hacer falta, y es lo que los canadienses se merecen.

Piénsenlo por un momento: ¿Cuándo fue la última vez que tuvieron un líder en el que confiaban de verdad? Y no solo el vago «confiar en que gobierne de manera competente», sino confiar de verdad, del modo en que uno confía en un amigo para que recoja a sus hijos del colegio, o en un vecino para que tenga las llaves de tu casa. ¿Confianza real? Es una clase de respeto que uno debe ganarse, paso a paso.

Me siento un privilegiado por haber tenido con este país la relación que he tenido a lo largo de toda mi vida, con su tierra, con sus gentes.

Desde mis decididos primeros pasos siendo un niño, a mis primeros determinados pasos como político: hemos recorrido muchos kilómetros juntos, amigos...

Siempre han estado ahí para mí. Me han inspirado y apoyado en los buenos tiempos, así como en los más difíciles. Y me han convertido en el hombre y el padre que soy.

Escojo hoy iniciar esta campaña porque es el cumpleaños de mi hermano pequeño. Michel murió sepultado por una avalancha, haciendo aquello que le apasionaba, en el país que tanto amaba. Hoy Michel cumpliría treinta y siete años. Pienso en él cada día y me recuerdo no dar nada por sentado. Vivir la vida plenamente. Y siempre ser fiel a mí mismo.

En el funeral de Michel, mi padre leyó un fragmento de la primera carta del apóstol San Pablo a los corintios. Pablo escribió: «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño».

Ha llegado el momento de que nosotros, esta generación de canadienses, dejemos de lado las cosas de niños. Más aún, es hora de que todos nosotros nos unamos y nos pongamos manos a la obra en el serio y adulto trabajo de construir un país mejor. Por nosotros, por nuestros amigos canadienses, y por nuestros hijos.

Los canadienses vivimos en una tierra sagrada. Somos el pueblo más diverso del

mundo, y tenemos un carácter pacífico. Somos fuertes, pero compasivos. Tenemos seguridad, pero trabajamos duro y nos la ganamos. Tenemos recursos que son la envidia del mundo.

Comprometámonos a igualar estos recursos con inventiva. Volvamos a dedicarnos al glorioso e improbable trabajo en curso que es Canadá. Y a servir a su gente mediante el único partido dispuesto a hablar a y por los canadienses: el Partido Liberal de Canadá.

Así que esta noche, Sophie y yo nos valemos del amor por nuestra familia y ofrecemos todo lo que tenemos al servicio de Canadá, y a todos y cada uno de ustedes.

Únanse.

## Discurso pronunciado en la convención de elección del líder del Partido Liberal de Canadá

Toronto, 6 de abril de 2013

Hoy comparezco ante ustedes como hijo de Quebec. Como nieto de la Columbia Británica. Y como servidor de Canadá.

Estos canadienses a los que acaban de conocer [en el video introductorio] son algunos de los miles que he tenido el honor de conocer, de hablar y aprender de ellos, a lo largo de los últimos seis meses.

Sus historias son extraordinarias. Notables por ser tan comunes en Canadá.

Con esperanza y trabajo duro, los canadienses viven a diario los valores que unen este país. Optimismo, amplitud de miras, compasión, servicio a la comunidad, generosidad de espíritu.

Amigos, nuestro partido debe ser su partido.

Debemos convencer a Chanchal de que compartimos su ética del trabajo, su deseo de servir, su optimismo respecto al futuro.

Tenemos que demostrar a Penny que estamos en esto por ella. Que entendemos la carga que acarrea, cada día, para que la vida de sus hijos, de sus vecinos, de su comunidad, sea mejor.

Debemos construir con Justin y Ali un país digno de sus sueños y mostrarles que ya hay canadienses por toda nuestra tierra que comparten los mismos valores que los quebequeses: integridad, una actitud receptiva y compromiso comunitario.

Para quienes piensan que los canadienses no compartimos valores comunes, los animo a pasar más tiempo en este país. En todo el país.

Compañeros liberales, el mensaje que tengo para ustedes es simple. Para liderar Canadá, debemos servir a los canadienses. Y debemos demostrarlo con actos más que con palabras. Digo esto no como hijo que lo aprendió de su padre, sino como padre que lo aprende a diario de sus hijos.

Los conservadores han olvidado el valor del servicio. En la actualidad solo hablan del

«servicio comunitario» cuando se refieren a un castigo por un crimen. Y en todo caso, a la única persona a la que el señor Harper quiere que sirva su bancada es a su líder.

Bueno, eso no es suficiente. Tenemos que ser un partido de líderes comunitarios, consagrados al servicio a la comunidad. Esta es la razón por la que solicito nominaciones abiertas para todos los candidatos del Partido Liberal en todas las circunscripciones, en las próximas elecciones.

El señor Harper nos está enseñando cómo los gobiernos cada vez están más alejados de la realidad. Los canadienses se están cansando de la política negativa y divisoria de los conservadores. Y se sienten decepcionados de que el NDP, con el señor Mulcair, haya decidido que si uno no puede derrotarlos, es preferible unirse a ellos.

Mulcair y Harper son maestros en la política de división. Están contentos de aprovecharse de las diferencias y desacuerdos para promover sus intereses.

Este contra Oeste, Quebec contra el resto de Canadá, los ricos contra los menos afortunados, ciudades contra regiones, etcétera.

Esto es la vieja política. Aunque a corto plazo, puede funcionar. Así fue como salió elegido el gobierno del señor Harper.

Tenemos que ser mejores que eso. Somos un pueblo optimista, trabajador y resolutivo. Los canadienses quieren una alternativa positiva que plantee nuevas soluciones, nuevas ideas y una nueva manera de hacer política. Estoy más convencido que nunca de que si trabajamos duro cada día de aquí a entonces, el Partido Liberal de Canadá será esa elección positiva en 2015.

Así que permítanme ser muy claro en una cosa.

Quiero ser su líder porque quiero trabajar con ustedes, y con millones de canadienses, para construir esa alternativa positiva a los conservadores. Una que escogerán libremente los canadienses porque nos habremos ganado su confianza.

Los canadienses no quieren simplemente un gobierno diferente. Quieren un gobierno mejor.

Quienes piensen que debemos ganar a cualquier precio —independientemente del modo— están equivocados. Es una equivocación creer que con el simple hecho de librarnos de este gobierno haremos que desaparezcan todos los problemas de Canadá.

Este es un modo ingenuo y simplista de abordar nuestro futuro.

Nos enfrentamos a verdaderos y significativos desafíos.

La clase media canadiense ha visto estancarse sus ingresos, mientras que sus gastos suben y sus deudas se elevaban exponencialmente. Librarse simplemente del señor Harper no hará que obtengan el primer aumento real en treinta años.

Los jóvenes canadienses no encontrarán trabajo solo porque se vaya el señor Harper.

Los quebequenses no van a volver a implicarse de forma automática en el seno de nuestra federación solo porque Harper ya no sea primer ministro.

Nuestra reputación internacional sobre el medio ambiente no quedará restaurada al día siguiente de que se marche Harper.

Lo cierto es que los canadienses quieren votar por algo, no solo en contra de alguien. Quieren votar por una visión a largo plazo que refleje nuestros valores, nuestros sueños y nuestras aspiraciones.

No obtendrán esa concepción de un monstruo de Frankenstein, enfrentado consigo mismo por cuestiones fundamentales como la Constitución, los recursos naturales y el libre comercio. Fracasaría en su objetivo principal: prorrogaría, no terminaría, la carrera del señor Harper.

Desde Ponoka, Alberta, a las Île-des-Chênes, Manitoba, a Edmundston, Nuevo Brunswick, los canadienses esperan que hayamos aprendido la lección. Durante el transcurso de esta campaña, empecé a describir para los canadienses una visión de este país que es muy, muy diferente de la de este gobierno.

Nuestro principal objetivo económico será el bienestar de la clase media y de aquellos canadienses que estén trabajando duro para unirse a ella. Nuestro principio básico será la igualdad de oportunidades. Nuestro programa desarrollará nuestras habilidades, apoyará a los vulnerables, atraerá la inversión y ampliará el comercio.

Se trata de una visión que abraza la diversidad. Una que reconoce que Canadá es fuerte debido a nuestras diferencias, no a pesar de ellas. Una que cree profundamente en el federalismo, y que mantiene el equilibrio entre las prioridades nacionales y los medios regionales y locales para satisfacerlas.

Una concepción que considera a los recién llegados a esta nación como constructores de las comunidades y del país; como ciudadanos, y no solo como empleados o un segmento de la población del que obtener votos.

La nuestra es una visión que sabe que la prosperidad económica y la salud del medio ambiente, puede —y debe— ir de la mano en el siglo XXI. No ignoraremos la ciencia, ni rehuiremos cuestiones difíciles y urgentes como la fijación del precio del carbono. Ni sucumbiremos a la política fácil demonizando un sector de la economía o una región del país.

Un Partido Liberal del que yo sea líder nunca utilizará los recursos occidentales para ganar votos de los orientales.

Defenderemos la unidad nacional ofreciendo a los quebequenses y a todos los canadienses un proyecto político progresista que nos reúna a todos en su apoyo. Seremos audaces y ambiciosos, porque este país es superior a la suma de sus partes.

Nuestra política internacional fomentará la paz, la democracia y el desarrollo. Canadá debe ser una pieza fundamental en la escena mundial, proponiendo debates y deliberaciones positivas; no conflictivas, como sucede hoy en día.

Compañeros liberales, no les quepa la menor duda. Conmigo como su líder, obtendrán una visión clara y positiva de Canadá. Hemos empezado a exponerla en esta campaña. Nos hemos centrado en las grandes cuestiones como la prosperidad de la clase media, una democracia saludable y una economía sostenible.

Se trata de una visión que ustedes y yo vamos a llevar a cabo, juntos, con los

canadienses.

Esto es hacer política de forma diferente.

Si trabajamos duro y seguimos siendo optimistas, presentaremos una alternativa irresistible al Partido Conservador dentro de treinta meses. Irresistible no porque sea liberal. Sino porque será cien por ciento, indudablemente canadiense.

No será fácil. Nada que valga la pena lo es. Pero ese es el camino a la victoria en 2015.

Esperanza, amigos. Esperanza siempre. Pero más que eso. Esperanza y trabajo duro.

Verán, el mayor problema con el gobierno del señor Harper no es que sean malintencionados. Es que son poco ambiciosos.

Después de todo, ¿cuál es el mensaje económico de los conservadores hoy en día? ¿Que los canadienses deberían estar contentos porque no vivimos en Europa?

Y lo que es peor, los conservadores usan nuestros desafíos como oportunidades para demonizar a sus adversarios y dividir a los canadienses, no para encontrar soluciones.

Depende de nosotros, el Partido Liberal, decir que la forma de hacer política de los conservadores no basta. Los canadienses son mejores que sus políticos. Canadá se merece algo mucho mejor.

Hay quienes me preguntan: ¿Qué te hace pensar que puedes asumir dicho reto?

A esos les digo: He vivido y respirado cada kilómetro cuadrado de este país desde que nací. He vivido y trabajado en el este y en el oeste, en francés y en inglés. Me siento orgulloso de tener amigos de toda la vida, colegas y partidarios desde el archipiélago Ártico al Point Pelee.

Y he conocido, hablado y aprendido de más canadienses en los últimos seis meses que el señor Harper en los pasados seis años.

Llevo toda la vida abierto a los canadienses. Y por eso, tengo una gran visión de este país. Dónde ha estado, dónde está y hacia dónde quieren ir los canadienses.

¿Y de qué se tratan los ataques de los conservadores hacia los profesores? Nunca han conocido a ningún profesor con el que no busquen pelea. Siento un profundo orgullo de ser uno de los cientos de miles de canadienses que pertenecen a la profesión docente. Y déjenme que les diga una cosa, amigos, este profesor tiene toda la intención de contraatacar.

Para concluir, quiero compartir una historia con ustedes.

Muchos de ustedes saben que hoy se cumple un aniversario. Exactamente esta noche hace cuarenta y cinco años, una asamblea de canadienses nombró a mi padre líder del Partido Liberal de Canadá.

Muchos canadienses se me han acercado a lo largo de esta campaña para compartir historias sobre mi padre. Permítanme que les explique una muy especial.

Conocí al oficial Jeff Ling en el Loyalist College, en Belleville. Fue al final de una larga mañana. El oficial Ling se acercó a la parte delantera de la sala para darme un regalo. Lo reconocí al instante. Era una foto de mi padre conmigo. Probablemente la

habrán visto. Yo tenía unos dos años y mi padre se dirigía a toda prisa a Rideau Hall, cargando conmigo bajo el brazo.

Tanto mi padre como yo miramos a un oficial de la Real Policía Montada de Canadá. Va uniformado y nos saluda secamente.

Esa foto significa mucho para Jeff y para mí. Porque aquel oficial era su padre.

Lo que me emocionó fue que allí estaba Jeff, sirviendo a su país una generación más tarde, con la misma dedicación y callado orgullo que su padre. En aquel momento, representaba a los miles de canadienses con los que tuve el singular honor de crecer. Hombres y mujeres para quienes su servicio a Canadá era su recompensa.

Sé que hay quienes dicen que este movimiento que estamos levantando se basa en la nostalgia. Que no tiene nada que ver conmigo, con ustedes o con Canadá. Admitámoslo: dicen que se trata de mi padre.

Bien, a ellos les digo lo siguiente:

Lo es. Se trata de mi padre. Y del padre del oficial Ling. Y de nuestras madres. Y de las suyas. Se trata de nuestros padres y del legado que nos dejaron. El país que construyeron para nosotros. Canadá.

Pero ahora sabemos lo que sabían entonces. Se trata más del futuro que del pasado. Se trata siempre, en toda circunstancia, de nuestros hijos más que del legado de nuestros padres.

Que con esperanza y esfuerzo, podemos hacer posible el progreso. Que podemos dejar un país mejor a nuestros hijos del que heredamos de nuestros padres.

Progreso. Es el valor fundamental del Partido Liberal. Por eso generaciones de canadienses, de todos los rincones de nuestra tierra, y en todos los ámbitos de la vida, pusieron su corazón, su alma, sus ideas y su sudor en nuestro partido.

Dije en octubre que el Partido Liberal no creó Canadá. Canadá creó el Partido Liberal. Bueno, los últimos seis meses me han enseñado que quizá, solo quizá, los canadienses estén dispuestos a volver a hacerlo.

Podemos liderar el cambio que tantos canadienses desean que ocurra.

Les pido su tiempo, su inteligencia y esperanza, y su trabajo duro.

Y esta semana, les pido su voto para llegar a ser el próximo líder del Partido Liberal de Canadá.

Únanse a mí, únanse a nosotros, y nuestro trabajo nos hará sentirnos orgullosos. Crean, ahora y siempre, en nuestro país.

Gracias.

# Discurso de aceptación del liderazgo del Partido Liberal de Canadá

Ottawa, 14 de abril de 2013

Gracias, amigos, gracias.

Normalmente empezaría por agradecer a mi familia y amigos soportar mis ausencias y permitirme marcharme a hacer campaña, pero eso no es exactamente así. La decisión de optar al liderazgo del partido nunca fue a costa de mi responsabilidad hacia mi familia, sino debido a ella. Y por lo tanto mi familia y amigos siempre han estado en el centro de esta campaña. Hicimos esto juntos.

Gracias, Sophie. Gracias, Xavier y Ella-Grace.

A mis compañeros candidatos, Joyce, Martha, Karen, Deborah, Martin, George y Marc, y a los miles de canadienses que trabajaron en sus campañas, quiero decirles: no somos adversarios sino aliados. Su valor, inteligencia y compromiso seguirán honrando al Partido Liberal de Canadá.

Y por la salud de este partido, por el duro trabajo que ha emprendido, quiero dar también las gracias, desde el fondo de mi corazón, a mi amigo, colega y gran canadiense Bob Rae. Bob, seguimos necesitando tu liderazgo, tu sabiduría y tu compromiso sin igual para con tu país y tu partido.

Esta ha sido una gran campaña. Estamos muy orgullosos de que haya sido fomentada por voluntarios. Más de doce mil canadienses dieron un paso adelante. Gracias por su dedicación para hacer que este maravilloso país sea aún mejor.

Como toda organización eficaz, esta ha tenido unos líderes ejemplares, magníficos y generosos: Katie Telford y Gerald Butts. Mis amigos y compatriotas. Gracias por lo que han hecho, por lo que hacen, y por lo que vamos a hacer juntos. Rob y Jodi, George, Aidan y Ava, gracias por compartir a Gerry y a Katie con nosotros.

Compañeros liberales, es con gran respeto hacia quienes han estado en el mismo lugar que yo antes, y con la determinación de llevar a cabo el duro trabajo requerido ante ustedes, que acepto, con humildad, la confianza que han depositado en mí. Gracias. A todos. Por su confianza. Por su esperanza. Por elegir formar parte en este movimiento

que estamos construyendo.

Y en esta bonita noche primaveral en la capital de nuestra nación, tengo el honor de acompañaros, orgulloso de ser el líder del Partido Liberal de Canadá.

Amigos, esta es la última parada de esta campaña. Pero la primera de la siguiente.

En los últimos seis meses he estado de costa a costa en cientos de comunidades. He conocido, hablado y aprendido de miles y miles de canadienses. Y gracias a su esfuerzo, más de cien mil votantes han enviado un claro mensaje: los canadienses quieren un líder mejor y un gobierno mejor.

Los canadienses quieren que se les dirija, no que se les mande. Están cansados de las políticas negativas y divisorias de los conservadores de Harper. Y no les convence que el NDP, bajo la dirección de Mulcair, haya decidido que si no puede vencerlos, lo mejor es unirse a ellos.

Estamos hartos de líderes que enfrentan a los canadienses entre sí. A Oeste contra el Este, al rico contra el pobre, Quebec contra el resto del país, a las zonas urbanas contra las rurales.

Los canadienses están dirigiendo su mirada hacia nosotros, amigos. Nos están dando una posibilidad, confiando en que el partido de Wilfrid Laurier vuelva a sus mejores momentos. Confiando en que la política positiva tenga la oportunidad de luchar contra el aluvión constante de negatividad que ustedes y yo sabemos llegará pronto a las pantallas de televisión de todo Canadá. Los mensajes telefónicos ya han empezado, según nuestros voluntarios.

Para adaptar una afirmación del gran presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt: nunca antes en este país las fuerzas de la negatividad, el cinismo y el miedo han estado tan unidas en su hostilidad hacia un candidato.

El Partido Conservador se dedicará ahora a lo que hace siempre. Intentará propagar el miedo. Sembrará cinismo. Intentará convencer a los canadienses de que deberíamos conformarnos con lo que ya tenemos.

Porque en el centro de su poco ambicioso programa se encuentra la idea de que «mejor» no es posible. Que esperar algo más de nuestros políticos y líderes —más humanidad, más transparencia, más compasión— es algo ingenuo que conducirá inevitablemente a la frustración. Y fomentarán la idea divisiva y destructiva con apasionada intensidad. Lo harán por una razón bien simple: tienen miedo.

Pero —y quiero dejar esto muy claro— compañeros canadienses, no es a mi liderazgo lo que temen el señor Harper y su partido.

Es el suyo.

No hay nada que asuste más a los conservadores que un ciudadano canadiense comprometido e informado.

Amigos, he aprendido algo en esta vida, que nuestro país tiene la suerte de contar con innumerables activistas, de todas las clases sociales, y de todas las ideas políticas. Han aparecido a miles a lo largo de esta campaña.

Se han reunido a cientos en sitios como Ponoka, Alberta y Oliver, la Columbia Británica, Prince Albert, Saskatchewan e Île-des-Chênes, Manitoba. Canadienses que creían haber enviado a sus líderes comunitarios a Ottawa, pero en cambio solo recibieron de vuelta la voz de Harper en sus comunidades.

Hemos vistos sus rostros llenos de esperanza en eventos masivos de canadienses reunidos en Windsor y Whitby, Mississauga y Markham. Canadienses de clase media que tanto están contribuyendo a nuestra economía y que reciben tan poco a cambio.

Hemos visto a canadienses de la zona atlántica, desde Edmoulson a Halifax, de Summerside a St. John's, que han decidido que este gobierno no comparte sus valores. (A mis amigos de Labrador, espero verlos muy pronto).

Hemos conocido a jóvenes líderes aborígenes por todo el país, de Tk'emlups a Whapmagoostui, que simplemente están cansados de verse obligados a permanecer en los márgenes de este país. Con el valor de caminar seiscientos kilómetros a través de un invierno canadiense para indicar que no se quedarán de brazos cruzados.

Francófonos que viven en Shediac, Sudbury, San Bonifacio y por todo el país que quieren que sus hijos vivan y prosperen en francés, cuya determinación me inspira; debe inspirar a todo el país.

Quebequenses, desde Gatineau a Gaspé, que quieren volver a comprometerse con este país. Con su país. Que no tienen tiempo para las cuestiones divisorias del pasado de sus padres, sino que quieren trabajar con los canadienses que comparten sus valores en la construcción de un país mejor para todos nuestros hijos.

Su compromiso y apoyo de los últimos meses me ha emocionado profundamente. He aprendido muchísimo de nuestras conversaciones y encuentros. No doy nada por sentado. Sé que uno debe ganarse la confianza de los demás. Mi plan es ganarme la suya.

Tengo confianza en el futuro. Quiero compartir con ustedes por qué los quebequenses siempre han sido constructores. Desde Champlain y Laurier hasta hoy, han participado de forma activa en dar forma a este país, junto con otros muchos canadienses.

Nuestro trabajo no ha finalizado. Nos enfrentamos a desafíos enormes. Ayudar a la clase media a llegar a fin de mes. Reconciliar el crecimiento económico y la protección del medio ambiente. Desempeñar un papel positivo en el mundo. Amigos, para superar estos desafíos debemos demostrar nuestra audacia y ambición. Audacia y ambición, siempre.

Seamos sinceros. No vamos a convencer a todos. Siempre habrá escépticos. Personas que dicen que nuestro país es demasiado grande y tiene demasiadas diferencias para ser gestionado con eficacia, o para que esté representado todo el mundo. Se equivocan, amigos.

No digo que vaya a ser siempre fácil. Que no habrá obstáculos a lo largo del camino. Que no podremos cumplir algunos compromisos.

Canadá es un gran proyecto, aunque inacabado. Y depende de nosotros, junto con todos los canadienses, construir el país que queremos. Ha llegado la hora de que escribamos un nuevo capítulo en la historia de este país.

Dejemos a otros las viejas disputas y debates que no llevan a ningún sitio. Dejemos a otros la retórica ultrapartidista y la antigua forma de hacer política. Dejémosles a ellos los ataques personales.

Quebequenses, seamos, juntos, de nuevo, constructores de Canadá. Para que nuestro país pueda igualar las proporciones de nuestros sueños y ambiciones compartidos por todo el país. Para que podamos dejarles a nuestros hijos un mundo mejor que el que heredamos de nuestros padres.

Amigos, el Partido Liberal recobrará la confianza de los canadienses cuando demuestre que está aquí para servirles. Esta es la tarea en cuestión. Es lo que me guiará como líder del Partido Liberal de Canadá.

A la nueva generación de canadienses y a todos los jóvenes que no están metidos en política, tengo un mensaje muy sencillo para ustedes: su país los necesita. Necesita su energía y pasión. Necesita su idealismo e ideas.

El movimiento que hemos estado construyendo a lo largo de estos últimos seis meses, es suyo. Les pertenece. Es el movimiento con el que cambiaremos la política. El movimiento que nos permitirá reformar nuestras instituciones políticas, para hacer de la reconciliación entre el medio ambiente y la economía una verdadera prioridad, y desempeñar un papel positivo y constructivo en el mundo.

Compañeros liberales, los canadienses están observándonos. Esta campaña ha sido su campaña, más que solo nuestra.

Quieren algo mejor. Se niegan a creer que no es posible hacer algo mejor. Ven el país por el que sus padres y abuelos trabajaron tan duro, y quieren dejar un país aún mejor a sus hijos.

Los canadienses comparten profundos valores que no pueden ser menoscabados, por mucho que lo intente el Partido Conservador. Optimismo. Amplitud de miras. Compasión. Servicio a la comunidad. Generosidad de espíritu.

Queremos creer que el cambio es posible. Queremos un liderazgo que moldee nuestros mejores instintos en un país aún mejor.

Pero los canadienses no toleran a los necios. Los canadienses nos dieron la espalda porque nosotros se la dimos a ellos. Porque los liberales se centraron más en luchar entre sí que en hacerlo por los canadienses.

Bueno, me da igual si piensan que mi padre era genial o arrogante. No me importa si eran de los liberales de Chrétien, de Turner, de Martin o cualquier otra clase de liberal. La era de los liberales de alguien acaba aquí, esta noche.

A partir de hoy, acogemos con beneplácito a todos los liberales en tanto que liberales canadienses. Unidos en nuestra dedicación al servicio y guía de los canadienses. Unidad no solo porque sí, sino unidad de objetivos.

Me dirijo a los millones de canadienses de clase media, y a los millones que se esfuerzan por pertenecer a ella; bajo mi liderazgo, el objetivo del Partido Liberal de Canadá serán ustedes. Prometo que empezaré, pasaré y acabaré cada día pensando en cómo resolver nuestros problemas y trabajando duro para conseguirlo.

Sé que son optimistas con respecto a nosotros, pero con cautela. Después de todo, son canadienses. Saben que es bueno tener esperanza, pero que sin trabajo duro en igual medida para respaldarla, esta será efímera. De modo que sé que nos juzgarán por la tenacidad de nuestra ética de trabajo, la integridad de nuestros esfuerzos y, llegado el 2015, la claridad de nuestro plan para hacer de nuestro país un lugar mejor. Así debe ser.

Sé lo afortunado que he sido durante toda mi vida. Afortunado, sobre todo, de haber aprendido tanto de tantos canadienses. Aprender que en este país, liderazgo significa servicio.

Amo este país, amigos, y creo profundamente en él. Merece un mejor liderazgo que el que ahora tiene.

De modo que seamos claros sobre lo que hemos logrado. Hemos trabajado duro y hemos tenido una excelente campaña. Estamos unidos, llenos de esperanza y firmes en nuestro objetivo.

Pero sepan algo: hemos ganado nada más y nada menos que la oportunidad de trabajar aún más duro. Esforzarnos más para demostrarnos que somos merecedores de liderar a este gran país.

Deberíamos estar profundamente agradecidos por esta oportunidad. En tanto que su líder, tengo la intención de asegurarme de sacarle el mejor partido.

El cambio es posible. Los canadienses quieren un liderazgo que trabaje con ellos para hacerlo posible.

Tengan esperanza, compañeros del Partido Liberal. Trabajen duro. Manténganse centrados en los canadienses. Podemos liderar el cambio que tanta gente desea.

Un Canadá mejor siempre es posible. Juntos, lo construiremos.

Gracias.

# Discurso pronunciado en la 11.<sup>a</sup> convención para la Revitalización del Espíritu Islámico

Toronto, 22 de diciembre de 2012

AS-SALAMU ALAYKUM.

Estoy aquí hoy porque creo en la libertad de expresión.

Estoy aquí hoy porque creo en la libertad de celebrar reuniones pacíficas.

Estoy aquí hoy porque creo en la Carta de Derechos y Libertades, que le garantiza esas cosas sagradas, a mí, y a todas las personas con las que compartimos esta tierra.

Pero sobre todo, estoy aquí hoy porque creo en ustedes. Creo en las aportaciones que han hecho a nuestro país. Y sé que juntos haremos aún mayores contribuciones en el futuro.

Permítanme que empiece con una historia. Una historia de su historia. Una que espero que tengan en mente cuando piensen sobre nuestro futuro común.

Hace muchas generaciones, un joven fue confrontado por ancianos religiosos tradicionales. El tipo de personas que hoy llamaríamos fundamentalistas o incluso extremistas.

Verán, un conflicto centenario hacía estragos. Personas prominentes de ambos bandos estaban convencidos de su verdad, y proclamaban con energía que el otro no solo estaba equivocado, sino que lo estaba por sus creencias religiosas, su cultura y su identidad.

Y como suele ser con demasiada frecuencia el caso, estos líderes guardaban un particular desprecio por quienes buscaban puntos de convergencia con los demás. Entendían la amenaza que representaban la moderación y el compromiso para quienes predicaban una doctrina rígida.

Este joven tenía dificultades en aquel momento. Acababa de empezar a salir al mundo. Se enfrentaba a muchas de las mismas cuestiones a las que, sospecho, se enfrentan ustedes hoy. ¿Cómo ser consecuente con mis valores, mi cultura, a la vez que sirvo a los intereses de la sociedad a la que pertenezco?

Sabía quién era, y en lo que creía. Se sentía orgulloso de su legado, de su cultura, de

su religión. Pero había seguido con decisión un camino separado del de quienes dentro de su comunidad utilizaban esas cosas para construir muros.

Pero entonces, le concedieron una extraordinaria oportunidad. La de dirigirse a un distinguido público de líderes políticos, religiosos y empresariales.

Así que los desafió a pensar más allá de los estrechos confines del presente y mirar el futuro. Dijo: «La providencia ha unido en este rincón del mundo a habitantes de diferentes orígenes y credos. ¿No es patente que estas personas tienen que celebrar juntos intereses comunes e idénticos?».

Aquel joven es una parte muy importante de su historia, como he dicho. Pero no pasaría a convertirse en un imán, un hombre sagrado, un califa.

Acabaría en cambio por llegar a ser, entre otras cosas más importantes, mi segundo primer ministro favorito.

Era el año 1887. El lugar, Quebec. Y el nombre de aquel joven tan valiente era Wilfrid Laurier. Tenía treinta y cinco años, con apenas tres años de servicio en el Parlamento para recomendarlo. Y había tomado una difícil decisión.

En lugar de alinearse con los ancianos y dirigir su ya prodigioso talento al servicio exclusivo de los que llamaba «su raza», eligió un nuevo e improbable camino. Uno que honró lo que había de bueno y noble en su cultura, sí. Pero que utilizaba esas mismas cosas al servicio de un objetivo superior: encontrar elementos comunes entre personas de creencias diferentes.

Laurier vio algo con claridad, puede que con mayor claridad que ningún otro canadiense: vio que aquí, en este lugar, estaba tomando forma una nueva idea. Quizá era posible un nuevo modo de vivir juntos.

Sabía que su país había sido fundado y construido por personas que habían combatido entre sí durante siglos en su continente de origen: ingleses contra franceses, católicos contra protestantes. Desde el principio, estos sangrientos conflictos habían cruzado el Atlántico con ellos.

Pero entonces ocurrió algo único. A pesar de que los ingleses salieron victoriosos en el campo de batalla, se alcanzó el mismo grado de libertad en ambos lados.

En uno de los fragmentos más emotivos de aquel discurso, Laurier dijo al referirse al obelisco de las Llanuras de Abraham: «¿En qué otro país, bajo el sol, se puede encontrar un monumento similar dedicado a la memoria del vencido así como a la del conquistador? ¿En qué otro país, bajo el sol, encontrarán los nombres de los vencidos y del conquistador honrados por igual y ocupando el mismo lugar en relación con la población?... ¿Dónde está el canadiense que, al comparar su país incluso con países más libres, no se sentirá orgulloso de las instituciones que lo protegen?».

Lo importante de esta anécdota no es aquel notable momento de nuestra historia. Lo importante es todo lo que ha sucedido desde entonces.

Este es nuestro legado. Uno que ha sido renovado por sucesivas generaciones hasta este mismo día.

Que dos pueblos que han sido enemigos se unan para construir instituciones —y una Constitución— que garanticen la libertad no solo de ellos, sino de quienes vendrían detrás de ellos.

Con los años, se fueron sumando a este gran proyecto personas de toda cultura, religión y etnia imaginable. Oleadas de hombres y mujeres jóvenes que eligieron enfatizar lo bueno de sus tradiciones. Personas libres que decidieron utilizar la generosidad de espíritu que es el origen de toda fe para encontrar puntos en común con otras personas cuyas creencias diferían de las suyas.

Y está escrito en el Corán: «Los siervos del Misericordioso son aquellos que caminan por la tierra humildemente y que cuando los ignorantes les dirigen la palabra, dicen: Paz» (Al Furqán 25:63).

Nunca ha sido fácil. El camino nunca ha sido liso y recto. Generaciones de canadienses tuvieron que superar diferencias profundas. Optaron deliberadamente por dar la espalda al rencor y el conflicto.

Pero hoy, gracias a ellos, tenemos la suerte de vivir en el país con mayor diversidad en la historia del mundo. Uno de los más pacíficos y prósperos.

Uno que ha superado ya el objetivo de simple tolerancia. Porque decir «te tolero» es permitirte a regañadientes respirar el mismo aire, caminar por la misma tierra. Y aunque existen muchos sitios en el mundo donde la tolerancia no es más que un sueño lejano, en Canadá estamos más allá de eso. Así que no utilicemos la palabra «tolerancia». Hablemos en lugar de eso de aceptación, entendimiento, respeto y amistad.

Aquí, hemos llegado juntos a un nuevo descubrimiento: que un país puede ser grande no a pesar de su diversidad, sino debido a ella.

Esta es ahora nuestra historia, suya y mía. La historia de nuestro país, Canadá.

Así que mientras este fin de semana reflexionan sobre el futuro, sean valientes. Sepan que ya hemos tenido que afrontar antes la lucha a la que nos enfrentamos ahora. Sepan que los sentimientos contradictorios de nuestros corazones ya los han tenido antes. Sepan que el compromiso y la moderación no son el camino de la debilidad sino del valor y la fuerza. Que en este país siempre es posible adoptar una actitud positiva a todos aquellos que busquen puntos en común.

Más importante aún, recuerden esto: nuestro legado debe ser constantemente renovado por quienes comparten la visión de Laurier.

Cuando las personas se unen para crear oportunidades unas para otras, los sueños que tenemos en común desplazarán a los miedos que podrían dividirnos.

Porque no es la clase política sino la clase media la que une a este país. Abierta a todos, nuestra amplia y diversa clase media es el centro de gravedad de Canadá. Buenas personas. Gente con esperanzas y desafíos comunes, que se unen para encontrar puntos de convergencia.

Ya hay en el mundo demasiadas fuerzas que nos conducen a campos separados, que nos aíslan, y nos hacen desconfiar unos de otros.

Ayer, algunos manifestantes intentaron impedir que hablara en un colegio debido a mi postura a favor del matrimonio homosexual y los derechos de la mujer. Y como saben, algunos conservadores intentaron suscitar una polémica por mi presentación aquí hoy. Intentaron apelar al miedo y los prejuicios de la gente, precisamente las mismas cosas que estos encuentros pretenden superar.

Respeto y defiendo su derecho a expresar sus opiniones. Pero quiero que sepan que siempre me enfrentaré a las políticas que generen división y temor. Es pecar de miopía enfrentar a unos grupos de canadienses contra otros. Puede que algunos se sientan bien durante un tiempo, o incluso que les funcione políticamente a corto plazo.

Pero no es el modo de construir un país. Mucho menos este. No somos así.

Estamos hoy aquí para hacer lo que los canadienses llevan generaciones haciendo juntos. Estamos homenajeando nuestra diversidad mediante la amistad y el entendimiento, para poder construir a partir de ella un buen futuro en común.

De modo que me uno a su compromiso con ese futuro más prometedor. Comprometámonos en la construcción de un país que una a las personas; que encuentre la mayor virtud en el compromiso, la moderación y una base común.

Casi treinta años después de aquel primer discurso, entonces en su tercer mandato como nuestro primer ministro, Laurier dijo ante el público de Edmonton:

«No queremos ni deseamos que ningún individuo olvide su tierra de origen. Dejémosles que miren hacia el pasado, pero dejémosles aún más que miren hacia el futuro. Permitámosles que miren hacia la tierra de sus ancestros, pero también a la de sus hijos. Dejémosles que se conviertan en canadienses y den su corazón, su alma, su energía y todo su poder a Canadá».

Ese era el deseo de Laurier para nosotros. Y es el mío para ustedes. Tengan esperanza y sean positivos, amigos. Su país los necesita.

Que la paz y la misericordia sea con ustedes.

## Agradecimientos

---

Hay muchas personas implicadas en la creación de este libro a los que estoy muy agradecido por sus aportaciones y apoyo.

Gracias a Jennifer Lambert, Iris Tupholme, Leo MacDonald, Michael Guy-Haddock, Sandra Leef, Cory Beatty, Rob Firing, Miranda Snyder, Noelle Zitzer, Neil Erickson, Alan Jones, Shaun Oakey, Sarah Wight, Anne Holloway, Michael Levine, Jonathan Kay, John Lawrence Reynolds, Caroline Jamet, Éric Furlanty, Yves Bellefleur, Sandrine Donkers, Marie-Pierre Hamel, Brigitte Chabot, Joanna Gruda y Carla Menza, y a todos los de Harper-Collins Canada y Les Éditions La Presse. Todos ellos fueron extremadamente pacientes y se adaptaron a la locura de mis horarios y del ritmo imposible que mantengo.

Doy las gracias a mi equipo político, que fue más allá de sus responsabilidades habituales, sobre todo a Gerry Butts y Katie Telford, pero también a Dan Gagnier, Cyrus Reporter, Alex Lanthier, Tommy Desfossés, Kate Purchase, Mylene Dupéré y Kevin Bosch. Todos ellos ayudaron de muy diferentes formas. Adam Scotti, extraordinario fotógrafo, tomó la mayoría de las fantásticas imágenes de este libro y seleccionó el resto.

Por último, y más importante, gracias a Sophie y a Xavier, Ella-Grace y Hadrien, que soportaron que papá trabajara aún más duro de lo normal, a menudo durante nuestro tiempo juntos, que ya era demasiado limitado.

Cualquier error que pueda haber en estas páginas es mío.

## **Acerca del autor**

**JUSTIN TRUDEAU** es el primer ministro canadiense desde noviembre de 2015 y líder del Partido Liberal de Canadá desde abril de 2013.

Realizó sus estudios en el colegio Jean-de-Brébeuf, donde también se preparó su padre. Posteriormente fue a la Universidad McGill, institución en la que se licenció en literatura inglesa, y a la Universidad de Columbia Británica, donde obtuvo una licenciatura en educación.

Más tarde ejerció como profesor de francés y matemáticas en la West Point Grey Academy y en la escuela secundaria Sir Winston Churchill de Vancouver. En 2002 se estableció de nuevo en Montreal y realizó estudios de ingeniería en la Escuela Politécnica de la Universidad de Montreal (2002-2003). De 2005 a 2006 realizó un master en geografía y medio ambiente en la Universidad McGill.

Trudeau, nacido el 25 de diciembre de 1971 es hijo mayor del fallecido ex primer ministro Pierre Elliott Trudeau y de Margaret Sinclair Trudeau Kemper, está casado con Sophie Grégoire y tiene tres hijos.

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Common Ground*

Publicado por HarperCollins Publishers Ltd, 2014

Diseño de portada: © Sylvia Sans Bassat

Fotografía de portada: © Anthony Wallace - AFP- Getty Images

© 2017, Justin Trudeau

© 2017, Traducción: Mercedes Váquero

El título del capítulo 4 está tomado de *The poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem, Copyright 1923, © 1969 por Henry Holt and Company, Inc, renovado en 1951, por Robert Frost.

© 2017, Centro Libros PAF, S. L. U. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-234-2876-2

Primera edición impresa en México: febrero de 2018

ISBN: 978-607-07-4708-3

Primera edición en formato epub: febrero de 2018

ISBN: 978-607-07-4715-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México

Conversión eBook: TYPE

## TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

[Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com)



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

# Índice

Portadilla	2
Contenido	4
Dedicatoria	5
Prólogo	6
Capítulo 1	10
Capítulo 2	37
Capítulo 3	61
Capítulo 4	76
Capítulo 5	86
Capítulo 6	165
Capítulo 7	185
Capítulo 8	196
Capítulo 9	216
Anexo	229
Agradecimientos	253
Acerca del autor	254
Créditos	255
Planeta de libros	256